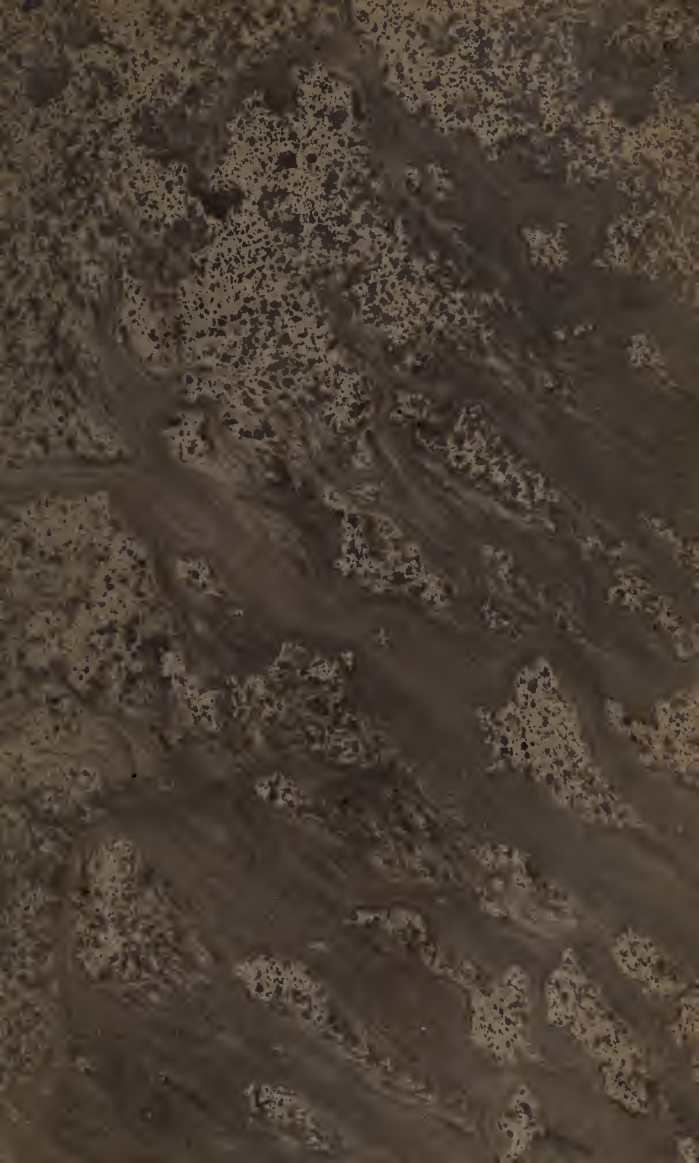


LS.C
T2536

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO V.

195387
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

CONTINUACION DE LA LISTA

DE LAS PIEZAS RECOGIDAS.

La púrpura catalana, San Ramon Nonnato.
La toma de Buda por el Duque de Lorena.
Columna sobre columna: nuestra Señora del Pilar.
La Ramera de Fenicia, y feliz Samaritana: Santa Eudoxia.
El Taumaturgo Español: Santo Domingo de Silos.
La luz hija de la sombra: San Felix de Cantalicio.
El Católico Perséo: San Jorge.
El valor nunca vencido, y hazañas de Juan de Arévalo.
Quando hay falta de hechiceros, lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca, primera y segunda parte.
Idem, tercera parte.
No hay mágia en la diversion como la de la invencion, y el Mágico de tres horas.
Por conseguir la deidad, entregarse al precipicio.
La Fundadora en España de la gloria Capuchina: Sor Angela Serafina.

La Rosa de Policiano: Santa Inés.

Amor, honor y venganza, solo el que es noble le alcanza.

La divina Filotea.

La segunda Magdalena: Santa Margarita de Cortona.

Para obsequio á la deidad nunca es culto la crueldad.

La mejor Reyna del norte, y nuevo Sol de la Hungría.

El Sol de la fé en Marsella, y conversion de la Francia: Santa María Magdalena, primera parte.

Idem, segunda parte.

El mayor blason de España y venerable Infanta: Doña Sancha Alfonso.

Hallar luz en la tiniebla.

El mayor de los milagros por premio de un santo zelo, y Corporales de Daroca.

La Magdalena de Roma.

Clérigo y casado á un tiempo.

El salteador del abismo: San Camilo de Lelis.

La joya de las montañas.

La Aurora en Copacabana.

La azucena de Brabante: Santa Genoveva.

El escándalo de Italia, y conversion prodigiosa.

El Señor de Mompeller, y antídoto de la peste: San Roque.

El bueno entre los Guzmanes, y el mejor entre los buenos: Santo Domingo.

El Loco cuerdo: San Judas Tadeo.

El Sol del oriente: San Francisco Xávier Apóstol de las Indias.

Idem, segunda parte.

La columna de la fé: San Atanasio.

El prodigio de la Sagra: Santa Juana de la Cruz.

Progne y Filomena.

El prodigio de Cataluña, y el honor en el suplicio: San Pedro Armengol, primera parte.

Santo Domingo en Soriano.

La culpa mas provechosa: vida y muerte de Poncio Pilato.

Cumplirle á Dios la palabra, ó la hija de Jepté.

Hacer su papel de veras, y el mejor Representante.

El gran Príncipe de Fez: Don Baltasar de Loyola.

El prodigioso Moysés, y bastardo de Judéa.

El mas divino remedio, y Aurora de San Ginés.

El Arca de Noé.

El escudo de la fé, y Paladion de Segovia.

El Santo Niño de la Guardia.

Los tres mayores prodigios en tres edades distin-

tas, y orígen Carmelitano.

La mas heroyca venganza de la traicion mas impía y tirana de Israél.

A puertas del Sol el Alva, y Soledad de María.

La espada del segundo Adan.

La lumbre de Palestina, y el demonio perseguido.

El sol robado de un ciego, y el panal en el leon.

El triunfo de las flores: Santa Eulalia y Julia.

Angel, milagro y muger.

La sencilla mas discreta: Sor Josefa Inés de Beniganim.

San Homobono.

El escudo de la fé, y primero Rey de España: San Hermenegildo.

Santa Tays.

Ageno error encamina: San Ginés.

El Lego mas docto: San Diego de Alcalá.

El gran Cardenal de España: Don Gil de Albornoz.

La Cronista mas grande de la mas sagrada historia: Sor María de Jesus de Agreda.

Dos veces madre de un hijo: Santa Mónica.

La hermandad mas santa y fina: Basilio el magno y Macrina.

Mugeres por sí vengadas, el Capitan mas cobarde, y ódio y rencor implacable.

La semilla y la zizaña.

La nave del Mercader.
La protestacion de la fé.
Las órdenes militares.
El pleyto matrimonial.
Los alimentos del hombre.
El nuevo hospicio de pobres.
Lo que va del hombre á Dios.
El lirio y la espiga, y triunfos del amor divino.
La lepra de Constantino.
El laberinto del mundo.
El Maestrazgo del Toison.
El dia mayor de los dias.
La inmunidad del sagrado.
El año santo en Roma.
La órden de Melchîsedech.
La vida es sueño.
La viña del Señor.
A tu próximo como á tí.
A Dios por razon de estado.
La Iglesia sitiada.
La segunda esposa.
El primer refugio del hombre, y probática piscina.
Andrómeda y Perséo.
El árbol del mejor fruto.

Se continuará.

ÍNDICE

DE LAS PIEZAS QUE CONTIENE ESTE TOMO QUINTO DEL TEATRO NUEVO ESPAÑOL.

La virtud en la indigencia, pág. . . . . 1.
Ali-Bek. . . . . 119.
La Opera Cómica. . . . . 197.
La bella Labradora. . . . . 237.
Un loco hace ciento. . . . . 359.
El Califa de Bagdad. . . . . 413.

LA VIRTUD

EN *LA INDIGENCIA.*

DRAMA

EN QUATRO ACTOS

EN PROSA

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D. J. E. G.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

LA VIRTUD

SIN LA INDIGENCIA.

DRAMA

EN CUATRO ACTOS

Y EN PROSA,

PRECEDIDO DE UNA LOA

POR

D. J. E. C.

MADRID:

EN LA OFICINA DE D. BENITO CANO, Y COMPAÑIA,
CALLE DE ATOCHA.

Se halla en la Librería de Quiroga, frente
de los Estudios, y en la Imprenta Cervantes.

ACTORES.

PACIENTE, viejo labrador, *SEÑOR ANTONIO PINTO.*

JUSTO Y SUSANA, texedores, *SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA Y SEÑORA RITA LUNA.*

DON LUIS DUEÑAS, jóven rico, *SEÑOR ANTONIO PONCE.*

DON BONIFACIO, Escribano, *SEÑOR JOAQUIN CABRERA.*

DON LEON, Procurador, *SR. FRANCISCO BACA.*

ROBERTO, Mayordomo de Don Luis, *SR. JOSEF OROS.*

PANFILO, criado de Don Luis, *SEÑOR JOSEF GARCIA UGALDE.*

JORGE, FACUNDO Y JOSEF, lacayos de D. Luis, *SEÑOR DOMINGO DE LAS ERAS, SEÑOR JOSEF CORTES Y SRÑOR SANTIAGO CASANOVA.*

ALVAREZ Y PANTOJA, escribientes de Don Bonifacio, *SEÑOR ANTONIO ORTIGAS Y SEÑOR ALEXANDRO AGUIRRE.*

La scena se supone en Madrid.

El teatro representa un quarto baxo miserable con algunas sillas derrotadas, y muy pocos muebles usados. A la derecha un pedazo de tapiz viejo oculta una tarima, y á la izquierda habrá un telar. Enmedio, por entre una puerta casi abierta, que da á otra pieza reducida, se descubre una vidriera rota con algunos pegotes de papel, y debaxo de ella los pies de una cama. Este quarto hace parte de una casa, mitad arruinada, y mitad reedificada con magnificencia. Un jóven rico habita la parte nueva.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Justo y Susana.

Descúbrense los pies de Susana, que vestida se ha recostado en la cama del gabinetito. Un candil casi apagándose alumbra la scena, y Justo, que trabaja en su oficio, lo atiza de quando en quando. Este á cada instante se levanta, se acerca de puntillas al quarto en que reposa Susana, y queda satisfecho viendo que descansa. A este tiempo óyese á lo léjos la algazara y tumulto de un festin; teme que este ruido despierte á su hermana, y alza inquieto los ojos al cielo. Despues da algunas patadas en el suelo, aunque sin hacer ruido, y alentando quiere desentumecer sus dedos yertos de frio.

Justo. ¡Ya las quatro!... ¡gracias á Dios que duerme mi pobre Susana! Mi única felicidad es ser hermano tuyo; y cada vez que lo pienso, me siento infatigable... Bueno, bastante he adelantado su labor; y la mia ya está á punto de acabarse.

Vuélvense á oir muchas risotadas.

¡Qué ruido! Sus excesos de noche turban el reposo del pobre, y luego se quejan quando nuestros trabajos les hacen abrir los ojos en mitad del dia... ¡Ah padre mio! tú, que siempre fuiste bueno y virtuoso, eres quien padeces mas... ¡ay!... No obstante, mejor quiero ser hijo tuyo indigente y miserable, que deber mi vida á muchos hombres opulentos, cuya conducta me revuelve... Mi padre, sin embargo de ser pobre, siempre socorrió á sus semejantes; pero yo he visto ricos... Mas Dios nos vé, y mi conciencia está tranquila.

Levántase á beber agua de un cántaro, y vuelve á su trabajo.

Solo tengo dos brazos, los exercito dia y noche sin murmurar, y llevo con paciencia mi suerte; pero este trabajo es tan desdichado, que no se paga.

Con energía lastimera.

No, no se paga. La incertidumbre me abarranca, y aun quiera Dios que pueda venderlo por el corto precio que pagan el trabajo del artista. Es verdad que el mercader conocido me prometió comprarla; ¡pero qué cruel es! No sabe

lo que tiene, y sin embargo cercena mi estipendio... mas el frio se aumenta... parece que este cruel invierno se complace en juntar sus rigores á los males que nos oprimen... ¡áspera estacion, Dios mio!... ¡la tierra está cubierta de árboles secos, y no tenemos siquiera unas cerojas con que calentarnos! ¡no podemos vivir sin comer, y el pan cuesta un sentido!... Por fin el rico ha encontrado el secreto de... mas creo se levanta mi hermana: su algazara sin duda la habrá despertado.

Salta de la cama, viene medio dormida á su telar, y dice pesarosa.

Sus. Eso no es razon, hermano... Me has dexado dormir siendo ya de dia.

Justo. No; no, hermana... al cabo has de venir á enfermar... aun no ha dos horas que te acostaste, y ya quieres...

Sus. Mira quien habla... ¿No has estado tú trabajando toda la noche? ¿pues por qué no podria yo estarlo tambien?

Justo. No hagas caso de mí, Susana: tú eres muger, y debes dormir mas que yo: yo soy fuerte y robusto; pero tú...

Cógela las manos.

¡pobrecita, estas arrecida!

Se las calienta con su aliento.

Sus. Sí, acuérdate quando jugábamos encima de la nieve de nuestro lugar... allí no hacia ménos frio que aquí, y sin embargo no nos quejábamos.

Con melancolía.

Justo. ¡Qué tiempos me traes á la memoria!... ¡tiempos felices en que padre gozaba de moderada fortuna, y no estaba encarcelado! Sin preveer nuestra futura suerte nos burlábamos entónces del rigor de las estaciones; pero en el dia que lloramos su desgracia, y que estamos reclusos entre quatro paredes heladas... ello es cierto que vivímos juntos...

Con ternura.

Sus. Pues bien, no te quejes: á mí no me gustan los gemidos. ¿Y de qué sirve el llorar? La providencia, que así lo ha dispuesto, sabe bien lo que se hace. Ya verás como algun dia mejoramos de fortuna: entretanto trabajémos siempre con igual resignacion.

Siéntase al telar.

¡Ola! esto no me gusta. Hermano, te lo digo con seriedad: cada uno su tarea: ¿no tienes

bastante con la tuya? ¿ó piensas que yo nada puedo hacer?

Con sentimiento.

Esto no me gusta; ya te lo he dicho muchas veces.

Justo. Susana amada, no me regañes.

Sus. ¿Yo regañarte? no... Pero no has de volver otra vez, ¿es verdad?... cada uno su tarea.

Enternecido.

Justo. Bien, sí... Mira, voy á llevar al mercader lo que hemos trabajado esta noche. El sale muy de mañana, y mas vale esperarlo allí, que el que se vaya sin verle.

Sus. Pero es muy temprano todavía.

Justo. Mucho siento dexarte sola, porque luego piensas en cosas que te entristecen; pero es preciso.

Sus. Pues ve, y cuidado no tardes mucho: despues irémos á ver á padre, ¿sí?

Justo. Temo que el mercader no me quiera pagar ahora, siendo esta nuestra única esperanza. Y si nos falta, ¿qué comerémos hoy? ¿cómo llevarémos á nuestro infeliz padre los socorros que aguarda, y que solo recibe de nosotros? De lo que ganamos ayer ya nada nos queda.

Sus. ¿Aun no amanece Dios, y ya principias á perder la esperanza? Muchos dias hace que nos pensamos morir de hambre; y sin embargo ya ves como, aunque con trabajos, vamos pasando. ¿Te olvidas de que ayer mismo estabas desconsolado porque no podias vender tu trabajo? Pues mira como á boca de noche te detuvo un pasagero, y te compró tu mercancía. Cien veces habrás repetido que del cielo nos vino este socorro; ¿y el cielo, á quien imploramos, dexaria de cuidar de nosotros aunque todos nos abandonasen? No, Justo; enmedio de nuestra miseria hemos tenido momentos muy felices. ¡Padre mio!... ¡yo lloraba de gozo viéndote comer! ¿y él, hermano?... acuérdate cómo nos miraba, cómo nos bendecia! ¿todos tres entónces no estábamos bien contentos y satisfechos?

Justo. Sí, Susana; sí, lo estábamos: me acuerdo de tales momentos, y lo único que pido al cielo es que se perpetuen. En una obscura prision, y sentados sobre húmeda paja, todos tres lloramos de ternura; sí, solo los desdichados saben amar.

Sus. ¿Y quién nos quita que nos veamos así todos los dias?... Conserva las palabras de padre: mira

la paciencia con que sufre sus males: mira como nunca quiere que nos quejemos: mira como su alma siempre está tranquila y llena de esperanza. De mí sé decirte, que pienso del mismo modo que él, y que oigo con tanto gusto sus razones, que á no ser porque es preciso trabajar para comer, no me separaria un instante de su compañía. Por eso me siento con doble valor quando pienso en que participa de sus frutos.

Justo. Tú sin duda naciste para hacerle olvidar su infortunio. Por eso te ama con particularidad, y debe hacerlo... sí, yo no tengo tus virtudes.

Sus. Tú, Justo, no te conoces... tanto alarde hago de ser hermana tuya, como de ser su hija. Si me dieran á escoger, no pediria á Dios otro padre ni otro hermano.

Justo. ¡Quánta satisfaccion tengo en oirte!

Sus. Pues qué ¿desearias tú por todo el oro del mundo haber nacido de otra sangre?

Justo. ¿Yo? Antes quisiera morir, que formar tal deseo... ¡Ah Susana! ¡amada Susana!

Sus. ¿Qué tienes?

Justo. Temo contristarte.

Sus. Habla, no te detengas.

Justo. ¡Ay de mí!

Sus. ¿Por qué suspiras?

Justo. Algun dia tendrémos que separarnos.

Sus. ¡Separarnos! ¿y por qué?... Hermano, no te desconsueles... yo no te alcanzaré en dias.

Justo. Bien sé lo que me digo... no hablo de la muerte... Medita un momento, y adivinarás lo que te quiero decir.

Sus. Explícate, hermano; yo no te comprehendo.

Justo. Mejor, mejor; con eso no te volveré á hablar mas en el asunto... A Dios.

Sus. No, acaba; ¿y por qué nos hemos de separar?

Suspirando.

Justo. Hermana... Dentro de poco el matrimonio...

Sus. Te entiendo, sensible hermano; pero te engañas: no, no nos separarémos: aunque te cases, tu muger será mi hermana, y vivirémos juntos. Sí, yo la amaré, la amaré.

Justo. No lo digo por mí, Susana... Bien sabes que padre ha repetido muchas veces que en saliendo de la cárcel quiere darte marido, y que ya ha encontrado uno qual te conviene.

Sonriéndose.

Sus. ¿Y no ves que eso lo dice para consolar su tristeza, y engañar de este modo sus dolores y los

nuestros? Justo, ya conoces mi sencillez. Pues bien, te digo que jamas me determinaré á casarme. Yo no sé; pero ningun hombre me lleva la atencion. Nuestros iguales no me gustan, no porque sean pobres, sino porque sus costumbres no se conforman con las mias: los de superior clase, ménos. En una palabra, te confieso que solo tus qualidades pudieran hacerme feliz... Con un hermano como tú, ¿para qué quiero marido?... Pero tu situacion es muy diversa; tu corazon es sensible, y puede dar entrada al amor.

Con alegría.

Justo. ¿Pensará siempre mi Susana del mismo modo?

Sus. ¡O! sí, siempre. Yo solo puedo ser feliz en tu compañía.

Justo. Pues bien, hermana; dame tu mano... Venga lo que viniere, siempre vivirémos juntos. Estáte tú soltera, que yo me conservaré soltero; fuera de que esta es una obligacion que nos impone nuestro infortunio. Susana sin bienes de fortuna dificilmente hallaria con quien casarse. En el siglo en que vivímos no se aprecia mas que el dinero, las demas qualidades son nulas: las tuyas nadie las ve, y yo solo las conozco; sí,

yo solo... Por lo que á mí hace, perderia en darte cuñada, y ella perderia tambien; porque por buena que fuese, yo siempre habia de quererte mas.

Sus. Muchas veces he temido te prendases de alguna que quisiera sembrar la discordia entre nosotros. ¡Ay! si así sucediese, me moriria de pesar.

Justo. Yo tenia iguales temores, aunque tan infundados como los tuyos. Pero me voy que ya es hora: delante de nuestro buen padre continuarémos esta conversacion.

Sus. Cuidado no tardes.

Justo. A Dios.

Vase con una pieza de tela debaxo del capote, que estará bastante raido.

SCENA II.

Susana trabajando.

Sus. ¡Feliz yo! Desde mi mas tierna infancia él es mi protector, mi amigo, mi guia, y mi consolador. Nada os envidio, ricos de la tierra; vuestros hijos, siempre enemigos, prefieren su vil interes á la paz, la confianza, y amistad fra-

ternal. Nunca contentos, y siempre codiciosos... tengan en buen hora su oro, que yo tengo á mi Justo... Quando me dice, *querida mia, mi pobre Susana*, el acento de su voz me mueve, y me enternece; pero el dinero jamas habla. ¡Ah Justo! puesto que consientes en vivir conmigo, me considero rica; y si padre estuviera libre, nada tendria que desear. ¡Ay de mí! ¡por quán corto precio se le podria dar la libertad! pero éste no le tenemos, y son muy pocos los ricos que emplean su dinero en socorrer al hombre virtuoso y cautivo... ¡Amistad! ¡dulce amistad! dura tanto como nuestra vida... ¡Hermano amado! mi corazon será tuyo en todas ocasiones... ¡Oxalá fuera yo sola la que padeciera!... No sé en qué consiste; pero hoy trabajo con mas constancia, y me parece el frio ménos riguroso.

Oyense muchas voces como de gentes que se despiden con algazara, que cierran puertas, que recíprocamente se llaman en las escaleras, y finalmente todo lo que puede denotar el fin de una fiesta desarreglada.

Al cabo su festin finaliza con la noche... ¿Y son estos los que se llaman placeres? No, en sus

voces se conoce que todo es desarreglo y confusion... Sin embargo, yo suspiro quando considero que la mitad de lo que han gastado esta noche en comer ó en jugar bastaria para sacar á mi padre, con otros muchos desgraciados, de la prision en que gimen.

SCENA III.

Susana, Don Leon y Roberto.

Este último denota en su semblante y en lo desmadejado de su cuerpo haber pasado la noche en el festin.

D. Leon llama á la puerta de Susana.

Sus. ¿Quién está ahí?

Mas recio.

Leon. Abrir, abrir aquí.

Sus. Parece la voz del dueño de la casa... ¿Es vm. señor Don Leon?

Golpea con mas fuerza.

Leon. Sí, sí; abre presto.

Abre.

Sus. Buenos dias, señor Don Leon.

Sale á paso largo seguido de Roberto.

Leon. Pardiez, que me habeis hecho esperar bastante. ¿Se encierran así las gentes de tu clase?... ¿ó tienes miedo de que te roben?

Retírase Susana, y se pone á trabajar baxando la vista con timidez.

Rob. ¿Es este el quarto?

Leon. Sí: ¿qué te parece?

Con desprecio.

Rob. ¡Este!

Leon. En verdad, que fuera de lo que acabas de ver, esta es la única pieza que queda de la casa. Ciertamente que Don Luis se enhancha demasiado desde que entraste á servirlo, pues yo estoy reducidó á lo que únicamente necesito.

Dándole palmaditas en el hombro.

Rob. Amigo, nada podemos hacer con este quarto, nada enteramente... Con tu antiguo estudio hago mayor mi sumillería; es un contraste gracioso, ¿no es esto? De un estudio de Procurador hacer una repostería... ¡O! esto acaso podrá traerme algunas ventajas... ¿Qué te parece?

Con risa falsa.

Leon. Me alegraré hagas tu fortuna como yo hice la mia.

Rob. Es decir, á costa agena.

Leon. Creo, Roberto, que no tienes razon para echarme en rostro ninguna cosa que me deshonre.

Rob. ¿A qué viene ahora esa vergüenza escrupulosa, si no está en moda? Seamos de nuestro siglo. Creo que no habrás empleado toda tu vida en borronar papel sellado sin interés: de otro modo, ¿cómo te has compuesto para adquirir tantos bienes?

Leon. ¡Tantos bienes! No tantos, amigo; no tantos á fé mia... fuera de que si hubiéramos de indagar de dónde le han venido á chicos y á grandes sus haberes, éste sería un exâmen que jamas acabaríamos... Lo mejor en esto es hacer y callar... Vamos: ¿este quarto no te sirve para nada?

Rob. No, yo quisiera quando ménos una pieza tal qual en donde poder tener las dos galgas blancas que regaláron á mi señor; pero esto está en muy mal estado para recibir dos perros de la mejor casta... Si Don Luis los viera aquí se escandalizaría... Yo no puedo estar de frio; ya se vé, si parece esto la venta del mal abrigo.

Leon. Escucha: en favor suyo lo repararémos alguna cosa. Ya te harás cargo de que no dexarémos subsistir aquella vidriera hecha pedazos: se enlosará con buenas baldosas vidriadas; taparémos los agujeros de las puertas, y todo tomará otro semblante muy diverso.

Rob. ¿Y por qué no lo has hecho ya?

Leon. ¿Cómo querias que gastase un real siquiera? Este quarto siempre lo he tenido alquilado por vil precio á gentuza, que todos los plazos es menester executar, ó lanzarlos fuera.

Rob. ¿No me dixiste que ahora vivia en él un texedor?

Leon. No me acuerdo bien; pero es un menestral de este jaez... Voy á hacerle que desocupe el puesto quanto ántes, porque en el caso que no puedas alojar aquí tus galgas, te cederé el aposento de mis escribientes, y á ellos los haré subir mas arriba.

Rob. ¡Cómo mas arriba! ¿te burlas, ó quieres ponerlos en el texado?

Leon. Bueno, bueno: serán dignos de compasion. Mayores incomodidades pasé yo... pero no, mudo de parecer; los haré baxar aquí.

Mira á Susana.

Rob. ¡Ola! no parece mala esta chica.

Leon. Y pobre en extremo... es la misma miseria en persona.

Rob. Su habitacion bien lo demuestra; pero nadie lo dirá al ver el aseo y limpieza de su vestido... Esta infeliz me venía á las mil maravillas... ¿Quién corre con ella?

Leon. El texedor dice que es hermana suya... Acaso sea falso; pero esto poco importa si me pagáran...

Rob. Miéntras mas la contemplo, mas hermosa me parece.

Leon. Vaya, que eres un pobrete... Hoy dia encontrarás como ésta, tantas quantas quieras... No hay otra cosa mas de sobra.

Haciendo de hombre de importancia.

Rob. Es muy cierto... y en verdad que estoy cansado de protegerlas. ¡Mira la Mariquilla como ha chasqueado á nuestro amo! Bribona; despues que la sacamos de la miseria... A vista de esto, ¿quién se ha de empeñar por ninguna?

Leon. A mí con ellas: nunca me han engañado, en mi vida. Siempre he sido bastante duro de co-

razon para no hacer ingratos.

Riéndose.

Rob. ¡Buena receta por cierto!... sin embargo, no me puedo contener: voy á llegarme á ella, y á hablarla.

Acércase á Susana.

Niña hermosa, dinos algo; alza esa cabeza de ángel: dexa un poco la labor... ¿tanta priesa te dan por ella?

Con modestia.

Sus. Sí señor: para vivir en nuestra profesion es preciso no perder un momento siquiera.

Rob. Pero alma mia, estará vm. yerta... ¿Cómo sin fuego?

Leon. ¡Toma! esa es la primera condicion que les impuse. No permito yo lumbre á gentes de esta clase: con su rescoldo pudieran abrasarme la casa.

Rob. ¿Y no se mueren de frio?

Leon. Bueno, bueno; la costumbre...

Rob. Pues á fé mia que no hago mas que entrar, y estoy helado. Chica, vente con nosotros á calentar á la repostería. Trabarémos amistad, y andando el tiempo quién sabe todavía si haré yo tu fortuna, como la he hecho á otras infinitas...

Con énfasis.

Leon. Está segura, que si tienes la dicha de que este caballero ponga en tí su atencion, nada tendrás que desear, y que...

Rob. No, yo á nada me obligo por ahora; veremos, veremos: ella en verdad es hermosa, completamente bonita; pero parece que tiene mucho de muda. ¿Está siempre con la cabeza baxa? ¿Es ciertamente lo que demuestra?

Leon. Todo lo que sé en el particular es, que es lugareña, y léjos de aquí.

Rob. ¿Lugareña? tanto mejor; ¿pero á dónde se recogerá si la echas de aquí? Hazla charlar quanto ántes, si no me yelo:

Mas alto.

que venga á nuestra sala, en ella hay buena lumbre, y hablarémos con mas comodidad.

Leon. ¿Oyes que este caballero tiene la bondad de permitirte vengas á calentarte á la repostería?

Sus. Señor, yo nunca salgo de casa, como no sea en compañía de mi hermano... Yo se lo agradezco.

Leon. ¡Qué tonta! sin duda quiere hacerse de rogar.

Quedito á Roberto.

Déxala, déxala; eres un pobre hombre: creeme; á mucha honra tendrá ella venir por sí sola; fiate de mi experiencia.

Alto á Susana.

Dí á tu hermano que hoy mismo me ha de pagar, y que busque otro alvergue, sino quiere que mi alguacil le quite los pocos muebles que le quedan...

Dexa la labor, y corre á él suplicándole.

Sus. Señor, señor: por Dios; espérenos vm. unos dias: nada perderéis en ello.

Leon. Estoy sordo, estoy sordo: no oigo... Si yo pudiera pagar con palabras, los censos, la limpieza, el alumbrado, las composturas, los utensilios, el alojamiento de los soldados, &c. En buen hora; pero todos los secretos de mi arte no me enseñan á eludir estos malditos pagamentos.

Hace ademán de marcharse.

Sus. Señor, una palabra, una sola palabra: por Dios os pido que me escucheis.

Rob. ¡Ah! si no es mas que una palabra, esperémos.

A Don Leon.

Sus. Pero quisiera hablaros á solas.

Leon. ¡A solas! ¿y qué me quieres decir?

Rob. Oyela, Leon. En la repostería te espero... voy á calentarme.

SCENA IV.

Don Leon y Susana.

Leon. Si vienes otra vez con tus lamentaciones, te dexo en el momento: vamos presto, abreviémos, no estoy para resfriarme en este páramo... Pronto; dí lo que quieres, acaba; habla pues, habla.

Sus. ¡Ah señor! vm. me anuda las palabras... Dios mio... No sé de qué modo hablaros.

Con aspereza.

Leon. ¡Y bien! ¿acabamos?

Sus. ¡No teneis piedad! ¡en lo mas crudo del invierno! sabeis quál es nuestro estado, y la deplorable situacion en que se halla nuestro padre...

Yéndose.

Leon. ¿Y era eso lo único que querias?... A Dios, á Dios.

Deteniéndole por el vestido, y echándose á sus pies.

Sus. Deteneos, señor: no, no os marcharéis, me escucharéis, y veréis mis lágrimas... Por lo que mas amais, dexadnos aquí hasta que pasen tan crueles frios; de otro modo perecerémos: ó si absolutamente necesitais este aposento, buscadnos otro asilo: yo os miraré como nuestro salvador, y os bendeciré toda mi vida... Abrid señor vuestro corazon á la piedad; socorrednos... ¡Ay! compadeceos de nosotros.

Esto deberá expresarlo la actriz con la mayor vehemencia y dolor, y con toda aquella fuerza que emplean los corazones quando piden una gracia.

Inquieto, casi enternecido, ó mas bien suspenso por el acento de Susana.

Leon. Silencio, silencio: no alces tanto la voz... levántate, levántate; verémos, sí, yo.

Aparte.

Me enternece: vámonos, vámonos presto.

Lánzase hácia la puerta, y se va con ligereza.

SCENA V.

Susana sola.

Sus. Dios mio, ¡se habrá compadecido!... ¡Qué será de nosotros!... si nos vende los telares, única cosa con que ganamos el pan, ¡pedirémos limosna! No, jamas, primero la muerte... Nadie nos vería por no consolarnos, y alguno que nos socorriera, sería á costa de nuestro honor... ¡qué horror tengo á estos dependientes de la opulencia! tan libertinos parecen como sus amos: no, mejor quiero arrecirme de frio, que llegarme á uno de sus hogares... Pobre Justo, tu desesperacion es la que siento, tanto mas cruel, quanto que querrás sufocarla dentro de tu pecho.

Pónese á trabajar.

¡Triste de mí! No hay recurso, no lo hay... Todos los corazones parecen de bronce. ¡Ah mundo.cómo estás! Ya viene: nada le diré por ahora: es menester sacarle esta triste conversacion con el mayor disimulo posible.

Enxuga sus lágrimas, y toma risueño ademán.

SCENA VI.

Susana y Justo.

Abrazándola.

Justo. A Dios, hermana: habrás tenido mucho frio, porque el norte que reyna se ha acrecentado.

Sus. No tanto como tú te imaginas.

Con interés.

Justo. Pero... hermana... tú has llorado: sí, hija mia, has llorado, y me ocultas tu quebranto.

Con semblante sereno.

Sus. No, Justo.

Justo. Sí, por mas que disimules, en tu misma risa descubro tu dolor.

Sus. No, hermano, te engañas... Dime, ¿lo encontraste?....

Justo. Sí; pero no me dió mas que algunos reales á cuenta, y no podémos aun pagar la casa... *Hace una pausa, y Susana no le responde.* Con lo poco que me dió compré esta capa para padre.

Saca una capa, y la pone en la falda de su hermana.

Mírala... no está mala todavía...

Con nobleza.

Pero toma las tixeras, y descose esa franja, que sentará muy mal en el cuerpo de un padre respetable, que fué labrador, y que ha regado la tierra con sus sudores. ¡Ah! ¡quán digno es hoy de la mayor compasion!

Descose la franja.

Sus. Es verdad; pero olvida tan tristes reflexiones.

Justo. ¡Hermana amada! vernos reducidos á dormir en desnudas tablas, y á vivir entre quatro paredes llenos de miseria, no es lo que me desconsuela; pero que algunos ricos nos miren con altivez, y nos desprecien con insolencia, es cosa que no puede sufrir mi sensible corazon.

Sus. Olvidémonos de que exîsten semejantes hombres... Dentro de poco, padre, tú, y yo nos verémos reunidos á pesar suyo, y de nuestra pobreza. Mira al momento presente, acuérdate de que tienes con que aliviar las penas de un padre adorado, y piensa en que se llenará de alegría luego que nos vea.

Justo. Es verdad, hice mal: bendito sea Dios...

Vamos, toma la cazuela en que come con mas comodidad; no olvides la botellita, que en el camino la llenarémos: sé de una taberna en la que no malean el vino.

Sus. ¡Quánto me alegro! porque muchas veces he temido envenenar á padre, queriendo reparar sus fuerzas... ¿y el carcelero?

Suspirando.

Justo. Sacrificarémos algo para hacerle ménos inexôrable.

Sus. Parece que mis ruegos han minorado un poco su aspereza.

Justo. Sí, Susana; tus miradas han hecho un hombre de una fiera... Vamos, hermana, vamos.

Dala la mano despues de haber tomado una cestita con algunos vasos de barro.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico gabinete de vestir, que hace parte de otro aposento ricamente adornado á la moderna. Sale D. Luis en bata forrada de pieles, como si acabára de levantarse, y se dexa caer con negligencia en la primera silla que encuentra. Síguenle dos criados, y le presentan sucesivamente un espejo, aguas de olor, pomadas, &c. Roberto en pie á su lado, dice á los lacayos por señas todo quanto han de hacer.

SCENA PRIMERA.

Don Luis, Roberto, un ayuda de cámara y lacayos.

Bosteza, y saca un relox.

Luis. ¡Cómo, pues! no son mas que las doce... ¡qué largo se me hace el dia! terrible dolor de cabeza tengo...

A Jorge.

El the... ¿qué me haré hasta la ópera?

Al ayuda de cámara.

Vaya hombre, que me peynas como si fuera Consejero ó Agente de negocios. Despacio, despacio: sin lentitud, en ningun arte hay perfeccion.

A Facundo.

Tú dexas morir de hambre al pobre mustafá, mira que es amigo tuyo, te quiere, y así es preciso le hagas su provision ordinaria de dulces.

A Josef.

Vé en casa de mi sillero, y dile que quanto ántes acabe la silla inglesa, las mantillas turcas, y las fundas á lo mameluco.

A Roberto.

¿Y mi tronquista que cochea á la italiana, no acaba de ponerse bueno?

Rob. Siempre está con una terrible calentura.

Da á Jorge la taza del the.

Luis. Toma, y despues llévale á la Condesa el ramo de flores, y la sortija de pelo que hice: en ella conocerá á su discípulo.

Vanse los lacayos.

A Roberto, limpiándose los dientes, y mirándose al espejo.

¿Con que dices que la niña de quien tuve el

alto honor de hablarte, es mi muy amada vecina?

Rob. Nada es mas cierto, señor: aunque encontraba muchas veces esta carilla, nunca la miré con atencion; pero hoy la he visto en su quarto con todas las circunstancias que os acabo de contar.

Luis. ¡Singular encuentro! Ya hace dias que la miro, sin que ella lo note: es fresca y hermosa, solo le falta un poco de mas color... Dices que es pobre, y que está en la mayor miseria.

Rob. ¡O señor! en necesidad famélica...

Luis. Pronta á darse por un pedazo de pan, ¿no es esto?

Rob. Póco á poco, señor... Yo he notado en ella dignidad y entereza: hace poco que está en Madrid, y aun conserva su virtud aldeana: su semblante solo causa mas respeto que la artificiosa compostura de nuestras mugeres mas modestas.

Luis. Bueno: mucho me gusta esa virtud, porque ya estoy cansado de tratar con coquetas. Tú sabes lo que me cuestan, pues sin embargo, me han disgustado, engañado y fastidiado, que es lo peor: juramento tenia hecho de no mantener á ninguna; pero ésta en verdad que quiero

crearla de nuevo, y echarla al mundo: ¿quién sabe si acaso encontraré en ella un alma nueva y agradecida? Yo no sé porqué me gusta; pero su figura, su talle, su andar magestuoso, y la tez hermosa de su rostro no pueden ménos de darme mucho honor: por lo ménos yo así lo pienso... díme tú, ¿podrá deshonrarme?... sería chasco...

Rob. Si V. S. me permite yo se lo diga, hallo alguna semejanza entre los dos.

Sonriéndose satisfecho.

Luis. ¿Me adulas á mí, ó á ella?

En tono adulador.

Rob. Señor, todo el mundo sabe que teneis una persona...

Presumiéndolo.

Luis. No es mala, no es mala; ¿pero crees tú que del primer embite pueda hacerla perder el seso? ¿puedo prometerme tomar por asalto su tierno corazon? A mí me gustan las victorias repentinas: ¿qué te parece? ¿acabaré pronto la conquista de esa orgullosa y severa?... ¿cómo se llama?

Rob. Susana.

Luis. Es preciso darla otro nombre mas fino...

Ríese.

Es muy extraño que siempre esté vinculada la belleza en mugeres de esta clase, al paso que huye de las de qualidad... Todo lo demas me parece bien hecho... sí, bien hecho.

Rob. Si yo hubiera adivinado ántes el nuevo capricho de mi señor, ya estarian las cosas muy adelantadas.

Luis. Ayer fué quando la ví con cuidado: sin embargo de estar algo descolorida, se vé bien que las gracias formáron su rostro para ser adornado por las rosas del deleyte.

Rob. Me felicito de la ocasion que me llevó á su casa. ¡Qué á propósito vino! Quien me inquieta es su hermano.

Luis. ¿Pues qué es ciertamente hermano suyo?

Rob. No podemos dudarlo.

Luis. Y bien, ¿qué hará ese hermano?

Rob. Temo, señor, no sea uno de estos pobres que se mueren heroicamente de hambre por conservar su honor.

Luis. ¡Honor en la indigencia!...

Ríese burlescamente.

No es la primera vez que he visto el efecto de una bolsa llena de doblones: abrevia mucho

tiempo, y vence las mayores dificultades, y la moral mas austéra se calla á la voz del oro: es el mejor opio para adormecer voluptuosamente la virtud mas acendrada. Yo siempre principio dando una buena dosis, y de este modo consigo trastornar la cabeza, y entorpecer el corazon. Nadie sabe lo que puede este cebo primero, y he notado que despues hace mas la esperanza que la misma liberalidad... ¿Diste órden á los criados para que le digan que lo quiero ver?

Rob. Señor, en cumplimiento de vuestras órdenes se acecha el momento en que vuelvan los dos á casa.

Con befa.

Luis. Impaciente estoy por conocer á mi futuro cuñado.

Rob. Bien mirada la cosa, es una grande ventaja para él.

Luis. ¿Qué bueno fuera que quisieran conservar sus tristes preocupaciones en la miseria. Pero no será así: hay demasiados exemplos en contrario; sí, demasiados.. ¿Qué tengo para cenar?

Rob. Aquí está la lista.

Preséntale un pliego de papel, y lee.

Luis. Diez cubiertos servidos cinco veces de siete

platos cada una... bueno... esto me gusta... Un gallo vírgen... excelente... Una torta del templo de Venus... admirable... No habrá vino; pero beberémos agua y licores finos... Mira que mañana vamos de caza.

Rob. Señor todo está listo, allí tiene V. S. el zurron y la escopeta de dos cañones...

Sale Pánfilo.

Panf. Señor, ahí está el hombre que me mandasteis llamar.

Rob. Aquí viene, este es.

SCENA II.

Don Luis, Justo y Roberto.

Don Luis recostado en su taburete, vuelve la cabeza con ademan entre altanero y risueño hácia el ladó por donde sale Justo: de quando en quando se mete en la boca algunas pastillas, que saca de una caxita, que le sirve de juguete en las manos.

Luis. Que se acerque.

A Roberto.

Justo. Me han dicho que este caballero...

Rob. No os detengais ; hablad á mi señor.

Saluda.

Justo. Señor...

Luis. Sí, amigo, te mandé llamar; me han dado noticias de tí: ¿no es cierto que eres muy pobre?

Con noble sencillez.

Just. Señor, yo me llamo Justo: soy un pobre artesano, y no amigo vuestro: si lo fuera, nos podríamos tutear ; así os suplico no querais avergonzarme. Soy pobre, es verdad ; pero de esto no tengo yo la culpa...

Luis. ¡Cómo pues!... pero hombre me hablas en un tono...

Justo. Señor, háble me V. S. en otro, ó me retiro. No sois el primero á quien no he podido sufrir ; y aunque en ello fuese mi fortuna, siempre tendria el mismo valor. La mayor parte de todos vosotros se abroga el injusto derecho de insultarnos, solamente porque somos desdichados. ¿No nos basta el ser indigentes, sino que tambien nos hemos de ver envilecidos?...

Dirígese á la puerta como para irse.

Absorto.

Rob. Esto es nuevo.

Levantándose.

Luis. Es singular. Que no se vaya...

A Justo.

Oiga vm. señor Justo, os enfadais muy pronto. Todavía no sabeis lo que os quiero: esperad un momento, y no tendréis de qué quejaros; no, no os pesará.

Justo. Mucho siento haberos hablado de este modo; pero es cosa que no puedo remediar... Sé muy bien que tengo necesidad de los demas.

Luis. Pues bien, mi intento es que mejoreis de fortuna: yo puedo, sin que me haga falta, procuraros una suerte mas feliz, y hacer de modo que vivais con mas comodidad. Lo que os digo es de todo corazon. En señal tomad ese bolsillo; esto no se desprecia así como quiera: en él van cincuenta doblones.

Le presenta el bolsillo.

Justo. ¡Señor V. S. me sorprehende! ¡cincuenta doblones! ¡á mí! ¿Y qué servicio os he hecho? ¿qué exîgís de mí? ¿qué precio poneis á este dinero?

Luis. Yo poseo algunos bienes, y vos mismo habeis dicho que sois pobre, por eso os doy este bolsillo; sí, os le doy.

Con entereza.

Justo. Nada he hecho para poder aceptar vuestra dádiva: permitidme, señor, que os lo diga; temo este presente.... vuestros iguales no prodigan el oro sin interés.

Luis. Yo no me parezco á los de mi clase: y mis ofertas son hijas de la generosidad. ¿Por qué desconfiais de ésta, y os negais á aceptarla? ¿me creeis incapaz de hacer bien? Ultimamente, puesto que no os resolveis, os diré que esta es una promesa que hice, y que cumplo en vuestro favor.

Justo. Señor, V. S. sin duda quiere burlarse de mí...

Le pone el bolsillo en la mano.

Luis. No: en prueba llevárosle, vuestro es.

Justo. ¡Es mio!

Con entusiasmo.

¡Hombre generoso! á vuestros pies me teneis... sí, lo llevaré... sería inhumano si no lo tomára.

Levanta el bolsillo.

Dentro va, sí; dentro va la libertad de un padre, y la felicidad de nosotros tres; pero temo engañarme. No sé si debo... ¿Me le dais? decidme, ¿me le dais?

Sonriéndose.

Luis. Sí, sí; os le doy... yo, yo os le doy.

Apretándole fuertemente, y como delirando.

Justo. Pues bien, el universo entero no me le quitará... Oro sagrado, yo te estrecho en mi seno, porque vas á servir á la naturaleza, y á mi ternura. Veo, por la primera vez de mi vida, que te se puede amar é idolatrar.

A Don Luis.

Volveré, señor, volveré; y veréis el uso que hago de él... os veréis precisado á llorar con nosotros de alegría, y esta será vuestra recompensa. El cielo os colme de bienes verdaderos. ¡Padre mio! ¡ah! corramos: temo morirme ántes de llegar allá.

SCENA III.

Don Luis y Roberto.

Rob. Creo que perderá el juicio.

Luis. Ya ves el indefectible efecto de mi receta: no, no tendrá necesidad de mas fuerte dosis.

Rob. Pero es locura haberle dado una suma tan grande.

Luis. ¡Ola, señor mayordomo! ¿Me regañais acaso porque os he pedido prestado ese dinero? No,

no; eso no me gusta... No te vuelvas á meter en lo que no te importa, porque no te escucharé...

Aparte.

Rob. ¡Bueno! así es como quiero yo que me respondan los amos.

Luis. Los cien mil ducados de mi hermana, que estan en poder de Don Bonifacio, y á que no me quiere dexar tocar, volverán á equilibrar mi gasto. Yo he de disfrutar de la vida, y por nada me incomodo quando tengo la bolsa abierta.

Bosteza.

Si me apuran, me arruinaré... el placer en alguna parte está; y empeñándome en buscarlo, sin duda lo he de encuentrar.

Bosteza otra vez.

Si viniere la muchacha, ya te lo he dicho, es menester insinuarle que aquí está su hermano: sin esta precaucion acaso...

Rob. En verdad, señor, que V. S. hace poco favor á mi penetracion, repitiéndome cosas que sé de memoria. Hágame V. S. el favor de pensar...

Luis. Va, va; parece que en efecto estoy enamorado segun los deseos que tengo de verla.

Sale Facundo.

Fac. Señor, Don Leon...

Luis. Que pase adelante.

A Roberto.

Cuidado que me avises luego que llegue...

Con enfado.

Rob. ¿Es este acaso mi primer ensayo?... Señor, yo sé, concibo, y entiendo...

SCENA IV.

Don Luis y Leon.

Luis. Agur Don Leon: tome vm. asiento.

Leon. A buena hora llego; estais solo, y hablarémos de cosas...

Luis. ¡De cosas! ¡O! dexaos de eso por ahora.

Leon. Es preciso. Ya he venido diez veces, y es menester que hablemos.

Luis. Como no seais muy largo enhorabuena, porque espero una personita...

Leon. Quando venga, yo me retiraré.

Luis. Siendo así convengo en ello. Sin embargo despachaos. Vamos, ¿de qué se trata?

Leon. De esa fatal hermana que vuestro difunto padre se acordó declarar en su testamento.

Luis. ¿Qué, se ha sabido algo de ella?

Leon. V. S. me mandó que secretamente hiciese averiguaciones, á efecto de precaver la tempestad que tememos; pero ningunas luces he adquirido, y nadie me da razon de su paradero. Lo que únicamente me han escrito es que ese tio vuestro que la ha criado, oprimido de desgracias se ausentó del lugar en compañía de su sobrina y de su hijo luego que murió su muger, y que andan errantes yo no sé dónde.

Luis. Tanto mejor.

Leon. Tanto peor digo yo: porque si supiéramos positivamente su paradero, tomaríamos todas las medidas necesarias para atarles las manos.

Luis. ¿Y para qué inquietarnos tanto, quando acaso haya un siglo que estan en el otro mundo? Quando mi padre dexó su miserable pais para buscar la fortuna que encontró, aun no tenia yo seis años. Apenas me acuerdo de esta hermana que se quedó encomendada á su tio, buen campesino por cierto, para que la criase. ¡Un sueño me parece todo lo pasado!... ¡Ha visto uno tantas cosas despues! Pero yo no sé por qué escrúpulo de conciencia se acordó mi padre de esta hija en el preciso momento que mis intereses exîgian se olvidase de ella enteramente. Es un chas-

co cruel el que me ha pegado; porque ó debió haberla traido consigo, criarla como á mí, y darle una brillante educacion, ó no acordarse jamas de ella: en el estado en que me hallo, nunca me determinaré á reconocer por hermana mia á una lugareña.

Leon. Ya se vé, no sería decente: y si miramos al cuidado que puso vuestro padre en no descubrirse á su hermano, es claro que de vivo previó el daño que le podia resultar de semejante parentesco. ¿Por qué quando se fué al otro mundo, quiso forzaros á que aguanteis lo que él no pudo tolerar en este? Parece que los moribundos olvidan siempre en su partida todos los usos recibidos.

Luis. No, por vida mia; jamas consentiré en perder la mitad de unos bienes que apénas me alcanzan por entero. Ya no se puede vivir con quarenta mil ducados de renta: esto era bueno para mi padre veinte años hace; ¡mas para mí! necesito doble precisamente.

Leon. No hay duda: un hombre como V. S. debe brillar: de otro modo ¿cómo se ha de llevar la atencion? Aquí para los dos: el nacimiento ni las acciones ilustres no son las que á V. S. le distinguen.

Luis. Pero... sin embargo, señor Don Leon...

Leon. Perdonadme... acaso os hablo con demasiada franqueza; mas ya sabeis la intimidad que tuve con vuestro padre. Nosotros nos conocimos uno y otro poco ménos que miserables. Vuestro padre entónces estaba muy ageno de pensar en libreas y caballos; y las seis casas que yo tengo en Madrid aun eran de los dueños que las permutáron conmigo por papel sellado.

Sonriéndose.

Luis. Nadie podrá decir que sois tonto, D. Leon.

Leon. Todavía me acuerdo con gusto de aquel tiempo, sin embargo de mi extrema pobreza; pero yo nunca fuí tan feliz como vuestro padre. Nada teníamos reservado el uno para el otro. Quando á él le creáron oficial quinto de la Aduana, obtuve yo la plaza de segundo amanuense en mi primer estudio. Por último, hecho, gracias á Dios, Procurador, despues de diez años de contínua asistencia, nos servimos recíprocate, y yo me puedo gloriar de haberle ganado algunos pleytos, que sin vanidad ninguna eran de los mas dificultosos: por eso me distinguió siempre mucho, y aun puedo decir que me amó.

Luis. Bastantes pruebas os dió de ello nombrán-

doos executor del testamento, que me hace temer una partija.

Leon. Don Bonifacio, que es un moralista eterno, le intimidaria sin duda; pero un momento de debilidad es perdonable en semejante paso. Yo mismo no sé cómo me compondré en mi última hora: lo cierto es que un minuto despues ya no exîstimos.

Medita un momento.

Pero no tengais miedo, que yo os sacaré esa espina del pie. Son tantos los recursos de mi arte; este es tan basto, tan profundo y complicado, que si llega á presentarse, yo la meteré en un laberinto de que no podrá salir... Solo Don Bonifacio nos detiene, y ciertamente nos ha de costar mucho el ganarlo.

Luis. Irémos á verlo otra vez.

Leon. Bien pensado... por mí, pronto; ya lo sabeis.

Luis. Mas parece que no sois santo de su devocion.

Leon. Nosotros tan presto estamos bien como mal.

Sale Roberto.

Luis. Ahí está, Don Leon... ya os lo dixe.

Se levanta y se despide.

Leon. Yo me retiro.

SCENA V.

Don Luis, Susana y Roberto.

Luis. ¿Es ella?

Quedito.

Rob. Sí señor.

Luis. Bien, bien...

Desde la puerta.

Rob. Entre vm. señorita: ya os he dicho que aquí está vuestro hermano hablando con mi señor.

Apenas entra Susana en el aposento vase Roberto, y cierra tras sí la puerta con precipitacion.

Dirigiéndose á Susana.

Luis. Ven, niña hermosa, ven... ¿De qué tienes miedo?

Quiere abrir la puerta.

Sus. Perdonadme... Me dixéron que aquí estaba mi hermano... no está... me han engañado...

Luis. Sosegaos: vuestro hermano, quanto acaba de salir... vuelve pronto, y le podeis esperar un momento.

Esforzándose para abrir.

Sus. Señor, yo le esperaré en el zaguan... pero esta puerta... esta puerta... se ha cerrado.

Sonriéndose.

Luis. ¡O! nuestras puertas no se abren tan fácilmente: tienen un resorte invisible... ¿Pero teneis miedo de estar conmigo un instante? Tengo muchas cosas que deciros.

En tono grave y enérgico, aunque con alguna timidez.

Sus. No señor, nada temo; decid pues lo que gusteis.

Quiere cogerle las manos, y ella se retira.

Luis. Muchas, muchas cosas buenas... Pero sentémonos... ¿Qué te se ha perdido en la puerta!... Dices que no tienes miedo... ¡ah fanfarrona! ¿por qué te tiemblan las manos?... vamos; siéntate... hablarémos... *Preséntala una silla.*

Sus. Señor, nosotros siempre acostumbramos hablar en pie.

Luis. ¡Ah porfiada!... mas vamos como tú quieras... Mira bien este aposento, sus muebles y colgaduras: díme, ¿no quisieras tú vivir en otro semejante, tener ricos vestidos, sortijas, joyas excelentes, y mirarte en estos grandes espejos?

¿todo esto no es muy delicioso, muy apetecible, y todo lo demas que se sigue?... Criados, buena mesa, un coche, una silla... ¡O! ¡una silla volante es una delicia! ¿no es cierto?

Sus. No sé á dónde vais á parar, ni lo que me queréis decir.

Luis. En efecto; no es fácil imaginarlo: pero escucha, y lo sabrás... Si quisieran de improviso acomodarte... por exemplo, hacerte muger de un hombre muy rico, así como yo: ¿qué darías por dicha semejante?

Sus. Nada, señor.

Luis. ¡Nada!... ¡Pobrecita! es sencilla: cree que nada puede dar.

Sus. Señor, lo digo de todo corazon: no os envidio esa opulencia en que os olvidais de todo, en que os olvidais de vos mismo. No podria vivir en tan grande abundancia sin mirar que todo lo superfluo hace extrema falta á millares de infelices... Hablo de este modo, porque sé lo que es la indigencia.

En tono recalcado.

Luis. Ya no la conocerás ni tú, ni tu hermano. Quiero hacerlo feliz, y ahora mismo acabo de

darle cincuenta doblones. ¡Qué contento se fué! ¡cómo me quiere!

Pasmada.

Sus. ¡A mi hermano! ¡Habeis dado dinero! ¡Ah señor! Dexadme correr á él... dexadme... que os lo vuelva.

Luis. ¿Pues cómo?

Sus. Generosidad tan extraordinaria solo puede tener en vos motivos que me horrorizan.

Luis. Esas son palabras hinchadas: pero yo lo que exîjo es un poco de agradecimiento... Me volveréis á decir que no podeis nada, que no me entendeis.

Sus. ¡Oxalá no os hubiera entendido tanto!... Señor, no puedo permanecer aquí mas tiempo. Mandadme abrir, mandadme abrir; por Dios os lo suplico.

Luis. Perdería mucho: y semejante complacencia sería en mi perjuicio. ¿Por qué queréis que me aborezca? Yo me quiero bien, y este es mi delito, si se le puede dar el nombre de tal. Imitadme, pues, y nada os hará falta; mejor estaréis conmigo, que si fuerais muger de un Duque ó Príncipe.

Con energía y dignidad.

Sus. ¿Y para hacerme tales proposiciones, me hicisteis entrar, con el artificioso pretexto de que me llamaba mi hermano? ¿Así nos ultrajais porque somos pobres, y no tenemos proteccion? ¿No os avergonzais de tendernos semejantes redes, y de aumentar el conocimiento de nuestro infortunio, con el desprecio que haceis de nosotros? ¿Nos juzgais incapaces de tener algunas virtudes? ¿Y creeis fácil cosa deshonrarnos solo porque vuestra vanidad os promete un seguro triunfo? Acaso lo fundais en nuestras excesivas necesidades... ¡Feliz yo que recibí una honrada educacion! pues á no ser por ella, acaso pudieran seducirme los falsos bienes que me proponeis. Perdería el tesoro mas precioso: la propia estimacion, que solo la aprecia quien sabe respetarse, y la tranquilidad hija de la inocencia: perdería estos bienes inestimables; me tendrían por infeliz; lo sería en efecto; y el oprobio no me dexaría mirar en torno mio sin rubor en la frente.

Luis. Habla como Pamela... pero su lenguage no es de aldea... Decidme, pues: ¿á dónde habeis vivido?... ¿Habeis corrido muchas tierras?

Sus. Desde que nos ausentamos de nuestro lugar, por el que todavía suspiro, nos hemos visto precisados á vivir en muchas ciudades populosas; pero siempre con gentes honradas, que nos han enseñado á hablar bien, y á pensar mejor. A mi hermano y á mí nos gusta mucho leer juntos en los cortos momentos de nuestro ocio; placer muy sabroso que nada nos cuesta, y que muchas veces alivia nuestros pesares. Entre los libros que nos han prestado, me acuerdo muy bien de la historia de Pamela; y si V. S. la leyó, deberá haberle enternecido.

Aparte.

Luis. Bien decia yo que habia leído... ¿Con qué los libros son los que os han formado?

Sus. Y la desgracia que instruye todavía mucho mas.

Luis. ¿Pero creeis todos esos cuentos y narraciones chiméricas?... El exemplo de Pamela es algo fuerte... Pero ya que sois amiga de leer, yo os prestaré libros tan buenos como ese. Tengo una Biblioteca con estampas, que jamas habréis visto. Yo apuesto á que os gusta mucho esta lectura.

Sus. No leo yo mas libros que los que mi hermano

aprueba; y ya nos han querido prestar algunos que él ha devuelto en el instante mismo sin querer leer las primeras páginas.

Luis. ¿Con qué tan escrupuloso es ese hermano vuestro?... ¿Lee él?

Sus. Uno y otro nos hemos criado en las mismas ocupaciones y virtudes.

Luis. Es decir, que habeis recibido las mismas preocupaciones... Bueno es moralizar; pero es quando no se encuentra otra cosa mejor que hacer. Todos los que escriben libros, son los primeros que se rien de lo que han escrito. Las muchachas en tanto que son jóvenes y hermosas deben subir al trono de los placeres, pues en él son adoradas y servidas como reynas. Basta abrir los ojos para descubrir este camino llano y delicioso. Todas esas bellezas cubiertas de brillantes que encontramos en los paseos y fiestas públicas, y que parecen otras tantas deidades, se moririan de hambre sino hubieran sacudido el yugo que las cautivaba en su miseria... El deleyte nunca engaña; no, jamas.

Con entusiasmo, y queriendo abrazarla.

Tan hermosa como Psiche, tan tímida y cruel como ella, te parece un monstruo el amor:

Enagenado.

anda; míralo solamente, y presto perderás el sentido.

Retrocede con agitacion.

Sus. Señor, mandad que me abran al instante... al instante mismo, ó tentaré todo...

Luis. Sosegaos, sosegaos: vuestro hermano...

Sus. No espero mas á mi hermano... ¡Ah! si supiera él...

Luis. ¡Cómo si él lo supiera!... no temas nada por su parte; está de acuerdo conmigo, y es mi favorito. Mejor que tú conoce él, que lo que yo quiero es hacerte feliz.

Con indignacion.

Sus. ¡Hombre vil! ¡en mi presencia te atreves á calumniarlo tan indignamente! Tú le engañaste sin duda, quando le hiciste aceptar ese cruel dinero. El te lo devolverá luego que... sepas quanto despreciamos lo que nos viene de tí. Persíganos en buen hora la miseria; lo mas que puede hacer es quitarnos esta triste vida.

Luis. ¡Pero qué engaño!... si yo no quiero otra cosa que tu dicha y felicidad... Yo te ofrezco una suerte envidiada de infinitas, mis bienes, y mi corazon. Hay cosas que á primera vista espantan,

convengo en ello... Pero vuelve en tí... yo me contendré, y nos explicarémos..

Mira á todas partes como buscando alguna cosa.

Sus. Señor, esta es la última vez que os digo me mandeis abrir.

Luis. ¡O! no, no: yo me guardaré bien... ántes de separarnos es menester que seamos amigos... qualquier otro partido, en conciencia, es inútil.

Coge Susana intrépidamente la escopeta de dos cañones, que descubre en el rincon.

¿Pero qué haceis, niña? ¿qué haceis?

Con vigor.

Sus. Yo saldré... No te acerques.

Asustado.

Luis. Dexa, niña, esa escopeta, déxala: mira que está cargada con bala... Cuidado, cuidado.

Con determinacion.

Sus. Infeliz de tí si te acercas.

Da muchos golpes á la puerta con la culata de la escopeta, y grita.

Abrid, señores, abrid; abrid por Dios.

Dispárase de repente uno de los cañones, y caésele la escopeta de las manos.

Cayendo encima de un taburete.

Luis. ¡Ay de mí!

De la parte afuera abriendo la puerta con precipitacion.

Rob. Socorro, socorro, socorro.

Huyendo desatinada.

Sus. ¡Ay Dios!

Vase.

Quedan inmobles en su primera actitud D. Luis y Roberto, mirándose sin poderse hablar.

SCENA VI.

Don Luis y Roberto.

Despues de un largo silencio.

Rob. ¡Un tiro!... ¡de dónde salió!... ¿quién está herido? En verdad que no me recobro de mi primer susto.

Luis. Estoy fuera de mí; no sé lo que me pasa.

Rob. ¿Pero cómo?...

Luis. Huyendo de mí, empujaba la puerta con esa escopeta... Uno de los cañones se disparó...

y es preciso que me haya hecho una harina la cabeza...

Rob. Nada, no señor... ¡Qué audacia enmedio de su virtud!

Cogiendo la escopeta con precaucion.

Pero se ha dado un escándalo espantoso. Toda la casa está alborotada, y los criados llegarán presto...

Luis. Salgámosles al encuentro, y manifestémosles que nada ha sucedido... Riete, riete pues...

Esforzándose á reir.

Rob. Sí, sí señor, me reiré, me reiré: ja, ja, ja.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el descanso espacioso de una escalera, que se comunica con la antecámara del aposento de Don Luis.

SCENA PRIMERA.

Paciente y Justo.

Lleno de la mayor alegría trae como en triunfo á su anciano padre.

Justo. Esta es la casa de nuestro bienhechor; esta su habitacion: corramos, padre, á abrazar sus rodillas, y á regar con nuestras lágrimas sus pies... Después de vm., á él es á quien ama y honra mas mi corazon. Sus beneficios han aliviado los pesares de mi vida... ¡Padre mio! ya se acabó para nosotros el dolor.

Se sienta.

Pac. ¡Ay! hijo mio, estoy cansado. En diez meses que no hago exercicio, yo mismo me asombro de verme andar. ¡Cómo sucede el placer á las desgracias! ¿mas qué digo? ¿Acaso he pa-

decido yo? No, el cielo me dió un buen hijo: y en tanto que los de los ricos son bárbaros y descastados, los mios enxugan mis lágrimas: sus tiernos cuidados me han hecho bendecir mil veces la pobreza, y la pérdida de mi libertad.

Abrazándolo.

Justo. Quando os abrazaba en la prision, apénas podia respirar; solo pensaba en ocultar los tormentos de mi corazon; pero ahora mi gozo es puro, completo é inalterable... ¡Dios mio! Horror me causan vuestras penas pasadas.

Pac. ¡Mis penas! Soy hombre, hijo mio, y he debido probarlas. ¡Quántos infelices he visto padeciendo á mi lado!... Mi mayor satisfaccion de que el infortunio no me pudo privar, consistia en ver tranquila mi alma, en juzgarme á mí mismo, y hallarme inocente. La injusticia pudo hacerme verter algunas lágrimas; pero jamas entró en mi pecho la desesperacion. Dios me prestó valor, viendo que me sometia sin murmurar á sus altos é incomprehensibles juicios.

Justo. Vuestro corazon generoso fué quien os puso preso. Resistiéndoos á quitar sus aperos á vuestros hermanos los cultivadores, que-

dasteis en descubierto, y pasásteis por disipador de las rentas reales.

Pac. ¡Cómo ha de ser, Justo! Sin embargo, yo me consuelo... Mira; quando por entre las altas paredes de mi estrecha prision podia descubrir un punto del cielo, me decia, y quedaba satisfecho: allí reside el Protector de los desdichados: la tierra los olvida; pero el mas infeliz de ellos está presente á su vista. Dios me ama, pues me conserva á mi Justo... ¿Y Susana dónde está?

Justo. De léjos la ví, la llamé, y viene corriendo. Ven, hermana, ven...

SCENA II.

Paciente, Justo y Susana.

Corre, y se echa á los pies de su padre.

Sus. Padre mio, ¡estais en libertad!... ¡Mi padre libre!... ¡Y qué divinidad!... ¡Ay hermano mio! ¡dicha inesperada!

Pac. Hijos, hijos mios; demos todos gracias al cielo... Yo siempre confié en él; pero mi contento se redobla con las demostraciones de

vuestra ternura... Ya no nos separarémos.

Descubre á Don Luis.

Justo. Padre mio, á nosotros se dirige el bienhechor que á todos tres nos ha vuelto á la vida...

SCENA III.

Paciente, Justo, Susana y Don Luis.

Caminando hácia Don Luis.

Pac. ¡Ah señor! ¿Con qué podrémos satisfacer lo que os debemos? ¿Cómo pagaré el placer que me haceis gustar en este momento?...

Interrumpiéndole.

Justo. Disfrutad de vuestra generosidad... Mi padre, que aquí veis, estaba preso por deudas desgraciadas; acaso hubiera perecido entre los horrores de la miseria, si por medio del dinero que me disteis, no hubiera obtenido su libertad. Sus hijos le poseen... En esto, señor, empleé aquella suma que tan cara me fué.

Algo turbado.

Luis. Me alegro, me alegro. Sentaos, buen viejo. Tengo mucho gusto en hacer bien: yo... ya, ya veréis.

Justo. Para nosotros sois una deidad que amarémos y respetarémos toda la vida... Padre, hermana, echémonos á sus pies.

A Susana que llora.

La alegría te hace llorar. Vamos:

Justo y Paciente hacen ademán de arrodillarse, y Don Luis los levanta.

señor, nuestras mudas lágrimas os exprimen el mas vivo reconocimiento.

A Susana que permanece en pie.

¡Qué! ¿no te unes á nosotros? ¿Será acaso Susana insensible é ingrata? Me confundes, hermana... Me asustas y me afliges.

Cogiendo las manos á su padre.

Sus. ¡Ah Justo, Justo! Suspende tu juicio un momento... No, no...

Sofócase su voz en el seno de su padre, y no puede continuar.

Quiere separarla de Paciente.

Luis. Vamos, vamos; eso es demasiado: dexad respirar un poco á este pobre viejo; no le afligxais tanto, que tendrá necesidad de restaurar sus fuerzas. Que baxe: voy á la repostería á decir que le cuiden bien.

Conservando las manos de su padre.

Sus. ¡Padre mio!... No puedo proseguir... no puedo...

Pac. Hija mia... tus sollozos...

Sus. ¡Ay!... Es preciso que os torneis á la prision.

Con admiracion y sentimiento.

Justo. ¿Qué es lo que dices, Susana?

Sus. Te engañan, hermano, te engañan; y no sabes que...

Luis. Silencio, silencio por Dios... Queréis ahora...

Sus. No, no señor: si callára, sería culpable, y faltaría á lo que debo á su honor y al mio... Jamas les he ocultado nada... todo lo sabrán.

Pac. ¿Pues qué hay, hija mia?

Sus. El dinero que os ha dado la libertad, se prodigó para seducirnos á mí y á mi hermano. Todo el bien que nos hacen, es acosta de mi deshonor... Volveos á la prision, padre mio.

Con dignidad y entereza.

Pac. Sí, sin duda; me volveré ahora mismo y con mas gusto que salí de ella. La esclavitud, señor, me será ménos dura que la libertad, porque ésta os la debo, y me avergüenzo de que seais vos quien me la dais. Otro dia, acaso, la deberé á la piedad de corazones verdaderamente desinteresados: mi alma entónces se entregará á

la suave sensacion del agradecimiento, en vez que ahora la despedazan pesares amargos. Prefiero las cadenas á vuestras ofertas vergonzosas. Os firmaré un recibo, y haré una obligacion que os dé el mismo derecho sobre mi persona, único bien que poseo; pero ántes morirémos, Susana y yo, que permitir su infamia.

Luis. Os enojais muy presto: esperad un momento... escuchadme...

Pac. ¿Y para qué? ¿qué podeis decirme? Sin embargo, hablad; acabad vuestra obra: afligid el corazon de un padre tierno; atreveos á corromperlo para que prostituya á su hija, y haga de ella una infame... Soy pobre, pero honrado; nunca tuve á ménos el ser miserable; pero me humilla la idéa que habeis concebido: ¿y con qué derecho presumís, pueda yo ser cómplice vuestro?

Luis. No pretendo yo humillaros. Soy rico, y aun puedo añadir liberal. En mi mano está prodigaros toda clase de bienes; si así lo hago: ¿seré por esto delinqüente? Vos sois el único autor de vuestros males, vos que preferís la indigencia á la fortuna que os convida con sus dones: vos que...

Mírale Paciente, y enmudece turbado.

Con dignidad y entereza; pero sin acalorarse.

Pac. Acabad señor, acabad... pero no os atreveis, sí; no podeis sostener la vista de un padre... Miserable y sin abrigo os confunde, os descubre la baxeza é infamia de vuestros designios, ó mas bien os ilumina en este momento; porque yo tengo para mí que no sois del todo un malvado. No, no lo sois... conoceis que os degradais, y que os haceis vil á mis ojos. Andad con Dios; yo olvido la injuria que me habeis hecho para daros á conocer toda vuestra afrenta.

Furioso.

Justo. ¡Ah bárbaro! ¿por qué no leeria yo tu corazon? ¿por qué me engañaste? ¿por qué me mostraste una sombra de felicidad para precipitarme de improviso en la mas cruel desesperacion? ¡Ah! ¡que no hubiera yo leido tu frente pérfida! Hubiera pisado con ignominia el oro que bendixe; hubiera...

Con autoridad de padre.

Pac. Silencio, hijo, silencio; yo te lo mando.

Aparte.

Justo. ¡O tormento desconocido! ¡el oprobio nos acechaba, y estos golpes parten de él!

Violentándose.

Luis. Pero no me habeis dexado concluir... Mi aficion pudiera llegar á ser verdadera : prendado de su hermosura, podria formar con ella lazos que desterrasen todos vuestros escrúpulos : no sería este el primer exemplo del triunfo de la belleza que hayais visto en el curso de vuestra vida.

Pac. Nuevo insulto que desprecio, ó mas bien que perdono á un mísero jóven que jamas supo en qué consiste el honor; qué exîge ; qué ordena; y qué inspira. Hay cierta grandeza de alma que se halla con mas freqüencia entre los pobres, que entre los mismos ricos. Esta la tengo yo; y por mas que hagais, nunca me avillanaréis. No, jamas... Aunque en efecto pensárais casaros con Susana, no os juzgaria digno de ella: por la opulencia nadie se iguala á la virtud. Id con Dios: yo le destino otro esposo que la hará feliz.

Míranse recíprocamente Justo y Susana.

Desde aquí voy á efectuar lo que mis oraciones han pedido al cielo muchas veces, y porque deseaba con ansia el momento de mi libertad. Señor, solamente una hora necesito; despues volveré á empeñaros mi persona, constituirme vuestro deudor, y ponerme en vuestras manos... Fiad en mi palabra.

Luis. No os vayais ; estaos quieto , conservad vuestra libertad.

Pac. No quiero deberos nada:

Señalando á Susana.

la habeis ultrajado.

Dirigiéndose á Susana.

Luis. Y vos , Susana , ¿es cierto que me detestais?

Gesto mudo de Susana por respuesta.

Pac. No podemos aceptar ninguno de vuestros beneficios ; son demasiado crueles : y mísero aquel que los merece... ¡Hija! ¡hijo!

Hacen ademan de marcharse.

Pero no , estaos quietos ; y vos señor , ya que el vicio aun no ha fixado su asiento en vuestra alma , ya que no es imposible reformarla con el exemplo de una virtud victoriosa en la desgracia, y con el de los caprichos de la fortuna que se burla de nosotros en tanto que existimos , sed testigo de una declaracion que mi corazon hace, por no poderla reservar mas tiempo.

A sus hijos.

Este es el instante que os he prometido tantas veces ; debo explicarme en presencia de este caballero para extinguir en su corazon la mas pequeña centella de una esperanza criminal...

Susana... Justo... pensais ser hermanos... hijos mios, uno de vosotros...

Justo. ¡Qué vais á decir!... ¿Uno de nosotros no es hijo vuestro?

Sus. Temo por él... tiemblo por mí...

Pac. Siempre seré vuestro padre; siempre os amaré igualmente; nunca dexaréis de ser hijos mios, y yo estoy seguro de conservar siempre vuestros corazones... ¡Susana mia! Muchas veces te he hablado de tu tio y de su hijo, que vivian llenos de riquezas: uno y otro sabeis las muchas diligencias que he hecho para encontrarlos, y todas ¡ay! infructuosas... Pues bien, Susana, sábete que tu padre y hermano eran los que yo buscaba.

Acongojada.

Sus. ¡No soy hija vuestra!

Justo. ¡No soy yo tu hermano! ¡cielos!

Pac. Esperad, hijos, un momento, y no me interrumpais.

A Susana.

Tú me fuiste confiada por mi hermano luego que naciste: mi muger te alimentó con sus pechos, y te sirvió de madre. Criada en compañía de mi hijo, como si fueras hermana suya, y teniendo

yo que dexaros entregados uno á otro, para que vuestra union fuese pura y fraternal, no hallé otro medio mejor que el de dexaros ignorantes de un secreto, cuyas pruebas por escrito siempre he traido conmigo para manifestarlas en caso necesario. Sabeis que perseguido por la desgracia, y errante por todas partes, he perdido hasta la esperanza de encontrar estos dos parientes, que inutilmente he preguntado á la tierra entera. Supe que mudáron de apellido, y que se avecindáron en esta capital; pero la suerte me ha ocultado hasta los menores indicios... Susana, hija mia, hoy debieras vivir en la opulencia, y sin embargo permanecerás pobre; pero en recompensa tendrás una alma virtuosa, varonil, inocente y tranquila. Consuélente, pues, estos bienes de todos los que has perdido....

Aparte.

Luis. Debo ver en qué para esto... son cosas que me interesan mucho.

Pac. Con razon he adquirido el derecho de disponer de tí. Necesitas un esposo que te conozca y te ame; necesitas un protector que te defienda. Hacer enlaces felices no se prohibe á los pobres, ántes por el contrario son ventajas propias

que los ricos les envidian.

Cógense las manos Justo y Susana, y con sus ojos exprimen sus mutuos sentimientos.

Sí, hijos mios, conozco vuestros corazones; habeis nacido uno para otro, y Justo debe encontrar á su esposa perdiendo á su hermana.

A Susana.

Díme; ¿no le prefieres tú, no solamente á este rico, sino tambien á todos los de la tierra?

Abrázanse Justo y Susana.

Sus. ¿Necesito yo decirlo?

Aparte.

Luis. ¡Qué scena! ¡qué narracion! ¡qué inquietud se apodera de mí!

Justo. ¡Ah Susana! ya estarémos juntos toda la vida.

Sus. Her...

Justo. Olvida el nombre que ibas á pronunciar; olvídalo por otro no ménos caro... Sea qual fuese el título que me des, no me será posible amarte más.

A Don Luis que los está contemplando pensativo.

Pac. ¿Decidnos ahora, si todo quanto poseeis equivale á una de las efusiones dulces de nuestro co-

razon? ¡ah! ¡si probaseis estos movimientos puros y halagüeños!...

Con transporte.

Ricos infelices, guardad vuestro triste oro, y dexadnos el deleyte de las lágrimas.

Abraza á sus hijos.

Vamos, hijos mios, vamos; yo os guiaré, seguidme: el ayre que aquí se respira no es bueno. Señor, ya sabeis el motivo porque quise fueseis el primer testigo de la declaracion que tengo que hacer públicamente: despues que extendamos de ella un testimonio en forma, yo volveré.. Ya os tengo empeñada mi palabra. Dios os guarde

Vanse Justo y Susana miéntras dice Paciente estas últimas palabras.

Le detiene.

Luis. Esperad... oid una palabra.

Pac. A la vuelta señor, á la vuelta: dentro de poco seré con V. S... Si temeis perder vuestro dinero, os firmaré un recibo... concededme una hora solamente.

Luis. No os quiero mas que una palabra... hacedme el favor de decirme cómo os llamais, y el pais de donde sois.

Yéndose.

Pac. Paciente Perez, de Frexenal de la Sierra, en la provincia de Extremadura... servidor vuestro.

SCENA IV.

Don Luis desasosegado se pasea muy de priesa.

Luis. El es, ella es, ellos son... No cabe duda... ¡Encuentro fatal! ¡pérfida suerte! Por poco no me descubro. Aquí es preciso prudencia y actividad. El primer paso, sin duda, debe ser no dexarlos salir de Madrid. Despues les daré dineros, y de repente los haré marchar.

Tira de la campanilla, y sale un criado.

Pánfilo corre tras ellos, y hazlos volver inmediatamente. Diles que tengo que comunicarles cosas de importancia, y que no admiten espera. Despáchate, y cumple bien este encargo.

Vase Pánfilo.

Los contendré, abjuraré en su presencia el frívolo capricho que se me puso en la chola sin saber cómo; les prodigaré el dinero con demostraciones de zelo puramente generoso, y mañana los haré poner en marcha para su lugar. Con una casa y algunas hanegas de tierra quedarán con-

tentos. Sí, esto debe hacerse para salir bien con la empresa... ¡Pero estoy trémulo!... quisiera... no sé... ¿en qué vendrá á parar todo esto?

Paséase con precipitacion.

SCENA V.

Don Luis y Don Leon.

Luis. Buenos dias Don Leon; á mejor tiempo no podíais venir.

Leon. Gracias á Dios que os encuentro solo. Temia no poderos ver, porque...

Luis. Escuchadme: tengo mucho que comunicaros...

Leon. Permitidme que ántes os diga yo á lo que vengo...

Luis. No, eso no; yo debo manifestaros...

Leon. Por Dios, prestadme vuestra atencion...

Luis. De buena gana; pero será despues que os diga...

Leon. ¿Si supiérais?...

Luis. Lo sé...

Con viveza.

Leon. ¿Lo sabeis? ¿lo sabeis? Es extraño: ¿sabeis que acabo de tener noticias de ellos? ¿sabíais esto?

Dando una patada en el suelo.

Luis. Sí, lo sé mejor que vos.

Leon. Me desatinais; sabed, sabed pues que la hermana está en Madrid en compañía de su tio y de su primo.

Luis. Lo sé, lo sé... voto á... ¡ojalá no lo supiera!

Asombrado.

Leon. ¿Lo sabeis? ¿y por quién?

Luis. Los buscábamos léjos, teniéndolos á nuestra vista.

Leon. ¡A nuestra vista!

Luis. El texedor que vive en esa pocilga... hermano y hermana supuestos... el padre que estaba preso; todos acaban de salir de aquí.

Leon. ¡Es posible!...

Luis. Ellos son, no hay duda: por lo que dixéron los he reconocido.

Pasmado.

Leon. ¡Son los que viven en aquel zaquisami!

Luis. Sí, sí... Si supiérais lo que me ha pasado con esa familia indigente... Yo dí al texedor cincuenta doblones, y estos han servido para sacar á su padre de la cárcel.

Con enfado.

Leon. ¿Y quién diablo os mete á dar así vuestro dinero? Esto siempre trae consigo fatales consecüencias.

Luis. El padre me ofreció hacerme un recibo.

Leon. ¡Un recibo! Tomadlo, tomadlo: yo haré el borrador; no digamos en él, que la suma de que se confiesa deudor, sirvió para sacarlo de la cárcel, porque entónces no podríamos hacerle entrar en ella otra vez.

Luis. ¡O! no es esta suma miserable la que me inquieta.

Leon. Hicísteis mal, hicísteis mal... Pero esta canalla querrá seguir la cosa con calor... ¿Saben acaso que vos sois?...

Luis. Nada, nada enteramente... ni aun lo recelan siquiera...

Con alegría.

Leon. ¿Nada saben? Pues si así es, dexadme á mí, yo me las entenderé con ellos; yo los apartáre bien pronto del asunto; yo haré que á todos tres los metan en la cárcel. No os dé cuidado... Tres plazos me deben... ¿A dónde estan, á dónde estan?

Luis. A un criado envié en su alcance, para mejor retenerlos: presto los veréis, presto los veréis.

Leon. Bravo, bien pensado... ya viene... cuidado... Aquí estan.

SCENA VI.

Don Luis, Don Leon y Panfilo.

Con impaciencia.

Luis. ¿Qué hay?

Panf. Señor, por mas que me empeñé, no pude hacerlos volver pie atras. El viejo me juró que dentro de una hora estaría aquí, que ántes no podia ser porque tiene que hablar con un escribano. Me preguntó por uno que fuese de confianza y hombre de bien, yo los dirigí á D. Bonifacio, y corren á su casa.

Furioso.

Luis. Miserable... perecerás á mis manos.

Temblando.

Panf. Pues, señor, ¿en qué he delinquido? ¿No es muy hombre de bien Don Bonifacio?

Luis. Retírate, ó teme mi cólera... Retírate.

SCENA VII.

D. Luis y D. Leon.

Leon. No hay que hacer, el destino se burla de nosotros... la suerte, la suerte nuestra.

Paseándose distraído.

Luis. El furor me enagena.

Leon. Porque, aun quando Panfilo no los encaminára á casa de Don Bonifacio, el primer escribano á que se dirigieran los instruiría de todo, habiendo publicado nosotros que tenemos que decir á vuestra hermana ó sus herederos, cosas de la mayor importancia. Hay mas; prometímos cierta recompensa á qualquiera que nos diese noticia de ella; y en el diario de hoy un recaudador de rentas hace saber que está en Madrid con su hermano, y que vuestro tio se halla preso en esta capital por no haber sido sus muebles suficientes para pagar ciertas deudas en que salió alcanzado.

Luis. ¿Y qué harémos en este caso? ¿cómo eludir el terrible golpe que nos amenaza?

Leon. Vestíos presto; pero ántes enviad un recado á Don Bonifacio para que os espere, y no se dexe ver de nadie hasta que llegueis... Encargadle muy de veras que esté solo... vamos... quanto ántes, coged la pluma.

Don Luis fuera de sí llama á todos sus lacayos: estos salen.

Luis. ¿Y mi secretario?

Fac. Ha salido, señor.

Paseándose.

Luis. ¡Impertinente! ¡fatuo! ¡quándo yo le necesito! Iros... esperad... no, marchaos todos... ¡Qué reato!... Si yo no hubiera dado los cincuenta doblones, no hubiera salido el padre de la cárcel, no hubiera venido aquí, ni hubiera tenido noticia de mi escribano... ¡Dia fatal! ¡Capricho maldito!

Leon. El tiempo urge, y es menester escribir dos palabras absolutamente.

Desesperado.

Luis. Estando ausente mi secretario, ¿puedo yo escribir?

Leon. No os apureis por eso, yo haré sus veces.

Luis. Enhorabuena: ¿por qué no lo habeis dicho ántes?... Pasémos á mi gabinete.

Llama.

Tinta, plumas, papel. Vos me dictaréis todo lo que se ha de poner: ¿entendeis? Todo, todo.

Mirando á sus criados.

Yo echaré de casa á todos estos bribones.

ACTO QUARTO.

El teatro representa el despacho de un escribano: Don Bonifacio en bata, aparece sentado á su bufete, que estará todo cubierto de procesos y legajos.

SCENA PRIMERA.

D. Bonifacio leyendo y firmando.

Bon. ¡Qué multitud de deudas! Con dificultad se habrá visto otro siglo mas hambriento de dinero.

Menea la cabeza.

Mal negocio... ¡Sin fondos ni crédito!... malo. La pública confianza era para éste una mina inagotable, y despues de haberla cerrado con imprudencia, ahora quiere...

Se encoge de hombros.

¡Qué ignorancia!

Sale Alvarez, y le presenta unos papeles para que los firme.

¿Qué es esto? ¡Ah! El usurero que quebró... En el dia todo se compone. ¡Qué robo!... ¿Y los herederos de D. Cosme no han venido? ¿Quán-

do señalarán dia para transigir su negocio?

Alv. Poco despues que vm. salió, quiso Pantoja componerlos difinitivamente; pero con tres horas de contestaciones nada han adelantado... Se despidiéron diciendo que iban á escribir en derecho.

Bon. ¡Qué almas tan mezquinas enmedio de tantos títulos y bienes de fortuna! ¡Quántas baxezas no les ha hecho cometer su vil interés! Yo mismo los ví; no bien habia espirado D. Cosme, quando todos me asaltáron como una quadrilla de lobos encarnizados unos contra otros. Sus ojos famélicos me decían, todo es mio, nada es de mi hermano; y si vamos á ver, el ménos rico de ellos tiene mas de doce mil ducados de renta.

Alv. Quien ha venido segunda vez, es aquel padre, y su yerno futuro.

Bon. ¿Y qué?

Alv. Aun no se han convenido, y toda la diferencia está en diez mil reales.

Bon. ¡Qué pueda ajustarse de este modo un himeneo feliz! El bueno del padre tiene demasiado cariño á su dinero; es verdad que le habrá costado muchos sudores el ganarlo, y por eso me

parece ménos despreciable que su yerno; pues con todo el amor que segun dice profesa á la chica, se obstina imprudente en no casarse con ella, sino le dan los quatro mil pesos de dote... Aunque estoy viendo treinta años ha, cosas de esta clase, no me puedo acostumbrar á ellas.

Alv. El administrador envió recado... aquel que ha metido por fuerza á su hija en un convento.

Bon. Por no tener, segun dice él, bastantes fondos para casarla, miéntras que todo el mundo sabe los ruinosos gastos que hace en francachelas que le deshonran... ¡Qué gentes!

Alv. El viudo dexó dicho que dentro de poco volvería, y que solamente quiere entenderse con vm.

Bon. ¡Conmigo!... Yo se lo agradezco. Nunca me reducirá á que extienda las nuevas capitulaciones segun sus intentos perversos. ¡Qué via tan criminal quiere tomar este padre ciego para perder á sus hijos menores de edad, en favor de su segunda muger!... No creo que ninguno de mis compañeros se preste á tales supercherías: y mísero aquel que lo haga.

Firma.

Acuérdate bien, Alvarez, si llegas á exercer este empleo; acuérdate bien de los deberes que nos

impone. No basta llenarlos con aquella integridad ordinaria que nos pone á cubierto de toda reprehension; es menester atender con severidad escrupulosa á que nadie haga mas que lo puramente justo y equitativo. En fin, nosotros somos los que debemos sondear y descubrir al Brevion, quitarle la mascarilla con que se cubre, y si fuere posible, avergonzarle manifestándole su propia baxeza. El que así se conduce es útil á la patria, duerme satisfecho, y vive contento consigo mismo.

Alv. Bastante, señor, me dice vuestro exemplo; ¡y oxalá que todos los que tienen empleos públicos, exerciesen sus funciones como vos exerceis las vuestras!

Bon. Silencio, silencio, amigo... No hablémos de nadie; caminémos via recta, y no nos parémos á ver los que se extravian... Léjos de nuestro pensamiento todo lo que no sea decente...

Sale Pantoja, le entrega una carta, y se va.

Pant. Señor, esta carta han traído de parte de Don Luis.

Bon. Dame acá. *La lee.*

Me ruega que esté solo, y no me dexe ver de

nadie porque viene ahora mismo con su Procurador para concertar... Sé lo que quiere. Este Procurador y este jóven... No, no nos convendrémos... ¿Y aquellas informaciones que mandé hacer?... ¿No ha resultado nada de ellas?

Alv. Nada, señor.

Bon. Pero el diario y carteles de hoy no habran venido todavía.

Alv. No señor.

Bon. Pues entrámelos luego que los traigan... Cada vez que pienso en este negocio me entristezco... Los infelices acaso padecerán la mayor miseria, al mismo tiempo que sin saberlo, son poseedores de bienes muy considerables.

Suspira.

Dame aquel legajo núm. 307... de este lado... ponlo ahí.

Sale Pantoja con una sumaria, y Alvarez se retira.

¿Se ha confrontado? bueno... Llévate estos otros papeles.... y avísame inmediatamente que me busquen; no hagas esperar á nadie. En Madrid nada es mas escaso que el tiempo... El mio está consagrado al público, y debo emplearlo todo en su servicio.

Pant. Señor, en el estudio estan un paisano viejo, otro mozo, y una muchacha... Parece cosa de matrimonio. Quieren hablaros; pero no teniendo yo por conveniente interrumpiros ahora, estan esperando abaxo.

Bon. ¿Por qué no me has avisado ántes? Mil veces te he dicho que no detengas á esta clase de gentes... Ve presto, diles que entren.

Vase Pantoja.

SCENA II.

Don Bonifacio solo.

Bon. ¡Qué negligentes los hace su atolondramiento! En buen hora, que mi primer Pasante despache á los Condes, Duques y Marqueses; pero los pobres los reservo para mí, son mi recreo. Ellos entran con cortedad, y no saben que nunca estoy tan contento como quando sus alvarcas ensucian mis esterados. Muchas veces he encontrado almas nuevas y grandes en estos que el orgullo llama villanos...

Descúbrense Paciente, Justo y Susana limpiándose los pies de la parte afuera, y dudosos de entrar: levántase Don Bonifacio, y sale á recibirlos.

SCENA III.

Paciente, Justo, Susana y Don Bonifacio.

Bon. Entrad, entrad amigos, entrad pues... Bien estais, abuelito: dexaos de limpiar los zapatos... como quiera, entrad...

Pac. y Justo. Señor, señor, venimos...

Bon. Ante todas cosas, tomad asiento todos tres.

Justo. Tememos...

Bon. Con entera libertad: como si estuvierais en vuestra propia casa... Vaya, sentaos...

Siéntanse.

Eso es... Decid ahora... ¿Es cosa de matrimonio?

Justo. ¡Señor lo habeis adivinado!... Sí señor.

Bon. Me alegro... La chica es bonita, y además muy modesta; y para mí es un placer indecible el que tengo en hacer tales matrimonios... y bien, amigos, estaréis de acuerdo. Vosotros sois los que verdaderamente os casais, porque los de las ciudades por poco que tengan, lo que hacen son mercados.

Pac. ¡Ay señor! nosotros estamos del todo convenidos; pero hay un inconveniente, y este es el motivo porque os quería hablar. Yo deseo

con ansia que estos muchachos se casen: es preciso que así suceda, porque en ellos estriba toda mi esperanza, y porque esta es la única felicidad que espero tener ántes de baxar al sepulcro: pero señor, no lo creereis; entre todos tres no tenemos... No me atrevo á acabar, no obstante de que es preciso.

Justo. Permitidme, padre mio, que yo lo diga por vm.

Pac. No, Justo, déxame á mí. Señor, vengo á implorar vuestro auxílio, y á revelaros nuestra triste suerte... vengo... ¡Ah! mis idéas se confunden...

Bon. ¿Por qué dudais? ¿en qué os deteneis? El hombre de bien nunca debe temblar delante de un semejante suyo, que tiene por obligacion en todo tiempo escucharle, y serle útil... Yo os respeto porque me pareceis honrado.

Levantándose, y tendiendo los brazos hácia él.

Pac. Pero sin dinero... Nada tenemos que daros, señor; y no sé de qué medios valerme para que protejais su matrimonio. Yo lo que quiero solamente es, que se puedan casar, que por lo demas ellos son laboriosos y sobríos, y siempre tendrán pan que comer: por otra parte la pro-

videncia que los ha ayudado hasta el presente, se dignará acaso favorecerlos mas en adelante.

Bon. Soy de vuestro parecer, y con razon pensais de esa manera. Sí, no hay duda, yo tambien quiero verlos unidos; mi mismo corazon parece se alegra secretamente. Estad seguros que todo lo que concierne á mi ministerio se hará con la mayor diligencia, sin exîgir nada por el feliz poder de exercerlo.

Gesto mudo entre Justo y Susana.

Pac. ¡Ay señor! ¡cómo pagar tanta bondad! Sin embargo, ellos pueden concebir algunas esperanzas, y este es otro poderoso motivo porque anhelo se realice el contrato; porque el padre de esta niña... Todo lo sabréis... El inconveniente mayor que hay en este asunto, es que una es sobrina mia, y otro mi hijo... Quisiera saber...

Bon. ¡Primos hermanos! es verdad... es un obstáculo...

Justo. ¡Obstáculo!... estoy perdido... ¡ah Susana!

Bon. No os aflijais por eso: todo tiene su remedio. En sacando la correspondiente dispensa, la cosa está compuesta, y yo os prometo suplir el dinero que se necesite para conseguirla.

A Paciente.

Me parece que quadran bien para que los dexemos penar.

Pac. ¡Ah señor!... vuestra generosidad...

Con la pluma en la mano.

Bon. Vamos, ¿quál es vuestro oficio?

Pac. Vivia de la labor.

Con amor.

Bon. Bueno: ¡si supiérais quánto amo, si supiérais quánto venero á los labradores!

Pac. Oprimido por infinitas calamidades que me abarrancáron, y perseguido por intereses que no pude cobrar, me prendiéron...

Bon. Hay hombres muy duros; pero dexémoslos entregados á su propia insensibilidad... serán castigados... Decidme, abuelito; ¿en qué tierra teníais vuestro domicilio?

Pac. En Frexenal de la Sierra, provincia de Extremadura.

Con interés.

Bon. ¿En Frexenal de la Sierra? Justamente este es el lugar... me alegro,

Levántase, y ojea en el legajo núm. 307.

porque busco cierta familia del mismo pueblo, y acaso me daréis noticia de ella.

Pasa muchas hojas en voz baxa, y de improviso alza la voz.

En 1750 un tal Paciente Perez...

Pac. ¡Ay señor! aunque sea alguna nueva desgracia que me esté reservada, no puedo negar la verdad: yo soy ese Paciente Perez.

Atónito grita.

Bon. ¡Vos sois Paciente Perez!

Pac. Sí señor; el mismo, yo soy.

Trémulo de alegría.

Bon. Estadme atento: sois hermano de Isidoro Perez, que despues se mudó el apellido, y tomó el de Dueñas... que estuvo ausente...

Pac. Sí señor; mi hermano, y padre de esta niña: hermano á quien ando buscando, y de quien no he tenido la menor noticia muchos años ha. ¿Quereis ver papeles que os confirmen todo lo que digo?

Busca en sus faltriqueras, y le entrega unos papeles.

Los lee rápidamente, y exclama transportado.

Bon. ¡Amigos mios! el cielo os traxo á mi casa. ¡Dia feliz!... el gozo me enagena... esta es la niña que buscábamos por todas partes... ¿No leeis vosotros el diario?

Pac. Nunca, señor; ni aun sabemos lo que es... ¿Acaso vive su padre? ¿le conoceis, le conoceis quizá? ¡Ah! dadnos alguna noticia; sean quales fueren sus yerros, al fin es mi hermano.

Sus. ¡Justo!... ¡Justo!...

Justo. Escuchémos, escuchémos... Señor, acabadnos de sacar...

A Susana en tono grave, pero sensible.

Bon. Conocí á vuestro padre; sí, le conocí... A mí fué á quien mandó llamar en su última hora...

Con voz dolorida.

Sus. ¡Ha muerto!...

Bon. Llorando no teneros á su lado para que le cerraseis los ojos. Murió amándoos, llamando á su hija, y deseando reparar su olvido... El me dictó el testamento que aquí veis... dexó ochenta mil ducados de renta, que se han de partir entre sus dos hijos. Hoy mismo os presentaré á vuestro hermano Don Luis, que vive opulento con el apellido de Dueñas que tomó vuestro padre.

Paciente, Justo, y Susana manifiestan su admiracion con acciones; háblanse sus ojos, y exclaman casi juntos.

Justo. ¡Ah Susana!

Pac. Ve aquí tus virtudes recompensadas... El cielo es justo.

Sus. ¡Es ilusion!... Mi padre... ¡Qué! ¡Don Luis Dueñas será mi hermano!

A Susana.

Bon. ¿Le conoceis acaso?

Sus. Demasiado.

Justo. ¿Es uno que vive en la calle mayor?

Bon. El mismo.

Se levanta.

Pac. Todos tres, señor, venimos ahora de su casa.

Bon. ¡De su casa! ¿Pues cómo? decídmelo... informadme de los motivos que os pudiéron llevar á ella.

Pac. ¡Ah señor! Excusadnos una relacion circunstanciada de cosas que nos avergüenzan. ¡Qué educacion ha tenido á pesar de sus riquezas! ¡quánto mas valiera que pobre como nosotros fuera honrado y virtuoso! ¡Pero ay! corrompido por la opulencia es un seductor, un vicioso que creyó esta mañana poder comprar su virtud... A mí mismo tuvo cara para proponérmelo.

Bon. ¿Y no os habeis dado á conocer uno á otro.

Pac. Yo le dixe mi nombre al despedirme... ¿Pero se acordará de él?

Bon. ¡Que si se acuerda! Sí, ciertamente, y de un modo que humilla su orgullo, y amedrenta su avaricia.

Sale Pantoja.

Pant. Señor, Don Luis Dueñas se apea del coche.

Pac. ¡Vendrá tambien á perseguirnos aquí.

Al criado.

Bon. Que espere un momento.

Vase el criado.

¡Amigos mios! este es uno de los dias mas hermosos de mi vida. ¡Quántas gracias doy al cielo por tan dichoso encuentro! ¡quánto bendigo la mano de la providencia!... Ya dexasteis de ser pobres, principiais á ser ricos, y á no necesitar á nadie: disfrutaréis lo que es vuestro, y que merecen vuestras virtudes.

Pone la mano sobre un papel que está á su derecha.

Este es el testamento que os voy á leer... Susana, esta es la firma de vuestro padre que no habeis conocido. ¡Ay! bien presente os tuvo él en su última hora.

Besa llorando la firma de su padre.

Sus. ¡Ah! ¡que no exîstiera todavía!

Justo. Déxame, que yo tambien bese su nombre...

Tu padre debe serlo mio igualmente.

Levantándose.

Bon. Dentro de poco veréis lo que contiene; y puesto que vuestro hermano está esperando, voy á llamarlo: mas para que su primer entrada sea ménos ruidosa, pasad todos á este gabinete. De ahí oiréis mi voz, y á su tiempo os mandaré salir, porque quiero enternecer, confundir y ablandar su duro corazon. ¡Si se diera á partido! ¡qué contento quedaria conmigo mismo!

Pac. ¿Quién, señor, os hace tan bondadoso para con nosotros?

Bon. Hice juramento de ser justo, y cumplo con mi oficio... Entrad, amigos...

Abre la puerta del gabinete, y cierra tras sí. Despues toca la campanilla, y sale un criado.

SCENA IV.

Don Bonifacio y un criado.

Bon. Que entre Don Luis Dueñas...

Vase el criado.

Verémos si aun se está en sus trece, y si hace ánimo de llevar adelante su injusto proyecto; pero ya no se le puede disimular mas. Las le-

yes claman por la particion... Lo que siento es que D. Leon sea albacea. Es su consejero, y como los enredos le son tan familiares... Aquí estan...

Sale Don Luis y Don Leon: los saluda, manda acercar sillas, y se sienta con gravedad en su poltrona.

SCENA V.

Don Bonifacio, Don Luis y Don Leon.

Luis. Siempre sobre una misma cosa; extraño que vm. se conduzca así con nosotros. Tenemos las manos atadas, y como quiera es una mitad que le causa á uno sus desasosiegos... De todos modos, es menester quanto ántes zanjar este negocio...

Con frialdad.

Bon. ¿Habeis tenido algunas noticias? ¿Sabeis acaso el paradero de la hermana, sin la que nada podémos terminar?

Enfureciéndose.

Luis. Nada se puede terminar... Este, señores, es vuestro lenguage; todos os pareceis en él... Dilaciones y mas dilaciones... Si vive, porque vive; y si ha muerto, porque ha muerto, ¿nunca debo poseer sus bienes? Sí, probablemente habrá ya

mas de un siglo que esté en el otro mundo... En verdad que mis negocios no se ordenan de este modo.

Bon. Ya os he dicho que sin una sentencia especial, no se os puede dar la posesion de los bienes de esa hermana, que suponeis muerta tan gratuitamente. Habeis visto que solo un Escribano público pudo hacer sus veces quando se abrió el testamento, se hizo el inventario, y se vendiéron los muebles. La ley toma á los ausentes baxo su proteccion, no confia á los parientes sus intereses; y si despues de probado cierto tiempo de ausencia les pertenece á estos la posesion de los bienes de aquellos, es con el gravámen de devolvérselos si se presentan. Esta posesion no da la propiedad al heredero aparente, sino solo la simple administracion de que es responsable en caso que el ausente vuelva; no puede venderlos, enagenarlos, ni hipotecarlos en cien años, durante los quales la ley le presume vivo. Es muy singular que el señor Don Leon, vuestro consejero, no os haya confirmado todas estas verdades. En una palabra, solo la fé de muerto de vuestra hermana puede destruir la presuncion de la ley; porque podría suceder que se halláse

con completa salud, y que viniese ahora mismo á reclamar su legítima.

Leon. Pero bien sabeis que no se parten tan fácilmente los bienes con una desconocida; y aun quando se presentára en el momento la hermana de este caballero, nosotros nos querellaríamos de su impostura, como dirigida á usurpar el apellido y bienes de la familia. Permitidme que os lo diga: semejante tentativa con dificultad sale bien; porque no se presume que ningun padre pueda negar á un hijo suyo: del mismo modo, los Jueces jamas pronuncian en favor del incógnito, como no se vean convencidos por pruebas mas claras y evidentes que la luz del medio dia; y por dicha nuestra nada es tan dificil de presentar como una cadena de hechos que conduzcan al descubrimiento de la naturaleza. Me diréis que ella presentará su partida de bautismo: enhorabuena, verémos si está firmada de su padre. No basta establecer con certeza el nacimiento, es preciso probar la identidad hasta la última evidencia: es decir, que es preciso aplicar la prueba del nacimiento específica y exclusivamente al individuo que reclama la filiacion, y esta aplicacion no puede hacerse sino por una

serie de pruebas que establezcan la posesion de naturaleza adquirida por el nacimiento... Pedirá, me diréis, se le admita á prueba testimonial: pero nosotros nos opondrémos de todas veras; y si se le permitiere, la destruirémos con tachas, hechos justificativos, y contrarias informaciones. Ultimamente, nosotros alegarémos la falsedad...

Recostado en su asiento.

Luis. Sí, muy bien dicho; la falsedad...

Bon. De quanto acaba de decir Don Leon, enhorabuena:

A Don Leon.

Vamos: ¿vm. piensa que está hablando con la hermana, ó intenta arruinar á su cliente con condenacion de costas?

En tono zalamero se acerca á Don Bonifacio.

Leon. Aun me quedan otros arbitrios; pero los dexo porque es menester hablaros sin rebozo. Nosotros hemos venido aquí de hecho, y caso pensado: y si quereis entrar en las miras de este caballero, yo os respondo de su completo agradecimiento. El necesita los 80000 ducados por entero... ¿Y qué haría esa muchacha con suma semejante?... Con una friolera quedará contenta. Escuchadme: ¿no han estado aquí unas pobres

gentes? Sabémos que viniéron acá, lo sabémos; fuera de que allí veo las carpetas del... Vaya, seamos amigos, y no querais ahora declararnos la guerra: yo os juro que podeis contar con... ¿quedaréis contento? ¿quedaréis satisfecho?

A Don Luis quedito.

Es menester ganarlo.

Luis. Sí, sí.

Con sorna.

Bon. No os comprehendo, explicaos...

Con risa violenta.

Leon. Ya os haréis cargo, que nosotros lo que querémos es una composicion amistosa. Don Luis es racional, y accede á concederle algo para que se vuelva á su tierra: tambien le asignará una pensioncita muy decente; pero todo esto será despues que ella haga renuncia en forma. Este artículo es preliminar, y no se le dará un ochavo hasta que quede completamente evacuado.

A Don Luis.

Bon. ¿El señor Don Luis se promete acaso salir adelante con su proyecto?

Luis. Solo consiste en que vm. nos preste su auxîlio, porque siendo Don Leon executor testa-

mentario, sabe muy bien cómo debe interpretarlo.

Coge el testamento, y se dispone para leerlo.

Bon. Ante todas cosas oid el testamento que me dictó vuestro padre, cuyas últimas voluntades debeis respetar como leyes sagradas.

Luis. ¡O! quando lo hizo estaría muy malo... de otro modo, yo sé que en su cabal salud...

En voz alta.

Bon. Permitidme que os lo lea.

Luis. Ya lo he oído.

Con firmeza.

Bon. Muy mal: por eso os lo vuelvo á leer.

A Don Luis.

Leon. Dexad, escuchémos: acaso encontrarémos nuevas nulidades que se nos hayan escapado...

Don Bonifacio le mira con indignacion.

En voz alta y pausada.

Testamento de Isidoro Perez.

Bon. "Me hallo muy postrado para esperar volver á la vida: ésta me dexa en el único instante que veo como debiera haberla empleado. ¡Qué momento! Vosotros los que leais esta mi última

voluntad, meditad el paso en que me hallo. Algun dia os veréis como yo; entónces es quando la verdad toma incremento, se hace preciso reconocerla y rendirla vasallage.

Leon. Todo eso es moral: adelante, adelante.

Le vuelve á mirar indignado.

Bon. Yo declaro por este testamento...

Leon. ¡Ah! aquí estamos ya.

Bon. Haber dexado una niña, fruto segundo de mi matrimonio, en poder de mi hermano Paciente Perez, labrador de Frexenal de la Sierra, mi patria, en la provincia de Extremadura. - Declaro que esta niña es mi hija legítima, hermana menor de Luis Perez, que despues se llamó Dueñas, apellido que yo tomé. - Declaro haberla desamparado en un principio por no poderme encargar de ella, y que arrastrado despues por la ambicion, la codicia, y las ocupaciones, y errante en paises remotos, la olvidé enteramente. Habiendo llegado á un estado que el hombre llama feliz, hasta tanto que la muerte le hace abrir los ojos, tuve la crueldad de imponer silencio á mi corazon siempre que me la recordaba; todo con el intento de acumular mis bienes en la cabeza de mi hijo. A favor de un falso

apellido me olvidé de mis parientes, y rompí voluntariamente con ellos. Endurecido por la fortuna, y en el entender que su parentesco me deshonraba, falté á los deberes mas sagrados; por lo que sinceramente pido perdon á Dios. Mas mis mayores remordimientos nacen de haber educado á mi hijo en tan falsos principios, haberle inducido yo mismo á que ocultase su nacimiento, su patria, sus parientes, y el nombre de su hermana, que yo miraba como el obstáculo mayor que se oponia á su fortuna. Abjuro en este testamento su indigna educacion, y temo por justo castigo que haya echado hondas raices en su corazon. Le pido perdone mi falta, y repáre el mal que yo hice. Le pido de nuevo, y le mando como padre, que busque á su hermana, que le tenga todo el amor á que yo falté, y que le haga presentes los remordimientos que afligen mi moribundo corazon.- Quiero y es mi voluntad que divida con ella por partes iguales todos los bienes que se halláre ser mios el dia de mi muerte. Pido al cielo preserve la vida de mi hija, para que vea siquiera mis últimas palabras... ¡Hijo mio! si vuelves á verla, si la encuentras en compañía de aquel que le ha servido

de padre, míralo como si fuera tambien tuyo. A no ser por la ambicion que me aprisionó en las grandes ciudades, y que ha disminuido el número de mis dias, moriría entre sus brazos regado con sus lágrimas, y honrado con su dolor. Nombro por albacea á mi antiguo amigo Don Leon, para que repáre ciertas faltas, persuadido á que mis últimos sentimientos harán en él todo el efecto que espero. Somos los dos casi de la misma edad, y mi fin puede servirle de advertencia. Bien entenderá lo que le quiero decir, &c.

Leon. Pero todo eso no está segun práctica.

A Don Leon.

Luis. ¿Qué partido hemos de tomar, señor D. Leon?

Se levanta, y dice con energía.

Bon. ¡Qué partido! Perguntároslo á vos mismo, á vuestra conciencia, á vuestro propio corazon, y responded segun lo que os dictáre.

Paséase triste y pensativo.

A media voz.

Leon. No sé como podamos anular el testamento; por lo ménos yo no descubro la mas mínima cosa... Pero hagamos por intimidarle.

Mas alto.

No temais nada de esas gentes: son toscos, y por otra parte miserables. ¿Con qué seguirán un pleyto fácil de entablar, y que harémos durar toda la vida por medio de los muchos rodéos que me son familiares? Yo sé cómo me he de conducir; y si me empeño los mataré de hambre ántes que en primera instancia saquen ninguna cosa á su favor.

Miéntras habla D. Leon, tira de la campanilla Don Bonifacio, y sale un criado.

Con resolucion al criado.

Bon. Echa á este hombre fuera de mi casa, y cuida de que en su vida no vuelva á pisar los umbrales.

Se levanta desconcertado.

Leon. ¡Cómo se entiende! ¡cómo se entiende! ¡á un oficial público como yo!

Bon. Obedece: que se vaya... *Al criado.*

A Don Luis.

Vos, señor, esperad un momento: tengo que hablaros.

Yéndose.

Leon. Yo me rio de esta afrenta: le saldrá bien cara: litigarémos, litigarémos.

SCENA ULTIMA.

Don Bonifacio y Don Luis.

Bon. Semejantes discursos no basta despreciarlos; debieran ser castigados.

Luis. Pero él habla como Procurador que es.

Bon. No, no os engañeis; hombres como él son los que deshonran la profesion: como qualquiera otra impone el deber de ser hombre de bien, y de contribuir á la justicia, y á la paz. Yo conozco muchos Procuradores íntegros que pudieran servir de modelos. ¡Oxalá fueran ellos vuestros consejeros! Pero vamos al caso: os repito de nuevo que os consulteis á vos mismo, que pregunteis á vuestro corazon, y que me respondais.

Luis. ¡Pero la mitad de una herencia... la mitad no puedo; es demasiado... es demasiado.

Con indignacion.

Bon. Pues bien, señor; seguid á vuestro indigno consejero, haceos tan despreciable como él; conmigo las habréis: mia hago la causa, y tened entendido que no se dilatará tanto como pensais. Yo mismo me presentaré á los Jueces, y les ma-

nifestaré de antemano vuestras iniquas intenciones: éstos me oirán, no dexarán perecer la virtud en la indigencia; y vuestra hermana no suspirará mucho tiempo por la justicia que le es debida.

Don Luis suspenso no sabe qué hacer, si irse, si quedarse.

¿Es posible que el vil interés así os tiranice, y ahogue en vos todos los sentimientos de virtud y de equidad? Si vuestro padre volviera á la vida, acusáse vuestra insensible avaricia, y os reprehendiese porque faltais á su última voluntad, ¿desconoceriais su voz?... Pues bien, temblad; ella misma os va á confundir, y saldrá de su tumba para acusaros, y haceros avergonzar. Su sangre misma es la que va á deponer contra vos.

Corre al gabinete, y abre la puerta.

Salid, viejo venerable; y vos, muchacha virtuosa, acercaos.

Salen todos tres llorosos, y quieren echarse á los pies de Don Bonifacio.

Sus. ¡Bienhechor mio!

Pac. ¡Hombre de Dios!

Justo. ¡Protector nuestro!

Retrocede pasmado.

Luis. ¡Cielos! ellos son: todo lo han oído.

Alborozado.

Bon. Alzad, amigos; alzad... Amada niña, si pierdes un hermano, en mí hallarás otro: mi casa será tuya hasta que le obliguémos á que te devuelva tu legítima.

Dirigiéndose á Don Luis.

Sus. ¿Teneis á ménos, señor, que sea yo vuestra hermana; yo que quiero amaros, y que siento hallaros con un corazon tan poco semejante al mio? Si las riquezas que idolatrais os han corrompido, si os han hecho inhumano é injusto, yo las desprecio bastante para que ni aun quiera disputároslas.

A Don Bonifacio.

Señor, que solamente dé á mi padre con qué volver á entrar en la pobre casilla que le vendiéron; que le dé con qué comprar los preciosos instrumentos de la labor; y todos juntos irémos contentos á vivir, trabajar y morir en ella.

A Don Luis.

Bon. ¿Oís?

Sus. No quiero desacreditar á mi hermano por medio de un proceso, ni arrancarle el alma pidién-

dole cosas que no quiere restituir. Quiero enseñarle, que con muy poco se satisface mi alma varonil. ¿Es verdad, padre, que nosotros no querémos nada superfluo? ¿Es verdad, Justo, que yo seré siempre bastante rica para tí?

Justo. ¡Ah! Bien lo sabes.

Suspirando.

Pac. Este es aquel mismo niño que yo dexé tan pequeñito, que llevé en mis brazos, que acaricié, y oprimí tantas veces contra mi pecho. De buena gana le hablaría; pero me desprecia. Su alma ingrata es muy diferente de la mia, y no nos entenderíamos.

Don Luis se ha ido acercando poco á poco á la puerta: indeciso en ella no se atreve á salir; y al acabar Paciente, exclama en voz baxa.

Luis. ¡Ellos huyen de mí! su desprecio me es insoportable... Pero ¡ay! que yo lo he merecido.

Con fuego, y viveza inesperada corre á la puerta, le coge por un brazo, y le pone de improviso en frente de su tio y de su hermana. Esto debe hacerse con dignidad, precision, fuerza y energía.

Bon. No, no conservaréis alma tan codiciosa y despreciable: os vestiréis de otra nueva: sí, me lo

prometo despues de haber visto la lucha que padeceis en vuestro interior... Si pasárais de la puerta, no os volvería á mirar; pero creo no os degradaréis de este modo. La sensibilidad aun no se ha extinguido del todo en vuestro corazon, y veo con gusto que os enterneceis. Entregaos conmigo al suave placer de abrazar á este viejo venerable, cuyas virtudes no pueden ménos de daros honor: ceded á su digno hijo, á quien debeis amar: ceded á esta hermana, cuyo sensible corazon llama al vuestro con ternura. ¡Qué! ¡No os dice nada la voz de vuestro padre moribundo, quando en mí hace tan grande impresion!... ¡Ah! mirad cómo corren las lágrimas de esta familia virtuosa; mirad cómo esperan las vuestras para confundirse con ellas.

Con calor y sensibilidad.

Vamos, jóven; valor, valor: sé de los nuestros; olvida tus bordados, tu opulencia y tu luxo, sé hombre, se justo; oye á tu corazon, llora, y atiende á la voz de la naturaleza; ésta nunca engaña, creeme; ella te recompensará.

Miéntras Don Bonifacio habla, Don Luis encubre su rostro con las manos, y conserva la actitud de un hombre en quien se hace una revolucion violenta y repentina. De improviso abre los brazos, oculta la cabeza en el seno de Paciente, y grita con voz cortada.

Luis. Sí, sí: oigo la voz de mi corazon... la oigo... y siento sus latidos... Tio mio, en vos veo á mi padre... Cedo á vuestras virtudes... No puedo resistir á ellas.

Corriendo á Don Luis.

Sus. ¡Hermano mio!

Justo. ¡Primo!

Los abraza.

Luis. He sido injusto, bárbaro y descastado; ya no lo soy, no lo seré, ni podré serlo... Os imitaré... Os amaré...

Le abraza.

Bon. Bueno, bueno; de la familia es, de la misma sangre, hermano vuestro... y digno de todos vosotros.

Luis. ¿Me perdonaréis? ¿me amaréis? ¿estais satisfechos de mi arrepentimiento?

Todos le abrazan por respuesta.

Experimento sensaciones que no conocia: el pri-

mer placer verdadero de mi vida lo pruebo con vuestros abrazos.

Pac. Pórtate como sobrino mio; yo no tengo ricos vestidos; pero debaxo de este burdo sayal mi corazon es tierno, y todo tuyo.

A Don Luis.

Bon. ¿No respirais ahora con mas libertad?

Don Luis abraza á Don Bonifacio.

A Don Luis, mostrándole á Susana.

Justo. Antes era yo su hermano; tú lo eres ahora... ¿Apruebas nuestro matrimonio?

Luis. Sí; hágase la particion, extiéndase la carta dotal: la firmaré.

Sus. Escucha, hermano; tú estas acostumbrado al tren de la opulencia, y á los gastos que la acompañan. No, lo repito: lo necesario basta á nuestra felicidad. Exîjo, pues, y mi padre lo exîge tambien, porque en sus ojos leo sus intenciones, que te reserves todo lo indispensable al decoro de la clase que ya tienes en la sociedad.

Luis. Esa generosidad que admiro, me dice qual es mi deber. Nada quiero de lo que no me pertenece: fuera de que vosotros sois tres, y pobres.

Señalando á Don Bonifacio.

El señor será nuestro juez, y juez severo.

Pac. Pues bien, señor; nosotros os pedimos le mandeis aceptar este don que le hace nuestra amistad...

A D. Luis.

Tú nos darás este gusto, sopena de ser un orgulloso...

Luis. No seré tal; me igualaré á vosotros. Sé que os debo mucho, y tendré mi mayor complacencia en publicarlo.

Bon. Ese último rasgo me encanta, porque denota que vuestro corazon nació recto, justo y sensible, y que todos los artificios de un traidor no lo han podido corromper. Sin embargo, está muy puesto en razon que vuestra parte sea algo mas crecida, porque necesitais de mas rentas que estas gentes honradas, bastante ricas por su moderacion: pero tampoco está fuera de ella, que nuestro amado Paciente, y sus hijos reciban mas de lo que piden, porque si vuelven á su antiguo domicilio, como me presumo, no dexarán de tener muchos vecinos á quienes socorrer.

Pac. ¡Ay! es muy cierto. Si llego á ser feliz, no quiero serlo solo; y si poseo algunos bienes, cier-

tamente no me olvidaré de muchos hombres honrados que me acompañáron en mi miseria, y que la sufriéron con constancia... ¡Justo, Justo! ¡Qué alegría nos espera! A lo ménos ya podrémos derramar algunos beneficios.

Sonriéndose.

Bon. Toma: ya estais empleando el dinero, y con muchas ventajas sin duda. ¡Amigos! consagrémos el dia á un eterno júbilo, que mañana terminarémos este negocio: y ya que tan felizmente he cumplido hoy con mi oficio, cenémos juntos: me hallo muy bien en vuestra compañía para que vaya á buscar otra.

Luis. Y yo desprecio todas las mias.

Bon. Vamos, vamos; toda la familia reunida: imaginaos que yo tambien soy de ella.

Llama, y pide luces.

Justo. Vos seréis nuestra cabeza.

Bon. No por Dios... sí el amigo.

Pasan los criados con luces para la sala, y Don Bonifacio sirve de guia á sus convidados. D. Luis lleva de la mano á su hermana.

FIN.

ALI-BEK.

TRAGEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS:

POR

DOÑA MARIA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

¡Ah! que el remordimiento del culpado
jamás pudo acallar el poderío;
jamás el criminal halló en su lecho
el descanso á los justos concedido.

Hassan. Acto quinto, scena segunda.

ACTORES.

AMALIA, cautiva christiana, esposa de Ali-Bek. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

ALI-BEK, Bey de Egipto. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

MAHOMAD, esclavo de Ali-Bek. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

MORAD, Bey de Alexandría. *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

ROBERTO, Conde de Bassancur, baxo el nombre de Hassan. *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

ISMAEL, esclavo de Morad. *SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

COMPARSA DE MAMELUCOS.

La scena es en las alturas de Saldeik, en lo interior de la tienda de Mahomad, magníficamente adornada al uso oriental.

Habrá hácia el foro una mesa al gusto asiático, y varios almohadones para sentarse.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es enteramente original. Su accion está sacada de la historia de Egipto, y de la rebelion, sorpresa y muerte de Ali-Bek acaecida en aquel pais á mediados del siglo último. Lo estéril del asunto, y el poco interés que podria causar su representacion, si nada se hubiese añadido á los hechos históricos, han movido á la Autora á inventar algunos, que con solo recorrer la relacion del suceso sobre que se funda este drama, podrán ser facilmente conocidos. La novedad de ser esta composicion obra de una señora española, la del asunto mismo, no tratado hasta ahora por otro, y la indulgencia que debe esperarse de un público civilizado, dan á la

Autora fundadas esperanzas de que la crítica de este drama será juiciosa y urbana. Con estas calidades admitirá gustosa qualquiera advertencia razonable ; y ofrece , con tal que lo sea , aprovecharse de ella para corregirse en otras composiciones en que actualmente trabaja.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Morad y Ismael.

Ism. Ya estais obedecido: nuestras tropas
quedan en las alturas apostadas;
y en la llanura inmensa del desierto,
que al Egipto se extiende desde Gaza,
descubrirán la marcha presurosa
del rebelde Ali-Bek: su confianza,
ignorando el peligro que le espera,
un sangriento destino le prepara.
Su esposa Amalia, que en la obscura noche
ha sido por mi esfuerzo aprisionada,
destrozando, á favor de las tinieblas,
las tropas con que Omar la custodiaba,
rendida á su dolor yace en mi tienda;
lamenta de su suerte la desgracia:
y quando de Ali-Bek pronuncia el nombre,
vuelve á correr su llanto en abundancia.
Morad. Pronto serán sus lágrimas preciosas
enxutas por mi mano; y mi venganza
romperá para siempre la cadena,
que á un tirano la tiene esclavizada.

Luego, Ismael, que su pequeña escolta
se anuncie por el polvo que levanta
la arena abrasadora del desierto,
ordena que se formen en batalla
los bravos Mamelucos que me siguen,
y á darme aviso vuelve sin tardanza.
El Arabe Daher espera en vano,
que jurada en el Cayro su alianza,
permanezca el Egipto baxo el yugo
que ignominiosamente lo avasalla.

Ismael. Permitiréis, señor, á vuestro esclavo
que preguntaros pueda, ¿por qué causa,
si el valor de Ali-Bek, y sus victorias
un tiempo mereció vuestra alabanza,
ahora en contra suya armais el brazo,
protegiendo la pérfida arrogancia,
la ambicion de Mahomad y sus rencores?
¿quereis cubriros de una eterna infamia?
El nombre de Morad los Mamelucos,
por su valor y sus piedades aman:
nunca le viéron oprimir tirano
las márgenes del Nilo desoladas;
y quando habeis llamado sus esfuerzos
para el marcial combate, no esperaban
que en favor de un traidor aborrecido
pudiérais conducirlos á campaña.

Morad. Ismael, la amistad que te dispenso
disculpa la osadía con que tratas
penetrar los secretos de mi pecho.
Tu zelo y tu valor, que de mis armas
dirigen el esfuerzo y la obediencia,
te llegó á merecer mi confianza.
No pienses, no, que de Morad la gloria
manchará la ambicion; mas noble causa
me obliga á combatir contra un guerrero,
que tembláron las huestes otomanas.
El amor me declara su enemigo:
Ismael hace un movimiento de admiracion.
amor arma mi brazo. ¿Por qué extrañas,
si generoso soy, si soy sensible,
que ame mi corazon? Quando la fama
celebra de los héroes las virtudes,
son obra del amor las mas sagradas.
Ali-Bek me ha robado mis placeres
valido del poder de su privanza
con el Bey Ibrahim; él me ha ultrajado;
la que nombra su esposa, era mi esclava.
Yo la amaba, Ismael; los tiernos años,
los inocentes juegos de la infancia,
mis primeros ardores juveniles,
en dulce paz voláron con Amalia.
Sus padres, que de un largo cautiverio

lamentaban la suerte desgraciada,
con placer viéron los amantes votos
que hizo mi corazon por libertarla.
Su madre virtuosa, al tiempo mismo
que aplaudia la union de nuestras almas,
víctima fué de la implacable muerte,
que sepultó con ella mi esperanza.
Su padre, de allí á poco, fugitivo
abandonó esta hija desdichada;
y quando yo con amorosa mano
iba á enxugar el llanto de mi amada,
ambicioso Ali-Bek, á mi despecho,
de entre mis brazos con furor la arranca.
Vanamente despues, por largo tiempo,
reclamé mi cautiva; desposada
con este revelado victorioso,
mi funesta pasion desesperada
se reduxo al silencio, y en secreto
devoré mis tormentos y mis ansias.
Mas ahora que Mahomad contra el rebelde
invoca mi valor; quando mi espada
puede quitarle con honor la esposa
que el cielo destinaba á mi constancia,
me verás darle muerte, y victorioso
unirme para siempre con Amalia,

Ism. Yo á vuestro lado derramar ofrezco

toda mi sangre por tan justa causa.
Mas si triunfais, decid, ¿estais seguro
de volver á ser dueño de la esclava?
Mahomad á su rencor inmolar puede
la esposa de Ali-Bek.

Morad. No: su palabra
me dió de conservarme mi cautiva,
si logro la victoria deseada.
Solo á este precio pudo de mi brazo
obtener el socorro de la patria.
Ya es tiempo que el Egipto desolado
cobre la libertad, y que mis armas
venguen su afrenta, y mi amoroso ultrage.
Sobre todo, te encargo que mi guardia,
empezado el combate, aquí conduzca
la esposa de Ali-Bek, miéntras mi saña,
destruyendo al soberbio cuerpo á cuerpo,
logra darle la muerte en la batalla,
y ornado del laurel de la victoria,
vuelvo á ofrecer mi corazon á Amalia.

Mirando adentro.

Ism. Mahomad aquí se acerca.

Morad. Parte, amigo;
confio en tu valor y vigilancia.

Ismael se va.

SCENA II.

Morad y Mahomad.

Mahom. ¡Con quánta lentitud, Morad valiente,
los instantes inciertos que preparan
la ruina de un tirano se aproxîman!
¡qué perezosa llega la venganza,
y qué pronto el ultrage se recibe!
Mil recelos me cuesta la tardanza
del infame Ali-Bek; si la fortuna
su vida ha libertado de las tramas
con que el Divan político ha intentado
destruir un rebelde; si fué vana
la ponzoña mortífera, el acero,
y el funesto cordon, quizá burladas
serán tus esperanzas, y mis iras.

Morad. No receles, Mahomad: está cansada
de servir la fortuna á un ambicioso;
y aunque merece su soberbia osada
perecer con oprobio, brazo á brazo
espero darle muerte en la campaña.
Tú no olvides en tanto que á mi esfuerzo
deberás este triunfo; que tu rabia
se consumiera en vergonzosa envidia,
si yo no te ayudase; en fin, que nada

sino el amor pudiera violentarme
á ser aliado tuyo.

Mahom. Esta alianza
traerá la paz al afligido Egipto.
Tú, ocultando tambien tu ardiente llama,
puedes dar una causa decorosa
al zelo que te anima. ¿Qué? ¿la patria,
la Siria, el Delta, el Africa oprimida,
no excita tu valor á libertarla?
¿No lidiarás, Morad, con mayor gloria
por tan noble motivo, y que la infausta
guerra civil, del Nilo destructora,
quede por tu heroismo aniquilada?
¿qué es el amor, al fin, en nuestro clima?
Una sombra fugaz, una voz vaga,
que en el Harem gozamos sin peligro,
sin susto, ni temor; allí humilladas
de Mingrelia y Georgia las bellezas
disputan de su dueño una mirada.
Soberanos del sexô, á nuestro arbitrio
gozamos el deleyte, y...

Morad. Mahomad, basta.
¿Presumes tú que puedes tus rencores
cubrir del nombre sacro de la patria?
¿Tú, comprado á la falda del Caucaso,
como lo fué Ali-Bek; á su privanza

elevado por él, ingrato luego,
y á tu dueño traidor, tienes la audacia,
de ennoblecer tus quejas y tu envidia
en favor del Egipto? ¡Tú comparas
el tierno amor con el brutal deleyte;
el amor, que en Europa ofrece el alma
en voluntario don á quien adora,
con las caricias tristes y forzadas
que hace la esclavitud á sus tiranos!
A tí no corresponden las sagradas
prendas de libertad y de alvedrio,
porque no las conoces: la inhumana
ambicion de mandar estos paises
abrigas en tu seno; si lograrla
esperas por mi medio, no compares
el tierno amor á una pasion tan baxa.

SCENA III.

Morad, Mahomad y Ismael.

Ism. Venid, señor, venid: se ha descubierto
la escolta de Ali-Bek, y de su marcha
no permite dudar el polvo denso,
que la brillante luz del sol empaña.
Si esperamos se acerque, mas segura
tenemos la victoria; descuidada

su gente, quando llegue á estas alturas,
puede ser destruida con ventaja.

Morad. No con ventaja infame; en campo abierto
hemos de combatir sin emboscadas.
Nuestra caballería á rienda suelta,
como suelen volar esas montañas
de arenas encendidas, que sepultan
exércitos enteros, arrastradas
por un viento de fuego, así impelida
de mi valor sepultará su audacia.
Tú, Mahomad, con los tuyos este sitio
puedes guardar tranquilo; á tí te basta
gozar de la opulencia sin peligro;
y si has de coronar tus esperanzas,
respetar en Amalia la belleza,
que conduce mi brazo á la venganza.

Vase con Ismael.

SCENA IV.

Mahomad solo.

Mahom. Soberbio, tú me insultas; pero teme
que se llegue á lograr: teme la saña
de mi rencor, si llego á coronarme
como supremo Bey: cada palabra,
cada voz injuriosa, cada acento

te costará un suplicio: en tí mi rabia
desplegará el furor de los tiranos
inventando tormentos. Poco falta,
si logras la victoria y tus amores,
para que yo castigue tu arrogancia.

Llamándole.

Hassan.

SCENA IV.

Mahomad y Hassan.

Hassan. ¿Qué quieres?

Mahom. Ya llegó el momento
que anhelamos los dos: ya en la campaña
Ali-Bek y Morad, fieros y altivos,
combaten por vengarnos. Pero acaba
de confiar la causa de tus quejas
á un amigo leal; yo sé que guardas
en tu pecho el dolor; sé que á mi lado,
despreciando el poder y la privanza
que te ofreció Ali-Bek, vives oculto:
tú me has seguido en medio de las varias
fortunas de mi vida, abandonando
tu antigua religion, y esta mudanza,
llenándote de honor entre nosotros,
te dió la libertad, que deseabas.

Hassan. ¡Ay Mamomad! no pretendas que renueve
la memoria fatal de mis desgracias,
derramando las penas, que me afligen
en tu seno amistoso: la constancia
con que sufro mi larga desventura
pudiera vacilar, si la explicára.
Goza de tu opulencia, fiel amigo,
y no exâmines la funesta llaga
que oculta un corazon desesperado.
¡Ah! dexame morir.

Mahom. Quando me llamas
amigo fiel, pretendes ocultarme
tu profundo tormento; en vano tratas
mantener el silencio: si deseas
la libertad de tu querida Amalia,
habla, ó teme que ofenda tu secreto
mi poder y amistad.

Hassan. Si tu amenaza
fuera contra mí solo, inutilmente
pudieras obligarme; pero el alma
me penetra el peligro de una hija
que puede en este dia ser tu esclava.
Este nombre afrentoso, que ha sufrido
desde los tiernos años de su infancia,
yo le fixé por siempre: he profanado
de la naturaleza las sagradas

leyes consoladoras: poseido
de un pánico terror, mi mano ingrata
vendió su propia sangre.... Tú no ignoras
que arrancado del seno de la Francia,
cautivo con mi esposa, y con mi hija,
que dos años tenia, fué comprada
por Morad y su padre la exîstencia
de mi triste familia: que lograra
mi libertad, si esta querida esposa
no falleciera del dolor postrada.
Inútil fué la sabia medicina,
que en Africa aprendí, para librarla
de la espantosa muerte, y esta ciencia
de mis negros delitos es la causa.

Mahom. ¿Cómo?

Hassan. Escucha, Mahomad: yo fuí llamado,
poco tiempo despues de esta desgracia
al Harem de Ibrahim: en él doliente
una belleza enferma deseaba
los socorros del arte: sorprehendido
en su recinto por su misma guardia,
no solo fué preciso que abjurase
mi antigua religion; pero forzada
firmó mi mano trémula el contrato
que á esclavitud eterna condenaba
la vida de mi hija; y á este precio

pude salvar la mia; autorizada
de Ali-Bek la pasion con tal derecho,
el Bey le concedió su nueva esclava.
¡Ay! no la he vuelto á ver; sé que es su esposa;
sé que amante la sirve, la idolatra;
ha querido con toda su grandeza
borrar esta violencia; pero nada
puede acallar el cruel remordimiento,
que el corazon me oprime: si mi Amalia
supiera que este padre, que ella llora
perdido y fugitivo, es quien la arranca
á su primer amante; que la vende
este bárbaro padre... ¡Suerte infausta!
aleja para siempre este momento
de llanto y de dolor: que horrorizada,
sabiendo mis delitos, no maldiga
al exêcrable autor de su desgracia.

Mahom. Modera tu afliccion: hoy es el dia
de romper su cadena, de librarla,
de volverla á Morad, y que en sus brazos

Tiros á lo léjos.

olvide... Pero escucha: ya trabada
está la accion sangrienta... Oye el terrible
estruendo de la muerte... Mas la guardia
de Morad no le sigue en el combate:
el pérfido Ismael, ¡ó suerte airada!

tampoco fué con él. ¡O! ¡vil fortuna!
Todos los versos desde Mas la guardia *hasta* fué con él, *debe decirlos mirando adentro.*

SCENA VI.

Ismael, Mahomad, y Hassan.

Mahom. ¡Ah, cobarde! ¿pues cómo desamparas
á tu señor, quando al peligro corre?
¿Cómo así te detienes? traidor...
Ism. Calla:
no injuries mi valor. Aquí conducen
la esposa de Ali-Bek, que arrebatada
fué por mi brazo al despuntar el dia
venciendo, á los que osados la escoltaban;
respeta su dolor, miéntras yo vuelo
al campo de la gloria. Allí mi espada
Saca el sable.
al lado de Morad, y en su defensa
hará inmortal mi nombre, y mis hazañas.
Vase.
Estos versos debe decirlos como fuera de sí, y al irse manifestarse agitado del miedo, de que Amalia le alcance á ver.
Hassan. ¡O maldad! ¡ó hija mia! yo no puedo
soportar tu presencia: yo soy causa

de tu doliente llanto. ¡O si la tierra
esconderme pudièse en sus entrañas! *Vase.*

SCENA VII.

Mahomad y Amalia: ésta es conducida con violencia por los Mamelucos: trae rasgado el velo, con que deberia tener cubierto el rostro.

Amal. ¿Adónde me arrastrais, hombres crueles,
quando Ali-Bek peligra? ¿Así ultrajada
me arranca vuestra bárbara violencia
á la muerte que invoco? ¿Así profana
vuestro furor la esposa miserable
de un ilustre guerrero? Separada
de su lado, la vida me es odiosa.
¡Ah! volvedme á la scena sanguinaria
que forjó la traicion y la perfidia;
que yo espire con él; que mi constancia
pueda añadir, si muere en el combate,
una víctima mas á vuestra rabia.

A los Guardias.

Mahom. Apartaos. Señora, vuestro llanto *A ella.*
enternece mi pecho: á vuestras plantas

Arrodillándose.

humillado teneis, á quien procura
libraros del horror que os sobresalta.

Se levanta.

En este pabellon podeis segura
esperar, que la suerte de las armas
cambie vuestro destino.

Amal. Y tú, ¿quién eres?

Inclinándose profundamente.

Mahom. Vuestro esclavo: Mahomad.

Amal. ¿Y respetada
en tu tienda seré? ¡Tú, cuyo nombre
lleva tras sí la vergonzosa infamia,
el llanto de los pueblos, las traiciones,
tú que dexas tus huellas señaladas
con sangre de inocencia, tú me ofreces
compasion y respeto! No me engañan
ni tus humillaciones despreciables,
ni el artificio vil de tus palabras.

Mahom. Pensad lo que gusteis; pero no es tiempo,
si rezelais la suerte que os aguarda,
de insultar un poder, que puede daros,
ó la vida, ó la muerte. Custodiadla.

A los Guardias, y se va.

Amal. La muerte: yo la imploro. ¡Dios eterno!
fortaleced piadoso mi constancia;

libertadme de un monstruo aborrecido,
ó terminad mi vida desgraciada.

Se va acompañada de los Guardias, de los quales quedan dos á la puerta por donde entra.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Hassan solo por el lado opuesto, á los Guardias.

Hassan. ¡O! dia de terror: por todas partes
cadáveres, y miembros mutilados;
moribundos lamentos, tristes ayes
de ese desierto pueblan el espacio.
Los que viven, furiosos combatiendo,
en su venganza atroz encarnizados,
desesperados mueren; y en mi pecho,
de esta scena de rabia horrorizado,
con triste voz, con eco pavoroso
naturaleza fiel está gritando.

Mirando al pabellon donde está Amalia.

¡O hija mia! tú gimes. ¡Si á lo ménos
yo pudiera enxugar tu amargo llanto!
¡Si en mi seno llorases! y el consuelo

te diera, quien tus males ha causado;
yo fuera mas feliz... Mahomad se acerca.
Mirando al lado opuesto.

SCENA II.

Hassan: Mahomad apresurado.

Mahom. Hassan, todo se pierde: derrotado
el campo de Ali-Bek, sus tropas huyen;
las nuestras al momento le cercáron;
la multitud le acosa, y mal herido
al fin le precipitan del caballo,
que espira baxo el peso que le oprime.
Furioso se levanta: y desnudando
el alfange terrible, cada golpe
señala con la muerte de un contrario.
Semejante á un leon, que en la caverna
que le formó la astucia, encadenado
ruge, y en cada giro de sus garras,
destroza al que se acerca temerario:
así desesperado se defiende;
su muerte era segura: pero en tanto
llega Morad, y manda se retiren
las tropas que le cercan; olvidando
el trance peligroso, quiere altivo
obtener la victoria por su brazo

en singular combate. Yo lo he visto,
conteniendo el furor de los soldados,
perseguir su enemigo hácia esta tienda.
Mirando adentro: ruido de espadas.
Pero atiende; ya llegan. Hassan, vamos:
y si lo libertáre la fortuna
del valor de Morad, aprisionado
no lo podrá salvar de la ponzoña,
que pienso que reciba por tu mano.
Se retiran. Vase Hassan, y Mahomad se queda en el foro.

SCENA III.

Ali-Bek, herido en la cabeza, riñendo con Morad, que lo persigue y detiene al mismo tiempo á Ismael, y los Mamelucos que quieren acometerle.

A los Comparsas.

Morad. Tened: no le mateis. Ríndete, fiero;
A él.
goza de mi piedad el corto espacio,
que de vida te resta.
Ali-Bek. Aun no has vencido:
este aliento... la sangre que derramo...

el furor que circula por mis venas...
mi esposa arrebatada por tu mano...
todo pide venganza, sí, venganza...
ántes que muera, quedaré vengado.
Esforzándose para reñir.
Defiéndete.

Morad. Feroz: ¿así te obstinas,
mi generosa oferta despreciando?
En accion de herirlo.
Pues muere á mi furor.

SCENA IV.

Amalia, y los dichos. Aquella arrojándose entre los dos, y poniéndose delante de Ali-Bek.

Amal. Bárbaro, hiere:
hiere este pecho fiel; este es el paso
para su corazon: penetra el mio,
si has de lograr su muerte. Temerario,
¡tiemblas, y te horrorizas! ¿Qué te espanta?
Colma con esta accion tus atentados.

Morad. Amalia... Tú desarmas mis furores:
la vida de tu esposo está en mi mano;
Arrojando el sable.
pero tú la defiendes... ¡Ah! yo cedo:

respeto la virtud, y avergonzado
de causar los tormentos que te afligen,
procuraré á lo ménos no aumentarlos.

Desfallecido.

Ali-Bek. Es tarde ya... Las sombras de la muerte...
me privan de la luz... Si tú has formado
esta infame sorpresa... Si has vendido
mi cabeza al Divan... ya has consumado

Llevándose la mano á la frente.

tu abominable crímen... Esta herida...
la sangre que he perdido... todo... En vano
esfuerzo mi valor... ¡O esposa mia!

Amalia se acerca.

acércate... que espire yo en tus brazos.

Se apoya en sus brazos.

Amal. ¡Desventurado esposo! ¡triste Amalia!
¡Dios supremo, piedad!

SCENA V.

Dichos y Mahomad.

Aparte en el foro.

Mahom. Ya es necesario
presentarme, ocultando mis rencores.

Se acerca.

Señora, permitid que renovando
mis piedades por vos, haga se cuide
á mi dueño Ali-Bek, y recostado
sobre mi propio lecho, al punto llamen
á mi médico Hassan; que los cuidados
del arte y del respeto se prodiguen
por tan preciosa vida, y olvidando
vuestras injustas quejas, sed vos sola
quien procure en sus males aliviarlo.

Amal. Esta piedad pudiera tus traiciones
hacer ménos horribles; si ocultando
algun designio atroz...

Mahom. Basta de injurias:
executad mis órdenes. Llevadlos.

A los Guardias, que retiran á Amalia, y Ali-Bek á lo interior de la tienda.

SCENA VI.

Mahomad y Morad.

Morad queda suspenso á la esquina del teatro.

Mahom. ¡Ah! Morad, ¿estos eran los furores,
que excitaba tu amor? ¿así humillado
una mirada sola, una palabra

de una muger desarma de tu brazo
Volviéndole el sable á Morad.
la furia vengadora? Dí, ¿qué esperas
si viviese Ali-Bek? ¿Es este el pago
debido á mi alianza y mis favores?
¿Por qué no has permitido que en el campo,
donde lidiaba fiero, lo matasen?
Su orgullo quedaría sepultado,
libre tu amor, el Gran Señor servido,
el Egipto triunfante, y yo vengado.
Morad. No atormentes, Mahomad, con tus furores
mi triste corazon, quando me abraso
en zelosas angustias: ¿es posible
que Amalia, mis amores olvidando,
solo adora á Ali-Bek? Sí, yo la he visto,
insultando las iras de mi brazo,
presentarme aquel pecho, donde un tiempo
creyó Morad vivir idolatrado.
¡Mudable! Su ternura, su constancia,
sus inocentes gracias, sus encantos,
sus tiernos juramentos ¿qué se hiciéron?
Todo, ménos su rostro, se ha mudado.
¡Ah! mas bella, que nunca, su hermosura
desarmó mi furor. Yo ví su llanto
por mi causa correr, y confundido
quedé de mi victoria avergonzado.

Mahom. Desprecia su memoria; no una esclava
humille tu valor; no un amor vano
pueda abatir el alma generosa
del vencedor Morad; goza bizarro
el triunfo á que te eleva la fortuna,
y piensa que el deleyte...

Morad. ¡Ah! no volvamos
al bárbaro discurso, que le niega
sus mas puras delicias; no me es dado
olvidar la belleza, que constante
desde mis tiernos años idolátro.
Si yo pudiese hablarla; si á lo ménos
mi sentencia escuchase de su labio,
yo muriera á sus pies, y con mi muerte
fuera feliz su corazon ingrato.

Mahom. En breve la verás á tí humillada
implorar tu piedad; en breve espacio
de Ali-Bek el poder, y la grandeza
fugaces volarán: este contrario,
ni á mi fortuna, ni á tu amante llama
oponerse podrá. Sabe...

Viendo venir á Hassan, se detiene.

SCENA VII.

Dichos y Hassan.

Hassan. Aliviado
queda Ali-Bek de su profunda herida.

Morad observa con sorpresa á Hassan desde el momento que empieza á hablar.

Las benéficas plantas, por mi mano
aplicadas, calmáron sus dolores.
Para animar su espíritu ha tomado
un licor saludable, que le vuelva
sus fuerzas abatidas.

Morad. No me engaño: *Aparte.*
es su voz, su semblante. Dí: ¿no eres *A él.*
el padre de mi Amalia? ¿Cómo, quando
perdido ella te llora, en este trage
y en este sitio estás?

Hassan. Morad, en vano
es ya ocultar mi suerte. Soy su padre,
sí; yo soy ese padre desgraciado:
ella, quando mis manos oficiosas
curaban á su esposo, exâminando
estuvo mi semblante; de sus dudas
se quiso asegurar. Yo la he dexado
en la tierna inquietud, con que sus ojos

buscaban en mi rostro el desengaño.
Aun no ha llegado el tiempo, en que sin susto
pueda estrechar mi hija entre mis brazos.

Mahom. ¿Sabes que ella me ultraja?

Hassan. Generoso
perdona sus flaquezas; no irritado
con tu presencia aumentes sus pesares.
Bastante su desgracia la ha humillado.
Yo temo su virtud, temo su vista,
temo su voz, y los terribles cargos
que agravarán mis bárbaros delitos.
¡Ah! por piedad, Mahomad, al punto huyamos.

En ademan de irse, queriendo llevarse á Mahomad.

Ella vendrá á este sitio: Morad puede
hablarla de su amor; pero ocultando
que sabe de su padre: ella se acerca;

Mirando adentro.

consuela su dolor...

A Morad.

Mahom. Ya basta; vamos.

Se van Mahomad y Hassan.

SCENA VIII.

Morad y Amalia.

Amalia sin ver á Morad.

Amal. ¡Cielos! ¿será mi padre el que piadoso,
con el nombre de Hassan, sobresaltado
á mi esposo socorre? Si pudiese
hablarle un solo instante... Pero al paso
Viéndole.
está Morad: ¡gran Dios! ¿cómo te atreves
A Morad.
á exponerte á mis ojos? ¿Qué, inhumano,
pretendes, que renueve con tu vista
la dolorosa causa de mi llanto?

Morad. No, Amalia; si pensára que mudable
mi amor, y mis finezas olvidando,
detestabas la mano que pretende
arrancarte al dominio de un tirano,
jamas mi nombre y mi valor se unieran
al rencor de Mahomad: pero, ¡insensato!
no es por aquella Amalia que me amaba
por quien he combatido; ella ha mudado
en ódio el tierno amor, y ha preferido

la riqueza y la gloria de un esclavo.

Amalia. Si fué esclavo Ali-Bek, ya solo es héroe:
su bondad, sus victorias y sus lauros
le hiciéron digno de mandar el pueblo,
que de un infame yugo ha libertado.
Si él me nombra su esposa; si en mi obsequio
las tiránicas leyes del serrallo
para siempre rompió; si compasivo
concede libertad á los Christianos,
contra tantas virtudes mal pudiera
negarle un corazon, que ha conquistado
amante y generoso. Tú no ignoras,
que de mi religion los ritos santos
el nombre y los deberes de una esposa
justamente en la tierra consagráron:
que la dulce esperanza de que fuera
por esta religion ménos tirano
el gobierno feroz de estas regiones,
hizo que yo te amase, como hermano,
desde mi edad primera

Morad. ¿Tú te acuerdas.
del venturoso tiempo, en que á tu lado
creció mi inclinacion con tu hermosura?
¡Ingrata! ¿Cómo puedes recordarlo,
sin que el rubor te oprima? Dí: ¿te acuerdas

quando tu madre, uniendo por su mano
las nuestras inocentes, de tus votos
hizo testigo al cielo? ¿Has olvidado,
que en el dia feliz de esta promesa,
de dos jóvenes palmas enlazando
las amarillas hojas, y en su sombra
ceñida tú de mis amantes brazos,
ella misma grabó en los verdes troncos
el nombre de los dos, y así exclamando:
creced, árboles, dixo, tan unidos,
como Amalia y Morad en dulce lazo
felices vivirán... ¡O árboles fieles!
jamas divida el espantoso rayo
las ramas, que cubriéron mis delicias;
y que en vuestra corteza el nombre ingrato
de una muger perjura, me recuerde,
que vosotros amais, y ella ha olvidado.

Amal. Basta, cruel Morad, que tus pesares
mi corazon sensible destrozando
con tu inocente amor, y la memoria
de mi infelice madre, han inventado
el tormento mas bárbaro, que puede
sufrir la triste Amalia. Dí: ¿qué ampáro
quedó á mi juventud, quando la muerte
la arrancó de mi seno? Demasiado

lloré y sentí. La fuga de mi padre,
de que ignoro el motivo; el atentado
de ofrecerme Ibrahim á nuevo dueño;
no saber mas de tí; vivir dos años
en poder de un guerrero, cuya gloria,
cuya terneza al fin combatí en vano;
sin otro apoyo en todo el universo
que el valor invencible de su brazo,
¿qué pude hacer?

Morad. Morir.

Amal. Nunca la muerte
extiende su guadaña al desgraciado.

Morad. Pero tú amas, ingrata, á quien te priva
de tu primer amante: tú has librado
á Ali-Bek de mis iras.

Amal. Defenderlo
es cumplir mi deber.

Morad. ¿Y no es amarlo?

Amal. ¡Ay, Morad! no pretendas satisfaga
las quejas de tu amor; quizá mis labios
te han dicho mas que deben.

Morad. Pero al ménos,
pudiera yo esperar, que libre acaso,
si muriese Ali-Bek...

Amal. ¡Vana esperanza!...

Delito fuera solo imaginarlo.
Olvida para siempre una infelice,
que oprime la fortuna; solo aguardo,
por última fineza, que me digas
lo que saber anhelo. Yo he observado,
Morad, todas las señas de mi padre
en el rostro de Hassan; su sobresalto,
su voz interrumpida, sus miradas
confirman mis sospechas; mas no alcanzo,
por qué ha mudado el trage, y se me oculta.
Deséngañame tú: ¿sabes acaso?...

Morad. Sé, Amalia, que es tu padre; pero ignoro
quál puede ser su suerte.

Amal. ¡Cielo santo!
¿Si ha olvidado su Dios? ¿si me aborrece?
Corre, Morad, te ruego; vé á buscarlo.
Hazle venir aquí; solo un momento
basta á satisfacerme. Si ha quedado
en tí alguna piedad de mis desdichas,
proporciona este alivio á mi quebranto.

Morad. Sí, adorable muger, serás servida:
que aunque ingrata me olvides, puede tanto
la hermosura y virtud, que á mi despecho,
quanto mas me desprecias, mas te amo.

Vase.

Amal. ¡Generoso mortal! ¡ó! premie el cielo
la heroicidad de un pecho tan bizarro.

Vase.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Amalia sola.

Amal. Dios de piedad, desciendan de tu trono
las piedades que invoco; tu clemencia,
de mi esposo los males aliviando,
consuelo á mi dolor tambien conceda.
Esta infeliz, que nunca ha conocido
la dulce libertad, sobre la tierra
no tiene mas apoyo, que su vida.
Mi padre me abandona, y aun me niega
el placer de su vista: el mundo todo
es para mí un desierto, donde fieras,
la maldad, la ambicion y la perfidia
disputan el poder y la grandeza.
Horror por todas partes, sangre, muerte
respiran estos climas; donde quiera
que el rostro vuelvo, que mis ojos fixò,
veo desolacion. ¡Ah! qué exîstencia

Mirando adentro, donde se supone que duerme Ali-Bek.

tan miserable gozo. ¡Pero cielos!
¿Qué extraña agitacion de nuevo altera
el sueño de mi esposo? ¿Qué terrores
turban su corazon?

SCENA II.

Amalia, y Ali-Bek saliendo horrorizado.

Ali-Bek. Sombra funesta,
no me arrastres contigo hasta el sepulcro:
no me atormentes mas; por mí la tierra
no está bañada en sangre.

Tomándole la mano.

Amal. Esposo mio...

Volviendo sobre sí.

Ali-Bek. Cara Amalia: ¿eres tú quien me liberta
de su espantosa vista, de sus brazos?...
De sus horribles brazos...

Amal. Dí: ¿qué inquieta
los instantes que el cielo compasivo
concede á tu descanso?

Se sientan los dos en los almohadones.

Ali-Bek. Escucha atenta.

Apénas dulce calma á mis sentidos
el sueño concedió, quando la idéa
del Egipto humillado, ante mis ojos
ofreció de los siglos la carrera;
desde el tiempo en que fué gloriosa cuna,
donde sus artes aprendió la Grecia,
hasta la Dinastia en que fundáron
los fuertes Mamelucos su opulencia.
La ambicion otomana, despojando
nuestro nuevo poder, abatió fiera
una nacion formada en los combates.
Yo grito, libertad; ya mis empresas
ayudaba la Europa, y hasta el Cayro
llegára vencedor, si la sorpresa
de un traidor no impidiese mis designios.
He vuelto á ver en sombras la sangrienta
destruccion de mis tropas valerosas
al pie de las pirámides soberbias.
Perdída la esperanza de salvarme,
temeroso de ver mi última afrenta,
en una de ellas pienso hallar asilo.
Esfuerzo mi valor: su mole inmensa
subir osaba de sudor bañado,
y penetrando al fin la entrada estrecha,
que á su centro conduce, me hallo solo

en el seno del caos. Las tinieblas,
y el silencio que habitan este sitio,
en su morada esparcen noche eterna.
A cada paso hollando las ruinas
del pavimento obscuro, pude apénas
tocar de un mármol fúnebre la loza,
quando en pálida luz la sombra envuelta
Levantándose horrorizado, y Amalia tambien.
de un descarnado espectro alza la frente;
la seca piel, que con rugosas vueltas
cubria su esqueleto, por su rostro
de furor inflamado se desplega.
Abre por fin los macilentos labios,
y á su voz pavorosa, que resueña
por la anchurosa bóveda, el asombro
pasma mi corazon, mi pecho aterra.
"Ali-Bek, dice, en estas tristes urnas
»á la inmortalidad llegar esperan
»los legítimos dueños del Egipto:
»aquí descansan las cenizas regias
»de aquellos soberanos que llenáron
»el orbe de su gloria y su grandeza.
»Alguna vez en este obscuro sitio
»penetró la avaricia, otras la necia
»curiosidad del hombre; pero nunca

„ sirviéron estas tumbas de defensa
„ para el usurpador. Ven al sepulcro;
„ este será el asilo que te ofrezcan
„ los manes agraviados que profanas."
Y extendiendo hácia mí sus manos yertas,
me arrastra á la morada del espanto.
En vano hubiera sido por la fuerza
pretender libertarme, si á tus voces
no huyese el sueño, y la ilusion funesta.

Amal. Calma tu agitacion, esposo mio;
las fantasmas que forma en nuestra idéa
la imaginacion débil, no merecen
turbar nuestro reposo. Si deseas
vivir para tu Amalia, mas tranquilo
olvida ese terror que te atormenta.

Ali-Bek. Amalia, yo rezelo que se cumpla
tan terrible presagio, y no sufriera
que acabára mi vida en un suplicio
infame y vergonzoso. No: la afrenta
no es digna de Ali-Bek; si la fortuna
á tan fatal destino me reserva,
vé aquí ya, Amalia, el fin de mis desgracias.

Sacando un pomo con veneno.

De este tósigo fiero la violencia
en breve espacio salvará mi nombre

de la injuriosa muerte que me espera.
Malvados, yo desprecio vuestras iras;
la ambicion otomana satisfecha
quedará por mi mano, y los traidores,
los viles envidiosos que me cercan,
privado de ultrajar á quien tembláron.
En accion de beber: Amalia deteniéndole el brazo.
Amal. ¿Qué vas á hacer, cruel?
Ali-Bek. Dexa, que muera,
como los héroes mueren, si he vivido,
como viviéron ellos.
Amal. ¿Qué te lleva
á tan bárbaro extremo? Si aun me amas,
Arrodillándose, sin soltarle el brazo.
compadece mi suerte: heme aquí puesta
á tus pies, implorando tus piedades
por la vida que adoro; tu terneza,
tu valor, son los únicos apoyos,
que á mi afligido corazon le restan.
Levantándola.
Ali-Bek. Alza del suelo, Amalia; enternecido
Volviendo á guardar el pomo.
me rindo á tu dolor. Mas las cautelas
es forzoso indagar de mis contrarios,

Mirando adentro.

y saber de su boca... ¿Quién se acerca?

SCENA III.

Ismael y dichos.

Ism. Mahomad, pide permiso para hablaros.

Ali-Bek. El infame se atreve mi presencia
á arrostrar sin rubor... Pero salgamos
de dudas de una vez. Dile que venga.

Vase Ismael.

Amal. En tanto que el destino á este tirano
nos tuviese humillados, será fuerza
que no irriten tus iras sus rencores;
solo temo por tí.

Ali-Bek. Nada hay que temas.
Las miradas del justo, aunque oprimido,
aniquilan por siempre la perversa
intencion del malvado, y la descubren.
Retírate, mi bien.

Ali-Bek se sienta.

Amalia yendose.

Amal. ¡Gran Dios! ya llega. *Vase.*

SCENA IV.

Ali-Bek, Mahomad, Ismael, comparsa de Mamelucos.

Arrodillándose, y besando el suelo.

Mahom. Vuestro esclavo Mahomad rendidamente
el polvo que pisais, humilde besa;
Se levanta, y se sienta en otros almohadones.
y aunque puede quejarse del oprobio,
con que lo habeis tratado, solo anhela
á mejorar la suerte de su dueño,
si despreciando vos la vana idéa
de un poder absoluto, mis piedades
queréis aprovechar. Una grandeza,
que subsistir no puede por sí sola,
necesita ceder, y la apariencia
de un pequeño tributo la asegura
el dominio perpétuo. Yo quisiera
por mi mano fixar vuestro reposo;
el Gran Señor, por mí, de vos espera
lealtad y sumision; yo solo puedo,
quando vencido os veis, de la funesta
humillacion libraros, si olvidando

el nombre de Sultan...

Ali-Bek. Malvado, cesa.
¿Hasta dónde tu bárbara osadía
pretendes extender? Dí: ¿qué te alienta
á proponerme un pacto vergonzoso?
Yo soy tu soberano, y la cadena
que ha de oprimir al vencedor de Egipto,
jamas de un vil esclavo recibiera.
Tú me has hecho traicion; tú me has vendido:
si he perdido por tí la pompa regia
digna de mi valor, ¿cómo te atreves
con simulada astucia, de mi afrenta
á dictar el contrato? Yo abomino
quantas ventajas esperar pudiera
de tu exêcrable mano, y aun la vida,
si por tí solamente he de obtenerla.

Mahom. ¿Por qué vuestro furor hace desprecio
de mis fieles servicios? Yo debiera
quejarme mas de vos, y voy á hacerlo:
no ha de humillarse tanto mi obediencia,
que en público infamado, no responda,
quando queréis cubrirme de vergüenza.
La fortuna al nacer nos hizo iguales:
Ibrahim elevó vuestra soberbia,
y vos, por mi valor, habeis llenado

de explendor militar vuestra carrera.
No negaré, que honor y poderío
fuéron de mis hazañas recompensa;
pero en breve perdí la confianza
de vuestro corazon, y ántes que fuera
pública mi desgracia, por dos veces
de mi muerte firmasteis la sentencia.
Pude salvarme, y prófugo, humillado,
vos mismo me obligais á haceros guerra,
y el brazo que se armó por defenderos,
por vuestra culpa contra vos peléa.
Ya estais vencido: en mi poder os tengo,
y quando yo, olvidando mis ofensas,
os propongo los medios de ser libre,
vos ultrajais mi generosa oferta.

Ali-Bek. Basta: que si he sufrido tu discurso
especioso y falaz, es porque veas
que yo tambien en público descubro
de tu infame artificio las cautelas.
Iguales al nacer, ¡quán diferentes
hemos sido en vivir! Yo en mi carrera
semejante al torrente caudaloso
del Nilo bienhechor, que de la tierra
los senos abrasados fertiliza,
logré por mis hazañas que vivieran

en paz y libertad los oprimidos;
y tú por tu avaricia, donde quiera
que mandabas, viviendo aborrecido,
contra tí alzaba el grito la inocencia.
Este luxo brillante que te sigue:
la púrpura, que cubre de esta tienda
los altos pavellones, son el fruto
de tus atrocidades. ¿Y te quejas
de que yo, avergonzado de elevarte
á la prosperidad, al fin quisiera
aniquilarte á tí entre los tiranos?
Compara, desde el tiempo de los Persas,
que de estas costas arrojó Alexandro,
todos los Capitanes de la Grecia,
los Romanos, los Arabes, los Turcos,
todos conquistadores por la fuerza,
á mí, que por hacer feliz á un pueblo,
de esclavitud cargado y de miseria,
con gloria me nombré Sultan de Egipto.
¿Quáles son los servicios que me alegas?
¿Detestable avaricia en el reposo,
y exêcrables maldades en la guerra?
Mis tropas, vencedoras en Damasco,
capitulada ya su fortaleza,
hiciste retirar; y no contento

con tus muchos delitos, la sorpresa
de que víctima soy, es obra tuya.
La sed del oro solo en tí gobierna,
y ni aun mi propia vida de la infamia
de tu codicia vil ha estado exênta.

Mahom. En vano me culpais: si de Damasco
astuto abandoné la ciudadela,
fué por salvar las tropas fatigadas,
sabiendo que marchaba á socorrerla
el numeroso exército otomano;
y por una obstinada resistencia
iban á perecer: debió librarlas
con cauta retirada mi prudencia.

Ali-Bek. No retirada, vergonzosa fuga,
desercion criminal, traicion horrenda
fué tu marcha, Mahomad.... Pero cortémos
de una vez tan odiosa conferencia.
Si has de satisfacerme, que tus tropas
conmigo al Cayro marchen; que obedezcan
á su antiguo Señor: este es el medio
de hacer ménos culpable tu vileza.

Volviéndose á los comparsas.

Mahom. Compañeros; vosotros, que anhelando
á exterminar la destructora guerra,
que el Egipto aniquila, habeis triunfado
de un dichoso rebelde: la respuesta

le podeis dar. El os convida ansioso
á la revolucion: de su fiereza,
de mi piedad por él, seréis testigos;
y que quando en su vida mis ofensas
vengar pudiera airado, me contento
Levantándose.
con huir para siempre su presencia.
Aparte al irse.
Ya se logró mi astucia: mis delitos
él ha justificado: ahora perezca. *Vase.*

SCENA V.

Ali-Bek, Ismael y Comparsas.

Ali-Bek. ¡Perverso! Mas vosotros, miserables,
que habeis manchado con traicion tan fea
vuestro glorioso nombre, respondedme:
decid, ¿quál es la suerte que me espera?
Ism. Nosotros la ignoramos: nuestro xefe
es el bravo Morad; de su nobleza,
quando os combate, os vence, y os perdona,
vos mismo habeis tenido la experiencia.
Neutral en vuestros odios, jamas quiso
aumentar del Egipto las miserias;
y si ahora ha pretendido sujetaros,
nosotros respetamos la secreta

causa que á ello le mueve; obedecemos
su mandato, y servimos sin afrenta.
Levantándose.
Ali-Bek. Basta; Morad el Bey de Alexandría
sin unirse á un traidor, de mí pudiera
la venganza tomar de sus agravios.
Decidle, que un guerrero nunca emplea
sus armas en socorro del esclavo,
que infiel contra su dueño se revela. *Vase.*
Ism. Si él hubiera tu orgullo sepultado,
vanas reconvenciones no le hicieras,
ni olvidáras tampoco que le debes
ese soplo de vida que te resta. *Vanse.*

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Hassan solo.

Hassan. ¡Con quánta agitacion, con qué temores
me halaga, y me atormenta este momento!
¡O lo que puede la cruel fortuna!
Yo, que tanto anhelaba en otro tiempo
la vista de mi Amalia, y mis placeres,
mis únicos placeres solo fuéron
escuchar de sus labios cariñosos

de padre el dulce nombre lisonjero,
ahora ¡infeliz! su vista y su inocencia
me llenarán de atroz remordimiento.
¿Qué la puedo decir que me disculpe?
¿cómo podré ocultarle de mi pecho
los bárbaros delitos, que insensato
cometí para horror del universo?
No; nada la diré: nada hay que baste
á hacerme ante sus ojos ménos reo.
Mi Dios, mi religion, mi propia sangre
claman por mi castigo; el rostro bello
de la virtud me oprime, me confunde,
y en esta vida empiezan mis tormentos.
Mirando adentro.
Mas ya viene, ¿quál es mi sobresalto,
quál es mi agitacion? Yo me extremezco.

SCENA II.

Hassan y Amalia.

Reconociendo á Hassan, y acercándose precipitadamente.

Amal. El es ¡O padre mio! compasivo
abridme vuestros brazos, que mi seno
de alegría palpite, quando sienta

mi corazon unirse con el vuestro.

Se abrazan.

Hassan. ¡O cara prenda, que á mi desventura
sin duda concedió piadoso el cielo!
en vano tu placer y tu cariño
quiere borrar la angustia de mi pecho.
¡Ah! yo te vuelvo á ver, ¡pero en qué estado!
privada de tu amante, á un yugo fiero
unida con violencia, abandonada
aun de tu propio padre...

Amal. ¡Qué recuerdos
haceis á mi ternura! Qué ¿vos mismo
acusais vuestro olvido? Yo os encuentro
de verme temeroso, y en un trage
que me anuncia.... ¡Gran Dios! Yo no lo creo.
No; tú mi desamparo has permitido,
mas no permitirás, que quando vuelvo
á cobrar á mi padre, esté su vida
manchada con delito tan horrendo.

Hassan. ¡O hija mia! tu padre es delinqüente;
tu padre es infeliz.

Amal. ¿Qué, será cierto?...

Hassan. Sí, Amalia; soy culpado, aunque estoy libre.
falté á mi religion: ese perverso,
que se nombra tu esposo, con su astucia
sorprehendió mi deber, y en el sendero

del crímen conducido por su mano,
añadí la perfidia al sacrilegio.

Amal. ¿Cómo?

Hassan. No es ocasion de revelarte
la série abominable de mis yerros.
El va á morir: su muerte de mis labios
romperá los candados.

Amal. ¡Dios! yo tiemblo.
El va á morir... os hizo delinqüente...
¿tranquilo me anunciais su fin funesto,
á mí, que soy su esposa? Vos... mi padre...
que sabeis con qué amor su noble pecho
se complace en hacerme venturosa,
¿seréis de la traicion el instrumento?
¡Ah! por piedad, decidme, qué os obliga
á tanta crueldad, y si mis ruegos
pueden mover vuestra alma endurecida,
no me oculteis tan bárbaro secreto.

Hassan. Tú le amas, hija mia, porque ignoras;
cómo logró tu mano, y á qué precio;
por mas que sus victorias del Egipto
el vergonzoso yugo sacudiéron;
por mas que su poder y su grandeza
se humille á tu virtud, está muy léjos
de merecer el nombre de tu esposo,
que supo conseguir por viles medios.

Es al fin un esclavo, que eleváron
de la sangrienta guerra los sucesos;
y á pesar de su gloria solo puede
envilecer tu noble nacimiento.

Amal. Mi nacimiento ignoro: mas vos mismo
desde mis tiernos años me habeis hecho
conocer los deberes de una esposa.
Yo los amo, señor, yo los respeto,
como mi religion me los impone.
Entre vos, y mi esposo, sus afectos
divide mi ternura: ¡ah! padre mio,
no me oculteis mi suerte: que á lo ménos
logre saber el verdadero nombre
de quien me ha dado el ser.

Hassan. Ese consuelo
no te puedo negar. Oye, hija mia,
lo que esperas de mí. Yo soy Roberto,
Conde de Basancur: fuí venturoso
en la corte de Francia: el himeneo
de tu madre Adelaida de Vandoma
coronó mi fortuna en otro tiempo.
Amado de mi Rey, y de mi patria,
la envidia, que excitó mi valimiento,
consiguió mi ruina, y desterrado
por la intriga cruel del ministerio,
pensé hallar un asilo á mi desgracia

en un clima ignorado y extrangero;
pero apenas contigo, y con mi esposa
surque del mar los anchurosos senos,
quando de unos piratas la fiereza
nos reduxo á terrible cautiverio.
Tu corta edad, Amalia, te hizo amable
la misma esclavitud, y yo temiendo
que mi nobleza hiciera mas dificil
el rescate anhelado, oculté cuerdo
el nombre desdichado de mi clase;
y de la medicina el arte incierto,
que elegí por alivio de mis penas,
es el fatal orígen de mis yerros.

Amal. Lo es de vuestras virtudes, padre mio:
yo os he visto hacer de ella digno empleo,
socorriendo la vida de mi esposo.
Si él viviese, señor, de vos espero
que olvideis vuestras quejas, vuestras iras,
y abjurando del crímen los excesos,
ante un Dios de bondad, ménos culpable
seréis de sus piedades el objeto.

Hassan se enternece.

¿Mi llanto os enternece? mis suspiros,
de la naturaleza el lazo estrecho

Tomándole afectuosamente la mano.

que nos une, reclaman: vanamente

oponeis á sus voces los esfuerzos
de un odio sanguinario: nada importa
el lustre de mi sangre, si no puedo
conseguir que cediendo á mi ternura,
feliz os haga el arrepentimiento.

Hassan. Sí, yo seré feliz, querida Amalia:
mis delitos borrar en breve espero.
Tú en tanto de Mahomad contemplar debes
el antiguo rencor: no tu desprecio
extienda hasta nosotros su ojeriza.
De mis penas ha sido el compañero:
él te vuelve á mis brazos cariñosos,
quando no lo esperabas.

Amal. El perverso
á su venganza solamente aspira.
Jamas en sus oidos el lamento
del infeliz halló piedad, ni gracia.

Hassan. Procùra reprimir tus sentimientos...
Mirando adentro.

Amalia quiere irse, y Hassan la detiene.
él viene: no, no huyas.

Amal. ¿Hasta dónde
quereis, señor, probar mi sufrimiento?

SCENA III.

Dichos y Mahomad.

Mahom. Mi presencia es odiosa á vuestros ojos:
vos ignorais, señora, por qué medios
pretendo asegurar vuestra ventura.
Si Ali-Bek violentó vuestros deseos,
yo procuro romper el triste yugo
que os impuso la fuerza, y solo quiero
que veais en Mahomad, no un vil tirano,
sino un libertador.

Amal. Yo solo veo
en tí un traidor infame, cuya vista,
cuyo artificio soportar no puedo.
Díme, ¿qué libertad; dí, qué ventura
por tí recibiré, si acaso el cielo
me priva de un esposo que idolatro?
Gemir en tu poder, y en llanto eterno
vivir esclava la que fué adorada
del corazon ilustre de un guerrero.

Mahom. Jamas yo por esclava recibiera
muger tan orgullosa. Ese altanero
lenguage no conviene al abatido.
¿Cómo vos, que olvidando á vuestro dueño,
á Morad, que os colmó de beneficios,

habeis á sus amores antepuesto
la fortuna, y la mano de un rebelde,
de ultrajarme teneis atrevimiento?
¿sabeis lo que me debe vuestro padre?
¿sabeis que me acusais, sin conocerlo,
de una traicion, formada por mi astucia,
mas que va á resultar en favor vuestro?
Vos ignorais que ha sido vuestro amante
el que unió su venganza á mis deseos,
aspirando á cobraros por la muerte
de quien os ha robado á su despecho:
y en fin, que le ofrecí vuestra hermosura,
y ayudó mi rencor solo á este precio.

Amal. ¡Yo precio de la sangre de mi esposo!
¡exêcrable maldad! ¡contrato horrendo!
pero digno de tí, digno de un monstruo,
formado por la cólera del cielo,
para sembrar el crímen en la tierra.
Gran Dios, arroja de tu trono excelso
el rayo abrasador, que lo sepulte
del hondo abismo en el obscuro centro. *Vase.*

SCENA IV.

Mahomad y Hassan.

Mahomad quiere seguirla, y Hassan lo detiene.

Mahom. Temeraria...

Hassan. Mahomad, calma tu enojo:
compadece la angustia de su pecho.
Al nombre del delito la inocencia
se asusta facilmente. ¡O! quánto temo
su desesperacion.

Mahom. De mis furores
todos pueden temblar: cada momento
se atreven á insultarme los que deben
respetar de mis iras el incendio.
La rabia me consume y me devora:
la muerte de Ali-Bek solo es el medio
de aplacar mi rencor; pero aun respira:
¿por qué tarda en morir? ¿cómo el veneno,
que corre por sus venas, no ha sellado
mi anhelada venganza?

Hassan. En breve espero
que lograda será. Mortal cicuta
he aplicado á su herida; mas su esfuerzo,
con un licor benéfico animado,

que bebió de mi mano, te dió tiempo
para justificarte ante las tropas,
y te libra tambien de los recelos
que su improvisa muerte en contra tuya
pudiera fomentar.

Mahom. ¡O! quánto debo,
Hassan, á tu amistad. Si yo tuviera
el poder de Morad, por otros medios
de una vez acabára con la vida
de mi odioso contrario: mas lo espero
todo de la cautela.

Mirando adentro.

Hassan. Morad viene.

SCENA V.

Dichos y Morad.

Morad. Hassan, Mahomad, en el instante quiero
hablar con Ali-Bek, y dar respuesta
á los cargos que me hace, convirtiendo
en infame baldon nuestra alianza.

Mahom. No te humilles, Morad, hasta ese extremo.
La ponzoña, que corre por sus venas,
asegura la muerte del soberbio:
ya pocas horas de vivir le restan. [cierto...

Morad. ¿Qué escucho? Díme, Hassan, ¿qué? será

Hassan. Sí ; cierta es la venganza. Tú no sabes
nada de mis agravios ; pero luego
que espire , te diré...
Morad. Nada me digas:
no quiero saber mas. Todo el misterio
que has hecho de tus quejas , no te salva
de ser un asesino , que ha cubierto
de oprobio y de vergüenza mi memoria.
A Mahomad lo que sigue.
Y tú , que has engañado mis deseos
para hacerme testigo delinqüente
de tu horrible perfidia , vete luego,
huye de mi presencia.
Mahom. ¿Por qué causa
te irritas contra mí , quando pretendo
coronar tu esperanza y tus amores?
Hassan. Y yo lavar mi afrenta.
Morad. Lo comprehendo;
pero Ali-Bek sabrá vuestras maldades.
Mahom. ¿Qué vas á hacer , Morad?
Morad. Salvar , si puedo,
ó su vida , ó mi fama.
Mahom. ¿Qué he escuchado?
Sígueme , Hassan ; sus iras frustrarémos.
Se van los dos.

SCENA VI.

Morad y Ali-Bek.

Llamándole.

Morad. Ali-Bek.

Al tiempo de salir.

Ali-Bek. ¿Quién me nombra?

Morad. Tu contrario:
el que venció tu brio en campo abierto,
y el que se avergonzára si murieses
al rigor simulado de un veneno.
El corre por tus venas, y á tu herida
lo aplicó la traicion; pero aun es tiempo
de atajar su violencia, si permites
que mi piedad te libre de este riesgo,
quitándote las plantas ponzoñosas
que al sepulcro te arrastran. Yo pretendo
hacerte conocer, quando me infamas,
porque á Mahomad amparo, que mi esfuerzo
abomina su astucia, y mis agravios
satisfago lidiando cuerpo á cuerpo.

Ali-Bek. Generoso Morad, dexa que admire
tu noble proceder; pero no creo
que el padre de mi esposa haya querido
acabar con mi vida. Ella me ha hecho

la tierna relacion de los socorros
que á sus cuidados oficiosos debo.
Yo respiro por él; ¿y qué pudiera
moverle á cometer crímen tan feo?

Morad. Ignoro los motivos: ¿mas recuerda
si enmedio de su largo cautiverio
le hiciste algun agravio? Sobre todo,
piensa que quien negó con juramento
su Dios y religion, nunca perdona,
ni olvida las injurias que le hiciéron.

Ali-Bek. Yo nunca le agravié: si sus temores,
abjurando su ley, le conduxéron
hasta vender infiel su propia sangre:
si por su cobardía me hice dueño
de la preciosa Amalia, ¿qué le obliga
á procurar mi muerte? ¿quál intento
oculta, despreciando mis favores,
quando esperar pudiera de mi pecho
mas noble recompensa, que la infamia
con que Mahomad le brindará por premio?

Morad. Tú me llenas de horror. ¿Será posible
que Hassan cause atentados tan funestos?

Ali-Bek. Hazle venir aquí: yo de su boca
procuraré indagar este secreto.

Morad. Vendrá: te lo aseguro; pero en tanto
tu herida y tu peligro no olvidémos.

Ali-Bek. Tu generosidad, que por dos veces
quiere darme una vida que aborezco,
es mi mayor peligro; si muriese,
de una vez acabarán mis tormentos.
Detesto tu piedad; y de obtenerla
por mano de un contrario me avergüenzo.

Vase.

Morad. ¿Por qué odias el vivir? ¿tú que has logrado
la posesion feliz de mis deseos?
Amalia, por tu llanto, por tus quejas
defiendo á mi enemigo; mas busquémos
á tu pérfido padre, porque muera,
ó revele sus bárbaros intentos. *Vase.*

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Ali-Bek solo; trae una copa en la mano.

Ali-Bek. Cierta es mi muerte: de mi acerba herida
los agudos dolores mal resisto.

Pone la copa sobre la mesa.

No me faltes, valor, quando tu ayuda
para ver mi venganza necesito.
Mortífera cicuta, tu violencia
cese algunos momentos. Solo aspiro

á morir, y que al golpe de mi muerte
el traidor caiga en mi sepulcro frio:
quizá me esfuerzo en vano..... procurémos
prolongar algun tiempo mis martirios.
Sacando el pomo del veneno del tercer acto.
Fiel compañero, tú, cuya fiereza
para salvar mi afrenta se previno,
sirve para vengarme de un malvado,
y será mas glorioso tu destino.
Este licor, que á reparar mis fuerzas
dispuso de un perverso el artificio,
será el medio que dexe eternizado
con horrible escarmiento su castigo.
Echa el veneno en la copa, y se sienta en los almohadones.
¡O corona! ¡ó grandeza! ¿qué se hiciéron
las pompas seductoras de tu brillo?
Como la niebla, al rayo luminoso
del sol brillante, se han desvanecido:
fugaces, como el sueño, ya voláron,
dexando en este pecho dolorido
hondamente gravada su memoria
para ver mi poder envilecido.
Pérfido Hassan, Mahomad abominable,
todo por vuestra causa lo he perdido.
Vosotros gozaréis de mi fortuna,

y yo, que á tanta costa abrí el camino,
recibiré por premio la vergüenza
de que ocupe un tirano mi dominio.
¡O Amalia! ¡ó cara esposa! tu memoria,
tu doloroso llanto, y tus gemidos
en vano me recuerdan tu abandono:
para calmar mis iras, es preciso
olvidar que es tu padre el inhumano
que me arranca la vida, y tu cariño.
Mirando adentro.
El viene; moderémos mi despecho,
ó al ménos procurémos encubrirlo.

SCENA II.

Ali-Bek y Hassan.

Los dos versos primeros aparte al salir.
Hassan. Si sabrá mi maldad: disimulémos
las dudas, y el temor con que vacilo.
Morad me manda venga á tu presencia:
yo obedezco, aunque ignoro los motivos,
y al verte en tal estado, mi deseo
es servir ciegamente á tus designios.
Ali-Bek. Aunque por tanto tiempo retirado,
huyendo los favores con que quiso
honrarte mi poder, te has ocultado,

Amalia te disculpa: ella me dixo
los socorros que debo á tu cuidado;
pero aun sabiendo que por tí respiro,
se atreve la malicia á denigrarte

Hassan se sobresalta.

con voces que profanan mis oidos.
En esa copa, que á mis secos labios
presentáron tus manos por alivio,
dicen que hay un veneno; no lo creo:

Hassan mas tranquilo.

conozco que tú debes en mi auxílio
emplear el remedio, no la muerte.
Mas para confundir al atrevido
que formó tal calumnia, en mi presencia
el resto del licor bebe tranquilo.

Aparte volviendo sobre sí.

Hassan. Respirémos.
Ali-Bek. ¿Qué dudas? ¿porqué temes?
Hassan. Nada temo, Ali-Bek; pero me admiro
de que puedas creer á quien me acusa
por medio de tan viles artificios.
Aunque estoy agraviado, y tú lo sabes,
yo respeto en tu vida el fiel asilo
de mi querida Amalia, ya que el cielo
te hizo dueño feliz de su alvedrio.
Díme, ¿cómo pudiera su presencia

soportar sin rubor? Yo que he vendido
mi religion, mi sangre, ¿por qué extrañas
que me oculte, viviendo fugitivo?
Manchado con el crímen horroroso
de un negro sacrilegio, alzaba el grito
contra mí la virtud, y ante su trono
la inocencia clamó por mi castigo,
¡Ah! que el remordimiento del culpado
jamas pudo acallar el poderio:
jamas el criminal halló en el lecho
el descanso á los justos concedido.
Pero no es mi deseo con razones
desvanecer tus dudas: no resisto
apurar el licor, para que veas
á los que me acusáron desmentidos.

Toma la copa, y bebe.

Levantándose con dificultad.

Ali-Bek. Sí, te verán, traidor, en breve espacio
sepultado en los senos del abismo.
Hassan. ¿Qué dices, Ali-Bek?
Ali-Bek. Que ya tu muerte
no puedes evitar. ¿Pensaste, iniquo,
gozar impunemente tu venganza?
No: mas pronta es la mia, y mas activo
el tósigo, que corre por tus venas,

asegura mi triunfo, y tu extermino.

Has. ¿Qué has hecho, hombre cruel? ¡O Dios eterno!
suspended un momento mi castigo.

Llorando.

Pueda mi llanto en mi postrera hora
acordaros que sois un ser benigno.
¡O Amalia!

Ali-Bek. No la nombres.

Hassan. ¿Qué, tirano?..
¿pretendes que mis últimos suspiros
no exhale entre sus brazos? Hija mia.

Llamándola.

SCENA III.

Dichos y Amalia.

Al tiempo de salir.

Amalia. ¡Qué lamentable voz! ¡O padre mio!

Sobresaltada, observando á su padre.

¿Por qué temblais? ¿qué horror os sobresalta?

A Ali-Bek.

¿qué es esto, amado esposo? ¿Confundido

Ali-Bek vuelve el rostro.

de mí apartas los ojos?

Hassan. Ven, Amalia:

Amalia se acerca, y le toma la mano.

ven por la última vez á dar auxîlio
á tu infelice padre: huye ese tígre;
por su cruel astucia yo he recibido
la muerte en esa copa.

Ali-Bek. ¿Y tú qué has hecho?
No ocultes tu perfidia.

Amal. ¡O Dios, qué he oido!

Ali-Bek. No, no lo compadezcas: de su mano
recibí el mismo don. En vez de alivio
á mi herida aplico mortal veneno.
Sábelo todo, pues; él te ha vendido:
reconozcan tus ojos el contrato,

Sacando un papel, y dándoselo á Amalia: ella lo lee sobresaltada, mientras los versos de Hassan, hasta que empieza á hablar.

que á mi poder te traxo.

Hassan. ¿Cómo, impio,
te atreves á ocultar que tus cautelas
fuéron causa fatal de mis delitos?
¿Quién me llevó al Harem del Bey tu dueño?
¿quién, por su misma guardia sorprehendido,
me obligó con la fuerza á que vendiese
á mi Dios, y á mi hija?

Amal. ¡O asesinos

de toda mi terneza! basta, basta;
no destrozeis mi corazon unidos
por medio de tan bárbaros tormentos:

A Ali-Bek.

y tú, esposo cruel, que vengativo
no pensaste que si era delinqüente,
era mi padre al fin, ¿así has podido
pagar mi fé, y mi amor?

Llorando.

Ali-Bek. ¡Y tú te olvidas
de que él es mi verdugo!
Amal. No me olvido.

Con la mayor desesperacion. A los dos.

¡ah! ¡bárbaros! Gozad de mis angustias:
gozad de mis tormentos; mis martirios
sacien vuestro furor.
Hassan. Amada prenda...
por mis miembros se esparce un sudor frio...
que me anuncia la muerte... Sí: la muerte...

Lo siguiente en la mayor agitacion.

estos son sus dolores... ¿Qué improviso
ardor siento en el pecho? No me huyas
Amalia quiere retirarse horrorizada: él la detiene, y se apoya en sus brazos. Amalia, miéntras habla, tiembla.
en tan terrible trance... yo te pido

perdon de mis ofensas; por borrarlas
el último atentado he cometido...
Penas sin fin... eternas maldiciones...
mi nombre cubrirán.

Amal. Yo me horrorizo.

Hassan. Sí... llénate de horror... mira el tirano...
en mis ansias atroces complacido...
Qué fuego intenso... qué mortal congoja...
devora mis entrañas... qué delirio...
perturba mi razon...

Alzando la voz.

Amal. ¡O Dios eterno!
Piedad, clemencia.

SCENA IV.

Dichos, Morad, Ismael, y Comparsa.

Al entrar á los suyos.

Morad. Entrémos... ¿Mas qué miro?

Reparando en Hassan, apoyado en los brazos de su hija.

Ali-Bek. Tu venganza y la mia.

Amal. Tu fiereza
dirás, hombre cruel... ¡O! qué oprimido
siento mi corazon... Qué negras sombras...

me privan de la luz... cielos... yo espiro.

Cae desmayada en los almohadones, y dexa caer el papel que tenia en la mano. Hassan queda apoyado en Ismael, y un comparsa que llega á sostenerle.

Ali. Esposa. *Acercándose á ella con trabajo. Hassan no queriendo que Ali-Bek se acerque á ella.*

Hassan. No la insultes.

Morad impide que se acerquen, é incorpora á Amalia miéntras dice los versos siguientes.

Morad. Deteneos,
hombres abominables; no permito
la deis socorro alguno; yo soy solo
quien debe procurarla algun alivio.

Hassan. Hija mia... tu padre entre sus brazos...
A Ali-Bek.
no volverá á estrecharte.. Monstruo digno...
de toda exêcracion... la voz me falta...
pronto al sepulcro... baxarás conmigo.

Queda sin poder hablar, con ansias de morir, en brazos de Ismael y el comparsa.

Ali-Bek. Sí, yo descenderé; pero vengado.

Acercándose mas á Amalia, y quedando arrodillado inmediato á ella.

Solo, adorada Amalia, tu cariño

me hizo amable la vida; este consuelo
en breve perderé.

A Ismael, que con algunos comparsas retiran á Hassan.

Morad. Retira, amigo,
este objeto infeliz, y no su vista
vuelva á excitar de nuevo sus gemidos.

Cogiendo el papel que dexó caer Amalia, y pasando la vista por él con precipitacion.

Quizá en este papel... ¿Pero qué veo?
Ya está todo el misterio conocido.

Habiéndola observado.

Ali-Bek. Ya se cobra; ya abrió los bellos ojos.

Todo esto fuera de conocimiento.

Amal. ¡Mísera! ¿dónde estoy? ¿Por qué respiro?
¿A dónde fué mi padre? ¿Qué letargo
abate y enagena mis sentidos?
¿Qué, no me respondeis? ¿Quién sois vosotros?
¿A dónde está mi esposo?

Ali-Bek. Aquí, bien mio.

A la voz de Ali-Bek, Amalia se levanta, y se retira horrorizada: Ali-Bek queda apoyado en los almohadones con el mayor abatimiento.

Amal. ¡Ay! sí: te reconozco; de mi padre
la sombra ensangrentada está contigo.
El te arrastra á la tumba. Horrible imágen,

cesa de atormentarme. Yo te sigo
á la mansion del llanto...

Con desesperacion.

Ali-Bek. Sus dolores
nuevo rigor añaden á los mios.
¿Por qué tardo en morir?

Tomándola la mano.

Morad. Sensible Amalia,
no cedas á la fuerza de un delirio,
que aumenta mis pesares.

Volviendo sobre sí, y llorando.

Amal. Tú no sabes
quál es mi desventura, hombre benigno.
Contempla mis tormentos... Pero en vano
para explicarte mi dolor me anímo.
¡O, quánta es mi desgracia! Yo inocente,
soy causa de tan bárbaros delitos.
Solo, Morad, en tu piedad espero;

Arrodillándose con la mayor afliccion.

mis lágrimas la imploran: yo te pido
á tus plantas postrada, me concedas
la libertad, que nunca he conocido.
Y si puede moverte la memoria
de mi madre infeliz, enternecido
premia con esta gracia las virtudes,
las tiernas esperanzas con que hizo

feliz nuestra niñez: conozca al ménos
la patria, donde el cielo compasivo
reparte de la paz los sacros dones;
sácame de estos climas enemigos,
de esta mansion de fieras, cuya sangre
baña el trono feroz del despotismo.

Levantándola.

Morad. Alza del suelo, Amalia: ¿qué pudiera
tu llanto suplicar, que el pecho mio
se negára á cumplir? Mi amor, mi gloria,
todo se humilla á tu adorable hechizo,
todo te lo concedo; que tu esposo,
ántes que muera, sea fiel testigo
de mi oferta inviolable: quanto logre
volver Alexandría, tus suspiros
aliviará la libertad amada;
y olvidando mi amante desvarío,
te ofrezco que mi amparo y mis riquezas,
te lleven hasta el Sena sin peligro.

Ali-Bek. ¡O generosidad que me confunde!

Amal. Morad, que tu virtud quede á los siglos
por monumento eterno de tu gloria,
y publicando yo tus beneficios
en la region de Europa, que tu nombre
sea por las naciones bendecido.

SCENA ULTIMA.

Dichos, Ismael y Comparsas.

Ism. Señor, espiró Hassan; y temeroso
Mahomad de vuestras iras, ha partido
precipitadamente con sus tropas,
abandonando el campo á nuestro arbitrio.

Morad. Con razon teme el premio que prepara
á su traicion mi brazo vengativo.
Huya esta vez; mas tiemble de mi pecho
el furor irritado: si escondido
en el profundo seno de los mares,
en el desierto inmenso, en el abismo
se oculta á mi rencor, en parte alguna
se podrá libertar de mi castigo.

Ali-Bek. ¡Oxalá que mi mano en su vil sangre
se pudiera bañar!... Desfallecido
me siento por instantes. Cara esposa,
A Amalia lo que sigue.
no me prives, cruel, en tal conflicto
de tus tiernos cariños, no: tu pecho
desconoce el rigor; yo te he perdido...
pero yo te he vengado... Aquel infame,
del nombre de tu padre no era digno.
Ven, adorada Amalia, que tu mano

estreche al espirar.

Amalia compadecida, se acerca y le da la mano. Sus movimientos, miéntras habla Ali-Bek, indican el terror y la compasion sucesivamente.

Amal. Yo no resisto
á su mortal congoja éste consuelo.

Besándola.

Ali-Bek. ¡O mano deliciosa; ya no aspiro
á gozar otro bien sobre la tierra.
Escúchame, Morad; de tu eroismo,
de tu alma generosa las bondades
me tienen admirado y confundido.
Tú sabes mis hazañas... y qual era
la empresa que intentáron mis designios...
Tú puedes consumarla... de la gloria,
del explendor del trono... los caminos
abrirá tu valor... Sí; tú mereces
el nombre regio de Sultan de Egipto.
Alivien tus piedades... la cadena
con que estos pueblos gimen oprimidos.

Los quatro versos siguientes los dice esforzándose todo quanto le permite su estado moribundo.

Tiemble Constantinopla, tiemble el orbe,
si intentase abatir con yugo impío

nuestra heroyca nacion, que del Caucaso
descendió hasta las márgenes del Nilo.
Yo te dexo el exemplo... El Cayro, el Delta,
la Siria toda fué mi señorío.
Todo te acordará la independencia
con que fué soberano mi dominio.
Síguelo derramando, no la sangre...
sino el favor, que implora el afligido...
Nunca el rigor... conquista los afectos;
si pones esta máxîma en olvido...
Quizá, corriendo el tiempo... en estos climas
serán los Mamelucos maldecidos...
Quizá de Europa... una nacion guerrera
á exterminar vendrá su poderío...
Véngame de Mahomad... Colma de Amalia...
los votos suspirados... Compasivo...
llora mi muerte... mira mis congojas...
y siempre... en tu memoria... ¡ó Dios!... espiro.

Muere. Suelta la mano de Amalia: ella se retira horrorizada: Morad la sostiene, y hace señal á los Comparsas de retirar á Ali-Bek.

Cae el telon.

F I N.

DRAMA

INTITULADO

LA ÓPERA CÓMICA

EN UN ACTO.

MÚSICA DEL SR. DOMENICO DELLA MARÍA.

TRADUCIDA

POR D. VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

FLORIMON. *Señor* BERNARDO GIL.

LAURA. *Señora* LAUREANA CORREA.

ARMANDO. *Señor* EUSEBIO FERNANDEZ.

UN CRIADO.

Salon: á la izquierda una grande vidriera que da á la calle, y se cierra y abre arbitrariamente: habrá un piano, un buró, instrumentos músicos de todo género, libros, partituras, y todo quanto manifiesta el gusto de un hombre apasionado de las bellas artes: todo está sin órden: en el fondo la puerta de la habitacion de Laura.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

Florimon solo.

Flor. Es preciso convenir en que los dias son demasiado cortos para un autor dramático, que no puede vivir sin componer, ni quiere faltar á la primera representacion de una pieza: en la de hoy me empeño tanto mas quanto es de un sugeto que me interesa infinitamente. Con todo, no saldré sin que mi sobrina me cante el pasage de mi romance: todavía no ha penetrado la fuerza de la expresion; y no me admiro: hace algun tiempo que anda distraída y pensativa. A pesar de la soledad en que vivimos (soledad necesaria y muy bien calculada por mí) me parece que su corazon no está tranquilo... Yo quiero indagar, si es posible, la causa: tengo un medio... pero ella viene: vaya, acaba de llegar, querida Laura.

SCENA II.

Florimon y Laura.

Flor. Ya ves que tu música no corresponde á mis palabras.

Laura. El defecto consiste en vm.; pues los dos últimos versos estan mal cortados; y así jamas harán efecto.

Flor. Pues yo te digo que consiste en la música: piensa bien que en la pieza el romance es para el momento de la declaracion.

Laura. Vaya pues; atienda vm., y quedará desengañado.

Canta.

¿Cómo guardar un secreto
que el alma está publicando?

Ya vé vm. que estos dos versos no vienen...

Flor. No: no soy de tu parecer.

Duo.

No, no, no: no estoy contento:
vuelve, vuelve á comenzar;
ese canto triste y frio
la ternura pinta mal.

Laura. No tienen fuego los versos:

nada puedo adelantar;
una expresion halagüeña
nunca podrán inspirar.

Flor. Es una declaracion...

Laura. Sí señor; lo entiendo bien.

Flor. De la mas tierna pasion.

Laura. Es verdad, muy bien lo sé.

Flor. En tu acento nada escucho
que me lo pueda expresar;
que ese canto triste y frio
la ternura pinta mal.
Evitémos languideces;
vuelve, vuelve á principiar.
Es una declaracion.

Laura. Sí señor; lo entiendo bien.

Flor. De la mas fina pasion.

Laura. Es verdad, muy bien lo sé:
pero en los versos no hay nada
que bien lo pueda expresar.

Flor. En tu acento nada escucho
que bien lo pueda expresar.

Laura. Por mas que haga, nunca podré dár expresion á estos dos versos.

Flor. Haz sin embargo el ritornelo, que yo voy á pensar en ello. *Se sienta al buró.*

Laura. ¡Bien por mi vida! ahora se pone á trabajar... precisamente es esta la hora (ó lo será muy pronto) en que Armando se pondrá á su ventana: y si mi tio no se va...

Flor. ¿Pues qué no he de salir con ello? por fuerza: me obstinaré. Estos compositores son terribles: siempre es preciso pasar por todo lo que se les antoja: es necesario quitar, suavizar, cortar: en fin, esta es la regla; todo se ha de sacrificar á los músicos.

Se levanta.

Para que del gusto sean
de los músicos los versos,
á su arbitrio es necesario
treinta veces componerlos:
quitan la sal de las coplas,
con sus fugas y gorgeos,
ignorando que sus rasgos
no son siempre pensamientos.

Laura. Escúcheme vm. ahora.

Hácia la sátira muestran
los poetas mucho afecto,
mas con los compositores
debieran ser mas atentos;
pues aunque sus versos sean

numerosos y perfectos,
muchas veces nuestros rasgos
les sirven de pensamientos.

Flor. ¿Cómo? ¿epígramas á mí? muy bien: ya verás... ya verás los dos versos.

Aparte.

Laura. Esto será nunca acabar.

Flor. Ya se me han ofrecido: velos aquí.

Es del objeto que adoro;
ya no es mio mi secreto.

Esto es: yo creo que se puedan acomodar: vamos; haz la prueba.

Laura. Sí señor, sí; se acomodarán.

Flor. Pues bien, ¿qué haces ahí? siempre distraída... ponte al piano: trabaja, querida Laura: acuérdate que solo á tus talentos has de deber tu establecimiento; porque yo no quiero dar tu mano sino á un profesor distinguido: estoy pensando en ello: adquiere perfeccion, y te caso... trabaja, trabaja.

Laura. Pero tio, mis progresos serían mucho mas rápidos si tuviese algun estímulo: carezco de consejos: casi nunca oigo música: me lleva vm. raras veces á la ópera; á nadie recibe: siempre sola... ¿cómo quiere vm.?...

Flor. No te enfades, querida: tengo motivos para no recibir gentes; y no te estará mal. Como he dicho, yo mismo quiero elegirte marido: hace tiempo que pienso en un sugeto, el qual, atendidas todas las relaciones, debe convenirte: le conozco, tiene talento, es bien nacido, y segun lo que imagino... será de tu gusto.

Laura. ¿Cómo? ¿ya piensa vm. en sugeto determinado?

Flor. Sí; y estoy seguro de que merecerá toda tu aprobacion.

Laura. Señor, ya son las ocho, ¿no me dixisteis que os avisára porque la pieza nueva?...

Flor. Dices bien: no hay duda... dexémoslo todo:

Aparte.

esta pieza me interesa mucho; por dicha es en un solo acto: no estaré mucho tiempo en el teatro.

SCENA III.

Laura sola.

Laura. Dice que trata de casarme... ¿pero con quién será? Tal vez me hubiera atrevido á confiarme de él; pero ahora que tiene otras idéas...

un jóven que conoce mucho... Sin embargo, es bien seguro que yo no podré amar sino es á Armando: esta es su carta: alojado en frente de casa, como no puede verme sino en el teatro ó en el paséo, me pide un rato de conversacion? en esta ventana frontera á la suya: ¿qué haré ¿qué partido tomaré? hablar de esta manera con un jóven; aprovecharme de la ausencia de mi tio, quando me destina á otro, ¿no sería reprehensible? sin duda alguna: esto es hecho; de ningun modo le hablaré... ¡pero cielos! este es el sonido de su guitarra, y la señal convenida: si le oigo, es bien á mi pesar... y estoy muy decidida á no hablarle... quisiera saber qué es lo que toca: desde aquí casi nada se percibe... acercándome á la ventana sin abrirla...

Se acerca.

La sonata es graciosa... ¡ó Dios!... canta... todo lo va á descubrir.. me nombra... ¡qué imprudencia!... es preciso que entreabra un poco la ventana... en realidad yo no quiero hablarle; pero es forzoso decirle que calle...

Abre la ventana.

SCENA IV.

Laura, y Armando á la parte interior.

Laura. Suplico á vm., señor Armando, que calle; porque me hace temblar... No señor; me es absolutamente imposible salir á la ventana á hablar con vm... ya lo sé todo... muy bien se oye todo; y así hable vm. mas baxo... ¿qué dice vm.? ¿si le amo? no puedo responder á esto, y ahora mucho ménos: vm. no sabe lo que hay; y aunque le amára, no debería decírselo, ni aun confesármelo á mí misma: retírese vm... ¿qué?... Un poco mas alto; no oigo nada... ¿Recibir á vm. miéntras mi tio está fuera? ¡qué locura! además de eso, la pieza se acabará pronto, y mi tio volverá á trabajar: ya sabe vm. su manía por hacer planes de Comedias que nunca puede concluir; y como ahora hace una... Sí: está haciendo una Opera Cómica, en la que todo será llorar... ¡ó! se ocupa en ello con mucha seriedad; pero no puede salir con la empresa... Y yo hago la música... ¿por qué tanto mejor?... ¡Ah! si vm. tiene medio para presentarse, es muy distinto; pero á lo ménos será sin

mi consentimiento, y además dudo mucho... mi tio á nadie recibe, y de nada le serviría á vm., pues él tiene ya sus miras... ¿Si teneis la dicha de acertar? ¿pero en qué?... ¿es un secreto?... ¿recibido en esta casa?... ¿y hoy mismo? ¿cómo podeis presumirlo?... ¡Dios mio! ¡se ha vuelto loco! Vamos, ya basta, ya basta: buenas noches. *Se retira.*

Aun sigue con su guitarra: no la dexará: callad por Dios; yo os lo suplico. *Cierra.*

Siempre os entenderé;
no canteis: ceded á Laura,
que siempre creerá escucharos
aun quando no escuche nada.

SCENA V.

Laura continúa.

Quando un corazon se rinde,
sabe amar, y el gusto llena,
cierto de ser conocido,
¿por qué el silencio le cuesta?

Mira por la vidriera.

En fin ya se ha ido, ¡qué trabajo me ha costado!

¡Qué imprudente es el amor!
siempre quiere estar hablando;
como si las voces fueran
su alimento necesario:
una palabra destruye
su dicha; y por el contrario,
sabiendo callar á tiempo
queda mas asegurado.

En este tiempo, poco se acostumbra esto.

Si su mérito y ternura
quiere con fuego expresar,
aturdiendo á quien lo escucha,
su querida hace temblar:
cree que nunca ha dicho nada,
quiere lucir sin cesar:
amantes y literatos,
¿no sabrán nunca callar?

Voy á ponerme al piano... ¡cielos!... me parece que oigo á mi tio: no habrá hallado asiento. Pronto, pronto la otra area suya.

SCENA VI.

Laura, y Florimon se pasea pensativo.

Flor. ¡Armando!... ¡Armando!... ¡ah! ¿quién lo hubiera creído?

Laura. ¡Armando!... ¿qué será lo que dice?

Flor. ¡Qué empeño! ¡qué atrevimiento!

Laura. Estoy temblando.

Flor. ¡Atreverse á un empeño tan dificil, y acertar!... ¡Con qué placer, con qué benevolencia ha sido escuchado!

Laura. Vaya; esto es que lo ha oído todo.

Flor. Y yo simple espectador...

Laura. No hay duda: estaba allí.

Flor. ¿Y yo sería testigo de esto sin inflamarme, sin que mi imaginacion se exâlte?...

Laura. ¿Cómo? querido tio, ¿vm. ha sido testigo?...

Flor. Por desgracia no he oído todo, pues llegué al acabarse.

Laura. Tanto mejor.

Flor. Pero he adivinado todo.

Laura. Tanto peor.

Flor. La obra es excelente: el desenlace picante, y la música deliciosa.

Laura. ¿Cómo?

Flor. Sí: la música... pero á tí te se pasó la hora; me avisaste tarde, y por eso no he llegado sino al fin de la pieza: ahora acabo de salir.

Laura. Esto es otra cosa: respirémos.

Flor. Ha sido celebrada con el mayor extremo; y la ha compuesto un jóven llamado Armando.

Laura. ¿Armando, decís?

Flor. Sí; Armando: él es su autor.

Laura. ¡Armando!

Flor. Armando: un jóven; pero de un talento grande, singular: ¿y qué? ¿por ventura habrias oído hablar de él?

Laura. Yo, señor...

Flor. Y bien: responde, ¿le conoces?

Laura. Me parece que sí... es uno que un dia estaba por casualidad...

Aparte.

Flor. Por casualidad.

Laura. Sí; en nuestro mismo palco, y á quien hemos encontrado muchas veces despues en el teatro.

Flor. Tambien por casualidad.

Laura. Muchas veces han hablado vms. de comedias.

Flor. ¡Ah!... ya me acuerdo: un jóven muy digno de estimacion.

Laura. Sí señor.

Flor. ¿Muy bien formado?

Laura. Cabal.

Flor. ¿De una presencia que desde luego habla en favor suyo?

Laura. El mismo... ¡ah! ¡si me atreviese!...

Aparte.

Flor. Estoy en el caso. Muchas veces he preguntado por él: por todas partes se le buscaba.

Laura. ¡Cielos!

Flor. ¿Pero querrás creer que no ha sido posible hallarle?

Aparte.

Laura. Muy bien lo creo.

Flor. Como si hubiese razon alguna para no disfrutar de semejante satisfaccion.

Aparte.

Laura. No ha sido poca fineza. Tio, me parece que no ha mucho me habló vm.... de un matrimonio.

Flor. Sí, querida: te he prometido un esposo; y en fin, quiero que sepas quál ha sido mi eleccion: pero ántes de pasar mas adelante, es preciso saber si será de tu gusto.

Laura. ¿Cómo se llama?

Flor. Si no te acomodase...

Laura. Vaya, explíquese vm.

Flor. Una vez que quieres saberlo...

SCENA VII.

Los dichos y un criado.

Criado. Aquí traen una carta para vm.

Flor. Verémos... ¡ah! ¡Armando!... *Aparte.*

Laura. Dígame vm. cómo se llama.

Flor. Ten un poco de paciencia.

Aparte.

Una carta de Armando: vé aquí una rara casualidad: leamos apriesa. ¡Ola! ¿versos?

Lee.

Un jóven autor, que espera
verse de vos protegido,
os suplica muy rendido,
que acepteis su obra primera:
de este modo considera
que se libre de la impía
mordaz crítica del dia,
para quando se publique:
permitid que os la dedique,
y perdonad la osadía.

¡La dedicatoria de su obra! Sí, seguramente la admito: me hace mucho honor: prosigamos.

Lee.

P. D.- He sabido en el mundo literario, donde lograis tanto crédito... ¿Donde logro tanto cré-

dito? ya, ya lo veo venir.

Laura. Ea, ¿me dice vm. ó no el nombre?

Flor. Ahora me ocurre un negocio importante: déxame un rato.

Laura. ¡Qué pesadez! pero es preciso tener paciencia.

SCENA VIII.

Florimon solo.

Flor. "He sabido en el mundo literario, donde »lograis tanto crédito, que componeis una ópe»ra: la casualidad me ha ofrecido algunas ideas »sobre un plan muy poco diferente del vuestro: »desde luego abandono el mio, y os ofrezco mi »trabajo, el qual, tal vez, puede seros útil."

Dexa de leer.

Muy bien: no es malo el modito con que el caballero procura introducirse: no me gusta mucho este medio: el tal señor piensa que yo soy algun tio de comedia: no importa; que venga, y la representarémos. Ya verá si es fácil hacerse sobrino mio contra mi voluntad: es preciso recibirlo: quiero conocer los sentimientos de mi sobrina; saber si ha tenido la imprudencia de consentir en esta cautela, y olvidar que yo solo soy quien puede disponer de su mano: escribamos:

Llama, y comparece un criado.

¿espera alguno de parte del señor Armando?

Criado. No señor; él mismo está en la antesala.

Flor. ¿El mismo? pronto; que entre. ¡Armando en persona! ¡qué empeño! ¡qué política! ¡O! es preciso que yo corresponda á su proceder.

SCENA IX.

Florimon y Armando.

Flor. Señor, ¡quánto esta visita
ahora me lisonjea!

Arm. Es un deber, que pretendo
desempeñar con presteza.

Flor. Un deber - yo os felicito
de un honor que así os eleva.

Arm. Mucho mas que á mi talento
debo el acierto á mi estrella.

Flor. Haréis muy grandes progresos.

Arm. Feliz si tal consiguiera.

Flor. ¿Dudaréis de lo futuro?

Arm. Mas...

Flor. Lo mas ya es cosa hecha.

Arm. Todo se ha hecho mejor
de lo que esperar pudiera.

Flor. No lo dudo: este mancebo *Aparte.*
habla con mucha cautela.

Arm. El viejo cayó en la trampa.

Flor. Mas, prudencia.

Arm. Mas, prudencia.

Los dos. Mas, prudencia es menester.

Flor. Es fortuna acertar tanto
en edad tan verde y tierna.

Arm. Vuestro voto es lo que mas
mi amor propio lisonjea.

Flor. Cada vez de esta visita
me doy mil enhorabuenas:
¡quánto nuestros compañeros
se llenarán de tristeza!

Arm. Es un deber, &c.

Repiten hasta acabar el dueto.

Flor. ¿Pero dónde estaba vm. durante la pieza?

Arm. En un rincon esperando mi sentencia.

Flor. Ha sido de las mas favorables... pero despues de aceptar con gratitud la dedicatoria que me hace vm. de su graciosa obrita, vamos á lo esencial... á la post-data.

Arm. Parece que toma calor: esto es muy bueno.

Flor. Quiero decir: á la pieza, de que ya se habla en el mundo literario; y sobre la qual casualmente le han ocurrido á vm. algunas ideas.

Aparte.

Arm. Yo no sé una palabra de su plan; pero ya

estoy introducido : ¿no está vm. componiendo una ópera-cómica?

Flor. Es cierto ; pero, amigo, no será justo que pierda vm. el fruto de sus vigilias.

Arm. Sí ; mis vigilias en la ventana. *Aparte.*

Flor. Vm. ha trabajado por su parte, yo por la mia ; nada hay perdido : reunirémos nuestros talentos, y trabajarémos juntos.

Arm. ¡Bravo! ¡bravo!

Flor. Todo está arreglado : harémos una obra entre dos : no es maravilla, porque en el dia todo se hace por compañías.

¡Quántas nuevas sociedades
se ven hoy desarrollar!
Sociedad sobre diarios,
sociedad sobre la paz,
sobre el crédito y los fondos,
y aun sobre dramatizar:
en dinero y en ingenio
todo va por sociedad.

Arm. Muy bien.

Mas sin embargo de tantas
sociedades como hay,
sobre el escribir diarios,
sobre la quietud y la paz,
sobre el crédito y los fondos

y aun sobre dramatizar:
en dinero y en ingenio
se hace quiebra en sociedad.

Flor. Nada hay que temer: ¿con que tiene vm. algunas ideas?

Arm. Sí; pero confusas.

Flor. ¡Confusas!... ¿sabe vm. la materia de mi asunto?

Arm. Conozco el fondo; pero vm. me explicará las particularidades.

Flor. ¿Estamos conformes sobre el lugar de la scena?

Arm. Sobre eso sí; muy conformes.

Flor. Vm. la pone...

Arm. Yo la pongo... pero eso es segun...

Flor. ¿Pero en la ciudad, ó en el campo?

Arm. Si fuera en el campo... en la ciudad...

Flor. Ya veo que vm. está por el campo.

Arm. No hay tal: en la ciudad... ciertamente: en la ciudad.

Flor. ¿Y el género de la obra?... ¿los principales caractéres?

Arm. ¿El género?... el mismo que vm. ha tomado: en quanto á los caractéres... verémos... segun la scena; y además ¡hay en el dia tantas comedias sin carácter alguno!... En quanto á esto, vm. dispondrá.

Flor. Me conformo; ¿pero la intriga? Ya tendrá vm. alguna premeditada.

Arm. Ciertamente que tengo una intriga; y en verdad que eso es lo que ahora me tiene mas embarazado, y no veo cómo he de salir.

Flor. Pues bien: verémos cómo vm. sale de ese aprieto, y yo podré presentar á vm. algunos incidentes que enreden la cosa.

Arm. Bastantes veo: el desenlace es el que no penetro: por lo demas, estamos convenidos casi en el todo.

Flor. Sí: su plan de vm. conforma perfectísimamente con el mio: vamos, trabajemos.

Pónese al buró, diciendo aparte.

Ya véo que no sabe ni una palabra de mi plan: me divertiré un rato.

Arm. Procuraré estar muy sobre mí. *Aparte.*

Flor. Acérquese vm.: con franqueza, mi querido colaborador: como si estuviera vm. en su casa.

Miéntras dexa el sombrero, dice aparte.

Arm. Bravo: ya estoy introducido en la casa.

Flor. He adelantado poco: tengo todavía el plan confuso: casi es menester formarlo.

Arm. Tanto mejor. *Aparte.*

Flor. Pero voy á instruir á vm.: estos son, con poca diferencia, los personages.

Arm. ¿Sabe vm. que es cosa muy graciosa habernos encontrado en un asunto mismo?

Flor. Muy graciosa en efecto.- Un tutor, una pupila, y un amante de ésta: ¿entrará el amante, ó no?

Arm. Sí señor; debe haber un amante de la pupila: lo mismo habia yo pensado.

Flor. Ya tenemos pupila y amante: éste estará muy enamorado; será astuto, y procurará introducirse en casa del tutor. ¿Se introducirá, ó no?

Arm. No hay que dudar: se debe introducir.

Flor. Sea enhorabuena; ¿pero ha de ser consintiéndolo la querida?

Arm. No señor; el jóven debe introducirse con algun pretexto honrado.

Flor. Baxo un pretexto honrado... Eso me parece mejor: ea, pues; supongámosle introducido: pero ¿es amado? ¿y lo sabe?

Arm. Veamos: yo me pongo en su lugar. No debe saberlo: porque si yo me viese en igual caso, sabiendo que era correspondido, iria á buscar al tutor sin mas rodeos; así es que debe entrar en la casa para saber si alcanza correspondencia.

Flor. Ya; ¿y eso entraba en su plan de vm.?

Arm. Seguramente, así lo habia imaginado.

Flor. Muy bien: una vez que el jóven ya está en

la casa, y no sabe si es correspondido, es preciso que busque algun medio para ver á la pupila.

Arm. Ciertamente: ese es el enlace de la pieza: pero ¿quién nos hará la música?

Flor. Eso es lo de ménos: yo tengo aquí en casa una virtuosa á mi disposicion; mi sobrina.

Se levanta.

Arm. ¿Su sobrina de vm.? ¡una muger para hacernos la música! Vaya, no hay que perder ni un minuto: es preciso que venga al momento esa señorita para tomar la situacion, y aprovechar el tiempo...

Flor. Sosiéguese vm.: yo le explicaré la situacion: pero no nos separémos de la qüestion: ántes de pensar en la música, acabemos el plan. Se trata de saber si el jóven es amado.

Arm. ¿Y cómo se ha de hacer?

Flor. Para estos casos las comedias nos presentan diferentes medios: por exemplo, se podia recurrir á una carta... una conversacion entre los dos jóvenes...

Arm. Eso sí: estoy por la conversacion.

Flor. Pues yo no: de ningun modo: mucho mas gracioso sería el darle á entender todo al jóven delante del mismo tutor, sin que éste se recele de nada.

Arm. La scena ofrece dificultades.

Flor. Yo no las hallo: vm. no conoce mi método: quando las posiciones ofrecen cierto embarazo para proporcionar las entradas, y juzgar mejor del efecto, dispongo la estancia, coloco las luces, y ensayo mis scenas con uno ó dos amigos: de este modo se situan los personages, se juzga mejor, y se ve todo.

Arm. El medio es excelente: distribuyamos los papeles.

Flor. Yo haré el tutor; porque al cabo de tutor á tio no hay mucha diferencia.

Arm. En efecto, casi es lo mismo.

Flor. Vm. hará el amante.

Arm. Si á vm. le parece... ¿y la pupila?

Flor. Mi sobrina, señor; mi sobrina.

Comparece un criado.

¿La flor? que venga la niña al instante.

Vase el criado.

Arm. ¡Su sobrina de vm.!... perfectamente, señor; maravillosamente.

Flor. ¡O! vm no la conoce, que si la conociera, sabria que puede representar muy bien este papel.

Arm. ¿De veras?

Flor. Estoy bien seguro: para esto es menester inteligencia, finura, y ella lo posee todo, y en

gran manera : yo mismo voy á disponer que se cierre la puerta para que nadie venga á interrumpirnos : ¿no será bien hecho?

Arm. Sí señor ; ese es mi parecer : así estarémos mas sosegados.

Aparte.

Flor. Es precisa una conversacion... esperadme; vuelvo al instante.

SCENA X.

Arm. ¡Cómo se clava el bueno del tio! En verdad que yo no procedo... pero reparos á un lado ; lo importante es saber si soy correspondido.

Padres, tios y tutores
contra mí se enojarán;
mas sé que en el bello sexô
indulgencia he de encontrar.
La ficcion, no hay duda, es crímen;
pero de amor en el trato,
el que tiene mas astucia,
suele ser mas bien pagado;
y la que hoy riñe al astuto,
mañana le rinde el lauro.
Padres, tios, &c.
Si el conseguirte es tan dulce,
perdona, sexô adorado,

que conseguido el amor,
por un efecto contrario,
todo lo que fué cautela,
en fineza va trocando.
Padres, tios, &c.

Pero ella viene.

SCENA XI.

Armando y Laura.

Laura. ¡Armando! ¡cielos!...

Arm. Sí; yo soy, mi amada Laura: el mas tierno amor ¿no podrá conseguir la mas bien merecida correspondencia? Ignoro los sentimientos de vm. y postrado á sus pies...

SCENA XII.

Armando, Laura y Florimon.

Flor. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿pará qué es tanta priesa? no comiencen vms. sin mí.

Laura. Cielos... mi tio.

Flor. A lo ménos se debe esperar hasta que todo esté arreglado.

Arm. Es que... esperábamos á que vm...

Laura. Señor...

Flor. Ahora lo verás: dispongamos todo; hagamos lugar.

Arreglad vos ese lado,
y yo este otro arreglaré.
Arm. Arrímate mas á mí. *A Laura.*
Laura. No me atrevo; déxame.
Arm. La señorita pudiera
ayudarnos.
Flor. Decís bien.
Arm. Ya lo oye vm., señorita.
Laura. Sí señor, sí.
Flor. Vamos, pues.
Arm. Sin ella es inútil todo *Aparte.*
quanto yo pretendo hacer.
Servíos, pues, de ayudarme *A ella.*
este lado á componer.
Flor. Esa es una friolera,
solo puede hacerlo vm.;
así como yo lo hago,
con todo lo que aquí veis.
Laura. ¿Por este lado?
Flor. Vos por aquel.
Arm. ¿Por este lado?
Flor. Es menester.
Laura. Yo por este otro.
Flor. Muy bien, muy bien:
para disponer las cosas,
los dos os entenderéis.

Arm. Es verdad : no hay duda alguna.
Flor. Las luces voy á traer. *Vase.*
Arm. Aprovechad este instante,
y mi amor asegurad.
Laura. Este instante es muy terrible.
Arm. Una palabra no mas.
Laura. Amar, y guardar silencio...
Arm. Ya sé fué : no hay que esperar:
díme si mi amor admites;
pero es lenguage vulgar:
perdonad, señora mia,
y mis dudas disipad.
Laura. Nunca os quejaréis de Laura;
esto os puedo asegurar.
Los dos. ¿Qué importa que una palabra
pueda una dicha formar,
si al asomarse á los labios
al momento vuelve atrás?
¡Ay! una palabra á veces
¡quánto se debe estimar!
Vuelve con luces.
Flor. Ya estan dispuestas las cosas:
preciso es disimular.
Laura. Mi silencio le entristece,
y acusa mi frialdad.
Los tres. Vamos, que la hora

ha llegado ya:
¡qué de confusiones
cercándome estan!

Laura. Pero tio, explíqueme vm. esto.

Flor. Parece que estás muy sorprehendida: este caballero es el señor Armando, que quiere tener la bondad de prestarse á mis ideas, y ayudarme á concluir mi ópera: vamos á ensayar una scena, y tú haces en ella el papel de pupila.

Laura. ¿Yo, señor?

Flor. Sí; y estamos en el punto en que el amante se introduce para saber si es correspondido: el tutor nada sabe todavía: es preciso que el jóven se instruya de todo delante de él; y como tú haces la pupila, te pertenece el proporcionar un medio para este fin: este es tu papel.

Laura. Pero, señor, aquí se trata de hacer una declaracion amorosa, y yo no sé cómo... esto es muy enredoso; y además, supongamos que la niña tenga una secreta inclinacion al jóven, ¿lo ha de confesar?

Flor. Ella es la que debe reflexionar sobre este punto.

Arm. A mí me parece que no hay cosa mas fácil: pues que, sin que ella se declare abiertamente, ¿no hay mil modos mas felices, ó mas cautelo-

sos? una mirada... una palabra...

Flor. No hay la menor duda: suponte en la scena... esto es: el jóven está hácia aquí: el tutor á estotra parte, un poco detras: el jóven acaba de decir que ama.

Arm. En efecto dice que ama; que amará siempre, toda su vida; que no aspira sino á poseer el corazon y la mano de la jóven: tal vez se ofrecen algunos obstáculos; pero ántes de procurar el vencerlos, es preciso que sepa si es amado; y esto es á lo que ella debe responder.

Flor. Es muy cierto.

Laura. Pero ella debe hallarse muy confusa, sorprehendida, y yo... á mí me parece que ella no puede hacer otra cosa.

Flor. En ese caso el jóven nada adelantaria con su cautela.

Laura. Si ella se descubriera como casualmente, podria pasar; pero reflexîonando, no se hace posible que ella diga abiertamente su inclinacion... y sobre todo delante de un testigo...

Flor. Ya, ya; el testigo estorba, pero no puede irse.

Arm. Es preciso manejarse de un modo singular.

Flor. Con realidad, Laura mia, aquí viene como

de molde mi romance: ahora vas á cantarlo, y verémos.

Laura. ¿Cantar ahora?

Arm. Señorita, su tio de vm. dice muy bien; no viene bien la resistencia: sírvase vm. de cantar el romance... además de que en esta scena es necesaria la música: el amante está muy atento: no pierde un gesto ni una mirada, esperando la sentencia que debe decidir de su felicidad.

Al piano.

Flor. Yo hago el público, y observo para hacer mis advertencias.

Arm. No, no; quédese vm.

Flor. No es posible: suponga vm. que estoy en mi lugar; además de que tambien hago la orquesta: vamos.

Laura. ¡Quánto me palpita el corazon!

Flor. ¿Cómo?..

Laura. Digo que tengo miedo: bien sabe vm. que yo no canto delante de gentes.

Flor. Dexémonos de reparos: haz lo que te se dice.

Laura. Para un amante entendido,
un profundo sentimiento,
por mas que se disimule,

no puede ser mucho tiempo;
que el corazon agitado
á impulsos de sus afectos,
á pesar suyo descubre
todo quanto encierra adentro.

Flor. No me parece mal: la muchacha se explica con bastante calor: vamos, la segunda, la segunda estrofa.

Laura. Llega un instante fatal,
en que de amor el exceso
manifiesta todo quanto
en vano encubrió el silencio:
resistiendo todavía
dice, inútil es mi esfuerzo;
es del objeto que adoro,
ya no es mio mi secreto.

Arm. ¡O! Señorita, esto es admirable.

Flor. Ve aquí los dos versos de nuestra disputa: vaya que el romance está bien puesto.

Arm. Y que ¿ha pensado vm. en su plan que el amante no responde nada?

Flor. ¡Bueno! ¡qué locura! ¿y la decencia?...

Arm. No señor; no soy de ese parecer: es preciso que el amante responda baxo el ayre del romance; y como él se halla transportado de lo

que acaba de escuchar, con un movimiento un poco mas vivo responde cantando de esta manera.

Feliz venturoso instante
en que mis dudas muriéron:
enagenas mis sentidos,
y en mí propio expresion
que si el amar, de la dicha
es un agradable sueño,
el amar y ser amado
es el placer verdadero.

Flor. No va mal: una vez que vm. quiere que el jóven cante, que lo haga enhorabuena; pero como salimos de una situacion un poco sosegada, es forzoso dar calor á la scena, y reanimarla; así es que en seguida el tutor que ha comprehendido el sentido de los versos, y las miradas expresivas de los amantes, se encoleriza; furioso se acerca á ellos, y la pobre pupila se escapa por allí...

La accion con las palabras.

Arm. El amante afectando un terror falso se escapa por el mismo lado...

Deteniéndole.

Flor. No señor, no: vm. por aquí: en quanto á las coplas, pase; pero esto del exemplo exîge

mayor delicadeza. La decencia teatral, el juicio, todo ordena que el amante y su querida no se vayan por un mismo sitio: deben ser separados, como estan vms.

Arm. ¿Con que se quedan á cada lado del teatro, y seguramente muy tristes?

Flor. Fácil es de imaginar: el tutor está enmedio sobre la parte mas próxîma á los espectadores.

Arm. Y á lo ménos los amantes, aunque de léjos, y por detras del tutor se hacen algunas señas de inteligencia.

Flor. Sin duda, y esto miéntras el tutor hace un monologo que indica la situacion.

Arm. ¡Maravillosamente! adelante, adelante: la situacion exîge, manda, arrastra: y así como suponémos que el tutor ha descubierto el amor de los jóvenes, debe pensar y conocer la imposibilidad de resistir mas tiempo: él es bondoso é indulgente: los amantes se le acercan poquito á poco: así, de este modo.

Flor. El buen hombre se enternece.

Arm. Entónces ellos se postran á sus pies: él los levanta, y los casa.

Flor. ¿Vm. dice que los levanta y los casa?

Arm. No hay otro desenlace.

Flor. Pues él los levanta... y no los casa: es necesario hacer el asunto mas moral.

Arm. ¿Cómo?

Flor. El tutor que hasta aquí no ha representado sino un hombre débil que tenia ojos para no ver, y oídos para no oir, todo lo ha visto, y todo lo ha entendido: no ha sido juguete de la astucia del amante; y poco mas ó ménos, le habla de esta manera. Señor mio, la poesía tiene sus licencias, y la cautela sus límites que jamas se deben traspasar. Qualquiera puede apasionarse de una jóven, desear unirse con ella, y valerse para ello de los medios que permite la delicadeza: pero introducirse por un medio culpable en una familia honrada, seducir un corazon jóven, sin experiencia, sin consentimiento de un tio juicioso de quien depende, aprovecharse de una pasion, ó bien sea una manía particular que él tiene para hacerle hacer un papel ridículo, interesar á su sobrina en esta especie de traicion, darla el consejo perfido y criminal de poner á este buen tio, que la ama tiernamente, en una situacion ridícula que ella misma anima sin pensarlo; esta, señor, es una conducta imperdonable. Quién, jóven inconsi-

derado, por no darle otro epíteto mas vergonzoso, quién le ha dicho á vm. que al matrimonio que deseo, no se opone un obstáculo invencible?

Arm. ¡Cielos!

Flor. ¿Conoce vm. ya toda la inconseqüencia de su conducta? Retírese vm.; sírvale esto de leccion, y sepa que la juventud y la inocencia merecen el mayor respeto.

Retirándose.

Arm. Tiene razon: nada tengo que oponer á sus justas reconvenciones.

Lo mismo.

Laura. Ya veo que aquí se acabó toda mi esperanza.

Flor. Y bien; vms. se van sin reflexîonar que todavía falta otra scena.

Arm. ¿Otra scena?

Flor. Sin duda: como el amante dice que se va, permanece; esta es la regla: aunque la pupila dice que se acabó su esperanza, no se ha acabado: en fin, como el tutor dice que nada podrá aplacarle, se sosiega, y aun se enternece.

Arm. ¿Sería posible?

Flor. Muy posible: no es el tutor un hombre de piedra: no ha querido sino dar una leccion á los

jóvenes: no ha un instante que estos estaban á sus pies; ahora les ofrece sus brazos; y mas quiere verlos en su seno, que postrados á sus plantas.

Arm. y Laura. ¡O amado tio! ¡quánta es nuestra dicha!

Flor. Para hacerla completa os uno para siempre: ha mucho tiempo que tenia este designio: no teniais que molestaros tanto: este era mi plan.

Arm. ¿Cómo, señor?

Flor. Sí, amigo: yo os aseguro todos mis bienes, repitiendo por moral de esta pieza, que es muy bien el procurar la felicidad; pero siempre por unos medios que no ofendan la decencia, ni hieran la delicadeza.

FIN.

CATALINA,

Ó LA BELLA LABRADORA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS:

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DOÑA MARIA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

La Marquesa de Armincur, retirada á vivir en su casa de campo, *Sra. Maria Vazquez.*

Elisa, su hija, *Señora Rosa Garcia.*

Lussan, *Señor Antonio Ortigas.*

Fierval, *Señor Antonio Ponce.*

Bonifacio de Orneville, hermano mayor de la Marquesa, *Señor Antonio Pinto.*

Catalina, labradora, que tiene arrendada la casa-labor de la Marquesa, *Señora Mariana de la Bermeja.*

Frasquita, criada de Catalina, *Señora Joaquina Arteaga.*

Enrique, criado de Fierval, *Sr. Josef Oros.*

ALDEANOS, ALDEANAS, UN NOTARIO, personas mudas.

La scena es en Berry, en la quinta y en la casa-labor de Armincur.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una campiña agradable. A la izquierda verjas, que conducen á la quinta. La casa-labor de Catalina está en una altura á la derecha, y guian á ella varias sendas torcidas. Los costados del teatro estan adornados de árboles. Bancos de piedra, que estan alrededor de los tres lados de una mesa de jardin puesta baxo un bosquete de árboles mas cerca del proscenio á la derecha. Son las seis de la mañana.

SCENA PRIMERA.

Enrique y Frasquita.

Esta sale de la casa de Catalina, y aquel de la quinta.

Enriq. ¡O! Señora Frasquita, ¿dónde vá vm. tan de mañana?

Frasquita con un canastillo en el brazo, que un momento despues dexa sobre uno de los bancos.

Frasq. ¿Pardiez, dónde voy? Bien lo sabe vm.

Voy á llevar á la quinta verdura para el dia. Y á vm., señor Enrique, ¿qué es lo que lo hace salir tan temprano?

Enriq. Un papel que el señor Fierval escribe á su padre, y es preciso que esté bien apretado, porque me ha encargado que no vuelva sin una respuesta positiva. Yo creo que adivino lo que es. Este jóven no tiene dinero: se lo pide á su pobre padre, que por su parte tampoco tiene mucho... con que me temo que no traeré tal respuesta positiva.

Frasq. ¿Segun eso no es rico el señor Fierval?

Enriq. Mas le falta para eso, que á vm. y á mí para ser pobres.

Suspirando.

Frasq. No; pues yo no tengo traza de muy opulenta.

Enriq. Y él al contrario: parece que ostenta en todo gran magnificencia; pero lo uno no prueba mas que lo otro.

Frasq. ¡Qué dichoso es vm., señor Enrique, pues está contento de ese modo con su suerte!

Con alegría.

Enriq. ¿Y por qué no? Mi amo es ciertamente un tronera, que las mas veces no sabe lo que

quiere, y me riñe freqüentemente, porque no he hecho aquello que se le ha olvidado decirme; pero por lo demas estoy bastante contento: y además de esto se pueden apostar ciento contra uno á que la señora Marquesa de Armincur le dará su hija por muger; y como esta señorita no es mas rica que él, se verán precisados á vivir en sus haciendas. Esto fixará aquí nuestra residencia, que es lo mas feliz que podia sucederme, despues, señora Frasquita, de la evidencia de que vm. admite mi amor.

Sonrojándose.

Frasq. ¡Ah señor Enrique!... Esa evidencia... ciertamente... Y que ¿cree vm. que el señor Fierval se casará con la señorita Elisa?

Enriq. ¡O! sí, sí; eso es negocio hecho.

Con interés.

Frasq. ¿Y el señor Lussan? ¿qué será de él?

Enriq. ¡He! á fé mia, sea lo que fuere. El es un cena á obscuras, que nada podia adelantar al lado de la jóven señorita. Ella es amiga de fausto, exîgente, imperiosa; y él con su ayre mesurado, su modo circunspecto, sus observaciones económicas, no promete otra recreacion á su esposa, que el permiso de reflexîonar á su gus-

to ; á cuyo particular de reflexîon no la tengo por demasiado inclinada. No la conviene : digo que no la conviene absolutamente.

Un poco picada.

Frasq. A la verdad, señor Enrique, me enfada un poco que un guapo muchacho como vm. no hable mejor de un hombre tan honrado; yo siempre habia creido que las gentes de bien se apoyaban unas á otras.

Enriq. Al contrario : eso lo hacen los pícaros, que lo necesitan mejor. Pero, señora Frasquita, pido á vm. mil perdones si la he desagradado. Yo me meto á juzgar de ese caballero... sin saber cómo; verdaderamente. En los quatro meses, que hace que mi amo y él viniéron á vivir á la quinta, no lo he visto sino á las horas de comer; y sobre todo hace tres meses que se ha hecho tan raro, tan sério... esta conducta le ha perjudicado en el genio de la señorita Elisa, que dice que el primer mes era mas jovial y mas fino.

Sonriéndose.

Frasq. ¡O Vírgen! es que no estaba tan ocupado como ahora.

Enriq. Ocupado... ¿y en qué?

Frasq. ¡Ah! ¿en qué? ¿en qué? Tanto no le pue-

do yo decir á vm.; pero sí que daría qualquier cosa porque vm. lo estuviese sirviendo á él, y no al señor Fierval.

Enriq. ¿Pues qué sucederia entónces, señora Frasquita?

Frasq. ¿Qué sucederia, señor Enrique? Que el señor Lussan, que ya hace aprecio de mí, por un motivo que yo diré, tambien lo haria de vm.; y así podria ser que algun dia...

Con viveza.

Enriq. Podria ser que algun dia esta linda manita, que yo estrecho tan de corazon, fuese la de mi muger. ¡O! Señora Frasquita... qué fortuna... qué placer... Dios mio...

La besa la mano.

Con emocion, y retirando la mano.

Frasq. Acabemos, señor Enrique; yo no gusto de dar nada adelantado.

Con alegría.

Enriq. Pues bien, señale vm. el dia para el pago, y yo dexaré amontonar con gusto los réditos.

Frasq. ¡Señalar el dia!... ¿y cómo, señor Enrique!... ¡señalar el dia!... Pues que ¿depende eso de mí? Pues qué ¿no sabe vm. que la señora

Catalina, que es la mas hermosa labradora de toda la comarca, me ha recogido no hace mucho tiempo, siendo yo, como soy, una pobre huérfana, y ha hecho de mí lo poco que valgo? Pues qué ¿podemos casarnos sin su consentimiento? ¿y acaso nos lo dará? ¡Ah! ¡Bah! ¡Vaya vm. á fiarse!

Enriq. ¿Y por qué no?

Frasq. ¿Y sé yo por qué? ¡Es una muger tan picarilla! ¡buena! ¡ó! ¡eso sí, buena!... No hay pobre en toda la aldea que no la eche mil bendiciones; pero es reservada, triste, desconfiada...

Enriq. ¿Triste? y jamas se la ve sino cantando ó riendo.

Frasq. Sí; pero es que se la ve pocas veces: y en su casa de labor, donde, á Dios las gracias, nadie sino nosotros puede llegar sin su licencia, despues que ha acabado sus ocupaciones, y puede quedarse bien sola y bien encerrada; allí, allí sí es menester verla. Tiene en un pequeño gabinete, donde está regularmente, un monton de papeles, en que está haciendo garabatos, y una gran máquina de madera con unas cuerdas, que se pone á pellizcar de este modo... Canta con mucha dulzura, llora; y despues quando vuelve á ha-

blar con nosotros, no es mas que para decirnos mal de los hombres... tanto mal... Vaya ella los detesta, y quisiera tambien hacérmelos detestar á mí; pero, yo no sé por qué, no me hallo con disposicion para darla gusto.

Enriq. Vm. hace bien, señora Frasquita. Nada hay mejor que nosotros en el mundo... Se entiende despues de las mugeres. Pero si la señora Catalina es tan buena como vm. dice, no podrá negarse á dexar á vm. que consiga un establecimiento ventajoso; y vea vm. del modo que me manejaré. Iré á decirla: señora, soy jóven, tengo buen natural, y buenos brazos; soy dueño de sesenta y ocho pesos fuertes; pido á vm. que me dé por muger á la señora Frasquita, y la ofrezco en cambio en el término de quatro años un par de criadillos de escalera abaxo, que la amarán y la servirán á qual mejor. No se resistirá: ¡ó! estoy bien seguro de que no se resistirá. Vm. será mia, señora Frasquita, vm. será mia. ¡Qué gozo! Sin embargo, eso que vm. me dice, me da un poco de pesadumbre; porque vm. sabe cómo deseo...

Con sencillez.

Frasq. Cierto que sí, señor Enrique; y le doy

á vm. gracias. Pero ¿cómo hemos de hacer? La señora Catalina no puede ni aun oir hablar de matrimonio sin coger una dósis de mal humor, que á todos nos alcanza muy bien. Ya ve vm...

Enriq. Lo mismo da, señora Frasquita; lo mismo da.

Con timidez.

Frasq. ¡Ah Enrique! ¡si el señor Cárlos quisiese ponerse á nuestro favor!

Admirándose.

Enriq. ¡El señor Cárlos!... ¿Quién es ese señor Cárlos?

Volviendo sobre sí.

Frasq. ¡O! no, no; quiero decir el señor Lussan.

Lo mismo.

Enriq. ¡El señor Lussan! Pues el señor Cárlos y el señor Lussan, ¿qué relacion...

Perturbada toma su canastillo para escaparse.

Frasq. ¡Ah! ve aquí lo que trae el entretenerse en charlar con un hombre. En poco tiempo ya no se sabe lo que se dice. A Dios, señor Enrique, á Dios.

Deteniéndola.

Enriq. ¡Cómo! á Dios... ¿Y qué no me explicará vm.?...

Procurando desasirse.

Frasq. ¡O! Enrique, oiga vm. Si me quiere, no me pregunte cosa alguna sobre este asunto.

Enriq. Pero á lo ménos digame vm...

Frasq. No hay mas que decir. No me detenga vm. le pido, ni me pregunte mas, porque no sabrá otra palabra.

Enojado.

Enriq. Señora Frasquita...

Huyendo hácia la quinta.

Frasq. Abur, abur, señor Enrique.

SCENA II.

Enrique solo.

Enriq. ¡Abur! ¡abur!... ¡estamos bien adelantados! — ¿En qué consiste este misterio?... Acaso Frasquita... ¡O! no, no; es buena, es segura. Su ayre sencillo, sus ojos francos, diez y siete años á lo mas, y sobre todo aldeana... no hay que temer... pero este Cárlos... el señor Lussan... ¿qué significa todo esto? ¡ó! ¡qué mugeres! Apénas dexan á uno seguir en el mundo algun camino... á propósito de camino, y mi comision... se me olvidaba... !O Dios mio, qué cabeza!

¡ah perro amor!... Vamos á llevar la carta.

Vase.

SCENA III.

Lussan con vestido pardo, chupa blanca, en trage de mayordomo de labor, sale de las verjas con precaucion, y no se adelanta hasta estar seguro de que Enrique se ha ido.

Lussan. Ya se ha ido. — Pero se ha pasado la hora. ¡Se han acostado tan tarde! Ahora se estan desayunando en la granja. ¿Cómo he de poder entrar, sin que conozcan de donde vengo? Cada dia aumenta mi confusion y mi cariño. Catalina me busca, y acaso me culpa en este instante. ¡Muger adorada! ¡muger incomprehensible! ¿no podré yo saber jamas la causa de esos caprichos tan amables y tan crueles? ¡Yo la amo!... la amo ¡ay de mí! sin esperanza y sin objeto; y por la primera vez en mi vida el amor me ha arrastrado á dar un paso, que choca á mi razon, sin ofrecer desquite á mi gusto. Tanto talento, tan nobles modales, un modo de hablar tan fino, un estado tan contrario, un misterio tan profundo...

SCENA IV.

Lussan y Frasquita, que vuelve de la quinta.

Corriendo hácia él.

Frasq. ¿En qué se entretiene vm.? Ya hace mucho tiempo que todo el mundo está levantado. La señora Catalina estaba ya llamando á vm. quando yo vine. Ya hace rato que ha pasado la hora de las cuentas. ¿Cómo hará vm.?

Distraido.

Lussan. Ya estaba pensando en eso. — Díme, Frasquita, ¿á qué hora se ha levantado Catalina?

Frasq. A las cinco.

Con alegría.

Lussan. ¿Y preguntó por mí al instante?

Sinceramente.

Frasq. ¡O! no: dió su vuelta segun costumbre: repartió á cada uno su taréa; y hasta que el Mayoral Felipe iba á marchar á la ciudad, no reparó que vm. faltaba para tomar la cuenta de lo que iba en el carro; pero ella la tomó por vm.

Preocupado.

Lussan. Pretextaré un negocio. Envié ayer noche

en casa de Roberto; ella no lo sabe: diré que me ha pagado esta mañana.

Se encamina á la granja.

Frasq. ¿Y bien, y bien? ¿á dónde va vm. de ese modo? Vm. no puede entrar á esta hora; lo veria todo el mundo.

Lussan. Tienes razon. Volveré á entrar quando hayan vuelto á trabajar. Hablemos un poco.

Frasq. ¿Y si nos pillan?

Lussan. No, no: díme, pues; díme, buena Frasquita, ¿descubres tú que mis cuidados empiezan á producir algun efecto en el corazon de Catalina?

Frasq. ¡O Vírgen! Señor, esas cosas nadie las conoce sino por sí mismo: ¿sabe vm.? Sin embargo, bien veo yo que le profesa á vm. bastante buena amistad. Bastantes veces va diciendo entre sí misma: "¡pobre Cárlos! ¡qué lástima "sería que se casase! ¡es un hombre tan de bien!... "y entónces dexaria de serlo bien pronto."

Lussan. ¡Qué idea! ¡qué monstruo ha sido capaz de sugerírsela! Y ella ¿quién es? ¿de dónde ha venido? ¿en dónde está su familia? ¿cómo? ¿nadie sabe aquí quién es?

Frasq. Nadie. Quando vino á establecerse á la

aldea, no traía consigo mas que una vieja, muy vieja, que murió á los quince dias... Hará de esto... sí; pronto hará dos años. La señora Marquesa estaba disgustada con su colono: Catalina le pidió la granja; la señora no queria confiársela, como que no la conocia; al fin se convino, y ahora está muy contenta, porque dicen que Catalina la da dos mil y quatrocientos reales mas cada año.

Lussan. ¡Ah, Frasquita!

Frasq. ¿Señor?

Lussan. ¡Qué infeliz soy!

Frasq. ¿Y por qué?

Lussan. ¿Puedes tú preguntármelo? ¿qué? ¿no ves que esta temeraria empresa, que jamas hubiera podido intentar sin tu auxîlio, vendrá acaso á hacerme la fábula de la quinta, y el objeto de la cólera de Catalina?

Frasq. ¡Bah! ¡Bah! ¡Qué bella reflexîon se le ocurre á vm.! yo sí, que verdaderamente corro mas peligro; y quando lo reflexîono se me pasma la sangre en el cuerpo... Si por desgracia la señora Catalina llegase á saber que la hemos engañado; que el que tiene por sobrino de la casera vieja de Lussan, es en realidad el noble se-

flor de aquella aldea, y que me he atrevido á sostener por tres meses seguidos semejante enredo; puede vm. estar seguro de que todo el trabajo que hemos tomado para introducirlo aquí, y para ocultarlo, como se ha hecho á todos los que podian tener que hacer algo en la quinta, no vendria á parar mas que en hacerme despedir vergonzosamente de la granja; y esto es lo que me sucederá, sí; como vm. no consiga presto mudarla el humor que tiene contra los hombres. Vea vm. si estoy bien interesada en que se logre; vea si me expongo por servirlo... No porque me pesa: ¡ó! no me pesa ciertamente; porque vm. me ha dicho que la ama con honor, y para buen fin: ¿no es verdad, señor?

Lussan. Para buen fin, con honor, sí, hija mia. Así la amo, y así amarían todos los hombres, si todas las mugeres se pareciesen á Catalina; el cielo me es testigo de que si he formado el designio de curarla de su inexplicable preocupacion contra los hombres, si he concebido esperanzas de interesar su corazon, no es mas que para poner á sus pies por tributo mi fortuna, mi mano, todo lo que poseo en este mundo, y sacarla de un estado que no ha

debido... que no debe ser el suyo.

Enternecida.

Frasq. ¡Este buen señor! ¡cómo habla! ¡eso me llega derecho, derecho al corazon! Ande vm., señor; no se desanime: todavía no se ha perdido tiempo: la señorita Elisa no se casa aun, y yo sé de buena parte, que no es vm. en quien piensa para su boda.

Lussan. Sí; ¡pero su madre!... su madre que tiene noticia de mi riqueza, y de que Fierval nada tiene, ¿no ha de querer?...

Riéndose.

Frasq. ¡Bah!... ¡querer!... ¿Pues qué mi señora la Marquesa quiere algo?... Es la mejor pasta... Pero me parece que viene allí con la señorita... y se dirigen hácia aquí... Retírese vm., y vuelva á entrar en la granja lo mas pronto que pueda.

Lussan. Sí, hija mia, sí: sobre todo, á nadie descubras mi secreto; porque...

Frasq. Ni al mismo Enrique. ¡Así!...

Lussan. Yo confio en tu buen zelo; y tú debes confiar en mi agradecimiento.

Frasq. ¡O! retírese vm., que llegan.

Se va Lussan.

SCENA V.

Frasquita, Elisa, y la Marquesa.

Marq. ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡qué ambiente! ¡qué frescura!... ¡qué bello dia tendrémos!...

Frasquita la hace cortesía.

Buenos dias, chica... ¿Te incomoda ahora, hija mia, haber madrugado, para gozar el pomposo espectáculo de la salida del sol?

En todo su papel con ayre de petimetra.

Elisa. No, sin duda, señora; puesto que lo disfrutamos juntas: pero convenga vm. conmigo que jamas se ha visto levantarse dos mugeres ántes de la siete. Esto es exponer inutilmente la salud.

Riendo.

Frasq. ¡Bah! Señorita, yo estoy de pie todas las mañanas á las quatro, y no por eso estoy enferma.

Elisa. ¡Bella comparacion!

Marq. Está sacada de la naturaleza: y yo disculpo todo lo que es natural.

A Frasquita.

Dime, chica, ¿dónde está Catalina?

Frasq. En la granja, señora. ¿Quiere V. S. decirla alguna cosa? La iré á buscar.

Marq. Sí, sí: vé á decirla que haga traer debaxo de estos árboles pan, leche, y todo lo que se necesita para desayunarnos sin ceremonia. Nada hay mas sano, segun mi opinion, que un almuerzo á la rústica.

Elisa. ¡Cómo! ¿leche fria? ¿al ayre? Me muriera.

Frasq. ¡O! que no, señorita; no se morirá vm. La señora Catalina, y yo vamos á disponerlo todo con primor, y quando vm. tenga delante el desayuno, estoy segura de que hará todo lo que sea necesario para vivir.

Se va corriendo hácia la granja.

SCENA VI.

La Marquesa y Elisa.

Elisa. ¡Estos aldeanos gastan una familiaridad!

Marq. ¿Qué quieres, hija mia? En parte yo tengo la culpa. Establecida desde que enviudé, en esta hacienda, que es lo único que tengo; com-

prehendí desde luego la necesidad de hacerme amar de todos los que me rodeaban, y este deseo ha llegado á hacerse en mí tan excesivo, que á cada paso olvido que es necesario hacerme respetar.

Elisa. Bien se puede reunir lo uno y lo otro.

Marq. No siempre, hija mia, no siempre... Pero pues estamos solas este instante, hablémos seriamente. Tú tienes ya veinte años, es tiempo de pensar en tu establecimiento, y quiero tratar de él con formalidad. Eres bella como el amor, y es fortuna, porque no eres rica. Mi hermano Bonifacio de Orneville, á quien he esperado en vano largo tiempo, y que solo se habia dedicado al comercio marítimo con la idéa de rehabilitar nuestra fortuna, y volverla á su estado antiguo, parece que nos ha olvidado absolutamente, ó acaso habrá perecido en sus viages, pues hace siete años que nada he sabido de él. Además de esto, un hijo que habia dexado en París, heredaría con nosotros, y oí decir en el viage que hice á aquella capital, hace tres años, que gastaba un fausto capaz de destruir fácilmente el mas rico patrimonio; con que por este lado nos no queda esperanza alguna. Lussan

y Fierval, ambos mis amigos y vecinos, ambos de una clase, y de una edad conveniente, son los únicos á quienes no ha desanimado la medianía de nuestros haberes, y pienso que sería ya tiempo de elegir entre los dos. Dime la verdad: ¿á quál prefieres?

Elisa. ¡Preferir! aunque quisiese, ¿cómo podría? ¿No es el señor Fierval el único, cuya atencion y contínuos cuidados merecen justificar mi estimacion?

Marq. ¿Con qué lo amas?

Elisa. Yo no digo eso.

Marq. Y quando lo dixeses, ¿qué mal habia?... Es cierto que Lussan parece haberse entiviado visiblemente, y alguna vez he procurado indagar el motivo.

Con viveza.

Elisa. ¿Pues qué vm. lo ha conocido?

Marq. Y tú tambien me parece. ¿Pero qué te importa, puesto que te agrada Fierval? No está tan favorecido como Lussan de la fortuna, ni tiene ciertas qualidades esenciales que yo desearía en el que ha de ser tu esposo; pero es gallardo, amable; y si ha logrado interesarte, no tengo que pensar mas: os casaréis. Jamas me he

opuesto al gusto de nadie, y no he de empezar por tí.

Elisa. Doy á vm. mil gracias. Pero madre mia, no renuncie vm. tan fácilmente á la esperanza de volver á atraer al señor Lussan.

Marq. ¿Y para qué me he de cansar en eso? ¿No es Fierval el amante que has elegido, el que desde el primer instante ha fixado tus ojos, y que por la preferencia que le has manifestado, ha sido causa sin duda de la mudanza que advertimos en el proceder de Lussan?

Con despecho.

Elisa. Bien; yo lo concederé, si vm. lo manda: ¿pero no es cosa cruel para mí, ver retirarse al señor Lussan, ántes de haber descubierto mi intencion, y á vista de un rival para quien puede ser peligroso este exemplo?

Marq. ¡Ola! vé aquí una grande novedad. ¿Dónde ha aprendido vm. todo eso, señorita? ¿Cómo, cómo? ¿intriga?... ¿coquetería?... Ten cuidado, hija mia; advierte, que esas costumbres parisienses nada valen en una familia, y jamas estarán en moda en las aldéas. Es necesario ser constante, sí, hija mia; porque en asuntos de matrimonio...

SCENA VII.

Las dichas: Catalina baxando de su casa, y trayendo, como Frasquita que viene detrás de ella, todo lo necesario para el desayuno.

Al salir.

Catal. El asunto no vale la pena.

Marq. ¡Ah! ¿vé allí á Catalina? ¡qué bella muger!... Yo la amo con extremo.

Aparte.

Elisa. ¡Quando se ama á todo el mundo!...

Haciendo cortesía.

Catal. Estoy para servir á V. SS., señoras.

Marq. Buenos dias, hermosa Catalina. ¿Estás de buen humor esta mañana? ¿El dia será felíz?

Catal. Positivamente sí, señora, pues se me proporciona el gusto de empezarlo agradando á V. S.

A Elisa.

Marq. ¡Qué buen modo tiene!

Elisa. Demasiado bueno acaso para una aldeana. Yo gusto de oir á estas gentes el idioma que les es natural.

Disponiendo con Frasquita el desayuno, la mesa, &c.

Catal. ¿Quántos cubiertos, señoras?

Marq. Quatro. Sería necesario enviar á buscar esos caballeros.

Con viveza.

Frasq. Por lo que hace al señor Lussan, no lo encontrarán, señoras; porque hace una hora larga que lo he visto con su libro y su perro, que iba á pasearse hácia la granja del bosque.

A su madre.

Elisa. En tres meses será la primera vez que se le haya visto por la mañana.

Disponiendo siempre la mesa.

Catal. En efecto, ese caballero es bien solitario. Yo misma no he tenido aun el honor de verle la cara.

Aparte.

Frasq. Pues no es por falta de tenerlo delante.

Picada.

Elisa. Está bien, dexémoslo con sus imaginaciones: el señor Fierval nos desquitará, que á lo ménos piensa en nosotras.

Marq. Vé aquí su criado justamente.

SCENA VIII.

Los Dichos, y Enrique que viene por el lado que se fué.

Marq. Enrique, si tu amo se ha levantado, dile que le convido á venir aquí, que lo esperarémos para desayunarnos.

Enriq. Voy corriendo, señora.

Elisa. Enrique, ¿no vienes de hácia la granja del bosque?

Enriq. Sí, señora.

Elisa. ¿Has encontrado al señor Lussan?

Enriq. No señora.

Catal. ¡No! ¿cómo así? Frasquita acaba de verlo ir hácia allá.

Enriq. ¿Frasquita?

Acercándose á él.

Frasq. Sí, ciertamente que lo he visto; y vm. tambien, señor Enrique; estoy bien segura de que sí.

Aparte.

¿Quiere vm. decir que acaba de verlo ahora mismo?

Mirándola.

Enriq. ¡Ah! sí, sí; en efecto, creo que he descubierto á lo léjos un hombre...

Haciéndole señas de que convenga con lo que ella dice.

Frasq. ¿En trage de levantarse?

Enriq. Sí, sí; en trage de levantarse.

Frasq. ¿Muy pensativo?

Con impaciencia.

Enriq. ¡O! yo no he reparado en eso.

Frasq. ¿Con un perro y un libro?...

Con viveza.

Enriq. Un perro y un libro; eso es, señoras. Voy á avisar á mi amo.

Vase.

SCENA IX.

Los dichos, ménos Enrique.

A su madre.

Elisa. ¡Qué hombre! Con sus paséos misteriosos...

Marq. De todo eso hablarémos. Sosiégate.

Mirando la mesa.

Catal. ¡Bueno! Esto está bien así. ¡Ah! ¡el pan!

¡Se me olvidó! Frasquita, vé presto á traerlo de la granja.

Elisa. ¿Pan de labor? ¡Ah, bah! permita vm., señora, que Frasquita vaya por otro á la quinta.

Marq. Como tú quieras, hija mia.

A Frasquita.

Anda, chica.

Frasquita se va.

SCENA X.

Los Dichos, ménos Frasquita, que vuelve al fin de la scena.

A Èlisa.

Catal. ¿Por qué desprecia vm. el pan de mi granja, señorita? Vm. no sabe quál podrá traerla á comer la suerte.

Con ironía.

Elisa. La profecía está bien colocada; pero me linsojéo de que no se verificará; y vm. habría podido ahorrármela.

Marq. Vamos: no te incomodes. ¡Miren qué gran mal! Eso es haber pasado en París algunos meses. Has traído de allí una cabeza dura, como

el mismo hierro; y un estómago perverso. Eso no me gusta, hija mia, y te aconsejo por tu propio interés, como por tu salud, que procures corregir lo uno y lo otro.

Catal. ¡Ah! señora; vm. me castiga con demasiada crueldad por una reflexîon que positivamente no hubiera arriesgado, á no hallar mi disculpa en el interés que inspira la señorita.

Con desden.

Elisa. Es mucha felicidad para mí el interesar á vm., señora Catalina.

Catal. ¿Y por qué no? Siempre lisonjéa el inspirar benevolencia; y el cariño de una simple aldeana tambien tiene su mérito, quando es franco y desinteresado como el mio.

Mirándola con atencion.

Elisa. Catalina, por mas que vm. diga, no me hará creer que ha nacido en el humilde estado en que ahora está. No puede vm. seguir dos frases sin desmentirse.

Marq. Mi hija tiene razon; y por lo que hace á mí, mas de una vez he pensado...

Interrumpiéndola con viveza.

Catal. Señoras, aquí está el señor Fierval.

SCENA IX.

Los dichos: Fierval, Enrique y Frasquita.

Sale riendo.

Fierv. ¡Es una apuesta!... Yo no lo queria creer.

Hace cortesía.

Dígame vm., señora, ¿de qué novela pastoril ha sacado la idéa de un desayuno, que nos roba inhumanamente dos horas largas de sueño?

Elisa. Mi madre es la que ha querido...

Marq. ¿Cómo? ¿Dormir todavía, haciendo una mañana tan hermosa, un fresco tan delicioso? La naturaleza...

Fierv. ¡Ah! sí, la naturaleza... Vm. gusta de ella, y tiene razon, preciosa mamá. Tambien á mí me agrada; pero no tan temprano.

Catal. Quando V. SS. gusten, señoras.

Fierv. ¡He! ¡aquí está nuestra linda labradora!... Buenos dias, ángel de mi corazon... ¿Me quiere vm. siempre mucho?

Haciéndole cortesía.

Catal. Como vm. merece.

Fierv. Bien: eso es una confesion ingenua; yo la

recompensaré en tiempo y lugar oportuno... Y esta chica... ¡Esta Frasquita!... Siempre está apetitosa.

La abraza. Frasquita avergonzada se limpia la mexilla, y se pone del otro lado de Catalina.

Sentada.

Marq. Vamos, vamos; aturdido: tome vm. su asiento.

A Elisa al sentarse.

Fierv. ¿Al lado de vm.? ¡Ah! estos son demasiados placeres á un tiempo... ¿Pero qué tiene vm., hermosa prima? ¿Sus ojos parecen eclipsados por alguna nube?

A media voz.

Elisa. Quando no fuese mas que las familiaridades de vm...

Fierv. ¡Ah! perdon... Vm. bien conoce la que llena mi corazon únicamente, y siempre le ocupará sola... *La besa la mano.*

Marq. Vaya, no hay que tener sujecion... ¿No he hecho yo llamar á vm., mas que para haber de ser testigo de sus empresas galantes?

Miéntras esta conversacion, Catalina y los otros dos sirven el desayuno.

Fierv. ¡Testigo!... ¡ah!... mas bien sería vm. el objeto... sí... el respeto...

La Marquesa le impone silencio.

A propósito, mamá, ¿quándo tendrá vm. compasion de nuestros largos amores?

Con altivez.

Elisa. Pero, señor...

Fierv. Sí, sí, entiendo. Vm. no quiere que hable por sí. La decencia... ¡O! es justo. Pero yo, yo, que no tengo obligacion alguna de hablar de mala fé, confieso á vm. bella mamá, que no puedo sufrir por mas tiempo esta angustia; yo me muero, me abraso, me consumo; y es necesario, sí por mi honor, es necesario que vm. se decida en veinte y quatro horas, sino quiere verme víctima de alguna catástrofe. *Come.*

Con bondad.

Marq. Fierval, si la pasion de vm. á mi hija es tan viva como la pinta, pronto logrará recompensa; porque dentro de ocho dias, ya estará Elisa casada.

Admirada y triste.

Catal. ¡Casada!

Marq. Parece que te sorprendes.

Catal. Es así, señora.

Fierv. Pues nada hay mas sencillo. Quando en un mismo parage se juntan un hombre amable y una dáma de mérito, forzosamente ha de resultar un matrimonio...

Aparte.

ó alguna cosa que se le parezca.

Marq. No parece que te convence, Catalina.

Catal. No por cierto, señora.

Fierv. ¿Y por qué?

Catal. ¡Hay tantas razones para apreciar la libertad!

Elisa. ¡Hay tantas para buscar la dicha!

Catal. La dicha... ¿Con un marido?

Marq. ¿Qué? ¿la crees imposible?

Suspirando.

Catal. Dificil, á lo ménos.

A Elisa.

Fierv. ¿No la advierte vm. cierto ayre de melancolía, que da gusto el verlo?

A Catalina.

Hermosa Catalina, ¿habrá vm. sido engañada en sus amores? Sería lástima, á fé de hombre de honor.

Sonriéndose.

Catal. Vm., señor, es demasiado bueno... Lo que me hace pensar así, es la memoria de una pobre señora, que fué víctima bien desgraciada de los suyos.

Fierv. Y bien, vm. nos contará esa historia: ¿no es así?

Catal. Mejor la recitaré en unos versos, hechos al intento.

Fierv. ¡Ah! Sí; tendrémos una relacion.

Catal. No señor, es una letrilla.

Fierv. Y el asunto es triste... Vaya, eso es admirable. Será como un saynete.

Marq. ¡Ah! veamos, veamos: es menester oirla.

Catal. Escuchen vms.

Muger niña y bella,
con dinero al canto,
de amor el quebranto
pronto ha de sufrir.
Por dó quier, su huella
siguiendo constantes
millares de amantes,
¿cómo podrá huir?
Al fin se resuelve,
y el favorecido

presta agradecido
de fé un juramento,
que se lleva el viento.
Sus padres perdidos,
Julia en tiernos años
lloró los engaños
de su libertad.
Afectos fingidos
de un pobre imprudente
premió la inocente
con sinceridad.
Sus votos recibe
en donde el que ama,
consagra á su dama
de fé un juramento,
que se lleva el viento.
Apénas se uniéron,
el señor sin tasa,
fuera de su casa
placeres buscó.
A Julia oprimiéron
mil penas fatáles,
y á tan crudos males
pobreza siguió.
Sufre y disimula;

pero á piedad mueve,
que ruina tan breve
cause un juramento,
que se lléva el viento.
Perece el mudable,
Julia llora y siente;
mas solemnemente
huir jura el amor;
y ántes miserable
pasar triste vida,
que á un hombre rendida
conceder favor.
Viuda en edad tierna
con prudencia extraña
hacerse ermitaña...
No este juramento,
no lo lleva el viento.

Miéntras las dos estrofas últimas, **Frasquita** *ha vuelto á poner en los cestos todo lo que ha servido para el servicio del desayuno.*

Marq. Son muy buenos los versos

Elisa. Sí; no son malos.

Fierv. Encantan por vida mia.

Marq. Muy bien, Catalina, muy bien. Pero esta letrilla no advierten vms. que es...

A Elisa.

¿Qué te parece?

Elisa. Particular.

Marq. Particular. Sí, en efecto; muy particular. ¿No es cierto, Fierval?

Volviendo en sí de la suspension en que lo ha sumergido Catalina.

Fierv. ¡O! sí; preciosa.

Mirándolo.

Elisa. ¿En qué piensa vmd.?

A Elisa.

Catal. Y bien, señorita: ¿no asusta á vm. el exemplo de Julia?

Con frialdad.

Elisa. No, señora Catalina, no; no siempre se cede á una pasion loca, ni siempre se hace tan mala eleccion.

Con sentimiento.

Catal. Señorita, la pasion que dexa libertad para elegir, no adquiere mayor elogio para la que la experimenta, que para el desgraciado que la inspira.

Aparte, mirando á Catalina.

Fierv. Esta muger tiene algo de original. Pensaré en ella.

Observándolo.

Enriq. ¿Agrada, señor?

Fierv. Calla.

Elisa. ¿No volvemos á casa?

Marq. ¡Ah! sí: el tocador... Tienes razon. - A Dios, Catalina... - A propósito; mañana son dias de Elisa, los celebrarémos esta noche, te verémos en la quinta.

Catal. Ninguno de nosotros dexará seguramente pasar esta ocasion de ofrecer á la señorita el tributo de su respeto, y de su inclinacion.

Enternecida.

Elisa. Muchas gracias, Catalina.

Aparte al irse.

¡Muger singular!

Marq. A Dios, á Dios, Catalina. Hasta luego.

Se va con su hija.

Catal. Hasta luego, señoras. Vamos, Frasquita.

Divide con Frasquita lo que hay que llevar, y se encamina á la granja.

Que se ha quedado en la scena.

Fierv. Catalina, bella Catalina... ¿No podré decir á vm.?...

Sin dexar su camino.

Catal. ¿Qué, señor?

Fierv. Que vm. me ha encantado; que jamas podré experimentar cosa igual; que mi corazon...

Enriq. Señor, que miran á vm. las señoras...

Sonriéndose.

Catal. Vaya vm., vaya vm., caballero; siga á la señorita Elisa, y hará mucho mejor que en detenerse para burlarse de mí.

Fierv. ¡Ah, Catalina! no me haga vm. tal injuria. Vm. no puede, sin una crueldad inaudita, dudar de la fuerza de un afecto...

Se entra en su granja, volviendo á su refran.

Catal. "El asunto no vale la pena."

Fierv. Enrique, sígueme: tengo mil cosas que decirte.

Aparte, siguiéndole.

Enriq. ¡Otra tontería!

ACTO SEGUNDO.

La scena representa una pieza interior de la granja: á un lado el gabinete de Catalina, con algunos escalones para entrar en él, dispuesto de modo que se vea lo que pasa dentro: al otro una mesa con libros de cuentas: varios utensilios de una casa de labor colgados por las paredes: un harpa, algunos libros, una mesa para dibuxar, y varios quadernos de música, son los muebles del gabinete.

SCENA PRIMERA.

Catalina y Frasquita.

Catal. ¿Qué? ¿todavía no ha vuelto Cárlos?

Frasq. Pardiez ha estado aquí miéntras se desayunaban las señoras; y se fué cerca del mediodia para concluir no sé qué asunto con los jornaleros de la viña... Habrá comido allá... puede ser... y no tardará positivamente en volver.

Catal. Bien, quando quiera. Desde esta mañana lo estoy esperando para arreglar las cuentas, y no por eso se ha dado mas prisa.

Frasq. ¡O Vírgen! Señora, tiene tantas cosas en que pensar; todo está á cargo del pobre señor Cárlos, y esta granja no dexa de ser...

Con interés.

Catal. Sí. Debe hacérsele esa justicia. Desde que está aquí, casi nada tengo que hacer. – Y en este momento... no, en este momento tampoco.

Distraída.

Voy... sí, voy á encerrarme un rato.-Vete.-¿Frasquita?

Volviendo.

Frasq. ¿Señora?

Catal. Escucha, Frasquita.-¿Qué significa la familiaridad con que te he visto tratar á Enrique no ha mucho? Tú te pusiste colorada quando llegó; él tartamudeaba en sus respuestas á nuestra ama jóven. ¿Qué quiere decir esto?

Sonrojándose.

Frasq. ¿Yo colorada quando llegó?

Catal. Sí; y ahora te sucede lo mismo.

Con sencillez.

Frasq. Pues no hay porqué en verdad, Señora Catalina.

Catal. Así lo creo. Pero respóndeme. ¿El te ama?

Con timidez.

Frasq. Sí, señora.

Catal. ¿Y tú le correspondes?

Lo mismo.

Frasq. Sí, señora.

Aparte.

Animo.

Catal. ¿Y pensais casaros?

Frasq. Pero... Ya se vé que sí, señora Catalina; despues que vm. nos haya dado licencia.

Catal. ¿Y si yo no la diera?

En tono cariñoso.

Frasq. ¡O! que sí.-¡Vm. es tan buena! ¡Enrique y yo querémos á vm. tanto! Yo me pondré tan contenta... tan contenta de ser su muger...

Catal. ¡Frasquita!

Frasq. ¡Señora Catalina!...

Catal. ¿Qué? ¿no te acuerdas de lo que yo te he dicho?

Frasq. ¿Qué, señora?

Catal. Que jamas debes esperar casarte con mi consentimiento.

Triste.

Frasq. ¡Ah!... Se me habia olvidado, señora Catalina.

Catal. Pues recuérdalo, y no lo vuelvas á olvidar.

Asustada.

Frasq. Ah... ah... ¡Que es formalmente!...

Catal. Formalmente, sí.

Frasq. Pero, ¿por qué motivo?

Catal. No me hagas preguntas inútiles; piensa solamente en lo que te digo.

Frasq. ¡Ay Dios mio! ¡Demasiado pienso!... El pobre Enrique... Si vm. supiera la pesadumbre que va á tener... El creía, y yo tambien, que no siempre estaría vm. tan enfadada contra los hombres, y que haciendo sus paces con el matrimonio, nos dexaría tambien trabar conocimiento con él...

Con viveza.

Catal. ¡Yo! ¡yo! ¡volverme á casar!...

Aparte, repitiendo.

Frasq. Volverse á casar.

Continuando.

Catal. Jamas; no: jamas un hombre me volverá á ver baxo su dominio; y pluguiera al cielo, que me fuese permitido romper hasta el último lazo que me une á su sociedad... ¡Cárlos no vuelve!

Sonriéndose.

Frasq. Vm. no quiere vivir mas entre los hom-

bres, y vea como pregunta por uno.

Catal. Hay mucha diferencia; porque ese es necesario aquí...

Casi llorando.

Frasq. Y si Enrique me es necesario á mí, ¿cómo haré para pasar sin él?

Con seriedad, y entristeciéndose poco á poco.

Catal. Yo no me esperaba tanta terquedad... Pues bien, señorita, siga vm. su inclinacion: despóse-se con su querido Enrique; yo no dexaré por eso de hacer en favor de vm. quanto me sea posible, para suavizar con anticipacion los males que se empeña en atraerse. Pero una vez puesta vm. en su casa, no solicíte verme, ni venirme á contar sus penas; no quiero añadir á la memoria de mis desdichas, la noticia de las de una jóven á quien tenia inclinacion. Vm. no ha correspondido á mi ternura: vm. quiere dexar á aquella, que hasta la muerte la habria servido de madre y de amparo... Déxela, pues, déxela; no será el primer beneficio, porque yo me haya visto castigada.

Sollozando.

Frasq. ¡O Dios! Señora Catalina, ¿qué la he hecho yo á vm. para que me diga esas cosas?...

¡Ay! perdóneme vm., perdone á Frasquita si la ha ofendido. Mejor quiero yo renunciar por toda mi vida al amor, á los hombres, á todo el mundo, que dar jamas el menor disgusto á mi buena ama... *Se arrodilla.*

¡Perdon, perdon; mil veces perdon!...

Enternecida.

Catal. Levanta... levántate, hija mia... yo no sé porqué te he dicho todo eso... Levanta; vamos, Frasquita: soy yo quien me arrepiento de haberte dado pesadumbre... Bien ves, que nunca debiamos hablar de boda, bien lo ves... No volverémos á hablar, ¿es verdad? Vamos, vamos: enxuga tus lágrimas; abrázame, y todo se acabó.

Despues de haberla abrazado.

Frasq. ¡O! yo la aseguro á vm., que no hablaré mas de ello. ¡Ay Dios mio!

Suspira.

Yo iba á ponerme á trabajar, señora: ¿y vm.?

Catal. Yo voy á encerrarme algunos momentos en mi gabinete; que no me interrumpan: necesito entregarme un rato á mí misma.

Se pasa la mano por la frente, sube algunos escalones, y se vuelve.

¡Ah! quando á Cárlos le dé gana de volver, dile

que sus cuentas necesitan... No, no: no le digas nada: Yo me encargaré de ellas.

Frasq. Muy bien está, señora.

Sola.

¡Ah Dios! ¡Dios, que sois mi Salvador! ¡Qué va á ser de mí! El pobre Enrique... El amable señor Lusan... ¡Ah! jamas... no, jamas... no hay medio.

Catalina entra en su gabinete: no se la ve durante un poco de la scena siguiente, y vuelve despues á ponerse á dibuxar.

SCENA II.

Lussan y Frasquita.

Llegando con precipitacion.

Lussan. ¿Aquí estás, Frasquita?

Frasq. Silencio, señor, silencio: la señora Catalina está allí.

Agitado.

Lussan. ¿Está allí, dices? Tanto mejor: voy á hablarla... sí, á hablarla... es absolutamente preciso.

Frasq. ¿Pues qué ha sucedido, señor? Vm. está yo no sé cómo.

Lussan. Estoy en la crisis, que temia esta mañana. Acabo de tener una conversacion con la Marquesa de Armincur, en que apénas me ha bastado toda mi prudencia para no descubrirme. Parece que queria penetrar mis intenciones: me ha prevenido para una próxîma decision; y miéntras la comida, nada ha omitido Elisa para volverme á atraer á su amor. Ignoro de qué nazca este capricho: no sé á qué atribuir: estoy desesperado.

Frasq. ¡Ay señor! pues yo no tengo mejores nuevas que dar á vm. La señora Catalina acaba ahora mismo de hablarme del amor, del matrimonio. Yo quise aprovechar la ocasion, y decirla lo que pensaba; pero me ha tratado.... Vea vm. mis ojos, todavía estan encarnados...

Lussan. Quiero declararme. Es preciso. Estoy resuelto absolutamente: no puedo resistir por mas tiempo este estado: y segun lo que sucede en la quinta, es necesario que mi suerte se decida aquí... hoy mismo.

Frasq. Todo se va á echar á perder. Por amor de Dios mire vm. lo que hace; no se exponga.

Lussan. No, no; déxame.

Frasq. Vm. está muy agitado, señor: yo temo...

Lussan. Déxame te digo.

Frasq. Pues quede vm. con Dios.-A lo ménos no la hable al instante. Acaba de decir que no se la incomode, que queria estar sola consigo misma.

Lussan. No, no; yo esperaré. Me pondré á trabajar miéntras baxa.

Frasq. Vamos... ya me voy... quede vm. con Dios.

Se va manifestando su inquietud.

SCENA III.

Lussan en la mesa de escribir, y Catalina dibujando en su gabinete.

Lussan arregla los papeles, cuenta, escribe, y de tiempo en tiempo para, mientras habla.

Lussan. Sí, sí; la hablaré... veré... penetraré acaso... pero ¿cómo me he de atrever?... Yo, que jamas... ¡Ah! muchas veces he experimentado, y sobre todo junto á ella, que siempre faltan las palabras quando abundan los pensamientos.

Catal. ¡Precioso entretenimiento son las artes! No hay pasion, por fuerte que séa; no hay pena tan activa, que dexe de ceder á su consuelo ú distraccion.

Lussan. ¡Y la jóven, cuya mano he solicitado yo; y que parece que reclama el afecto que ha guiado mis primeros pasos!...

Mirando su obra.

Catal. ¡Bella es esta cabeza!... Veamos, no obstante, si con otras facciones...

Dibuja con el lapiz en otro papel.

Lussan. Si al ménos fuese mas rica; si Fierval tuviese mas haberes, no habria sospechas contra mi pundonor, y veria con tranquilidad su suerte.

Mirando lo que acaba de hacer.

Catal. Por mas que hago, ninguna novedad hallo en mis líneas. Siempre los mismos ojos, la misma boca.

Vuelve á tomar el dibujo anterior.

Verdaderamente esta cabeza no está mal... es cosa particular que un hombre comun... ¡ah!

Se levanta.

Yo no estoy en mí.— Veamos si puedo hacer algunos versos.

Se levanta, y queda suspensa.

Lussan. Pero esta muger; esta muger, léjos de la qual conozco que no puedo vivir; que me detesta acaso... pero no... no me detesta. Un amor como el mio no puede inspirarse sin sentir algu-

na cosa de él... Y si no me engaña esta idea, si es tanta mi fortuna, qualquiera que sea tu condicion, ó Catalina, te ofrezco, te juro, que nada en el mundo será capaz de estorbarme que una mi destino al tuyo...

Catalina se vuelve á sentar, toma papel y pluma: él se levanta, y la observa recatado.

Pero ¡qué veo! Parece que va á escribir... observémos.

Catal. ¡Genio de la dulce poesía! ¡encanto seductor de mi triste exîstencia! Sírveme para interpretar mis verdaderos afectos, y consuélame de una pena, cuya causa no me atrevo á profundizar.

Lussan. ¡Si yo pudiese averiguar lo que escribe!... ¡ah! *Se acerca, y escucha.*

Catalina escribiendo.

En el tiempo, en que nos niega
la razon su luz brillante,
á un ingrato, á un inconstante,
hice de mi pecho entrega.
Y aunque fué mi eleccion ciega,
mientras subsistió su ardor,
dar pudo envidia mi error;

con que me hallo convencida
de que en toda nuestra vida
solo da dichas amor.

Hablando consigo.

Lussan. ¡Qué concepto! ¡qué fluidez! Jamas una aldeana ha hecho versos de esta calidad.

Catalina escribiendo.

De mi mal, de mis pasiones
apénas convalecí,
quando vivas siento en mí
las propias inclinaciones.
No me bastan reflexîones;
y á pesar de mi dolor,
del Dios vendado el rigor
hizo en mi pecho una herida,
que prueba que en nuestra vida
solo da dichas amor.

Repite fuera de sí el último verso.

Lussan. "Solo da dichas amor."

Admirada dexa de escribir.

Catal. ¿Quién me escucha?

Lo vé.

Qué ¿es vm., Cárlos?

Con turbacion.

Lussan. Vm. estaba escribiendo, y hablaba en

voz alta... el último concepto alcanza á todos... y yo lo repetí.

Baxando de su gabinete.

Catal. Muy bien. Pero ¿hace mucho que vm. llegó?

Lussan. Algunos momentos ántes de empezar vm. la primera décima, que es muy bonita.

Con viveza.

Catal. ¿La oyó vm. toda?

Apasionado.

Lussan. No he perdido una palabra.

Aparte.

Catal. ¡Imprudente!...

A él.

Cárlos, no estoy muy contenta con vm.; pues no solamente abusa de la licencia que le he dado de retirarse por las noches en casa de sus padres, sino que hace vm. falta aun en las horas que debiera estar aquí de dia. Esto no va bien.

Lussan. ¡Ah! Vm. perdone. — Es cierto que la precision en que estoy de ir á pasar todas las noches en Lussan, me quita mucha parte del tiempo que quisiera consagrar á vm.; pero mi obligacion no se perjudica. Esta mañana he concluido el asunto pendiente con Roberto: acabo de ver á los jornaleros de la viña; y aquí estan

las cuentas, falta poco para estar arregladas. Crea vm., la suplico, que mi mayor pena sería verla enfadada conmigo.

Catal. ¿Enfadada?... En verdad, Cárlos, que estoy muy léjos de eso. A ver las cuentas.

Lussan. Aquí estan. No queda, como se ve, mas que lo que vm. misma se tomó el trabajo de escribir esta mañana en esta hoja separada, que ahora voy á trasladar.

Catal. Está bien. Copielo vm. pronto, y forme despues una cuenta clara y precisa del producto del año; que esta noche, quando vaya á la quinta, quiero entregarla á la señora.

Asustado.

Lussan. ¿Esta noche va vm. á la quinta?

Catal. Sí. Vm. me ha manifestado alguna repugnancia de presentarse allí; con que quiero aprovechar la ocasion que se me presenta de evacuar por mí misma una comision, de que parece que vm. no cuida mucho.

Poniéndose á escribir.

Lussan. Es verdad... No me gustan las grandes concurrencias.

Suspirando.

Catal. Ni á mí tampoco.

Toma la almohadilla de coser, y va á sentarse al otro lado del teatro.

Pero mañana son dias de la señorita: el año pasado estuvímos todos, y este es forzoso ir tambien. Además hablan de boda, y la señora acaso se alegrará de saber el estado exâctò de sus rentas: yo lo llevaré, y... ¿En qué piensa vm., Cárlos, que no escribe?

Turbado.

Lussan. No lo niego, señora. Tengo en este instante tales motivos de preocupacion, que me es imposible hacer cosa alguna.

Con bondad.

Catal. Pues bien, bien, descanse vm. ¿Acaso le impongo yo una tarea? Dexe ya las cuentas. ¿Me mira vm.?... ¿se agita?... ¿qué es? Vm. me da cuidado.

Lussan. Señora...

Catal. ¿Tiene vm. algo que decirme?

Lussan. Sí señora.

Con interés.

Catal. Pues bien, declárese vm. ¿No soy yo su amiga? Venga vm. aquí, Cárlos, y hablémos.

Dexa su labor, y le señala una silla cerca de ella.

Aparte al sentarse.

Lussan. ¡O Dios! ¿por dónde empezaré?

Aparte.

Catal. ¿Por qué me palpita el corazon?

Lussan. Señora...

Catal. ¿Qué?

Aparte.

Lussan. Disimulemos aun, si es posible.

A ella.

Señora... tengo que consultar con vm. un proyecto, que me aflige mas de lo que yo puedo explicar. Vm. me ha manifestado tantas bondades desde que mi fortuna me colocó en su casa, que no dudo hacerla una entera confianza, y espero...

Con interés.

Catal. Veamos, Cárlos, ¿de qué se trata?

Lussan. La tia anciana, en cuya casa vivo... y de quien espero los pocos bienes que pueden tocarme...

Catal. ¿Y bien?

Lussan. Quiere que me case.

Sumamente admirada.

Catal. ¿Vm.?

Lussan. Sí señora; yo.

Catal. ¡Ah! ¿y es eso lo que vm. me viene á consultar?

Lussan. Sí señora. He creido...

Con una especie de enfado.

Catal. ¡O mi Dios! en esas cosas no hay que tomar consejo de nadie mas que de sí mismo. Su tia de vm., dice, quiere que se case, ¿y esto le aflige?... No, amigo, no; eso no lo aflige á vm. Su tia quiere su bien, y lo estima: le habrá averiguado, sin duda, algun capricho á favor de alguna jóven tierna, sencilla y crédula, á quien vm. adorará el primer mes de su matrimonio, á quien descuidará el segundo, y á quien aborrecerá el tercero: esto es claro. En todo ello no hay nada que no sea muy comun; y me admiro de que vm. haya creido necesario consultarme sobre semejante asunto.

Lussan. Pero señora...

Interrumpiéndolo con viveza.

Catal. Puede ser que vm. temiese que yo quisiera despedirlo. No eran necesarias tantas ceremonias para solicitarlo. Cárlos, vm. es libre, absolutamente libre... Vaya, que es menester confesar que el dia de hoy es extraordinario. Parece que de todos los que me rodean se ha apoderado un

hechizo matrimonial, que me persigue, y me atormenta... ¡He! cásese vm., cásense todos de una vez, y déxenme en paz.

Arrimándose á ella con ayre de confianza.

Lussan. Pero advierta vm. que si yo estuviese decidido, no la consultaria: que estoy muy distante de consentir en la boda que me proponen: que la reuso quanto me es posible; y que mi repugnancia no nace de otra cosa que de una pasion, que causa todos mis tormentos, y de la qual á nadie he hablado todavía.

Con dulzura.

Catal. ¡Ah! eso es otra cosa... ¡Pobre Cárlos!... ¿vm. ama, amigo?

Mas animoso.

Lussan. Yo amo una muger.... que aun no conozco.... y que no obstante parece que ganaria en hacerse conocer. Una muger, cuyo talento y carácter bastarian para cautivar mi inclinacion, quando su atractivo no me hubiese ya rendido: una muger, en fin, á quien de nada se puede acusar.... sino del profundo misterio que la rodea: misterio que daria márgen á extrañas conjeturas, si la virtud mas austéra no gobernase todas sus acciones; y si, de mucho tiempo á esta parte, no

hubiese manifestado contra los hombres una preocupacion... de que yo soy la primera y mas desgraciada víctima.

Confusa.

Catal. Cárlos, ¿sabe vm.?... que habla bien.

Con ternura.

Lussan. ¡Ah mucho mejor hablaria si se dignasen de responderme!

Turbada.

Catal. No siempre son las mas expresivas las respuestas que llegan al oido.

Con ardor, tomándole la mano.

Lussan. No, sin duda; y si yo me atreviese á lisonjearme...

Con seriedad.

Catal. Dexe vm. mi mano, Cárlos. — Y bien, esa muger que no responde ¿es rica?

Conteniéndose.

Lussan. Para mí á lo ménos lo es; y eso es lo que me ha detenido mucho tiempo. — No tengo casi nada que esperar, y temo que la oferta de lo poco que valgo le parezca indigna de ser admitida.

Afectuosamente.

Catal. Desengáñese vm. Cárlos: las mugeres son

naturalmente tiernas y generosas: yo conozco alguna para quien es mas peligroso el amor de un hombre de bien desgraciado, que el rendimiento fastuoso de todas las riquezas de la tierra. — Pero...

Lussan. Continúe vm. la súplico.

Animándose por grados.

Catal. ¿Dónde puede hallarse un corazon verdaderamente sincero? ¿quál será el hombre que no tenga que acusarse en el discurso de su vida de haber causado la desgracia de alguna muger? ¿quál es la muger que una vez á lo ménos no haya sido víctima de su sensibilidad? ¿y se admiran de que se hagan falsas, malvadas, inconseqüentes... y algunas veces otras cosas peores?... Pues todo depende del primer paso qué dan en el mundo. Unicamente entregadas al atractivo seductor de un afecto, de que su corazon está ansioso, sobre todo en aquella edad en que no atienden mas que al placer, y no conocen, que su felicidad, que su suerte toda está unida á las conseqüencias de aquella impresion fatal; y alguna de ellas, que dichosa y recompensada en su eleccion hubiera pasado la vida llena de dulzuras entre las apreciables obligaciones de un

verdadero amor, y las satisfacciones inestimables de la virtud, irritada y envilecida por la conducta del que la seduxo, se entrega á todos los vicios, cuyo camino le ha enseñado aquel terrible exemplo, tomando de este modo venganza de sus penas pasadas en quantas víctimas inocentes pueden atraer sus encantos.

Lussan. ¡Cielos! ¡habrá vm. tal vez estado expuesta á esos horrores, y la idea de una venganza semejante!...

Con nobleza.

Catal. No; nada tengo de que acusarme: el consuelo de esta verdad me ha seguido en todas partes, y hasta ahora me alivia. Pero seduccion, desdenes, abandono, ingratitud la mas indigna, todo, todo lo he experimentado. ¡Ah! Cárlos... Cárlos... ¡quánto he padecido!

Con el mayor interés.

Lussan. Hable vm.: confie en fin á mi pecho este secreto incomprehensible para todo el mundo. No hay amigo mas tierno, ni que mejor merezca ser depositario de él.

Catal. Le creo á vm. Mi repugnancia á la sociedad: la misantropía que me cansa, y á la qual debo no obstante el sosiego que disfruto hace

algun tiempo, no pueden resistir á la sencilla confianza que vm. me manifiesta. Sepa, pues, que yo no soy la que parezco: que un nombre ilustre, una riqueza inmensa fuéron en otro tiempo... Pero alguien viene... ¡ah cielos!

Aparte.

Lussan. ¡Qué contratiempo!

Se vuelve á poner á escribir, y Catalina vuelve á tomar su labor.

SCENA IV.

Los dichos: Enrique y Frasquita disputando.

Frasquita queriendo estorbar á Enrique que entre.

Frasq. Pero quando le digo á vm. que no se puede...

Enriq. ¡Eh! pardiez, señora Frasquita, déxeme vm. que la hable: jamas se han visto tales ceremonias en casa de una labradora... Perdone vm. señora Catalina; es que la señora Frasquita queria estorbarme que cumpliese con una comision que interesa infinitamente el sosiego de mi amo... Segun él dice... á lo ménos... se trata de una carta, que es esta, cuya respuesta espera.

Admirada.

Catal. Una carta... ¿á mí?

Enriq. Sí señora.

Catal. ¿De su amo de vm.?

Enriq. Sí señora, del señor Fierval. Yo se la he visto escribir.

Abriéndola.

Catal. Veamos, pues. *Lee.*

Aparte, con viveza.

Lussan. ¡Fierval!

Pone el oido.

Enriq. Hei.

Descubre á Lussan.

¡O! ¡o!

A media voz.

Frasq. Calle vm.

A Frasquista en el mismo tono.

Enriq. ¿Porqué acaso el señor Lussan?...

Imperativamente.

Frasq. Calle vm. le dicen.

Enriq. Pero si veo....

Enfadada.

Frasq. Vm. ve al reves.

Un poco mas alto.

Enriq. Pero aunque fuera el diablo, si estoy vien-

do al señor Lussan.

Curiosa.

Frasq. Y yo le digo á vm., que no es él, que lo sostendré; y que vm. lo creerá.

Enriq. ¡Ah! entendámonos. ¿Por qué era menester, que yo lo hubiera visto esta mañana, y ahora es menester que no lo vea?

Sin dexar la carta.

Catal. No interrumpan vms. al pobre Cárlos.

Pasmado.

Enriq. ¡Carlos!

Frasq. Sí, Cárlos. ¿Lo entiende vm. ahora?

Mirando á Catalina, y á Lussan.

Enriq. ¡Ah! ¡ah!

Dando un bolsillo á Frasquita.

Lussan. Que tome, y calle.

En voz baxa á Enrique.

Frasq. Tome vm.; reciba eso, y mienta, si es posible.

Reusa riéndose admitirle.

Enriq. No lo admito; mas quiero mentir de valde.

Frasq. En hora buena.

Vuelve á llevar el bolsillo á Lussan, que quiere que ella lo guarde: ella tampoco lo admite.

Consigo misma, acabando de leer la carta.

Catal. ¡Qué estilo!... ¡Qué costumbres!... Y la Marquesa de Armincur sacrificará su hija á un hombre semejante...

Enriq. Y bien, señora, ¿la respuesta?...

Catal. Diga vm., señor Enrique á su amo, que yo misma la llevaré esta noche.

Enriq. ¿A dónde, señora?

Catal. A la quinta.

Enriq. ¿A qué hora?

Catal. A la hora de ir todos.

Enriq. ¿En qué parage?

Con frialdad.

Catal. Ya lo verá vm. *Guarda la carta.*

A Lussan al irse.

Enr. El señor Cárlos no quiere nada para la quinta.

Lussan. ¡O! sí por cierto.

Baxo á él.

Tengo que ofrecer á vm. una buena colocacion en mi casa, ó una excelente paliza.

Hace cortesía, y se vuelve á Frasquita.

Enriq. ¿Y la señora Frasquita?

Frasq. Mi boda, ó cien bofetadas... Vea vm.

Enriq. Está hecha mi eleccion... servidor de vms.

Hace cortesía, y se va.

SCENA V.

Los mismos, ménos Enrique.

Con seriedad.

Catal. Tu Enrique se ha encargado de una comision infame, Frasquita.

Vergonzosa.

Frasq. Si yo supiese lo que era, señora Catalina, se lo avisaría para que otra vez se recelase de esos encargos.

Inquieto.

Lussan. Luego esa embaxada contiene alguna cosa extraordinaria.

Catal. ¡O! no: al contrario; nada hay mas comun que ver á los jóvenes sin honor imaginarse que todas las mugeres se les parecen; pero sus ultrajes no llegan mas que á las que estan á su alcance; y yo les soy muy superior. Lea ym., y verá.

Toma la carta, y lee.

Lussan. "Vm. es prodigiosamente amable, y yo "estoy enamorado por cien personas á un tiem- "po. Nuestras edades, nuestras gracias, nues-

» tro talento, todo es conforme. Solo se diferen-
» cian en algo nuestras existencias morales: pero
» mi amor se resuelve con gusto á vencer la
» distancia que nos separa, sin exîgir ni aun que
» vm. me lo agradezca. Fiese vm. del juramento
» que la hago de amarla hasta la eternidad, y
» además esté segura de que el matrimonio de
» pura conveniencia que me hacen contraer con
» la jóven Elisa, no me impedirá pasar toda mi
» vida á los pies de vm. Abur: consúltese vm. á
» sí misma sobre el asunto; espero su decision
» con una impaciencia que no puede imaginarse.
» Fierval."

Aparte.

Lussan. ¡Insolente!

A ella, volviéndola la carta.

No es menester mas que tener alma para conocer que el amor no se explica de este modo.

Riéndose.

Frasq. ¡Hay picarilla de carta! yo lo sospechaba.

Catal. Esta carta, hija mia, debe ser para tí una nueva razon de huir de Enrique. El criado de un hombre de esta clase, no puede serte conveniente.

Triste.

Frasq. ¡O! buen Dios. Yo obedeceré á vm. si es absolutamente necesario... Pero él vuelve, creo...

Corriendo hácia Enrique.

Sí, ciertamente; él es.

Mirando á la puerta.

Lussan. ¡Y trae á otro!

Catal. ¿Otro? ¿quién?

SCENA VI.

Los dichos, Enrique, y Bonifacio de Orneville.

Ayudando á andar á Bonifacio.

Enriq. Entre vm., señor, entre vm.: mejor estará aquí dentro. Señora Catalina, aquí viene un caballero que acabo de encontrar inmediato á la puerta. Su silla se habia roto; lo he visto caído, lo ayudé á levantarse, y lo traigo aquí: ¿tendrá vm. la bondad de permitir que descanse un instante en su casa?

Catal. ¿Qué dice vm., Enrique? Eso es hacerme un verdadero obsequio... Siéntese vm. caballero.

A Bonifacio.

Qué demudado está vm. ¿Quiere vm. tomar

alguna cosa? ¿Está lastimado? Una caída de esa clase...

Siempre en tono de bondad y grosería á un tiempo.

Bon. ¡O! no es nada. Muchas gracias. Me he estropeado un poco el tobillo... pero no es cosa... Si vm. quisiese hacerme dar de beber; tengo una sed de todos los diablos.

Apresurada.

Catal. Al instante, señor... ¿Frasquita? pronto un vaso y un plato... Cárlos, haga vm. compañía á este caballero... yo voy... al instante, señor, en el momento... No se impaciente vm.

Va á buscar el vino, miéntras Frasquita enxuaga un vaso.

Mirando á Catalina al irse.

Bon. Esta muger tiene muy buen modo... es linda... ¿Quién es?

Enriq. Señor, es una labradora que administra esta granja.

Con interés.

Lussan. Sí señor, es una labradora.

Bon. Lo creo... Me ha parecido muy bien... ¿Pero en qué parage me hallo?

Enriq. En la granja de Armincur, cuya quinta está á doscientos pasos de aquí.

Gozoso.

Bon. ¡En Armincur estoy!... Dios sea alabado. Mi silla hizo bien en romperse; puesto que he llegado al término de mis peregrinaciones.

Lussan. ¿Conoce vm. á alguien en la quinta?

Riéndose.

Bon. Sí: tengo en ella algunas pequeñas conexiones. Mi hermana y mi sobrina no mas.

Aparte.

Lussan. ¡Ah! cielos.

Continuando.

Bon. Admiren vms. el capricho de mi suerte, que por diez años contínuos, me arroja ya á un polo, ya á otro, me hace el juguete de todas las casualidades posibles, y al fin me permite realizar una miserable cantidad de dos ó tres millones, que me han costado mas trabajo... Llego á Francia, corro á París con la esperanza de hallar un hijo que habia abandonado quizá con demasiada dureza... lo busco... me informo... ¡Bah!... ha muerto... su viuda se la llevó el diablo, y cánteme vms. aquí con la boca abierta sin saber qué hacer de mis bienes. Un bello dia me acuer-

do de que en el centro de la provincia de Berry tengo una hermana y una sobrina que se estan muriendo de hambre en el seno de la herencia de sus mayores... Vuelo á repartir con ellas el fruto de mis mezquinos trabajos, y casi á su puerta me rompe una pierna un postillon maldito, que el cielo confunda.

Vuelven Catalina y Frasquita.

Muchas gracias, señoras.

Bebe.

Es excelente este vino.

Vuelve el vaso.

Lo agradezco mucho.

Catal. ¿Cómo se siente vm.?

Bon. Mejor, mucho mejor; ese vaso me ha hecho gran bien: estaba muerto de sed.

Catal. ¿Le parece á vm. tal qual?

Bon. Excelente, á fé mia.

Volviendo á echar vino.

Catal. Pues bien; vuelva vm. á beber: esto no puede hacerle mal.

Con alegría.

Bon. Enhorabuena. Lo ofrece vm. con tan buena gracia, que en verdad...

Bebe.

Ya basta.

Enriq. Señor, si vm. lo permite, tendré el honor de guiarlo á la quinta. Yo estoy en ella.

Bon. Con mucho gusto, amigo. Pero ántes... díganme vms., ¿mi hermana está aquí bien querida? ¿Mi sobrina es llana, afable, bienhechora? Vms. deben saberlo; digánmelo sin rodéos, que me harán un gusto.

Admirada.

Catal. ¿Habla vm. de la Marquesa de Armincur, y de su hija?

Bon. Sí; mi hermana y mi sobrina. Si fuesen por casualidad altivas, orgullosas, duras con sus dependientes, me vuelvo á marchar tan presto como he venido, y voy á derramar un beneficio en qualquier parte dónde halle un desgraciado, que gracias á Dios en ninguna falta... Si por el contrario, son tales como yo deseo, si encuentro en fin su elogio en los corazones de vms., no vengo á aumentar su fortuna mas que para proporcionarlas medios de mejorar la de todos. Así que, hablen vms.; repito que me harán un gusto.

Catal. ¡O! mi señora la Marquesa es muy buena ama.

Enriq. El alivio de los pobres.

Frasq. La madre de los huérfanos.

Lussan. La mejor de las mugeres.

Bon. Y su hija... Nada dicen vms...

Se miran unos á otros.

Está entendido.

Con viveza.

Catal. Perdone vm., señor. Es hermosa. ¿No es verdad, Cárlos?

Con viveza.

Lussan. Sí, sí; es bastante bien parecida.

Bon. No es su cara por lo que yo pregunto. ¿Qué me importa que sea negra ó blanca, fea ó bonita? Los dones sólidos y esenciales, las qualidades del alma, esto es de lo que yo me informo, á esto pido respuesta; pero me parece...

Con bondad.

Catal. Señor, aun es muy jóven; pero no dudamos de que algun dia su carácter, sostenido de los consejos de vm., y del exemplo de su madre, corresponderá bien presto al atractivo de su amable figura.

Bon. Vm. la disculpa: muy bien... ¿Hablan de casarla pronto?

Catal. Sí, señor: vm. hallará en la quinta dos su-

getos, entre los quales no tardará en elegir la señora... Un tal señor Fierval, y el señor de una pequeña aldéa que está á dos leguas de aquí, que se llama Lussan.

Como haciendo memoria.

Bon. ¡Lussan!

Con viveza.

Lussan. ¡O! en quanto á ese no hay que hablar de él. Dudo mucho que el señor lo vea en la quinta.

Bon. ¿Por qué?

Comprehendiendo la idéa de Lussan.

Enriq. A fé mia que haría bien en no volver á parecer. La señorita Elisa, dicen que no lo quiere, y para ser simple testigo de la boda de su rival; no merece la pena...

Bon. Tanto peor. Mi sobrina ha hecho muy mal en alejar á ese jóven; debe ser un mozo apreciable: creo haber oído hablar de él... si, efectivamente, quando pasé por París me dixéron mucho bien. Vamos, vamos: voy á informarme exâctamente de todo...

A Catalina.

A Dios, señora, doy á vm. gracias afectuosamente; vm. es política, insinuante, y tiene ade-

más cierto ayre... ciertas facciones... Yo volveré freqüentemente á esta granja: vm. me lo permitirá, ¿no es así? abur, madama.

A Lussan.

Buenos dias, amigo.

A Enrique.

Deme vm. la mano.

Va á salir, y encuentra á Fierval.

¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre?

Admirada.

Catal. ¡El señor Fierval!

Aparte.

Lussan. ¡Fierval!... soy perdido.

SCENA VII.

Los dichos y Fierval.

Al empezar á hablar Fierval, Enrique y Frasquita se acercan uno á otro con inquietud.

Fierv. Vengo á saber si el bribon de Enrique...

Pasa por delante de Bonifacio para ir hácia Catalina, y vé á Lussan.

Vm. perdone, caballero... ¡Ah, ah!... Pero no... Sí, sí... ¡He! por Dios es él, es Lussan.

Catal. y Bon. ¡Lussan!

Riéndose.

Fierv. ¿Y qué hace vm. aquí.

Con frescura.

Lussan. Esperar á que vm. diga lo que vm. mismo viene á hacer.

Riéndose.

Fierv. Por cierto, que pienso que nos trae un mismo objeto; pero en todo caso el encuentro es gracioso.

Rie con mas fuerza.

Riéndose tambien.

Bon. Y sobre todo para mí...

Haciéndoles cortesía.

Señores, me llena de satisfaccion el conocer á vms., puesto que solicitan la mano de mi sobrina.

Sorprehendido.

Fierv. ¡Sobrina de vm., caballero!

Mirándolo de pies á cabeza.

Bon. Sí, mi sobrina, Elisa de Armincur. Yo le daré la enhorabuena.

A Catalina.

¡Ah, ah! la bella labradorcita... Vm. no nos decia, que estos señores... Pero ya, ya: está entendido

dido; es claro que quando una muger es bonita, puede hallar disculpa para no ser prudente.

Aparte.

Catal. ¡Dónde me escondo!

En voz baxa á Enrique.

Frasq. Sáquenos vm. de esto, Enrique.

Enriq. Pues ayúdeme vm.

A Bonifacio.

Lussan. Modere vm. sus expresiones, caballero; si aparece mi disfraz como un testigo contra esta señora, es enteramente sin razon el sospechar que tuviese en él la menor parte. Nada sabía, y aun duraría esta ignorancia á no haber sido por la indiscreta visita del señor.

En voz baxa á Fierval.

Enriq. Y es verdad, pues solo por soplarme la dama...

A Fierval, juntando las manos.

Frasq. Suplico á vm. que no pierda mi estimacion.

Riendo aun mas fuerte.

Fierv. ¡Qué! ¿seriamente? por esa chica, por Frasquita... Amigo, vm. perdone; pero no puede uno contenerse á vista de semejante extravagancia. ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Impaciente.

Bon. Vamos, riase vm. de una vez, y acaso despues podrá explicarse.

Confusa.

Catal. ¡Ah! señor: líbrese vm. de creer...

Bon. ¿Qué?... El diablo me lleve si entiendo palabra.

A Fierval.

Enriq. Contemple vm. al tio que trae un dote inmenso.

Aparte.

Fierv. ¡Ah! es muy amable.

A Bonifacio con mas seriedad.

Señor, todo esto no es mas que una chanza, es ocioso parar la atencion en ello. Algunas órdenes relativas á mi próxîma boda con la adorable sobrina de vm., me hiciéron venir á esta granja, donde confieso que no esperaba encontrar al señor Lussan acomodado con tal disfraz; pero es menester disculparlo. El amor nos mueve á muchas locuras, y esta...

En tono de frialdad y amenaza.

Lussan. Bien va, señor, bien va; aprovéchese vm., si le es posible, de la ventaja que le da este momento; pero si vm. me cree, se esforzará á

callar, sino quiere que nos encontrémos mas de cerca.

Fierv. Por lo que hace á encontrarnos, no lo reusaré seguramente, porque estimo á vm. demasiado para èso; pero en quanto á discrecion... no es posible... vaya, por vida mia que no es posible.

A Lussan.

Bon. Mucho me mortifica esta aventura, caballero; porque me obliga á disminuir el buen concepto que habia formado de vm. sin conocerlo, y esto no dexa de costarme disgusto.

Lussan. No precipite vm. su juicio. No pido mas que tres horas, y secreto. Tendré el honor de que nos veamos en la quinta.

Bon. Allí espero á vm.; nada deseo tanto como haberme engañado...

A Catalina.

A Dios, señora; olvide vm. el agravio que la he hecho; su semblante tiene la culpa.

A Fierval.

Por lo que hace á vm., voy á preguntar á mi hermana, si su boda con mi sobrina está tan adelantada como dice. Quiero para ella un hombre de bien, amable, y que la ame sinceramente; se lo advierto á vm.

Fierv. En ese caso, señor, mi dicha es cierta.

A Enrique aparte.

¿Y mi carta?...

Enriq. Esta noche llevará la respuesta. *Aparte.*

A Catalina en voz baxa.

Fierv. Hermosa... Pero créame vm.; envielo á disfrazarse á otra parte, que esto la compromete.

A Lussan.

A Dios, Lussan, á Dios. Sin ódio... amigo... sin ódio... se lo pido á vm. por favor.

A Bonifacio.

Señor, quando vm. mande.

Se va con Enrique y Bonifacio. Este último hace cortesía á Lussan con expresion.

SCENA VIII.

Catalina, Lussan, y Frasquita al fondo del teatro, observando con inquietud la scena.

Juntando las manos sobre su frente.

Catal. ¡O Dios! ¡qué de afrentas!

Lussan. ¿Catalina?... señora... dígnese vm. oirme un instante. No caiga sobre mí solo el resentimiento de la scena que acaba de pasar. Sin ese jóven atrevido...

Catal. Yo le doy gracias, señor; él me ha enseñado á conocer á vm.; él ha iluminado el abismo en que mi error iba á precipitarme. ¿Y quál era el designio de vm., suponiendo que yo no fuese mas que lo que he querido parecer? ¿Era este un motivo para hacerse una diversion de la pérdida de mi tranquilidad, y de mi reputacion? ¿Está, pues, decidido entre los hombres que una muger que les es inferior en nacimiento, no pueda serles igual en virtud? ¡Ah! esta indignidad es insufrible á mi razon, y jamas... no, jamas habria creído á vm. capaz de ella.

Lus. Pero vm. ignora quáles eran mis designios. Concédame por piedad, si no puedo conseguir otro afecto, el perdon de una astucia, cuya inocencia hubiera vm. conocido manifiestamente en todo... Yo amaba á vm., Catalina... Yo la amo mas de todo quanto puedo encarecerlo... Acabe vm. aquella relacion, aquella confianza de que depende el resto de mi vida. Sepa yo en fin, quién es vm.; y pueda gozar á un tiempo la dulzura de consolar, de enriquecer á lo que amo, y deber á su ternura que vuelva al mundo, y á la felicidad.

Conmovida dice con dolor.

Catal. Vedlos aquí... Todos se parecen.

A Lussan, con afliccion mezclada de cólera.

Ahórrese vm., señor, unos cuidados que vm. mismo ha hecho inútiles. Vuélvase á la quinta; olvide una muger miserable que no habia solicitado conocerlo, y que no tardará en ir léjos de aquí, léjos de vm., y de todo quanto la rodea, á buscar, si es posible, un asilo mas seguro contra la falsedad y la perfidia.

Fuera de sí.

Lussan. ¡Qué! vm. quiere...

Con mas firmeza.

Catal. Sí, señor; esta noche doy mis cuentas al ama, y mañana marcho.

Lussan. Catalina... Por Dios...

Viniendo hácia delante, y llorando.

Frasq. Y que, señora Catalina, ¿ya no quiere vm. á la pobre Frasquita?

A Frasquita.

Catal. ¡Ingrata! En verdad que tienes derecho á reclamar una ternura de que has abusado tan indignamente. ¡Tan jóven! mezclarse en semejantes intrigas... vender á su bienhechora, exponerla á haberse de avergonzar á vista de todo el mundo... vé aquí la digna recompensa... mañana... esta noche misma, ya no tendrás asilo.

Grita á Lussan.

Frasq. Señor, señor... hable vm. á favor mio...

Con dulzura y tranquilidad á Frasquita.

Lussan. Sosiégate, hija mia, yo me encargo de tu suerte.

A Catalina.

Yo me retiro, señora; vm. no está ahora en estado de oirme; pero crea, que un hombre que ha sufrido fácilmente sus injusticias, no renunciará con la misma facilidad la esperanza de poseerla. Sabré quien es vm.; lo sabré, puede ser á pesar suyo. Mi amor, mi respeto, mi perseverancia volverán á inspirar á vm. algun dia afectos mas dignos de entrambos... y entre tanto vm. no se ausentará; no señora: miéntras Cárlos exîsta, Catalina no será dueño de respirar otro ayre diferente del que á él lo vivifique. A Dios, señora: ven, Frasquita.

Se va, Frasquita lo sigue, mirando de tiempo en tiempo á Catalina que queda consternada.

SCENA IX.

Catalina sola.

Catal. ¡Qué! ¿no tendré libertad para huir de un

terreno donde aun me persiguen las desgracias? Sería bueno que yo me quedase aquí, expuesta á los insultos de Fierval, á la cólera de Elisa, y á las persecuciones de un hombre, que debería... ¿y qué no puedo aborrecer?... Pero aun quando éste fuese bastante generoso para hacer en mi favor, lo que yo hice por el ingrato Orneville, ¿quién me asegura que mi segundo matrimonio será ménos desastrado que el primero? ¿Y si aquel hombre, á quien colmé de beneficios, me hizo tan constantemente desgraciada, qué podré esperar de éste á quien se lo he de deber todo? No me expondré á tal peligro... me ausentaré... sí... me ausentaré esta misma noche... Pero ántes de partir quiero dar castigo á la insolencia de Fierval: su carta me proporciona un medio fácil de lograrlo. ¡Qué aborrecible estaba no ha mucho! ¡Qué contraste formaban su audacia y su ligereza, con el modo noble y reservado de aquel infeliz!... ¡Qué digo!... ¿A dónde van á parar mis idéas? ¡Ah! ¡Julia, Julia!... Huye si quieres al señor Lussan; pero no esperes olvidar jamas al pobre Cárlos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala de la quinta, iluminada y preparada para una funcion.

SCENA PRIMERA.

Elisa y Fierval.

Muy agitada.

Elisa. No acabo de admirarme. ¿Cómo? ¿Es posible que el señor Lussan se haya degradado hasta tal punto?...

Riéndose.

Fierv. Nada hay mas cierto á fé mia. Lo encontré encaxado en la granja, como si hubiese diez años que vivia en ella. Puede ser que le hubiera guardado secreto; pero su amenaza me ha quitado la gana. Jamas he hecho nada bueno por sujecion.

Elisa. ¡Disfrazarse de ese modo, y en un parage donde podia conocerlo el primero que llegase!... ¡provocarnos!... ¡insultarnos en nuestra cara!...

Fierv. Parece que eso la pica á vm.

Elisa. ¿A mí?... No por cierto. Vm. sabe mi modo de pensar; y vm. no necesitaba de esta última ofensa, para que mi eleccion se determinase.-Pero no puedo pensar, que por una miserable criada de escalera abaxo...

Fierv. Oiga vm.: ella no es fea; y una vez alborotada la cabeza... A propósito; ¿dónde está el buen tio Bonifacio?

Elisa. No me hable vm. de él. Tiene una grosería insoportable... ¿Pero está vm. bien cierto de que Frasquita sea?...

Fierv. ¿Otra vez? ¡Ah! prima mia, eso es demasiado: no quiera vm. llenarme de inquietud en el momento, en que parece que todo debe contribuir á asegurar mi felicidad: reflexîone vm. que mañana, acaso, serémos el uno del otro; y que por mas tolerancia de que haga provision al constituirme xefe de familia, no podré sufrir que un rival me robe la dulzura de poseer solo su corazon, al ménos el primer dia de nuestra boda.

Con altivez.

Elisa. ¡Cómo, señor! ¿Se atrevería vm. á pensar?...

Fierv. ¡O! no. Yo no pienso; no me atrevo á nada en el mundo: quisiera solamente distraer á

vm. de una idéa, que es contraria á mi amor.

Preocupada.

Elisa. Esté vm. tranquilo. Yo no mudo tan fácilmente; y jamas me tomaría la licencia en el momento en que mi familia decide de mi suerte....

Con viveza.

¡Ah! aquí está Frasquita: preguntémosla, y saldrémos de dudas.

Aparte.

Fierv. ¡Esto es increíble!

SCENA II.

Los dichos.

Frasquita atravesando el teatro sin verlos.

Elisa. Frasquita, ven aquí: oye una palabra.

Embrollada.

Frasq. Señorita... Perdone vm... Pero tengo tanta prisa, vé vm. *Quiere irse.*

Deteniéndola.

Fierv. Un instante,

Frasq. Ninguno tengo que perder, y sobre todo con vm., caballero.

Elisa. ¡Qué grosera!

Fierv. Sí, grosera: fiese vm. de estos pudores de Payas; son las maliciosas mas falsas...

Con malicia.

Frasq. Vm. sabe algo de eso, me parece.

Riéndose.

Fierv. Y Lussan tambien, mi corazon.

Aparte.

Frasq. ¿Qué me querrán?

Mirándola los ojos.

Elisa. ¿Dicen que el señor Lussan es muy amigo tuyo?

Con resolucion.

Frasq. ¿Y por qué no, señorita? ¿Qué, no soy bastante linda?

Aparte.

Guarda.

A Elisa.

Fierv. ¿Lo oye vm.?

Elisa. No le falta amor propio por cierto.

Frasq. ¡O Dios! Cada uno tiene el suyo.

Elisa. Sí; pero el tuyo no puede estar peor colocado. Deberias avergonzarte.

Frasq. ¿Y de qué? ¿De grangearme amantes? Mas bien me avergonzaría de no saberlos conservar.

Aparte.

Elisa. ¡Insolente!

Con gravedad á Frasquita.

Fierv. Chica, vm. pierde el respeto.

A Fierval en el mismo tono.

Frasq. Señor, ciertamente vm. no me hará que lo encuentre; y fuera de esto, yo nada tengo que hacer aquí: me voy.

Elisa. Poco á poco, si te parece. ¿Hace mucho tiempo que al señor Lussan se le ha ocurrido hacer caso de tí?

Frasq. No sé, señora: los instantes que divierten no se cuentan; solo parecen largos los que incomodan. Pero me marcho.

Deteniéndola.

Fierv. ¿A la granja sin duda?

Triste.

Frasq. No señor: porque estoy despedida, gracias al cuidado de vm.

Elisa. ¿Y dónde irás á vivir ahora?

Haciendo cortesía.

Frasq. A Lussan, señorita. Han tenido la bondad de ofrecerme allí un asilo.

Aparte.

Elisa. Tanta desvergüenza no es natural.

A Frasquita.

Fierv. ¿Y por qué ha tomado Catalina el caso tan seriamente?

Impaciente.

Frasq. ¿Por qué?... ¿Vm. quiere que diga por qué, señor?

Elisa. Sin duda.

Fierv. No; no es necesario. Esta chica está mortificada; dexémosla ir.

Elisa. Con mucho gusto. Solamente voy á dar cuenta de todo esto á mi madre, y empeñarla en que case al pobre Enrique con otra.

Que se iba, vuelve.

Frasq. ¿Enrique?... ¿Qué dice vm. de Enrique, señorita?

Elisa. ¿Qué te importa?

Frasq. ¡O! se lo suplíco á vm. mucho, mucho. Dígame...

Mirándola atentamente.

Elisa. Decia, que tu boda con Enrique debia ser la primera, que mi madre hubiera hecho celebrar con la ocasion de la mia... pero que es preciso deshacerlo todo, puesto que...

Muy agitada.

Frasq. ¿Cómo?... ¿Cómo?... La señora queria...

La señora hubiera... *Mira á Elisa.*
Señorita, esto me hace demasiada fuerza, y me voy huyendo por miedo de descubrirme.

Se va corriendo.

SCENA III.

Elisa y Fierval.

Colérica, casi llorando de rabia.

Elisa. No se me engaña tan facilmente. Mis sospechas eran demasiado justas; me han sacrificado indignamente... pero no tardaré en vengarme.

Riéndose.

Fierv. ¡Vengarse!... ¿y de qué?... La tierra me falte, si entiendo palabra del humor de vm., si no que me hace pasar plaza de un gran tonto.

Elisa. Dexémonos de chanzas, señor. Mañana estarémos casados. Mañana será vm. tan interesado en mi gloria como yo; y me lisonjéo de que vm. no se negará á ayudarme para un proyecto, que solamente puede darme satisfaccion del indigno proceder del señor Lussan.

Fierv. ¿Qué proyecto? Veamos.

Elisa. El de arrojar de aquí á esa insolente La-

bradora, cuya conducta poco decente ha autorizado sin duda á un hombre débil para faltar á nuestro respeto.

Fierv. ¿Quién? ¿Catalina?

Elisa. La misma.

Aparte.

Fierv. Poco á poco: eso no me tiene cuenta.

A ella.

Pero vm. se engaña, Elisa; no es por ella...

Enfadada.

Elisa. ¿Se ha puesto vm. de acuerdo con ellos para engañarme? ¿O no quiere vm. conocer que ese supuesto capricho por Frasquita, no es mas que una astucia grosera, que les ha sugerido la sorpresa de aquel instante? No es de hoy... vm. mismo lo ha dicho; no es de hoy el estar en la granja el señor Lussan: ¿vm. cree que una miserable criada haya podido ser el objeto de tales finezas? No; no, señor: la bella Catalina, tan insinuante en su estado, tan preocupada contra los hombres, es sola quien ha podido inspirar una pasion bastante fuerte para justificar semejantes desvaríos; y ella sola es la causa de la mudanza, que todo el mundo ha conocido.... ¡O Dios!

Aparte.

Fierv. Esta muger no me ama absolutamente.

A ella.

Lo repito, prima mia; puede ser que vm. tenga razon; pero no veo qué motivos la obliguen...

Elisa. Qualquiera que sean, señor, no dude vm. en ayudarme; este es el precio de mi mano.

SCENA IV.

Los dichos, Bonifacio y la Marquesa de Armincur.

Acabando la conversacion.

Bonif. Sí: está decidido. Estas tierras serán nuestro retiro, nuestra habitacion favorita; aquí acabaré mis dias á tu lado. En quanto á nuestra sobrina, irá, si quiere, á vivir en París.-Pero hablando entre nosotros, ¿creés que será feliz con ese aturdido de Fierval? El es un bello jóven; pero infame me vea yo, si jamas se consigue que sea hombre de bien...

Viendo á Fierval.

¡Ah! vm. perdone, yo no lo habia visto.

Haciendo cortesía.

Fierv. No hay de qué, señor: las opiniones son libres.

Marq. Pero, hermano mio; si solo te determinas á favor del señor Lussan, tus proyectos estan frustrados de antemano; porque despues de lo que ha sucedido en la granja, bien conoces que es imposible...

Admirado.

Bonif. ¡Lo que ha sucedido en la granja! ¿Y quién te lo ha contado?

Marq. Fierval.

Picado, mirando de medio lado á Fierval.

Bonif. ¡Ah! ¿Ha sido el señor?

Riéndose.

Fierv. Sí; ciertamente. ¿Qué mal hay en haber divertido un poco á estas señoras, á costa de un hombre?...

En el mismo tono de arriba.

Bonif. Que podria venir á parar en divertirse á costa de vm.

Fierv. ¡Ah!

A su tio.

Elisa. A lo ménos no será, consiguiendo derecho alguno á mi persona.

Bonif. ¿Y por qué? No te empeñes tú tambien en creer, que la pobre Frasquita....

Elisa. No señor, no: Frasquita no es la que me ha robado el afecto del señor Lussan; afecto, que sin duda estoy muy distante de echar ménos; pero que hubiera podido, me parece, dirigir á otra, y no á una muger desconocida, sin nombre, ni nacimiento, y que por precio de las bondades de que la ha colmado mi madre, se ha abandonado hasta el extremo de emprender seducir á un hombre destinado á su hija, y no ha temido introducir el escándalo en la única casa, que tal vez hubiera querido recibirla.

Marq. ¿Cómo, hija mia? Esa Catalina, que yo amaba tanto, se habrá atrevido...

Elisa hace señas á Fierval, de que la apoye, y Bonifacio la observa.

Fierv. Sí, cierto... Hay alguna apariencia...

Aparte.

Sí, yo lo creyera.

A Bonifacio.

Marq. Escucha, hermano; mi hija tiene razon. El señor Lussan ha procedido muy mal con nosotras; y en verdad...

Con viveza.

Elisa. Si vm. me ama aun, señora, no permita que yo me vea humillada de tal suerte por todo el mundo. - ¡Si supiese vm. la pena que esto me causa!...

Con bondad.

Marq. ¿Lloras, hija mia? No hay motivo para eso. Anda, tranquilízate; esta noche despido á Catalina, rompo con el señor Lussan, y firmo el contrato de tu boda con Fierval. ¿No es verdad, hermano? ¿Es preciso que esto sea así? ¿Es cierto?

Quitándose el sombrero.

Bonif. Vm. me perdone, señora hermana; en punto á tontunas, no camino tan de prisa como tú. Pero no quiero hacerte penar: espero aquí al señor Lussan; lo que me diga, me hará decidir.

Marq. Pero, hermano...

Bonif. ¡O! acabémos: no me gustan charlatanerías. Dentro de una hora, todos los aldeanos de este lugar vienen á festejar á mi sobrina con motivo de sus dias, que yo deseo poder hacer mas alegres. Dentro de una hora, señorita, la regalo á vm., por ramillete, un dote de seis millones de reales.-Pero debo no obstante prevenirte una

cosa; y es que no puedo disfrutar el placer de enriquecerte, sino con una condicion: condicion sagrada é indispensable, que tú y tu marido os obligaréis á cumplir, con todas las formalidades que la ley autoriza.

Ansioso.

Fierv. ¿Se puede saber esa condicion?

Con ironía.

Bon. No, señor, no; solo hablarémos de ella en el instante de firmar; esta es una prueba para mí: aunque yo estoy demasiado persuadido del amor de vm. á mi sobrina para imaginarme que una cláusula mas ó ménos...

Fierv. Señor...

Bon. Anda, hermana; hazlo preparar todo para nuestra funcion. Haz extender prontamente el contrato, y dexadme algunos instantes hablar con el señor Lussan, que viene ahí.

Se van Elisa y Fierval.

Marq. ¿Y á Catalina se la ha de permitir que entre esta noche?

Bon. ¿Y por qué no? Mañana será tiempo de ver si merece que se la despida. Hermana, yó he contraído hace mucho tiempo la costumbre de adelantar el instante del premio, y retardar el del castigo... Pero déxame solo.

SCENA V.

Lussan y Bonifacio.

En su trage propio.

Lussan. Perdone vm. mi tardanza: algunas ocupaciones que no pude preveer, me han privado del honor de ver á vm. mas pronto; pero al fin ya estoy aquí á sus órdenes, dispuesto á darle quantas noticias me sean posibles.

Bon. Todas se reducen á un solo punto. ¿Ama vm. á mi sobrina?

Lussan. La amé.

Bon. ¿Pues por qué no la ama vm. ya?

Lussan. Porque me ha parecido su carácter muy distante de poderse conformar al mio; porque su coquetería, razon sola que la inclinó á lisonjear las esperanzas de Fierval, al mismo tiempo que yo la amaba, me inspiró un justo recelo; y últimamente, porque una pasion mas fuerte ha borrado casi inmediatamente la impresion que debió hacerme su mérito... Hablo á vm. con sinceridad.

Bon. Así me gusta... ¿Con que vm. no la ama ya?

Lussan. No, señor.

Bon. ¿Nada? ¿nada?...

Lussan calla.

¿Sabe vm. que lleva seis millones de reales de dote?

Lussan. Tanto mejor. No faltaba á mi tranquilidad mas que saber que era feliz, y espero que tantas ventajas moverán al que le fuere destinado á tener siempre presentes los respetos que la debe.

Bon. Se han empeñado absolutamente en que se case con Fierval... ¿Qué le parece á vm.?

Lussan. Vm. no debe esperar de mí, que sea capaz de perjudicar á nadie.

Bon. Es vm. un hombre de honor; siento sinceramente perder su parentesco. Pero dígame vm.: ¿es cierto que es Frasquita la que le ha vuelto el juicio?

Sonriéndose.

Lussan. No, señor.

Bon. ¿Luego es la bella labradora?... Bien decia Elisa.

Lussan. ¿Con que lo ha adivinado?

Bon. Sí, ciertamente; y está furiosa. "Esa muger, »dice, habrá seducido á vm.: esto es terrible; es »un escándalo espantoso, es forzoso despedirla »esta noche misma..." y mi hermana que es tan débil, como vm. conoce; iba ya á consentirlo,

si yo no me hubiese opuesto.

Lussan. ¡Despedirla!... ¿á quién?... ¿á Catalina?... ¡Ah! señor; mas bien una vm. sus esfuerzos á los mios para hacerla desistir del designio que ha formado de huir de nosotros. Vm. no conoce esa muger adorable: vm. no sabe como reune á porfia las gracias y las virtudes. No es lo que parece; un sin número de desgracias la han reducido á un estado tan poco digno de ella. ¡Si vm. supiese!... Aquí nadie la conoce. Hace dos años que fixó aquí su residencia, y nadie ha podido descubrir quién es, ni de dónde vino; y en tres meses que hace que me introduxe en su casa, sin saberlo ella, baxo el disfraz en que vm. me vió, aun no habia podido conseguir una señal de confianza. Habia en fin llegado un momento mas favorable: acababa de empezar á hacerme relacion de sus infortunios; iba á saber el secreto de su suerte, quando unas circunstancias fatales nos interrumpiéron, y atraxéron la scena de que vm. fué testigo.

Con emocion.

Bon. ¿Qué me dice vm.? ¿Esa Catalina es desconocida? ¿Hace dos años que está aquí? ¿Sus desgracias la han reducido al estado en que está?... Señor... señor Lussan... Esa muger es acaso mas

interesante de lo que vm. piensa. Creo que la conozco... creo... voy á verla... á hablarla al instante... á hacerla varias preguntas... á instruirme...

Arrebatado.

Lussan. ¡Qué! ¡vm. cree!... ¿vm. sabría?... ¡Será posible!... ¡ah! ¡de qué peso aliviaría vm. mi corazon!

Reparándose.

Bon. No... oiga vm.; yo me puedo engañar... ¿Quánto dice vm. que hará que está aquí?

Lussan. Dos años con corta diferencia.

Bon. ¿Su edad?

Lussan. De veinte á veinte y dos años.

Bon. ¿Tiene viveza y talento?

Lussan. Talento, y grande. Eso es lo que me ha sorprehendido. ¿Cómo, decia yo, una aldeana?...

A sí mismo con grande interés.

Bon. ¡Ah! ¡quánto me pesa haberlo perdido!

Lussan. ¿Qué, señor?

Cada vez con mas emocion.

Bon. Un retrato... un retrato pequeño de muger, que vino á mis manos en cierta ocasion. Apénas quise mirarlo entónces; y ahora mirando á Catalina, me ha parecido... pero voy, voy á verla.

Deteniéndole.

Lussan. Ahora mismo debe venir aquí. ¿No sería

mejor que vm. la esperase, y procurase penetrar poco á poco su secreto? ¡Es tan desconfiada! ¡y está tan indignada de lo que ha sucedido poco hace! Quiere ausentarse, y esta noche debe avisar á la Marquesa.

Riéndose.

Bon. ¡Ah, sí; ausentarse! Si sucede lo que yo presumo, bien sé quien ha de marchar; pero ciertamente no serán ni vm. ni ella... Creo que lo entiendo.

Lussan. Déxeme vm. evitar su vista; está tan irritada contra mí...

Abrazándolo con cariño.

Bon. Vaya vm., vaya... Yo haré esas paces. Suba vm. á su quarto, y no se presente hasta que yo lo haga avisar.

Lussan. Deberé á vm. mi felicidad. *Vase.*

SCENA VI.

Catalina, y Bonifacio que está solo un instante.

Bon. Mucho me alegrára que fuese ella. Esta muger me ha dado golpe desde que la ví. ¡He hecho tantas diligencias en vano!... Sería bien extraordinario, que la casualidad... Pero si me engaño... ¡cáspita! No vayamos á entregarnos á una aventurera... Es necesario verlo bien.

Un poco apartada de Bonifacio.

Catal. Aquí está. ¡Si querrá oirme! ¡Tendré aun que sufrir otra nueva humillacion!

Con un ayre franco.

Bon. ¿Es vm., ¡hermosa labradora! ¿busca vm. á alguien aquí?

Catal. A vm., señor.

Bon. Bien va; tanto mejor, aquí estoy. ¿Tiene vm. algo que decirme?

Catal. Cosas que interesan á la felicidad de la señorita Elisa, y he pensado que por esta consideracion no me negaria vm. el favor de oirme un instante, miéntras se empieza la funcion, que no he querido turbar con un indiscreto alboroto.

La mira un momento con interés, y dice despues.

Bon. Veamos, señora: ¿de qué se trata?

Catal. Antes de pasar adelante, he de suplicar á vm. que se sirva ofrecerme ser con la señora el mediador de mis disculpas, y el intérprete de mis pesares. Yo vuelvo á entregarla la granja que me confió, y cuento desde mañana ausentarme de este distrito. Bien sé que no es costumbre romper de este modo los empeños de esta clase; pero sean los que fueren los resarcimientos que vms. exíjan, desde luego subscribo á ellos, demasiado feliz si dexo al ausentarme á la Marquesa

de Armineur esta pequeña prueba de mi reconocimiento, y de mi afectuosa inclinacion.

Bon. Pero si vm. la es tan apasionada: ¿por qué la dexa? ¿quáles son los motivos de una fuga tan pronta?

Catal. La scena que pasó poco hace la autorizaría suficientemente, me parece, quando esta carta no la hubiese ya preparado.

Le da la carta de Fierval.

Bon. ¡Ah! ¡ah!... De Fierval. *Lee un poco.* ¡Libertino! *Continúa leyendo.*

Catal. Bien conoce vm. que no sería decoroso permanecer yo en un parage, donde un hombre de esa clase tendrá en breve derecho de hablarme como amo. Sería preciso, ó estar expuesta á sus insultos ó envilecerme... El atrevimiento para lo primero, ó la baxeza para lo segundo, son cosas igualmente indignas de mí.

Aparte.

Bon. Esta muger es honrada, es cosa cierta.

A ella.

¿Quándo ha recibido vm. esta carta?

Catal. Algunos momentos ántes de la llegada de vm. Puede ser que la hubiera despreciado, sino fuese por el modo indigno con que el señor Fierval se manejó en mi casa; pero el cuidado

de mi reputacion, único bien que me queda en el mundo, no me ha permitido devorar en silencio tan cruel ultraje, cuya venganza me atrevo á confiar al tio, y bienhechor de Elisa.

Poniéndose la carta en la faltriquera.

Bon. Yo me encargo de ella... Aunque á la verdad, no es solo él responsable de la ausencia de vm. El señor Lussan...

Catal. Suplico á vm. que no hablémos de eso.

Bon. ¿Y por qué no? Ese hombre ama á vm. de corazon: me lo acaba de decir ahora mismo. Verdaderamente es lástima que vm. no sea de una clase mas igual á la suya; se convendrían vms. maravillosamente uno y otro: pero á fé mia que está vm. tan distante de él...

La mira fixamente.

Con viveza.

Catal. Ese no sería obstáculo...

Volviendo sobre sí.

La virtud exîste en qualquier estado; pero los hombres la aprecian rara vez, y yo no tengo motivos para tener confianza en su justicia.

Aparte.

Bon. Ella es...

A ella.

¿Ha sido vm. desgraciada en sus amores?

Suspirando.

Catal. Sí, señor, y todavía lo soy.

Aparte.

Bon. Esto es por Lussan.

A ella.

¿Ha sido vm. casada?

Confusa.

Catal. Señor...

Con energía.

Bon. ¿Es vm. viuda?

Sin reparar en lo que dice.

Catal. Sí señor.

Bon. Hace mucho tiempo que...

Catal. Señor, dígnese vm. dispensarme de una declaracion que le es indiferente. Yo me ausento; yo llevaré conmigo á qualquier otra parte la memoria de mis penas pasadas, y el sentimiento inextinguible de mis actuales disgustos. Nada mas tengo que decir, ni que oir aquí... Solo me resta darle á vm. gracias... y tomar su permiso para retirarme.

Con interés.

Bon. Un momento. ¿Dónde va vm. de ese modo?

Tristemente.

Catal. No lo sé. En ninguna parte donde tenga la desgracia de atraer la atencion de un hombre, habrá morada estable para mí.

Mirándola.

Bon. ¡Huf!... Si es así, vm. tiene riesgo de viajar por largo tiempo.

Con mas viveza.

¡Pero qué diablos!... No ha de ir vm. de ese modo á correr la ventura. Vm. tiene conexîon con alguna cosa en el mundo: de alguna parte llegó quando vino aquí: lo que vm. posee lo ha heredado, ó se lo habrá dado alguien. Vm. tenia padre, madre, marido... ¿En qué se ocupaban? ¿Qué ha sido de ellos? En fin... ¿Quién es vm.?

Turbada.

Catal. Señor... ¿qué le importa á vm.?... mi padre... mi marido...

Con mas viveza.

Bon. Sí: su marido de vm., su familia, todo me importa, y mucho; ¿todo esto dónde está? ¿Quién es vm.? Veamos.

Buscando qué decir.

Catal. He perdido mi padre y mi madre de córta edad... Entónces...

Estrechándola.

Bon. Y bien, entónces...

Turbándose cada vez mas.

Catal. Entónces... Una señora, que... los favorecia mucho... Se encargó de mí... me casó... y me dexó... á su muerte...

Bonif. ¿Y su marido de vm. dónde estaba quando?...

Interrumpiéndolo.

Catal. Me ha abandonado... hace dos años, ignoro...

Interrumpiéndola con viveza.

Bonif. Pero vm. se engaña; mírelo bien.

Fuera de sí.

Catal. Cómo que me engaño...

Bonif. Vm. no sabe mentir; eso me gusta.

Desatentada.

Catal. Aseguro á vm., señor...

Impetuosamente.

Bonif. Quiero una respuesta pronta y positiva. ¿No nació vm. en París? ¿no es hija de un valiente y rico militar que se llamaba Harcur? ¿no quedó huérfana á la edad de diez y seis años? Un jóven llamado Orneville...

Da un grito: va á caer desmayada, y Bonifacio la sostiene.

Catal. ¡Orneville!... Yo me muero...

Asustado, y con el mayor interés.

Bonif. ¿Qué tiene vm.?... No tema... no recele nada, la digo. Vm. tiene derechos muy sagrados á mi ternura. Si he podido engendrar un hijo indigno de mí, doy gracias al cielo de haberme dado tiempo y proporciones para reparar sus faltas. ¡Julia! ¡Querida y generosa Julia!... Por piedad no aborrezcas al pobre Bonifacio de Orneville, que te pide de rodillas el perdon de su hijo.

Catal. Vm., señor... ¡Vm. padre de mi marido!...

Arrodillándose efectivamente.

Bonif. Olvida que fuí su padre, y dexa que lo sea tuyo.

Lo abraza, y lo levanta.

Catal. ¡Ah! sí, sí señor... sea vm. mi padre... Yo necesitaba hallar uno.

Estrechándola en sus brazos.

Bonif. Hasta la muerte.— Ea, hija mia, no se trate mas de fuga, de aventuras, ni de disfraces.—

Señalando su corazon.

Este es tu último asilo, del qual nada será capaz de hacerte salir. Tu honor es el mio: mis bienes son tuyos; y el cuidado de hacerte feliz me ocupará constantemente.

Recobrando su alegría.

¡Ah! bien; acabémos de enternecernos mutuamente: es preciso ahora alegrarnos un poco, castigar á un fatuo, corregir á mi sobrina, y hacer una buena boda. ¡Qué de placeres á un tiempo!

Con emocion.

Catal. ¡Una buena boda!...

Bonif. Sí, sí; Lussan y tú. Os voy á casar. Entrambos os amais como locos: entrambos sois honrados y ricos. Nada puede haber mejor dispuesto.

Catal. ¡Yo rica!... Bien sabe vm. que nada me queda.

Bonif. ¿Qué? ¿olvidas que yo poseo alguna cosa? El dote de Elisa es tuyo; ya verás quáles eran las condiciones con que se lo daba. Pongo en tu mano mi fortuna, y la suerte de mi sobrina... De una y otra dispondrás á tu arbitrio; que es cosa en que no me he de meter mas.— Pero vienen. Permanece aun siendo Catalina, hasta que yo una á Lussan y á la viuda de mi hijo.

Besándole la mano.

Catal. Obedezco.—

Aparte.

¡Ah Cárlos! ¡qué momento!

SCENA VII.

Los dichos. La Marquesa, Elisa, Fierval, Enrique y Frasquita: á la frente de comparsa de aldeanos, que traen ramos para Elisa. Frasquita trae dos: uno que sirve para ella, y otro mejor preso á su falda. Los aldeanos entran con una especie de danza rústica, y al pasar presentan sus ramos á Elisa. Mientras esto dura, se trae una mesa á uno de los lados del teatro: se sienta un Notario á escribir en ella, y acaba de extender el contrato. Catalina está á una punta de la scena, y Frasquita se pone á su lado. Bonifacio está en la otra punta: la Marquesa, Elisa y Fierval ocupan el centro. Enrique á la espalda cerca de Frasquita. Los aldeanos se colocan al fondo despues de la danza, y permanecen allí hasta el fin.

La Marquesa á los aldeanos.

Marq. Vamos, hijos mios, alegría. Elisa en su boda hará feliz á mas de uno en la aldea.

A Bonifacio.

Y bien, hermano, ¿estás decidido?

Con alegría.

Bonif. Poco falta, hermana.

A Fierval.

Elisa. ¿Ve vm. la atrevida Catalina?

A Elisa.

Fierv. Voy á hablarla.

Se acerca á Catalina, mientras la Marquesa abraza á su hija, y la da un ramo que Elisa se pone en el pecho.

¿Mi respuesta, hermosa labradora?

Sonriéndose.

Catal. El señor Orneville la dará por mí.

Admirado.

Fierv. ¿Cómo?

Catal. Se lo he encargado yo.

Dando un ramo á su amo.

Enriq. Vaya, señor, presente vm. su ramo.

Hablando consigo.

Fierv. Yo no acabo de comprehender...

Dexa á Catalina, y va á ofrecer su ramo á Elisa.

A sí misma, reparando que es la única que no tiene ramo.

Catal. Y yo, que no tengo...

Frasquita se adelanta con timidez: la Sfrece el suyo en ademan de suplicarla... Catalina lo acepta riendo, y la besa en la frente, diciendo.

¡Pobre muchacha!

Aparte con alegría.

Frasq. ¡Ola, ola! ¡parece que hay novedad!

A Catalina.

Bonif. A vm. toca ahora, y con un buen cumplimiento.

Alegre.

Catal. ¿Me lo manda vm., señor?

Bonif. Yo lo suplico.

Ofreciendo un ramo á Elisa.

Catal. Señorita, no reuse vm. admitir este pequeño testimonio de la estimacion de una muger que jamas la ha hecho mal, y que quisiera poder hacerla bien algun dia...

Elisa hace un ademan de desden.

No es esto imposible: es necesario estar dispuesto á todo en esta vida; y el medio mas suave de preveer los acontecimientos funestos, es dexarse amar de aquellos, cuya ternura puede ayudarnos á sufrirlos.

Admirada.

Elisa. ¿Y á qué viene ahora ese discurso?

Marq. Yo me enternezco.

Bonif. Llegó mi vez de festejar á mi sobrina... pero... poco á poco... aquí nos falta alguien.

Con viveza.

Frasq. El señor Lussan.

Bonif. Que lo llamen.

Frasq. Vamos á buscarlo, Enrique.

Enriq. Vamos á buscarlo.

Se van corriendo.

SCENA VIII.

Los dichos, ménos Enrique y Frasquita.

Fierv. ¿Y qué quiere decir todo esto?

Bonif. Voy á explicarlo. Yo anuncié á vm. poco hace una condicion, sin la qual no me era posible disfrutar el placer de hacer rica á mi sobrina. Esta condicion es... que en el caso de que la casualidad, ó algun otro suceso, que ahora no puedo preveer, nos hagan descubrir la viuda desgraciada del hijo que he perdido, mi sobrina y yo le volverémos al instante los bienes de que la despojó la mala conducta de su marido: bienes que yo no puedo valuar, pues no he sabido á quánto ascendian; pero que el honor me manda reemplazar por medio del sacrificio entero de los mios.

Con nobleza.

Elisa. Eso es muy justo, señor: la nobleza de ese proceder me hace ménos penosos los beneficios de vm. No he debido contar con sus riquezas, y las renunciaré sin murmurar. Y si este caballero

Señalando á Fierval.

piensa como yo, restituirá los dones de vm. aun con mas gusto que el que experimentamos al aceptarlos.

A su sobrina.

Bonif. Esto es muy bien dicho, señorita, muy bien; y estoy muy contento de esa respuesta.

A Bonifacio.

Marq. Si te digo que tiene cosas buenas.

Con un poco de mal humor.

Fierv. ¡O! sí, sí: está bien dicho sin contradiccion; pero esa generosidad excesiva, no será probablemente puesta á prueba.—

A Bonifacio.

Yo he oido decir que esa infeliz muger habia muerto de pesadumbre poco tiempo despues de su hijo de vm., y en dos años no se ha oido hablar mas de ella...

Riendo.

Bonif. Perdone vm., amigo: vive: se halla en muy buena salud; y el señor Lusau, que viene

ahí, puede responder á vm. tan bien como yo...

SCENA IX.

Los dichos: Enrique, Lusan y Frasquita.

A Bonifacio.

Lussan. ¿De qué, señor?

Bonif. De la existencia de mi nuera, la viuda de Orneville, á quien devuelvo su fortuna, dándosela á vm. por esposa, si la ama tanto como creo haber conocido.

A su sobrina.

Elisa, la respuesta que acabas de darme te vuelve mi estimacion; y para probártelo, te permito que des un abrazo á tu prima, y la presentes tú misma al señor Lusan.

Marq. ¡Su prima!

Lussan. ¿Su nuera de vm.?

Fierv. ¿Y quién es?

Advirtiendo la conmocion de Catalina.

Elisa. ¿Será Catalina?...

Bonif. La misma.

Todos los actores. ¡Catalina!

Lussan. Catalina... adorada Catalina.. ¿es cierto que yo soy el mas dichoso de los hombres?...

¡Ah! hable vm... dígnese consentir...

Cat.al. Tengan vms. compasion de mí... No puedo responder... la conmocion... el gozo... ¡Ah! padre mio... señora... señorita... colmen vms. mi felicidad, permitiéndome merecerla. Vm. guarde esos bienes, de que hace tan digno uso. De vm. son; nada me debe. Lussan es bastante rico para entrambos... y yo lo estimo tanto, que puedo consentir en deberle alguna cosa.

Besándole la mano.

Lussan. ¡Ah Dios!

A Catalina.

Elisa. Ese último rasgo me confunde: yo moriré del pesar de haberte ofendido, si tu amistad no me consuela.

Se abrazan.

Llevándolos hácia la mesa.

Bonif. Firmémos ahora el contrato. Ya está pronto,

Al Notario.

no hay mas que mudar los nombres.

Confuso.

Fierv. ¿Y para qué se han de mudar? Que se casen tambien, muy enhorabuena; pero por esto no veo que haya una razon de que yo renuncie mis esperanzas...

Riendo.

Bonif. ¡Las esperanzas de vm.!... La lista tengo en la faltriquera. Elisa... toma; recórrela.

Firma el contrato, y se lo hace firmar á Catalina y á Lussan.

Marq. Veamos... *Lee con Elisa.* ¡Impertinente!

Volviendo la carta á Fierval.

Elisa. Esta carta me da una leccion saludable: ojalá se aproveche vm. de ella como yo.

Queriendo ocultar su confusion.

Fierv. ¡Y bien!... ¿Qué? Esto es una chanza... ¿Querria vm. por una cosa tan pequeña?...

Haciéndole una profunda reverencia.

Elisa. A Dios, señor.

En su tono acostumbrado.

Fierv. Vm. hace mal: no hallará otro que sea tan bueno. Ofrezco á vm. mis respetos.

Hace cortesía, y quiere irse.

Sin moverse.

Bonif. Abur, jóven.... Sin ódio, ¿he?

Fierv. Ni un átomo.

Indeciso.

Enriq. ¿Voy con vm., señor?

Fierv. No; te despido. *Se va.*

Enriq. Muchas gracias. ¡O! mi Frasquita.

SCENA X. Y ULTIMA.

Los mismos, ménos Fierval.

Volviéndose con Lussan, y Catalina á la scena.

Bonif. Elisa ha tomado el partido mas prudente nada perderá, y en breve.... pero esto basta.

A Elisa y Catalina.

En quanto á mis bienes, hijas mias, los divido entre las dos: creo que este es el mejor medio de conformaros.

Catal. Yo hago á vm. árbitro absoluto de mi suerte. Solo una merced, que solicito con instancia.

Marq. ¿Quál?

Catal. El permiso de disponer de mi granja á favor de Frasquita. *Riendo.* Es justo recompensarla de los afanes que se ha tomado por mí.

Marq. Con mucho gusto, niña mia; nada puedo negarte.

Besando la mano á Catalina.

Frasq. ¡O! mi buena ama.

En el lado donde estaba.

Enriq. ¿Con que yo solamente seré infeliz?

Lussan. ¿Y por qué amigo?

Enriq. ¡Ay señor! Esta mañana, que era yo mas

rico que Frasquita, estaba bien seguro de no casarme con otra que con ella; pero ahora que tiene una granja, ¿cómo quiere vm., que con sesenta y ocho pesos fuertes no mas?...

Riéndose.

Lussan. Yo compondré eso.- Casaos desde luego.

Saltando de contento.

Frasq. y Enriq. ¡Ah señor! ¡qué fortuna! ¡Es posible!....

Reuniéndolos todos á su alrededor.

Bonif. No pensémos ya mas que en divertinos. Al fin de los trabajos, de que tanto abunda nuestra vida, es cosa bien dulce podernos hallar en paz con nuestros amigos....

Lussan. Nuestros vecinos....

Elisa. Nuestra familia....

Catal. Y sobre todo con nosotros mismos.

Los aldeanos baylan una contradanza para dar

F I N.

UN LOCO HACE CIENTO.

COMEDIA

EN UN ACTO EN PROSA

PARA SERVIR DE FIN DE FIESTA:

POR

DOÑA MARÍA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

Y pues no vitupera...
señaladas personas,
quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.
Iriarte, Fábula 1.ª

ACTORES.

DON PANCRACIO. *SEÑOR ANTOLIN MIGUEL.*

DON LESMES, su hermano, Coronel retirado, *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

EL MARQUES DE SELVA-AMENA, *SEÑOR BERNARDO GIL.*

DON HIPÓLITO, *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

DOÑA INES, hija de Don Pancracio, *SEÑORA JOSEFA SOLIS.*

ISABEL, criada de ésta, *SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

GINES Y MARTIN, criados de Don Pancracio, *SEÑOR AGUSTIN ROLDAN Y SEÑOR RAMON PEREZ.*

UN ESCRIBANO, *SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

La scena es en una sála de la casa de Don Pancracio, con puerta al despacho de éste, y á la habitacion de Inés.

La opinion de algunos sujetos, sobre que no podrian hacerse en España composiciones Dramáticas de la clase de la presente, comparables en gracia, invencion y viveza de diálogo, á las que de este género han venido de otros países, y hemos visto traducidas; la preocupacion de que estan imbuidos muchos jóvenes, que sin haber casi respirado el ayre del otro lado de los Pirinéos, vuelven á su patria despreciando todo quanto hay en ella; y haciendo consistir el aprovechamiento de sus viages en el ridículo mérito de vestir, hablar y producirse en la sociedad de un modo extraordinario; y el deseo de que la Tragedia de Ali-Bek tuviese un fin de Fiesta, compuesto por su misma autora, é igualmente original, son los principales motivos que han contribuído á la composicion de esta Comedia. La señora, de cuyas tareas es fruto, protexta senci-

llamente, que no conoce original alguno que haya dado causa á la copia que se expone al público, y que desea logre su aceptacion.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

Don Pancracio saliendo de su despacho en trage de peinar: Ginés en la scena.

Panc. ¿Qué hora es, Ginés?

Ginés. Señor, las doce y media.

Panc. Pues vamos pronto; que ya no tardará en venir el Marques, y no quiero que me halle sin peinar.

Arrimando silla, y poniéndole el peinador.

Ginés. ¿Y cómo ha de ser hoy el peinado?

Panc. Bestia: ¿no has visto ayer la lámina, y te pones á peinarme sin haber estudiado ántes el modelo? Vé aquí lo que yo digo: toda la vida sirviendo, y cada dia mas torpe. Si no se te puede tolerar.

Ginés. Señor, vm. perdone. He estado hasta las tres de la mañana haciéndome cargo de aquellas estampas que tienen el letrero encima, que dice... dice... *Costume Parisien*; y tengo en la uña el ayre de aquellas cabezas. Hoy pondrémos el pelo á la caracalla.

Panc. Ya lo he llevado así el otro dia; y en casa de Doña Rita se riéron de mí, porque dicen que parecia mi cabeza la de alguno de esos Santibarati, que venden los Piamonteses. Ya se vé: ¡miseria! No tienen gusto. ¡Ah! Ginés: todavía estamos por conquistar.

Ginés. ¿Cómo es eso, señor? Pues yo he leído, no me acuerdo dónde, que nos han conquistado tantas veces, y tantas castas de gentes diversas...

Panc. ¡Ignorante! ves ahí la prueba de nuestra incivilizacion. Tú eres de los criados Españoles mas instruídos, porque al fin estás á mi lado, y has leído alguna cosa, y mira la confusion de idéas que mezclas. ¿Qué tienen que vér las conquistas que hiciéron en España los Cartagineses, los Romanos, los Godos, los Sarracenos, con lo que yo quiero decir? Mira, bruto: decir que estamos por conquistar, es dar á entender con buen modo, que los Españoles somos salvages. ¿Lo entiendes ahora?

Ginés. Sí, señor, maravillosamente.

Retira silla y peinador.

Pero ya está vm. peinado.

Panc. Pues vé, dí á Mademoiselle, que se prenda con elegancia, aunque no exceda del demi-neg-

ligé, porque ya no puede tardar en venir el que ha de ser su marido.

Ginés. Voy, señor.

Aparte al irse.

Eso de marido, será si el tio quiere. *Vase.*

Panc. ¿Qué vas murmurando entre dientes? Malditos son estos criados de España. Sobre no tener habilidad para nada, siempre responden y gruñen. Pero mi hermano...

Mirando adentro.

Otro majadero. ¿Qué nueva impertinencia le habrá ocurrido para buscarme ahora?

SCENA II.

Don Pancracio y Don Lesmes.

Observando al salir á Don Pancracio.

Lesm. ¡Qué figura tan ridícula! Me alegro de que hayas concluído la grande obra de peinarte, para que puedas oirme despacio.

Irónicamente.

Panc. Será de gran entidad el asunto que vienes á consultarme.

Lesm. Sí: de mucha entidad.

Panc. Pues dí pronto, que estoy de prisa.

Toma silla, y siéntase.

Lesm. Yo no.

Panc. Espero un amigo.

Lesm. Ya lo sé. Al señor Marques de Selva-Amena.

Panc. El mismo.

Lesm. Bien. Yo quiero que me digas: ¿si piensas casarlo con mi sobrina Inés?

Panc. ¿Quién te lo ha dicho?

Lesm. ¿Quién me lo ha dicho? Todo el mundo. No se habla de otra cosa, que de la boda; pero yo no lo creo todavía.

Panc. ¿Y por qué?

Lesm. Porque es un disparate.

Panc. ¡Un disparate!

Lesm. Sí, señor, un disparate; y muy gordo. Hermano mio, las mugeres no pueden tener dos maridos.

Panc. ¡Qué! ¿está casada mi hija, sin saberlo yo?

Lesm. No, señor, no está casada. Pero tú no tienes presente, que está concertado su matrimonio con Don Hipólito, á quien se la ofreciste por esposa ántes que fuera á sus viages; que ha llegado anoche, y que hoy quanto salga á la calle, la primera noticia que reciba será, que le

van á soplar la novia por tus extravagancias. ¿Te parece que está bien visto, faltar así á su palabra un hombre de tu edad?

Panc. A ver el jóven.

Lesm. Ni tú, ni yo lo somos. No hay que engañarse sobre lo que está á la vista. Pero al caso. ¿Será regular que yo consienta, quando pienso que me herede mi sobrina, en que se case con un calavera, solo porque ha estado en París?

Panc. ¡Oxalá hubieras estado tú!

Lesm. ¿Para qué? Para venir lleno de las preocupaciones que tú has adquirido, y abominando como el Marques, nuestra nacion. Sepa vm. hermano mio, que si ella se casa con ese loco, no tiene que esperar un quarto de mi herencia.

Con ironía.

Sería muy bello el destino de un mayorazgo montañes, si diera en manos de dos atolondrados, que lo malgastasen en vestirse ridículamente, y en hacerse insoportables en la sociedad.

Panc. ¡Bella conclusion! Pues, señor Don Lesmes, sepa vm. tambien, que mi hija no necesita heredar el mayorazgo de la Montaña para maldita la cosa. Ella será Marquesa de Selva-Amena á tu pesar; y su marido formará sus maneras,

como debe tenerlas la muger de un jóven, que ha viajado con aprovechamiento.

Lesm. ¿Y Don Hipólito (ya que esa es tu manía) no acaba tambien de llegar de sus viages?

Panc. Sí: pero me acuerdo, de que era ántes de su partida sério, reservado, y acérrimo Español. ¡O! seguramente no habrá sacado partido alguno de lo que ha visto.

Lesm. No sé cómo tengo paciencia para oirte disparatar.

Panc. ¿Pues para qué me oyes?

Lesm. Para ofrecerlo á Dios en descuento de mis culpas.

Panc. Edificante reflexion.

Levantándose enfadado.

Lesm. Acabémos. Ya que nada te persuade, espera á lo ménos á ver á Don Hipólito, y mira cómo puedes retirar tu palabra.

Panc. ¡O! eso sí: francamente lo veré, se lo diré, conocerá mis razones; y esta noche mi hija Inés será Marquesa de Selva-Amena.

Lesm. Bravo. Que el diablo cargue conmigo, si en mi vida vuelvo á decirte una palabra. *Vase.*

Panc. ¡Jesus! ¡qué bestia tengo por hermano!

Suena una campanilla.

Pero llaman: será el Marques.

Mirando adentro.

Justamente. ¡Cómo ha tomado los ayres extrangeros! Entre vm., amigo, y sea bien venido.

SCENA III.

Don Pancracio y el Marques.

Marq. Amigo, vm. excuse mi tardanza. He sido detenido por esperar á mi Sastre; y como estos oficios de aquí son tan pesados, en vez de llevarme este pantalon á las once, como habia ofrecido, fué á las once y cinco minutos; y luego... ¡vea vm. qué hechura! Esto es abominable. Por mas que le he explicado el corte que da en París aquel famoso Monsieur Pantalonier, el que vive... ya lo conocerá vm. ¡Qué habilidad aquella! Ya se vé; como que ha gastado doce años en el estudio de las matemáticas, y no corta pantalon, que no esté con toda la precision del cálculo. Pero á otra cosa: ¿y Mademoiselle sabe ya que estoy aquí? ¿Se ha puesto la camisa á la estinquerque, y el fichú á la nigromante? ¿Podrémos verla? Ya vm. conoce,

que entre nosotros no ha de haber etiquetas. Sans façon, amigo, sans façon.

Panc. Ahora la haré avisar. Si vm. está impaciente por verla, no lo estoy yo ménos.

Llamándole.

Ginés.

Sale Ginés.

Ginés. Señor.

Panc. Dí á la niña que venga, que está aquí...

Marq. Dígala vm. que está aquí su mas rendido servidor; que estoy encantado de la dicha de haber sido elegido por su...

Panc. Vé pronto.

Ginés se va.

Tregua de cumplimientos.

Marq. Esto no es mas que insinuar mi deber... ¡Ah! sí. ¿Ha dicho vm. á mi futura, cómo me llamo?

Panc. No he tratado de eso. La he dicho que vm. ha estado dos meses en París; que ha estudiado allí el modo de brillar en las sociedades; que tiene todos los ayres extrangeros; que conoce y publica nuestra ignorancia, y esto debe bastarla. Pues ahí es nada. No, sino la casaría con un hombre que jamas hubiese salido de

aquí, que tuviese, como todos, el pelo de la dehesa, y...

Marq. Vm. piensa con toda la elegancia propia de un hombre, que ha respirado los ayres transpirenaicos. Pero volvamos á mi nombre, que como tengo la desgracia de haber nacido en España, mis padres me hiciéron poner *Agapito*: esto me pone en desesperacion.

Panc. Con efecto, Agapito... Se queda uno pitando.

Marq. Ya vm. vé, que el nombre en negocios de damas, importa mucho. He creído, pues, que me conviene mejor llamarme Monsieur Gapitier. He de deber á vm., que use éste siempre, y no el de Agapito; que á todos interesa: pues su hija de vm. se llamará por consequiencia Madama Gapitiera, Marquesa de Selva-Amena.

Panc. ¡Bravo! ¡excelente!... Pero aquí viene la novia. No tiene aun las maneras convenientes; pero á cargo de vm. queda el pulir este diamante bruto.

SCENA IV.

Dichos, Doña Inés, é Isabel.

A Isabel al salir.

Inés. ¡Ay Isabel! esto es morir. ¡Que mi padre se haya empeñado en que yo le dé el disgusto de negarme á sus preceptos! ¡Que me haya de poner en precision!...

Isab. Señora, ánimo. Hipólito no puede tardar en presentarse, segun vm. le ha prevenido. El tio lo quiere, y si el viejo no se contenta con un yerno mas loco que el Marques, darle con el Vicario, y adelante.

Miéntras ellas han hablado, se ha estado afectadamente componiendo. Luego se acerca á ellas con muchas cortesías ridículas.

Marq. ¡O! Señorita, estoy encantado al ver la fortuna que se me proporciona en poder ofrecer á vm. mis conocimientos, y mis gracias con mi mano. Vm. será muy feliz. Entre nosotros no puede haber desazones. Hoy nos casamos; pero esto no importa: vm. será dueño de su voluntad, y yo de la mia. Con tal de que vm. se vista

segun mis instrucciones, se porte segun la ciencia que yo he adquirido en mis viages, y tenga la bondad de aprender el idioma frances para que yo no tenga el desagrado de oir hablar en mi misma casa el español, serémos los mejores amigos del mundo. Allons, Madama, esté vm. alegre. ¿Y cómo no se ha vestido vm. mas elegantemente? Ya se vé, estas camareras no tienen delicadeza. ¡O! yo haré venir una gobernanta, que en quatro dias inspirará á vm. el verdadero buen gusto. Yo...

Inés. Caballero, mi padre me ha dicho que debo recibir á vm. por esposo. Creo que su bondad me permitirá resistir este precepto, fundada en la repugnancia...

Marq. ¡Repugnancia! ¡Vah! término de pura formalidad. ¿Y qué importa la repugnancia para una bagatela como casarse? Supongamos que yo no la parezcò á vm. bien. Tanto mejor. A bien que despues de casados nos hemos de ver muy poco, aunque vivamos en una misma casa.

Panc. No se canse vm., amigo: ella es dócil, y el exemplo la instruirá mejor que nada. Tratémos de las pequeñas capitulaciones. Ya vm. sabe...

Marq. No hablémos de eso. Madamita llevará lo que vm. guste. Nada de intereses.

Panc. Pero...

Marq. ¡O! no hay pero que valga. Yo no necesito de nada. — Tengo rentas.

Panc. Pero....

Marq. Entiendo. Ropa, la que vm. guste.

Panc. No es eso; sino....

Marq. Criados: guardará madama los que mas le acomoden.

Panc. No, sino....

Marq. Coche, amigo, no puedo por ahora; pero mas adelante....

Panc. Oígame vm. le suplíco.

Marq. ¿Pues yo acaso he interrumpido á vm.? Seré de marmol.

Panc. Digo que la generosidad de vm. no impide, que yo cumpla mis obligaciones. Y á lo ménos no me negará vm. la gracia de recibir dos alhajas preciosísimas, que guardo escrupulosamente desde mi último viage á Francia.

Marq. ¡O! por fineza, pase.

Panc. Voy á buscarlas. Sé que vm. me las ha de agradecer mucho.

A Inés.

Trata á este caballero con agasajo, procurando grangearte su benevolencia. *Vase.*

SCENA V.

Los mismos, ménos Don Pancracio.

Marq. Este padre de vm. es un buen hombre: me agrada; y sabe mas que el resto de nuestra nacion.

Inés. Si; pero no ha aprendido á conocer los hombres, puesto que quiere sacrificarme haciéndome recibir á vm. por esposo.

Marq. ¡Cómo sacrificar! ¿Pues qué encuentra vm. en mí de no convenible?

Inés. Todo. Dexémos la figura, que importa poco.

Hace una pirueta.

Marq. ¿Con qué la figura importa poco? Digo: ¿he?

Inés. Es lo que ménos debe repararse en un hombre. Pero esa insubstancialidad, ese desprecio de todo quanto no ha venido del otro lado de los Pirinéos, esa afectacion ridícula de los ayres extrangeros; y en una palabra, el ningun juicio que vm. manifiesta...

Marq. ¡Soberbio discurso! Estoy encantado de

ver las expresiones que dicta á vm. el amable rubor de la doncellez. ¡Ah! En breve aprenderá vm. á mi lado á desplegarse, y mejorar sus idéas.

Inés. Jamas estaré al lado de vm. Jamas podré sufrirlo.

Marq. Mejor. Despues de casados nos visitarémos con ceremonia. Eso es mas del gran tono.

El Marqués se mira al espejo.

Doña Inés á Isabel.

Inés. ¿Oyes esto? ¿Quién no se ha de desesperar?

Mirando adentro.

Isabel. No tenga vm. cuidado, señora; aquí viene el tio.

Queriendo tomarla el abanico.

Marq. Y bien, ¿se va vm. suavizando?

SCENA VI.

Don Lesmes y dichos.

Inés. Déxeme vm. en paz, hombre insensato.

Marq. Esa es bella palabra.

Don Lesmes al salir.

Lesm. ¿Aun no ha venido Don Hipólito? Si supiera que estaba el Marques, no me hubieran visto el pelo. Pero ya que estoy aquí, verémos si puedo hacerle conocer la razon.

Al Marques.

Caballero, beso á vm. la mano.

Marq. Soy de vm. sin cumplimientos. Vm. supongo que me favorece. Creo que su amor á la señorita le hace acreedor á participar de nuestras felicidades. Hoy unirá himenéo la dama mas preciosa de España al hombre mas digno de ella. Digo mas digno, porque nadie como yo pudiera obsequiarla, instruirla, merecerla, mejorarla, ni divertirla. Porque, amigo, al fin he estado dos meses en París: he visto, observado y aprendido lo mejor de todo lo mejor, pues todo lo mejor se encierra allí; y de ello he sacado una quinta-esencia, que me hace el primero... ¿qué es el primero? el único entre nosotros merecedor del enlace de Madamita.

A ella con afectacion.

¿Qué tal? ¿qué tal? ¿Ha oído vm. qué modo de eslabonar (tourner se dice en francés, y explica mas) un discurso y un cumplimiento?

Inés. He visto que vm. no tiene cura. Y si no fuese porque espero que mi tio no permitirá mi sacrificio, preferiría la reclusion de un claustro al tormento de dar á vm. la mano.

Marq. Pero eso es ya demasiado fuerte. Vm. no puede en buena educacion tratarme con aborrecimiento. No importa que vm. me aborrezca: el caso es no darlo á entender. Es preciso algo mas de civilizacion. ¡O! yo, yo pondré á vm. en quatro dias igual á las primeras legisladoras del gran tono.

Inés. Vm. jamás será cosa alguna mia.

A Don Lesmes.

Yo no lo puedo sufrir: me retiro. Por Dios, hable vm. á mi padre: recuérdele su antiguo contrato; y evite, si me ama, la mayor desgracia que puede sucederme.

Se va con Isabel.

SCENA VII.

Don Lesmes y el Marques.

Lesm. Pero, ¡válgame Dios! Señor Marques, ¿que un hombre como vm., que se dice tan instruído, se empeñe en llevar adelante este matrimonio,

conociendo la repugnancia de mi sobrina? No sería mejor que vm. cediese, y...

Marq. ¿Qué llama vm. ceder? ¿y por qué no ha de gustar de mí madama Inés? ¿quién se lo ha dicho á vm.? ¿cómo? ¿por dónde se puede imaginar? ¿sabe vm. lo que ha dicho? ¿no gustar de mí? ¿repugnancia á unirse conmigo? Hombre, vm. es un torpe, un hombre sin discernimiento. Ve vm. mi modo de vestir, mi modo de hablar, mi alegría, mis maneras, mi todo; pues todo es aprendido entre gentes; sí, entre gentes que son la verdadera ciencia. ¡Repugnancia! Vaya, vm. está muy atrasado.

Aparte.

Lesm. No sé cómo tengo paciencia.

A él.

Quando todo eso fuese así, esto es, quando la ciencia universal estuviese vinculada en esas gentes, ¿bastaria para haberla vm. adquirido el haber estado dos meses entre ellas? Y si no ¿qué ha hecho vm. en esos dos meses?

Marq. Toma, ¿qué he hecho? He freqüentado mucho los teatros: he leído muchas novelas: me he perfeccionado en hablar el francés: he concurrido á aquellos brillantísimos paseos: he vi-

sitado los mejores sastres y modistas: he acudido de contínuo á los cafés; y últimamente, amigo, he dicho mucho mal de mis majaderos paisanos.

Lesm. Si todos los que salen á viajar son como vm., no es extraño tengámos esa fama. Veo que es tiempo perdido empeñarse en desengañar á vm. del fanatismo que se le ha metido en la cabeza; y le ha ayudado á perder la poca que manifiesta haber tenido siempre; pero á lo ménos quisiera, si fuese posible, que vm. me dixese; ¿quál es la gran diferencia que la naturaleza puso entre el Español y el Extrangero, de que necesariamente ha de provenir la enorme ventaja, que segun vm., y otros semejantes, los distingue de nosotros?

Marq. Hombre, ¿ahora duda vm. eso? Una verdad tan patente no necesita pruebas; pero para demostrarla en pocas razones, observe esa ventaja en solo un punto bien obvio. Vm., y todos ven la dificultad que cuesta á qualquier Español aprender á hablar francés; pues mire vm., en París qualquier chiquillo de tres ó quatro años lo habla corrientemente. ¿Qué dirá vm. de este prodigio, he?

Sonriéndose.

Lesm. ¿De quatro años hablan el francés?

Marq. Sí señor, el francés, el francés.

Lesm. ¿Pues habian de hablar el griego?

Marq. ¡El griego de quatro años!

Aparte.

Lesm. Está loco enteramente.

A él.

Pues ese sería el milagro; porque lo demas es hablar los niños su lengua, como nosotros la nuestra.

Marq. Vm. no lo entiende. Yo veo en esto solo la particular instruccion que allí se alcanza.

Lesm. Vm. puede verla, y yo abandonarle á su modo de pensar. Pero lo que no puedo es dexar de suplicarle de nuevo que cese en el proyecto de la boda; porque, vm. no se canse, mi sobrina Inés jamás será su esposa.

Marq. ¿Cómo no? Su padre me la ha ofrecido.

Lesm. Pero contra su gusto; y si consiente, yo la desheredo.

Marq. Eso no importa nada.

Lesm. Mire vm. bien en qué se empeña, porque no faltará quien lo estorbe.

Marq. ¡O! si es por punto de honor, estoy pron-

to á batirme á la punta de la espada.

Aparte.

Lesm. Este quiere que yo le rompa la cabeza.

A él.

No se trata de eso. Si fuese menester, vm. encontraria quien aceptase su propuesta.

Haciendo lo que dicen las palabras siguientes.

Marq. ¿Y quién? Ahora, en el instante, en el momento. Voy á buscar espada. Salgo al campo, me pongo en guardia, me tiran la estocada de una, dos: paro en tercia, y contra: respondo; zas; lo herí, cayó la primera sangre: está acabado el desafio, me vuelvo á casa, celebro la boda, y...

SCENA VIII.

Don Pancracio y dichos.

Panc. ¿Qué ruido es este? ¿por qué da vm. voces, señor Marques?

Limpiándose el sudor.

Marq. ¡O! por nada, por nada. He dado al señor Don Lesmes una prueba de mi ciéncia de armas. Salí al campo, hubo motivo, le herí, y ya somos los mejores amigos del mundo.

Lesm. Hermano, este hombre delira. Oyeme una palabra.

Panc. Ahora no puede ser, porque tengo que evacuar con el señor cierto asunto. Mañana...

Lesm. Mañana no será tiempo. Y quizá lo que tengo que decirte, tiene mucha conexîon con el asunto de este caballero.

Panc. Pues dílo, y sea breve.

Lesm. Sí seré. Tu hija no gusta del señor.

Panc. Eso ya lo sé.

Lesm. ¿Lo sabes, y estás resuelto á casarla?

Panc. Sin recurso: ella ha de obedecerme.

Lesm. Su inocencia, y sus virtudes la hacen acreedora á que no se la violente, y tu palabra está empeñada con Don Hipólito.

Panc. ¿Y bien?

Lesm. Es preciso que suspendas la boda hasta hablar con él, y si la quiere...

Panc. Llega tarde: estoy ya decidido, y mi hija se casará con el Marques.

Lesm. Primero se la ofreciste á Don Hipólito, y el gusto de mi sobrina...

Panc. Llega tarde, te digo; y aunque no llegára, jamás mi hija sería para un hombre, que seguramente no tendrá las maneras del señor.

El Marques hace profunda cortesía.

Lesm. Todo hombre es ciudadano del mundo; en todas partes puede instruirse, y formar su espíritu. Yo pienso...

Panc. Tú piensas como los que no han visto otra cosa. El señor y yo sabémos por experiencia, que no todos pueden aprovecharse de las bellezas de los paises extrangeros, y sacar partido.

Lesm. Pero...

Marq. Pero; no se canse vm., hombre: jamas se vería en París una importunidad de esta clase.

Panc. Es asunto concluído. ¿Tienes mas qué decir?

Lesm. Tengo solo que prevenirte, que hay remedios contra la violencia, y que yo sabré buscarlos.

Panc. ¿Cómo? ¿cómo? ¿amenazas á mí? ¿tú te atreves á insultarme?

Lesm. Yo te juro que tomaré mis medidas para estorbar qué se le falte á Don Hipólito, y se atropelle la voluntad de mi sobrina. *Vase.*

SCENA IX.

Don Pancracio y el Marques.

Panc. Anda con mil santos.

Al Marques.

Amigo, vm. disimule este enfado. Al fin criado en la Montaña. Volvamos á nuestro asunto.

Marq. ¡O! Señor: vm. es dueño de tratarlo, quando, y como guste.

Panc. Mil gracias. Aquí traigo á vm. dos alhajas, que le presento en nombre de la novia.

Marq. Soy muy sensible á la bondad de vm. ¿Y qué son?

Sacando un frasquito con agua.

Panc. Este es un frasquito en que conservo agua del gran rio Sena, cogida por mi mano junto al puente nuevo en París.

Tomándolo.

Marq. ¡O tesoro! ¡ó agua preciosísima! Yo te estimo, te admiro y te venero: á tí, que solo corres por aquel pais de bendicion. No te desdeñes de venir á poder de un Español, que aunque lo es por naturaleza, no por gracia ni deseo.

Sacando un botecito.

Panc. En este botecito presento á vm. igualmente un poco del lodo de aquella capital de Francia, que ha dado nombre á tantos vestidos de petimetres, y que ha enriquecido á tantos mercaderes.

Tomándolo.

Marq. Ven á mi poder, maravilla exquisita: observe vm., amigo, qué será un país, donde hasta del lodo se saca fruto para la indústria, y fomento para el comercio.

Panc. Conservaba tambien una bolita de excremento de ánade, cuyo color tambien estuvo mucho tiempo de moda; pero habiéndola sacado un dia de la caxita en que la guardaba, para observar si padecia alguna alteracion, la dexé sobre la mesa de mi despacho, y por la noche los malditos ratones hiciéron un banquete con mi alhaja.

Marq. ¡Dichosos animales!

Suena una campanilla.

Panc. Pero llamáron. ¿Quién vendrá ahora á interrumpirnos? *Sale Ginés.*

Gin. Don Hipólito pide permiso para ver á vm.

Panc. Dile que no estoy visible.

Gin. Señor, vienen con él sus criados, que traen varios regalos de París para vm.

Panc. ¿Qué dices, hombre? Voy corriendo á recibirlo.

Al tiempo de salir entra Don Hipólito y sus criados con dos cofres. Don Hipólito abraza y besa á Don Pancracio.

SCENA X.

Don Hipólito y dichos.

Hipol. O Monsieur Don Pancracio, ó mon ami, serviteur tres-humble.

Haciendo afectadas cortesías.

Al Marques.

O Monsieur le Marquis,

Abrazándole y besándole.

Je suis ravi de rivederlos.

Panc. ¿Cómo? ¿tambien habla vm. en italiano?

Hipol. Oui. Esto es para la musica. Me soy acostumbrado tanto á estos idiomas, que apénas podré encontrar parolas con que explicarme en español.

Panc. Yo estoy tambien arrebatado, ravi como vm. dice, de ver los talentos que ha desplegado.

Al Marques.

¿Cómo lo encuentra vm., Marques, con tan bellas adquisiciones?

Marq. Charmant.

A Don Pancracio.

Hipol. Mon ami, reciba vm. de mi afecto todo

el aparato nupcial que viene en esos cofres modelado por las cabezas mas inteligentes de los paises extrangeros, y mas en gran tren. Pero á propósito de tren. ¡Qué carroza traigo en figura de globo aerostático tirada por dos panteras!...

Panc. Hombre, ¡dos panteras!

Hipol. Sí señor, panteras. Así se llaman modernamente los caballos pios. ¡O! hasta en esto de los nombres se han hecho maravillosos descubrimientos. A propósito de descubrimientos.

A Ginés.

Garzon.

Gin. ¡Ola! Ya soy garzon.

Hipol. Trae un vaso.

Se va Ginés.

Y vosotros.

A sus criados.

abrid esos cofres para que Monsieur Don Pancracio vea lo que contienen, y disponga de ello á su gusto.

Los criados abren los cofres. Ginés sale con un vaso.

Panc. Vaya, estoy loco de contento.

Ginés. Aquí está el vaso.

Sacando un frasquito con vino blanco.

Hipól. Prueben vms. un trago del precioso vino de cotorrotí.

Marq. ¡Qué nombre tan elegante! Se parece el color al del vino de grave.

Despues de haber bebido.

Panc. ¡O! no. Esto es otra cosa. Beba vm., Marques: es delicioso.

Despues de beber.

Marq. ¡O! cierto. Tiene un gusto á fresa.

Hipól. ¡Ignorancia! No sabe sino á cotorrotí.

Marq. y Panc. Sí, sí, á cotorrotí.

Hipól. ¿Pero y Mademoiselle? Hágala vm. avisar que está aquí su esposo.

Panc. Voy al instante.

Deteniéndolo.

Marq. ¿Cómo? ¿se olvida vm. de su palabra?

Panc. ¿Y vm. no tiene presente que ántes estaba comprometido con mon ami Don Hipólito? ¿Y cómo me ha puesto mi hermano, no hace mucho tiempo, porque prefería á vm.?

Marq. Pero vm. no obstante....

Panc. ¡O! Don Hipólito trae vino de cotorrotí.

Vase.

SCENA XI.

Don Hipólito y el Marques.

Marq. Pero Don Hipólito, hombre, vm. me trastorna. Yo debia esposar á Mademoiselle esta noche, y no es regular que por su venida....

Hipól. Fi, donc, Marques. Mi boda puede proporcionarla mayores ventajas, y si vm. desiste de su pretension, le ofrezco iniciarle en todos mis conocimientos, y hacerle maestro en todas las últimas costumbres extrangeras. Por exemplo, vea vm. mis calzones. Vm. está en prensa con su pantalon estrecho; yo con el mio ancho estoy mas de moda, y mas cómodo. Hace mucho tiempo que se ha descubierto en Olanda quánto perjudica la estrechez al desarrollo de las formas. Ultimamente, ofrezco á vm. por esposa á mi hermana, que no sabe una palabra del español, porque se ha criado en Francia; y si yo pudiera casarme con ella, no se la cedería á nadie.

Marq. Verdaderamente, Don Hipólito, es vm. un caballero obligante, y sus maneras no me dexan arbitrio para insistir en mi solicitud. Yo

cedo gustoso el derecho que puedo tener á madama Inés, y espero con impaciencia la mano de su señora hermana de vm. Ahora mismo voy á avisar al Escribano para que ponga en el contrato nupcial el nombre de vm. en lugar del mio, y por este medio se acorten dilaciones.

Se va, y vuelve desde el bastidor con precipitacion.

Pero, Don Hipólito, dígame vm. ¿cómo podré yo presentarme aquí esta noche con este antiguo trage enmedio de la concurrencia, sin parecer desairado al lado de la elegancia del de vm?

Hipól. Eso es fácil de remediar. Lo mas notable son los calzones.

Va al cofre, y saca un pantalon ancho carmesí, con galon muy ancho de papel dorado.

Vea vm. aquí unos bien de moda, color de agonía de toro, con que puede excitar la admiracion de todos los concurrentes, si me hace el honor de aceptarlos en mi nombre.

Tomándolos, y mirándolos.

Marq. ¡Gran mercí! ¡O! son maravillosos. Voy á ponérmelos á casa, y vuelvo luego, que avise al Escribano. A Dieu, moncher.

Lo abraza, y lo besa.

Hipól. A Dieu, mon ami.

El Marques se va baylando con los calzones.

A sus criados.

Idos vosotros á casa, y volved dentro de una hora.

Se van los criados.

SCENA XII.

Don Hipólito: despues Doña Inés y Isabel.

Hipól. ¡Válgame Dios! ¡quánto me cuesta este fingimiento! ¿Es posible que para conseguir la mano de mi amada Inés, merecida por mi constancia, y ofrecida á mi honradez por un hombre formal como Don Pancracio, porque él se ha vuelto loco, tenga yo que parecerlo? ¿Qué dirá mi amigo Don Lesmes, si no puedo descubrirle mi estratagema ántes que nos veamos en público? Pero Inés.... ¡O vida mia!

Se adelanta á recibirla.

Sale Doña Inés y Isabel.

Inés. ¡Querido Hipólito! ¿Será verdad que puedo

volver á tu vista con el dulce nombre de esposa tuya?

Hipól. Sí, bien mio; ese título tan deseado me hace superar la repugnancia que tengo á parecer fatuo algunas horas.

Inés. Estas pocas horas aseguran nuestra dicha perpétua. La preocupacion de mi padre, sin este fingimiento, jamás hubiera cedido, y yo sería víctima de un capricho despreciable.

Hipól. Pero tu tio, mi buen amigo Don Lesmes....

Inés. Dexa á mi cargo enterarle de tu conducta. Quando sepa que por mi consejo te vales de esta astucia, él mismo la apoyará por el deseo que tiene de verme feliz.

Mirando adentro.

Isabel. Vuelva vm. á tomar sus maneras postizas que vienen los viejos.

SCENA XIII.

Don Lesmes, Don Pancracio, y dichos.

Al salir á Don Pancracio.

Lesm. Vaya; si no lo veo, no lo creo.

Panc. Pues ven, y lo verás.

A Don Hipólito.

Don Hipólito, aquí tiene vm. á mi hermano, que no quiere persuadirse á que vm., conociendo nuestra barbarie por la experiencia de sus viages, se propone civilizar la España, teniendo yo la fortuna de que empiezen sus lecciones por mi familia.

Lesm. Verdaderamente, amigo mio, que no sé qué discurrir al ver á vm. con ese trage tan extravagante. ¿Será cierto?....

Hipól. ¡O mon amí! Dexe vm. de ponerse en ridículo, dudando de las ventajas que he adquirido en el giro de mis viages. He perdido aquella necia predileccion por las máxîmas de nuestros antiguos: he aprendido á cuidar de mi persona, y la sé adornar con elegancia: ya no me explico con la sencillez ridícula que lo hace todo el mundo: he abjurado los restos góticos que veneran los Españoles; en una palabra, me he refundido de modo, que solo aparece en mí la ilustracion extrangera. Vm. será instruido, y recibirá en prueba de mi afecto una magnífica peluca de nueva invencion hecha de pelo de erizo.

Lesm. Un demonio recibiré. Cáspita, y qué regalo. Vaya, que estamos medrados con los via-

geros. Guarde vm. su peluca para mi hermano, que es mas digno de ella; que yo ahora mismo voy á disponer mi equipage, y ajustar un coche que me lleve á la montaña, ántes que por loco vaya con vms. á Zaragoza.

Quiere irse.

Deteniéndole.

Panc. Pero mon frere.

Lesm. Mon diablo.

Hipól. Mon ami.

Lesm. Mon tronera. No me hable vm. una palabra en su vida. En buena cabeza habia yo puesto mi confianza. No, no; el quarto que hereden de mí que me lo claven con un clavo timonero en la frente. *Vase.*

SCENA XIV.

Los dichos, ménos Don Lesmes.

Panc. No haga vm. caso, Don Hipólito. Si se va, buen viage; no lo necesitamos para nada.

Hipól. Pero no obstante, si por mi causa priva á esta señorita de sus bienes, y de su estimacion, sentiria.....

Inés. No lo sienta vm. Yo solo pienso en obedecer á mi padre. En quanto á mi tio, le hablaré ántes que disponga su partida, y espero que conozca la razon, y aprecie á vm. segun su verdadero mérito.

Panc. Niña, llévate el vestido que te trae Don Hipólito para esta noche, y procura que Isabel, y los otros criados se adornen mas á la extrangera, y que vayan á llamar un Escribano.

Llamando..

Garzon.

Ginés saliendo.

Ese soy yo.

Sacando del cofre una camisa de red con los agugeros muy grandes, y dándola á Doña Inés; y para la criada un saco, ó citoyen ridículo galoneado.

Hipól. Para todos vienen trages al carácter en este cofre. En quanto al Escribano, el Marques fué á decirle que extendiera el contrato, poniendo mi nombre en lugar del suyo, y no puede tardar en venir.

Panc. Segun eso, se ha convencido. Si era preciso.

A Isabel.

Isabel, dí á tus compañeros que vengan aquí para que se vistan segun les diga Don Hipólito, y tú ve, hija mia, no perdamos tiempo.

Inés. Voy al instante.

Se va con Isabel, que lleva los vestidos.

SCENA XV.

Don Hipólito, y Don Pancracio: despues Martin.

Yendo al cofre, y sacando un vestido guarnecido de letras de papel dorado que digan,

Un loco hace ciento.

Hipól. Reciba vm., mon ami, un vestido á la telegráfa, que es digno de un soberano.

Panc. ¡O favor! un vestido á la telegráfa. Vaya, la fortuna se ha entrado de rondon por mi casa.

Poniéndose el vestido.

Hipól. Observe vm.: todo el alfabeto está en la greca de la garnitura.

Panc. Hombre déxeme vm. ir por todos los espejos que hay en casa para saciar un poco el deseo de considerar esta maravilla á mi placer.

Se va con el vestido puesto mirándose.

Martin sale por otra puerta.

Hipól. Ginés, en ese cofre hay vestidos para tí y tu compañero. Elige los que quieras, miéntras yo voy á ver si logro apaciguar á Don Lesmes.

Vase.

Sacando del cofre unas levitas muy cortas, y calzones anchos guarnecidos con papel dorado, corbatas grandes, y pelucas.

Mart. Ginés, ¡quánto oro tienen estos sacos!

Ginés. Hombre, yo he visto en algunas óperas trages muy parecidos á estos. ¿Pero qué hay en esta faltriquera? Grande hallazgo: un espejito pequeño.

Registrando tambien su faltriquera.

Mart. Aquí parece que hay otro. Con efecto. ¡Qué exceso de prevencion!

Ginés. Aprovechémonos de ella para ponernos estas sábanas al pescuezo.

SCENA XVI.

Los criados vistiéndose, y mirándose ridículamente al espejo. El Marques sale: trae puestos los calzones anchos que le dió Don Hipólito.

Marq. Todo Madrid me ha seguido hasta la puer-

ta de está casa penetrado de admiracion. Hasta los chicos me prodigaban sus aclamaciones. ¡O virtud de la moda!

Repara en los criados.

¡Ola! bravo, muchachos: soberbios vestidos, magníficas pelucas. Pero tú, Ginés, te estás estirando esa corbata que debe estar menudamente plegada á manera de camisolin de plata-forma.

Ginés. Si vm. me hiciera el favor de tenerme este pequeño espejo, entónces....

Tomando el espejo.

Marq. Si, si; me intereso en tus lucimientos, como criado que puede hacer honor á la nacion.

Llamando desde adentro.

Lesm. Ginés, Martin.

Mart. Sí, á la otra puerta.

Alto.

Ginés. Ahora no podemos ir.

SCENA XVII.

Don Lesmes muy enfadado, y los dichos.

Lesm. Pícaros. ¿Qué se entiende no podemos ir quando yo llamo? Veamos si mi baston os aligera las piernas.

Va á darles, y el Marques lo detiene.

Marq. ¿Qué va vm. á hacer, mon ami? ¿quiere vm. impedirles que contribuyan á la brillantez del mariage?

Lesm. Maldito sea el mariage. Quiero que vayan al instante á buscarme un coche de camino para irme á mi tierra, y salir de esta casa de locos. Todos, todos han perdido la chaveta. Mi hermano anda dando vueltas á los espejos con un maldito vestido guarnecido de letras de carteles de toros: mi sobrina, hecha una cigüeña, metida en una red de cazar pajaros: la criada envuelta en un saco con dos libras de almazarron en la cara, y una pieza de tafetan inglés repartida en lunares. Llamo á los criados, no me responden: salgo á buscarlos, los encuentro vestidos de máscara, y á vm., que parece un pelele de carnabal. Vaya, no sé lo que me pasa. Tenia fundadas mis esperanzas en Don Hipólito, y viene rematado. El me anda persiguiendo para hablarme; pero yo no he querido oirle una palabra. Lo tenia por hombre de juicio, y por eso no queria que Inés se casase con vm.; pero ahora....

Marq. Ahora, aunque me la viene á ofrecer...

Lesm. ¿Qué dice vm. hombre?

Marq. Sí señor; lo conozco.

Lesm. ¿Yo ofrecer á vm. mi sobrina?

Marq. Sí señor. ¿Para qué son rodeos? Llega vm. tarde. Estoy comprometido.

Muy enfadado.

Lesm. Vaya; yo rebiento de cólera.

Marq. Sí señor, comprometido. Una señorita criada en Francia anhela mi posesion.

Lesm. Un diablo que cargue con vm.

Marq. Vamos; no hay por qué sofocarse tanto. No es culpa mia, si vm. llega tarde.

Lesm. Ya verá vm. si llego á tiempo de romperle la cabeza.

Marq. Hombre, hombre, acuérdese vm. de lo que le ha sucedido no hace mucho, y si se me atreve porque estoy sin florete....

Lesm. Tampoco yo lo tengo, pero de puño á puño....

Marq. No; eso es á la inglesa. No me gusta.

En accion de darle.

Lesm. A mí sí.

SCENA XVIII.

Dichos, y Don Hipólito, que detiene á Don Lesmes.

Hipól. ¿Qué va vm. á hacer, amigo mio?

Lesm. No mas que un agugero en la mollera del Marques, por donde le entre la claridad, para que no interprete mis palabras. Cáscaras, y qué pesado es el monuelo, y qué insolente.

Hipól. Pero por Dios, señor Don Lesmes, serénese vm., y ya que no ha querido oirme, lea ese papel para que se tranquilice. Se lo pido en nombre de nuestra antigua amistad.

Lesm. ¿Vm. se atreve á recordarla? Pero veamos,

Tomando el papel.

y será mi última condescendencia.

Hipól. Marques, venga vm. aquí, verá varios figurines nuevos, que Don Lesmes, en leyendo esas remarcas sobre la preocupacion, se convendrá á nuestras ideas.

Se lo lleva al foro, y le entretiene en tanto que Don Lesmes lee.

Mirando el papel.

Lesm. Esta es letra de Inés. *Lee.* "Querido Hi-„pólito, mi padre, temeroso de que llegues á „tiempo de reclamar mi mano, y mi amor, me „obliga, á pesar de la oposicion de mi tio, á „quedar desposada mañana á la oracion con el „Marques de Selva-Amena, fundándose sola-„mente en el mérito de sus extravagantes vesti-„tidos, y en el desprecio que hace de nuestra „patria. Venzamos esta preocupacion por medio „del artificio, preséntate mañana á mi padre car-„gado con todas las ridiculeces de un jóven via-„gero aturdido, y por pocos instantes de fingi-„miento tienes segura la posesion de tu fiel aman-„te. Inés."

Habla.

Quando las muchachas estan enamoradas, y se ponen á discurrir, son el demonio. Don Hipólito, ¿vm. me asegura la certeza del contenido de este papel?

Hipól. Yo lo afirmo baxo mi palabra de honor.

Guardando el papel.

Lesm. Basta. Estoy convencido, y quiero divertirme en la boda. ¿No hay un vestido para mi?

Hipól. ¿Pues habia de faltar? Vea vm. qué uniforme de campaña.

Sacando del cofre una casaca corta ridícula.

Poniéndosela.

Lesm. ¿Y la peluca de erizo?

Sacando una peluca con el pelo muy encrespado.

Hipól. Aquí está.

Lesm. Supongo que el pelo estará de modo que la suavidad no me penetre el cráneo.

Hipól. Ciertamente.

Marq. ¡Quánto me encanta que vm. conozca la razon!

Con ironía.

Lesm. Sí señor, la conozco; y quiero tener parte en su triunfo.

SCENA XIX.

Los dichos, Don Pancracio, Doña Inés é Isabel, vestidos como se ha dicho en las scenas antecedentes.

Mirando á su hermano.

Panc. Bravo, hermano mio. Al fin te has conven-

cido, segun veo, de que mis idéas son brillantes.

Lesm. Sí, Pancracio; Don Hipólito, y mi sobrina son dos genios incomparables para perfeccionar una reforma.

Inés. ¿Con que ya sabrá vm., querido tio....

Lesm. Sí, sobrina; ya he visto tus observaciones por escrito.

Panc. ¡Cómo! ¿Has empleado tu pluma en favor del buen gusto?

Lesm. Sí, hermano. Despues lo sabrás todo.

SCENA XX.

Los dichos y un Escribano vestido de negro.

Escrib. A Dios, señores. ¡Jesus! ¡qué extrañas figuras! A que no es aquí donde yo vengo.

Marq. Sí señor, aquí es. Vm. traerá el contrato para la siñatura.

Escrib. Creo que sí; aunque no entiendo mucho lo que V. S. me dice. Traigo la escritura matrimonial de Doña Inés de Rivera con Don Hipólito Fernandez, cuyo nombre me mandó V. S. poner en lugar del suyo; pero extraño ver....

Acercándose al Escribano.

Hipól. No hay nada que extrañar. Acabe vm. de

formalizar el contrato, y que firmen estos señores, mientras yo me retiro á esta pieza, y me visto como conviene para celebrar mi dicha.

Aparte al Escribano, poniéndole un bolsillo en la mano.

Haga vm. lo que le digan, y hable como le hablaren, pues dice el proverbio: donde quiera que fueres, &c.

Vase sacando del otro cofre un vestido que se lleva.

Escrib. Sí señor; haré lo que me manden, y hablaré como vm. quiera. Este caballero tiene un modo tan enérgico de enseñar los idiomas,

Guardando el bolsillo.

que en un instante lo aprenderian todos los Escribanos del mundo si lo tuviesen por maestro.

Arrimando silla á la mesa donde está la escribanía.

Marq. Venga vm., y siéntese Monsieur le Notario.

Se sienta el Escribano, y saca la escritura. El Marques la mira, y dice.

¡O! qué bello carácter de letra mercantil.

Escrib. Favor de V. S.

Escribe.

Ante mí.

Panc. Hombre, qué lástima que no se pudiera poner esa expresion en francés.

Escrib. Ya nos contentaríamos los de la facultad con poder á lo ménos extender las escrituras en latin. Esto de ser en castellano nos perjudica mucho quando queremos dexar el sentido incomprehensible. ¿Y quántas veces tenemos que consultar los abogados, para que nos ayuden á ponerlas de modo que se puedan interpretar segun las circunstancias?

Aparte.

Gin. Así va ello.

Lesm. Si vm. se detiene, extenderá tambien la donacion que quiero hacer á mi sobrina de todos mis bienes.

Escrib. Si no fuese hora de comer, con mucho gusto; pero volveré despues.

Panc. Eso no importa, comerá vm. con nosotros.

Marq. Sí señor, dinará vm. aquí; y si no quiere sentarse á la mesa, formando un contraste lúgubre con ese vestido opaco, veremos si ha quedado en este cofre alguno que le esté bien.

Sacando del cofre una bata y un gorro muy ridículo.

Con efecto, vea vm. qué soberbia ropa de chambre.

Levántandose, y señalando la escritura.

Escrib. Voy allá. Señores, firmen vms., dexando este blanco para que lo haga Don Hipólito.

Mientras firman Don Pancracio y Doña Inés, el Escribano se pone la bata y el gorro.

Veamos. ¡O! es magnífica.

Aparte poniéndosela.

Pillemos, sea lo que fuere: aunque me vistan como les dé la gana, yo no he de salir así á la calle, y entre esta familia no puedo parecer muy ridículo. Sobre todo, donde quiera que fueres, &c.

Al Escribano despues de haber firmado.

Panc. Hombre, merece vm. en ese trage sentarse á la mesa del Emperador del Gran Mogol.

SCENA ULTIMA.

Los dichos, y Don Hipólito vestido regularmente de militar con espadin.

Panc. Pero, mon ami, ¿vm. en ese trage gótico?

Aparte.

Lesm. Ahora los quiero oir.

Marq. ¿Qué, es esa la última moda?

Hipól. Voy á firmar, y responderé á vms.

Acercándose á la mesa.

Escrib. Sí señor.

Firmando, y guardando despues el contrato.

Hipól. Hipólito Fernandez. Ahora que tengo asegurada mi dicha, puedo decir á vms. que mi vestido es conforme á mi carácter, y que los suyos no son de moda en parte alguna.

Panc. ¿Qué dice vm.? ¿pues y mi guarnicion á la telegráfa?

Hipól. Si vm. hubiera leído lo que dice, habria conocido mi intencion.

Acercándose.

Marq. ¿Pues qué dice?

Arrimándose tambien.

Lesm. Veámos.

Leyendo el un lado de la casaca de D. Pancracio.

Marq. Un loco...

Leyendo el otro.

Lesm. Hace ciento.

Riéndose.

Todos. Un loco hace ciento.

Marq. ¡O! ¡qué bello título para una petite-piece!

Panc. ¿Cómo? ¿vm. burlarse así de un hombre de mis conocimientos?

Hipól. Oígame vm., le suplico. Mi intencion ha sido corregir su fanatismo, que le precipitaba al exceso de sacrificar su palabra, y su propia hija, á una preocupacion ridícula. Desengañémonos, amigo; todas las naciones tienen su mérito en las artes y en la ilustracion: no es mi ánimo ahora decidir por quál está la ventaja; pero ¿por qué los Españoles preocupados han de negar á su patria las que le concede la naturaleza, y aprécian los mismos extrangeros? No es, no, contra ellos está útil leccion: venero sus luces y sus talentos, que hasta el mismo Marques si, como dice, hubiera estado en París, y tratado los verdaderos hombres sensatos, conoceria con otro aprovechamiento muy diferente.

Marq. Vaya; bien, ¿y qué? Si no he estado en París, no importa: he estado en una aldea corta de la frontera, y el haber respirado aquel ayre, me ha civilizado, acicalado, y compuesto de manera, que donde quiera que yó me presente, seré el objeto de la comun celebridad. Miren despues de tantos circunloquios salir con que

no he estado en París. ¿Y por dónde lo sabe vm.?

Hipól. Su primo de vm., que detesta esas puerilidades, y en cuya casa estuvo vm. en Oloron, me lo dixo; asegurándome que habia celebrado mucho que no se proporcionase el seguir su viage, porque temia que iba vm. á hacerse risible fuera de su pais, como lo ha logrado ya dentro de él.

Marq. Pues bien, si él lo ha dicho, que sea. Pero á otra cosa que importa mas. Vm. me ofreció la mano de su señora hermana...

Hipól. Sí señor; y si vm. se aprovecha de lo que acaba de oir, será digno de ella; porque mi hermana es una jóven juiciosa, que jamas ha estado en Francia...

Marq. ¿Jamás ha estado en Francia? Abur, señores.

Toma el sombrero, y echa á correr.

A Don Hipólito.

Lesm. Déme vm. un abrazo, pico de oro. Gracias á Dios que salimos de ese loco. Y tú, hermano, ¿en qué piensas? Habla, ¿no te cura este remedio?

Panc. Pienso en abrazar á D. Hipólito. Ven, hijo

mio; tu remedio es doloroso como una cantárida, pero ha llegado á tiempo de salvar la vida al enfermo.

Arrodillándose.

Inés é Hipól. ¡O padre mio!

Levantándolos.

Panç. Venid á mis brazos, queridos hijos.

A él.

Ginés.

Ginés. ¿Qué, ya no soy garzon?

Panc. No; pero siempre serás un criado fiel. Vamos á despojarnos de estos vestidos, y tú cuidarás de que todos se conserven en los mismos cofres, para que me recuerden mi ridiculez, si el diablo me vuelve á tentar. Vm., señor Escribano, guarde el suyo, si gusta, para memoria de este suceso; y si él sirve para corregir la preocupacion de las personas extravagantes, quedarán premiados los desvelos de una Española amante de su nacion, que por desterrar este defecto, ofrece esta pequeña pieza á la diversion del público.

FIN.

EL CALIFA DE BAGDAD.

ÓPERA CÓMICA

EN UN ACTO.

POR

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

EL CALDERA DE BAGDAD.

ÓPERA CÓMICA

EN UN ACTO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. ANTONIO ESPINOSA, Y CORREDERA.
AÑO DE 1851.

ACTORES.

Isaun, Califa de Bagdad, *Señor Bernardo Gil.*

Lemaida, viuda, *Señora Joaquina Briones.*

Zetulbe, su hija, *Señora Laureana Correa.*

Yemaldin, sobrino de Lemayda, *Señor Juan Carretero.*

Kesia, criada de Lemaida, *Señora Manuela Correa.*

El Cadi, *Señor Miguel Garrido.*

Un Juez, *Señor Vicente Camas.*

Coro de musicos.

La Scena es en Bagdad.

El teatro representa el interior de un aposento. En el lado izquierdo habrá una ventana que cae á la calle; y mas léjos una puerta que conduce á otra habitacion. A la derecha hay otra ventana, y mas allá una puerta por la que se baxa al jardin: otra puerta en el fondo por la que se sale de la casa. La habitacion y quanto encierra deberá ser muy sencillo.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

DUO.

Zetulbé y Kesia, que salen del aposento inmediato.

Kesia. Descúbrase vm. á mí.
Zet. No me atrevo...
Kesia. ¡Niñerías!
Hable vm.
Zet. No puedo, no.
Kesia. ¿Por qué?
Zet. ¿Quieres que te diga
que tengo amor?... no me atrevo.
Kesia. Vm. el secreto publica
á su pesar.
Zet. ¡Justo cielo!
¡Qué imprudencia! Con que, amiga,
me has arrancado el secreto.
Kesia. Le ha descubierto vm. misma.
¿Y ese objeto que vm. ama
ha nacido en este clima?

Zet. Yo de eso no me he informado.
Kesia. ¿Tiene destino por dicha?
Zet. Creo que no.
Kesia. ¿Tiene bienes?
Zet. Tambien lo ignoro á fé mia.
Kesia. ¿Quál es su nombre?
Zet. No puedo
decírtele todavía.
Kesia. ¿Y le ama vm.?
Zet. Muy de veras.
No me chancéo, no amiga:
su nombre y todo lo ignoro.
Ya sabes que soy sencilla,
y que no gasto misterios
contigo. Estás instruída
en este asunto, y ahora
te ruego que no lo digas.
Kesia. ¡Sin saber su nombre amarle!
es cosa extraña. Tranquila
viva vm., que yo el secreto
no descubriré en mi vida.
Despues de las señas que acaba vm. de darme,
no falta mas que me diga, cómo fué el conocer á su amante.
Zet. Tienes razon, y voy á sacarte al momento

de dudas. Hace dos meses que volviendo yo de paseo, acompañada de la que nos servia ántes que tú vinieses á casa, nos asaltó cerca de la plaza una tropa de esos Arabes del desierto, que vienen casi todas las noches á robar en la ciudad: al espanto me tenia fuera de mí, quando de repente se presenta un jóven desconocido, y arrojándose á los malvados que me rodeaban, los dispersa, llega á mí, me mira, arroja un suspiro, y yo me pongo á huir precipitadamente. Amiga mia, te confieso que aquel suspiro y aquellas miradas introduxéron en mi corazon una inquietud, una conmocion que al principio atribuí al agradecimiento, pero despues conocí que era efecto del amor.

Kesia. ¿Ha dado vm. parte de esa aventura á su madre?

Zet. Sí; pero ya sabes que sus contínuas desgracias la hacen desconfiar de todo: y así es que á pesar de lo mucho que la he recomendado mi libertador, aun está creyendo que segun su trage y el aparecimiento repentino en aquel terrible momento, era tambien del número de los salteadores. Dice además, que á no ser por mi pronta fuga, hubiera caído en sus manos des-

pues de haber escapado de las de los otros. Pero oxalá, Kesia, oxalá le hubiese visto mi madre, que así haría de él otro juicio mejor, y no me hubiera tratado de loca esta mañana quando la hablaba de este hombre generoso.

Kesia. ¿Y le ha vuelto vm. á ver desde aquel dia?

Zet. Casi todas las noches. Quando estoy sola en mi quarto cantando al laud, viene á la plaza que se vé desde la ventana. Pero lo que me da que hacer es, que solo se presenta á boca de noche, y siempre con un disfraz nuevo.

Kesia. ¿Se hablarán vms.?

Zet. Sí; ¡pero desde tan léjos!

Kesia. Con todo se oyen vms. ¿No es así?

Zet. Rara vez, si creo á mi oído; pero siempre, si consulto á mi corazon.

Kesia. Ahora ya no me admiro que se enojase vm. tanto quando ese viejo Mesur llegó á imaginarse, que por ser Emir rico y poderoso, tendria vm. á dicha el casarse con él.

Zet. ¡Ay amiga! ¡qué sería ahora de mí si mi madre no hubiese consentido en mi repulsa!

SCENA II.

Zetulbé y Yemaldin.

Yemald. Buenas tardes, querida Zetulbé.

Zet. Amado primo, me alegro en extremo de tu venida. Desde que eres Oficial de la guardia del Califa, no te se vé por ácá.

Yemald. Ya sabes que este destino me tiene ocupado en el palacio de Isaun... Quisiera ver á tu madre. ¿Está en casa?

Zet. No; pero volverá pronto, porque el Cadí ha enviado á decirla que vendrá esta noche.

Yemald. Sin duda será para apremiarla á que le pague los cien cequíes que le debe. ¿Quién creerá al verla reducida á tanta pobreza, que es la viuda de uno de los Generales mas valientes del Califa, á cuyo grado ascendió por su mérito solo, faltándole los derechos que para ello da una cuna ilustre?

Zet. ¡Ay triste! Con la muerte de su esposo quedó Lemaida sin apoyo, sin bienes, infeliz y digna de la compasion de todos. Mas á pesar de su triste situacion siempre está alegre, siempre amable y bondadosa. Pero dime: ¿es cosa

importante la que tienes que comunicarla?

Yemald. Mas de lo que puedes imaginarte.

Zet. Siendo así, Kesia irá á llamarla, que sabe donde está.

Yemald. ¡Quánto me agrada ese zelo!

Zet. ¿Tratándose de mi madre, te admiras que le tenga?

SCENA III.

Yemaldin solo.

Yemald. Sentiría que el Califa me echase ménos, pues aunque jóven, amable y de buen humor, no dexa de ser á veces riguroso. Por otra parte todo lo sabe, y todo lo quiere ver por sus mismos ojos. ¿Qué léjos estan de saber en Bagdad, que llevado de su excesiva vigilancia anda casi todas las noches por la ciudad solo y disfrazado, á riesgo de tropezar con algunas aventuras incómodas!... Es verdad que nunca pueden pasar muy adelante habiéndole jurado todos los Ministros de Justicia y Policía no revelar á nadie el nombre supuesto que ha tomado, y que le basta decir para salir de apuros... Tengo para mí que sus paseos nocturnos nacen de otras causas, y que tal vez serían ménos freqüentes sino me-

diase alguna intriga de amores... Para un hombre de su carácter son las tales aventuras, tanto mas apetecibles quanto mas extrañas.

SCENA IV.

Yemaldin, Lemaida, Zetulbé y Kesia.

Lem. Amado Yemaldin, ya sé que deseas hablarme.

Yemald. Es cierto.

Lem. ¿De qué asunto?

Yemald. De Mesur.

Zet. ¡Toma! A poderlo yo adivinar, no me hubiera dado tanta priesa en buscar á mi madre.

Yemald. Se acordará vm. que ha pedido la mano de Zetulbé.

Lem. Sí me acuerdo.

Yemald. Que vm. se la ha negado.

Lem. Debia.

Yemald. Que lo ha sentido mucho.

Lim. Lo creo.

Yemald. Que quiere habérselas con vm.

Lem. Ya lo sé.

Yemald. Que aborrece á vm.

Lem. Le compadezco.

Yemald. Y yo le temo.

En voz baxa á Yemaldin, procurando ocultar su inquietud á su hija.

Lem. ¿Tienes algun motivo?

Yemald. Sí señora; y eso es lo que me ha traído aquí. Un amigo mio, que trata con el Emir, me ha dicho en confianza, que Mesur no puede perdonar á vm. el desprecio que ha hecho de su propuesta, y que busca el menor pretexto para vengarse arruinándola á vm.

Lem. Nada de eso me inquieta. Me ha pedido á Zetulbé porque es bonita: se la he negado porque es feo: hallará otras mugeres porque es rico; yo le pronostico desgracias porque es viejo: olvidará á mi hija porque no la ama, y no me arruinará porque ya lo estoy.

Yemald. Bien dicho; pero reflexîone vm. que despues del Califa es Mesur el hombre mas poderoso de Bagdad, y que puede valerse de muchos medios para dañar á vm.

Lem. ¿Y que quieres, que sacrifique al temor la felicidad de mi hija? ¡Ah! si me hubiese creído su padre, le hubiera dado la enseñanza que me diéron á mí, y no esa educacion fina que se propone por modelo á todas las doncellitas

de Bagdad: verdad es que así poseería ménos conocimientos; pero al ménos tranquila en su obscuridad, no nos expondría á la persecucion del Emir.

Yemald. Me pesa de haber venido á entristecer á vms.; pero contemplé que debia noticiaros los perversos designios de un hombre cruel y poderoso. Mi deber me llama al palacio, y tengo que retirarme al momento.

Lem. Sentiría que esta tardanza te acarrease algun perjuicio... Pero puesto que estás tan de priesa, vete por el jardin que va á dar á las puertas del palacio, te acompañarémos hasta él, y discurrirémos algun medio para eludir los proyectos de Mesur.

Yemald. Oxalá lo consigamos.

Zet. Su nombre solo me hace temblar.

A Zetulbé.

Lem. Ven con nosotros, y no estés triste. Imítame á mí, que estoy alegre á todas horas.

Yemald. Sí, sí, Zetulbé, tranquilízate. Nosotros cuidarémos de tí; no temas las amenazas del Emir, contra las quales tienes el amor de una madre, y el zelo de un amigo en quienes debes fiarte.

SCENA V.

Kesia sola.

Kesia. Yo conozco que mi pobre señora aparenta una alegría, que no goza su corazon. Por otra parte Zetulbé, segun el secreto que me ha confiado, padece una inquietud muy penosa... ¿y quién sabe si será agradable? Yo á lo ménos no puedo todavía juzgar por mí del efecto que hará el amor en el corazon de Zetulbé, pues por mi desgracia sé muy poco de estas cosas. Con todo, ¡ó sublímes hijos de Mahoma! si pusieseis los ojos en Kesia, creo que no os arrepentiriais de vuestra eleccion, y tal vez mi zelo y mi solicitud os harian ménos necesarias tantas bellezas con que poblais vuestros serrallos, traídas de todos los países con el objeto de variar.

ARIA.

Para poder complaceros
alternando tomaría
el carácter y costumbres
de todos pueblos Kesia.
¿Queréis, por exemplo, amar
á una Francesa vivilla?
seré fiel á vuestro afecto.

como en París son las niñas.
Si os gusta el canto italiano,
con tono y voz afligida
sabré pintaros mi afecto,
y el dolor que me domina
léjos de un amado esposo.
Si mas vuestro gusto excita
el amor á la Española,
podréis hacerme visitas
en las sombras de la noche
léjos de zelosa envidia.
¿Queréis acaso que imite
á la Escocesa afligida?
en las cimas de los montes
repetiré noche y dia
tiernos suspiros de amor.
Si la Alemana os incita,
su bals imitar sabré
dando mil vueltas distintas:
y por fin si alguna Inglesa
deseais por compañía,
olvidando su indolencia,
veréis sus danzas festivas.
A mi esposo deleytando
con este ardid cada dia,

con una nueva muger
nuevos placeres tendria.

SCENA VI.

Isaun y Kesia.

Isaun con un turbante grosero, una ancha faxa, y un largo sable con puño de madera. En el fondo del teatro.

Isaun. Ya estoy en la morada de mi querida Zetulbé.

Kesia. ¿Qué querrá este hombre?

Isaun. ¿Me dirá vm., hermosa niña, si se puede ver á Lemaida?

Kesia. No señor, porque acaba de baxar al jardin á hablar con un pariente suyo.

Isaun. ¿Y á su hija?

Kesia. Está con la madre.

Aparte.

Mirado despacio, parece mejor que á primera vista.

Isaun. Hágame vm. el favor de decir á Lemaida, que cierto sugeto desea hablarla un rato.

Kesia. Pero...

Isaun. Ya, ya conozco que teme vm. el dexarme aquí solo.

Kesia. Es verdad.

Mirando el aposento, dice sonriendo.

Isaun. Pues me parece que puede vm. irse sin recelo alguno.

Aparte.

Kesia. Su reflexîon es muy cuerda.

Con impaciencia.

Isaun. Vaya vm., vaya vm.

Kesia. Ya voy, ya voy. Parece amo de casa segun manda.

SCENA VII.

Isaun solo.

Isaun. No me admira su desconfianza, siendo esta la hora en que los salteadores del desierto, esperando burlar la vigilancia del Emir, baxan á la ciudad á imponer contribuciones á sus habitantes, y es preciso confesar que, segun mi trage, me tendrán por uno de ellos mas bien que por el Califa de Bagdad. Pero aunque este disfraz no sea el mas favorable para los intentos de un amante, es por lo ménos el mas seguro, y de consiguiente el que debí tomar. Ciertamente que la aventura en que me he metido empieza de un

modo muy singular, ¿y qué importa? mucho mejor; haré porque acabe del mismo modo. Ha muchos dias que el talento y la gracia de Zetulbé me inspiráron deseos de verla. La ví, y determiné elevarla á mi grandeza. Luego que dí parte de este proyecto á los cuerdos amigos que me rodean, tacháron mi amor de extravagancia, teniéndole por un efecto de mi inclinacion á las aventuras extraordinarias, y me sometiéron á un mes de prueba ántes que pudiese decir á Zetulbé mi nombre y mis intentos. Tuve que consentir en ello; pero en fin la dilacion acabará á las seis de esta misma noche. ¡Respetable Lemaida! ¡hermosa Zetulbé! ¡qué dicha será para mí el mudar vuestro estado! Nacido en el seno de la opulencia he gozado de todos los placeres; pero nunca, nunca hallé uno mas grato y mas sólido que indemnizar á la virtud y la belleza de las injurias de la fortuna.

SCENA VIII.

Isaun y Lemaida.

Sin ver á Isaun.

Lem. ¿Quién me buscará? Sin duda será el Cadí.

Vé á Isaun, y da un grito espantoso.

Sin ver á Lemaida.

Isaun. Ahora que estoy solo empezaré á tomar conocimiento del terreno. Dentro de breves instantes poseeré lo mas precioso de esta casa.

Lem. ¡Qué escucho!

Isaun. Lo que temo sobre todo es el que me descubran... ¡Pero qué veo! perdone vm. si he venido á turbar su sosiego. Acaso se admirará vm. de esta visita.

Aparte.

Lem. Algo mas tengo que admiración.

Aparte.

Isaun. Voy á embrollar un poco... ¿Sabe vm. quién soy?

Aparte.

Lem. Temo el haberlo adivinado. ¿Podré acaso.....?

Con mucha firmeza.

Isaun. Vamos al asunto, porque yo no gasto preámbulos. Sé que vm. tiene...

Con viveza, y espantada.

Lem. ¿Quién, yo? No tengo nada, nada absolutamente.

Isaun. ¿No tiene vm. una hija?

Aparte.

Lem. ¿Dónde irá á parar?

Isaun. Ya la conozco.

Lem. Puede ser.

Isaun. Está ya en edad de poderse casar.

Lem. Es cierto.

Isaun. Es bonita.

Lem. Sí.

Isaun. ¿Vm. no ha hecho todavía eleccion de esposo, he?

Lem. No.

Con ligereza.

Isaun. Pues yo vengo á proponer á vm. uno.

Admirada.

Lem. ¡Cómo!

Con mucha viveza.

Isaun. Que la conviene sin duda. Es un jóven amable, de buena presencia, que inspira confianza

á primera vista, que sabe hablar y callar quando viene al caso, nunca ligero, muchas veces tímido, siempre modesto; tal es en fin el esposo de que hablo, y que tiene vm. delante.

Aparte.

Lem. Vaya, vaya, este es un loco: ya estoy un poco mas tranquila.

Isaun. ¿La ha sorprehendido á vm. mi proposicion?

Sonriendo.

Lem. ¡Cómo! si es tan razonable.

Isaun. Sin duda. Su hija de vm. me gusta, no hay cosa mas natural: se la pido á vm., no hay cosa mas sencilla: vm. me la concede, no hay cosa mas justa: me caso con ella, no puede haber cosa mejor. Esto es lo que se llama un negocio hecho.

Lem. ¡Ola! ¡vm. se casa con mi hija!

Isaun. Esta noche.

Lem. Doy á vm. gracias por el aviso.

Isaun. Su dote está ya pronta.

Lem. Pues no falta mas que disponer la cena.

Respondiendo con viveza.

Isaun. Ya lo está.

Lem. No me engañé.

Aparte.

Este hombre ha perdido la cabeza.

Isaun. Quedará vm. contenta, porque no he ahorrado nada.

Lem. Le aconsejo á vm. que no se meta en gastos.

Con firmeza.

Isaun. No le dé á vm. pena, que el dinero me inquieta muy poco: sé los medios de adquirirlo, como vm. verá.

Aparte.

Lem. Ay, ay, vuelvo á primer juicio. Vaya, vaya: amigo, ya conozco quién es vm. Retírese, ó prontamente...

Alegre.

Isaun. Suplico á vm. que trate mejor á su yerno.

Lem. Vm. me habla así porque estoy sola; su fortuna es que mi sobrino Yemaldin está en el palacio del Califa, que si no él le haría mudar á vm. de tono.

Isaun. ¡Quién! ¿Yemaldin el oficial de la guardia de Isaun?

Lem. Ese mismo. Si se premiára el mérito, ya debería tener por lo ménos una plaza de Emir.

Con viveza.

Isaun. Justamente hay una vacante, y se la dará Isaun.

Lem. ¡O! si vm. lo dice, no dexará de lograrla, porque con la proteccion de vm...

Isaun. Pues vale por qualquiera otra.

Lem. Puede ser; pero repito que se retire vm., porque se acerca mi hija, y debo evitarla el espanto que le causaria la presencia de vm.

Isaun. Quién sabe. Tal vez me tratará con mas benignidad que vm.

SCENA IX.

Isaun, Lemaida, Zetulbé y Kesia, que sale por la puerta de enmedio mientras se canta el terceto. Zetulbé da un gran grito conociendo á Isaun.

TERCETO.

Lem. Vea vm. ya se ha asustado:
hija mia, cálmate.
Zet. Toda, toda me he turbado:
no hay duda alguna que es él.
Isaun. Todo estoy sobresaltado:
¡ó qué dicha, que placer!
Lem. Ten mas ánimo.
Isaun. ¡Qué hermosa!

Zet. ¡O qué venturoso dia!

Lem. Con el miedo desvaría.
¿Por qué estás tan amorosa?
¿es el susto?

Isaun. ¿O la pasion?

A su madre.

Zet. No me asusto.

Isaun. Buen principio.

Zet. Como late el corazon, &c.

A Zetulbé.

Lem. Vamos, tranquilízate: ¿cómo es que á vista de este hombre?...

Zet. Madre mia, este es....

Lem. ¿Quién?

Zet. Aquel de quién hablé á vm. esta mañana.

Aparte.

Isaun. Bueno, que me tenia en la memoria.

Lem. Pues bien, quando yo te decia que era.... No me faltaba sino verle para cerciorarme. No me admiro ya de que haya venido á ofrecerse por tu esposo.

Turbada.

Zet. ¡Ay madre!

Lem. No te dé cuidado, que no lo será.

Isaun. La sentencia es cruel; pero á bien que se puede apelar de ella.

Lem. Se le figura que por haberte libertado de las manos de sus camaradas....

Zet. ¡De sus camaradas! ¿Qué dice vm.?

Lem. Yo no entiendo á esta muchacha. Mírale, mírale, y juzgá por tí misma de lo que digo.

Isaun. Un poco de moderacion, señora Lemaida.

Lem. No hay mas que tener paciencia hasta que venga alguno.

Riendo.

Isaun. Créame vm.: por mas que haga, será su yerno el Bondocani: ya está resuelto.

Haciendo gestos.

Lem. ¡El Bondocani! ¡Qué nombre!

Zet. Madre mia es un nombre como otro qualquiera.

Lem. ¿Y habia yo de dar tal esposo á mi hija habiéndosela negado al Emir?

Isaun. ¡Al Emir! gran cosa.

Lem. Quando ménos es el xefe de los que tienen la profesion de vm.

Zet. Madre, ¿es posible que le trate vm. así?

Lem. Este interés de mi hija... será efecto del agradecimiento, porque de otro modo...

A Isaun.

Vamos, sálgase vm., repito por la última vez, ó tema...

SCENA X.

Dichos y Kesia.

Kesia. Aquí está el Cádi.

Aparte.

Isaun. El Cadí. Por fortuna ya sabe el enredo.

Aparte y alegre.

Lem. Ya le tenemos preso. Amigo, amigo, vm. se pudiera haber pasado sin esta visita.

Isaun. ¿Por qué?

Lem. Porque está en casa el Cadí.

Isaun. Mejor. No podia venir mas á tiempo para extender las capitulaciones matrimoniales.

Lem. ¡Y qué se atreverá vm. á estar delante de un Cadí! ¡vm.!

Isaun. Y delante de cincuenta, si es necesario.

Aparte.

Lem. ¡Qué picaron tan descarado! Pero vm. ignora que, sobre ser hablador, mal intencionado y caprichudo...

Isaun. Sea lo que quiera, no le temo.

Lem. Eso es porque trata mejor á los de su clase de vm. que á sus acreedores.

Aparte.

Yo haré que nos quite de delante este hombre. Tú, Kesia, lleva mi labor en casa de tu madre, y encárgala que la venda lo mas pronto que pueda.

SCENA XI.

Dichos y el Cadí.

Lem. Buenas tardes, señor Cadí.

Cadí. ¿Quándo se ha de cansar vm. de hacerme ir, volver y tornar en demanda de una cantidad que me debe legítimamente? ¿piensa vm. que trata con uno de esos acreedorcillos sin crédito y sin bienes, que pueden esperar todo el tiempo que se quiere? ¿así se trata á un Cadí? ¿dónde está el respeto y las atenciones debidas al talento, á la virtud, á la ciencia, al mérito, á mí en fin?

Lem. Señor Cadí, lo siento á par del alma; pero por ahora no puedo satisfacer á vm. Tenga vm.....

Alargando la mano.

Cadí. ¿El qué?

Lem. Un poco de paciencia. Pero ya que está vm. aquí use de su poder.

Con viveza.

Cadí. No puedo nada.

Del mismo modo.

Lem. Oiga vm.

Cadí. No oigo nada.

Lem. En sabiendo vm....

Cadí. No sé nada mas....

Lem. Que tengo en mi casa....

Cadí. Que soy...

Lem. Un bribon.

Cadí. Capaz de perder á vm. ¿En fin, no me quiere vm. pagar?

Lem. No.

Cadí. Basta: voy á tomar testimonio de esa obstinacion.

Lem. Le doy á vm. licencia.

Isaun. Y yo se lo prohibo.

En voz baxa á Isaun.

Zet. ¿Qué hace vm.?

Isaun. Lo que debo.

Cadí. ¿Quién es vm. para hablar así?

Isaun. Yo se lo diré á vm.

Cadí. Insolente; ¿no sabe el respeto debido á un Cadí?

Isaun. ¿Y vm. ignora el que se debe á la desgracia?

Cadí. Que me pague.

Isaun. ¿Qué cantidad?

Cadí. Cien zequíes.

Isaun Sosiéguese vm.

Cadí. Los necesito.

Isaun. Se le darán.

Cadí. Al momento.

Arrojando un bolsillo encima de la mesa.

Isaun. Tome vm.

Cadí. A fé mia que es cierto.

Lem. Yo estoy aturdida.

A Lemaida haciéndola señal que se acerque.

Cadí. ¿Sabe vm. que este hombre tiene un modo de explicarse muy elegante? ¿quién es?

Lem. No se lo puedo decir á vm., ni sé mas que hace una hora que me tiene atolondrada, y que se llama, segun dice, el Bondocani.

El Cadí se levanta precipitadamente, y dexa caer la mesa.

Lem. ¿Qué le ha dado á vm.?

En la mayor agitacion.

Cadí. Perdone vm., señora; perdone vm. mil veces. ¿Cómo dice vm. que se llama?

Lem. ¡He¡ No me haga vm. repetir ese vil nombre.

Cadí. Pero diga vm., diga, se llama... vm.

Zet. El Bondocani.

Corriendo como loco.

Cadí. ¿Es posible?... ¿el Bondocani?... Y yo que... Alí, Alá, Alí, Alá.

Isaun le hace señas para que se retire, y lo hace precipitadamente sin tomar el dinero, gritando sin cesar, Alí, Alá.

SCENA XII.

Isaun, Lemayda y Zetulbé.

Lem. Si se habrá vuelto loco. Diga vm., ¿qué significa todo esto? Al oir su nombre pierde el juicio, obedece á una seña, y se va sin tomar el dinero, que es lo mas extraño; pero en fin, de esto último no se me da nada, porque así puede vm. guardar su bolsillo, siendo indecoroso para mí el consentir...

Isaun. ¿Aun piensa vm. en eso, Lemaida?

Poniéndole el bolsillo en la mano.

Lem. Tome vm. su dinero, le ruego.

Isaun. Lo tomaré para enviárselo luego al Cadí.

Lem. Repito que no entiendo estas cosas.

Isaun. Dexémos ahora esas admiraciones, amada madre, y tratémos de arreglar otros asuntos mas

importantes. Yo voy ahora mismo á dar varias disposiciones relativas á mi boda.

Lem. No saldrá de esto.

Isaun. En breve recibirán vms. las alhajas y demas bagatelas del caso, como por exemplo, los veinte mil zequíes que he destinado para regalar á vms.

En voz baxa á Lemaida.

Zet. ¡Madre, veinte mil zequíes!

Isaun. Además, hallándonos ya en este caso, debemos tratarnos sin cumplimiento; y así vendré á cenar con vms. esta noche.

Muy asustada.

Lem. No señor, no se incomode vm., porque...

Interrumpiéndola.

Isaun. Yo me encargo de todos los preparativos de la cena, y no tendrán vms. que hacer nada.

Lem. No sea vm. así.

Isaun. Hasta luego, madre mia. A Dios Zetulbé, único objeto de mis deseos. A Dios.

SCENA XIII.

Lemaida y Zetulbé.

Zet. Diga vm. lo que quiera, madre, yo aseguro que es muy hombre de bien.

Lem. ¿En qué te fundas?

Zet. En el bien que me hizo, en su tranquilidad, y sobre todo en el interés que ha sabido inspirarme.

Aparte.

Lem. ¿Si la animará otro afecto distinto del que yo creía?

Zet. ¿Qué dice vm.?

Lem. Qué el agradecimiento es una virtud propia de los buenos corazones, la qual sientes ahora dentro de tí, y no otro afecto.

Sonrojada.

Zet. ¿El agradecimiento? Oiga vm., querida madre, y conocerá quál afecto me ha inspirado este jóven desconocido.

Desde el dia en que su brazo
para mi defensa armó,
está su imágen presente
á mi inquieto corazon.

Su vista temo y deseo...
Si esto llamais gratitud,
mas que todos, segun veo,
tengo yo de esta virtud.

Lem. ¿Qué imprudente!

Zet. Quando le veo, me turbo,
y no siento desazon;
pero luego que me dexa,
huye el placer que me dió.
Padezco y lloro en silencio...
Si esto llamais gratitud,
mas que todos, segun veo,
tengo yo de esta virtud.

Lem. Y sin duda creyendo obedecer al impulso de la gratitud, habrás aceptado ya su propuesta.

Zet. Creo que sí, madre mia.

Lem. Pero reflexiona un momento. Si este Bondocani fuese digno de tu mano, ¿hubiera guardado tanto silencio sobre su familia y sus bienes? ¿hubiera añadido á la oferta que me ha hecho mil bufonadas á qual mas importuna? Díme, te ruego, ¿se portaria así uno que llevase miras honradas?

Empieza á anochecer.

Zet. Y qué ¿será posible?... Vaya, vm. me llena

de pesadumbre y de temores. Sin embargo, no podrá vm. ménos de confesar que lo que ha hecho con el Cadí, y los veinte mil zequíes que nos ha...

Lem. Quanto mayores son sus promesas, tanto ménos debemos contar con ellas. ¡Veinte mil zequíes! ¿Sabes que es un tesoro? Sí, sí; espéralos, espéralos.

Zet. Sea lo que quiera, mi corazon me dice lo contrario.

Aparte.

Plegue á Dios que no me engañe.

Lem. Vaya, vaya, dexemos ese hombre, de quien no oirémos hablar mas en nuestra vida. ¿Pero qué tramoya es esta?

SCENA XIV.

Lemaida, Zetulbé, criados de Isaun, que traen telas, alhajas, alfombras, arañas, fuentes llenas de frutas, &c.

CORO DE CRIADOS.

Aquí las gracias habitan,
y su madre está con ellas:

volad, amables placeres;
volad, siguiendo sus huellas.

A los criados.

Lem. Señores, ¿podré yo saber?...

Volviendo la espalda.

Criad. Extendamos las alfombras,
y todo en órden se vea.

Unos ponen las alfombras, otros las arañas, y otros encienden.

Dirigiéndose á otros.

Lem. Pero digan vms. quién les ha mandado...

Criad. Para cubrirla de flores
acercad aquí la mesa.

Lem. ¿Con que se obstinan vms. en no decir quién les ha dado órden?...

Criad. 1. El Bondocani.

Haciéndola una gran reverencia se aleja.

Lem. ¿Quién vuestro amo?

Criad. 2. Es el Bondocani.

Haciendo lo mismo que el anterior.

Sale un hombre mas adornado que los otros, el qual se acerca á presentar á Lemaida una caxita muy brillante: dos que le acompañan traen un cofre mucho mayor: los demas no cesan de trabajar.

Lem. ¿Quién me envia esto?

Todos. El Bondocani.

Lem. Pero yo deseo...

Coro. Aquí las gracias habitan, &c.

Homb. Esta caxa contiene los veinte mil zequíes prometidos.

Zet. ¡Qué tal! ¿He esperado mucho tiempo?

Homb. Este cofre, cuya llave ha guardado el Bondocani, y que con ningun esfuerzo podrá vm. abrir, encierra cosas que á su tiempo darán á conocer á vms. el sugeto que nos envia.

En voz baxa á Lemaida.

Zet. Bien decia yo á vm., madre: no me engañaba el corazon.

Lem. En efecto, aunque ignoro la profesion de este hombre, no puedo ménos de confesar que cumple sus palabras. Pero vm., que al parecer es la persona de su confianza, pues que le ha encargado esta caxita, y lo que encierra, sabrá quién es, y quál es su estado.

Homb. Se llama el Bondocani.

Impaciente.

Lem. ¡Dale! ya lo he oido mil veces; ¿pero en qué se ocupa?

Homb. No sé.

Lem. ¿Dónde vive?

Homb. No me lo ha dicho.

Lem. ¿Es poderoso?

Homb. Absolutamente lo ignoro. Pero permita vm. que, segun la órden del Bondocani, se pongan estos efectos en la habitacion inmediata.

Lem. Vaya, vaya. Todo esto es un sueño; pero sería lástima despertar de él, porque ya me empieza á ser gustoso.

El hombre hace una profunda cortesía á Lemaida, y se va con pasos mesurados como habia venido. Los otros empiezan á seguirle; pero Lemaida los detiene, y llevándolos al extremo del teatro, les dice con voz suplicante.

Lem. Amigos mios, queridos amigos; decidme por caridad el estado, los títulos de vuestro amo.

Homb. Lo ignoramos como vm. En quanto á su nombre, se llama....

Lem. ¡He! ya lo sé mejor que vms., solo quiero que me digan.

Cantan la letra del principio, y se van.

SCENA XV.

Lemaida y Zetulbé.

Lem. Con tanta grandeza estoy fuera de mí. ¿Es esta mi casa? ¿Soy Lemaida?.... Este hombre.... estos regalos.... no puede ménos que todo esto sea sobrenatural.

Zet. ¡Ola! ¿empieza vm. ya á mudar de concepto acerca del Bondocani? Me alegro mucho.

Lem. En efecto, quanto veo me da á conocer que eran falsos mis juicios.

Zet. ¿Cómo pudo vm. engañarse? Su conversacion, su semblante, todo, todo estaba diciendo que era un hombre de bien, generoso. ¡Estoy ahora tan consolada, tan alegre! Si la esperanza no me engaña, creo que nada se opondrá ya á mi felicidad.

SCENA XVI.

Lemaida, Zetulbé y Kesia.

Azorada.

Kesia. ¡Ay de nosotras!

Lem. ¿Qué sucede?

Viendo lo que hay en el quarto.

Kesia. ¡Pero qué veo! Todo esto prueba....

Lem. ¿Qué dices?

Kesia. ¿Aun lo ignoran vms.? Ese hombre que ha venido á casa....

Lem. ¿Qué? ¿qué?

Kesia. Es un capitan de vandoleros.

Lem. y Zet. ¡Qué escucho!

Kesia. Ya le van persiguiendo, y pronto....

Remedando á Zetulbé.

Lem. Bien decia yo á vm., madre, no me engañaba el corazon. Y yo que tuve la bondad de dexarme persuadir. Ya se acabo todo: no me hables mas de él.

Zet. ¿Y por qué ha de creer vm. á esta atolondrada? ¿quién te ha dado esa nueva?

Kesia. Ya está divulgada por toda la ciudad, y desde mi casa hasta aquí no he oido hablar de otra cosa. Lo peor es que nuestro maldito vecino, ese hombre abominable, el Emir, en fin, acaba de delatar á vm. como cómplice en los robos del ladron que persiguen.

Zet. ¡Ay cielos!

Lem. Al cabo consiguió su deseo. ¿Pero de qué puede acusarme?

Kesia. De que oculta vm. en casa las alhajas robadas por los Arabes, y entre ellas una caxita llena de piedras preciosas que ha visto pasar por debaxo de su balcon, y que pertenece al Califa segun dice.

Lem. ¿Al Califa?

Zet. ¡Qué calumnia!

Lem. En buen negocio nos hemos metido.

Zet. Todo esto es obra del Emir. Yemaldin nos habia advertido de sus proyectos, y la venganza ha alcanzado tambien al infeliz Bondocani.

Lem. ¿Qué dices? ¿podrás creer aun?.... Vaya, yo tengo la cabeza tan aturdida con las cosas que he visto y oido, que no sé ni lo que pienso, ni lo que digo, ni lo que hago.

Kesia. Sea quien quiera el Bondocani, hará bien en no acercarse á esta casa, porque la justicia no tardará en venir.

Zet. ¡Ay! tal vez ignorará lo que pasa, y volverá como nos lo ha prometido.

Muy asustada.

Lem. Estamos perdidas.

Zet. Si él viene, se pierde tambien.

Colérica.

Lem. ¡Por qué desgracia nos envió el cielo este maldito Arabe!

SCENA XVII.

Dichas, é Isaun.

Lem. Otra vez le tenemos aquí.

Isaun. Ya ven vms. que soy exâcto en mis citas.

Lem. ¡O tú! seas quien fueres, hombre de bien, ladron ó brujo, sálvate: huye, te digo; huye, que yo te lo mando.

Zet. Y yo se lo suplico á vm.

Lem. La justicia va á venir en busca de vm.

Isaun. Déxelos vm. venir, que ya dexé atrancada la puerta de modo que necesitan mucho tiempo para echarla abaxo.

Dexándose caer en una silla.

Lem. ¡Qué suerte tan desdichada nos espera!

Isaun ¡Qué magnífica cena vamos á tener!

Lem. Mis temores se han verificado.

Isaun. Todos mis deseos se han cumplido.

Lem. Reflexîone vm. que esas gentes de justicia...

Isaun. Han cenado, y nosotros vamos á hacer lo mismo.

Lem. No será mala cena.

Isaun. Vamos, Zetulbé; siéntate al lado de tu madre.

Aparte.

Zet. Su presencia me asegura sin saber porqué.

Isaun la lleva á la mesa, y se sientan.

Isaun. Veo con gusto que se han obedecido fielmente mis órdenes. ¡Qué momentos tan deliciosos para mi amor! *Bebe.*

Esta comida sin ceremonia; este lugar sencillo y hermoseado con tus prendas, la alegría de tu madre,

Oyese ruido en la calle.

y sobre todo la amable tranquilidad que gozamos, todo me encanta y me enagena.

Despues de haber mirado por la ventana.

Kesia. La Justicia.

Lem. Llegó nuestra última hora.

Isaun. Bebamos. Este vino de Chiros es incomparable; mas porque nada falte á la fiesta, cantémos, y yo empezaré.

Para lograr á su amada
uno ostenta sus riquezas,
y el otro cifra su dicha
En lograrla por sus prendas.

Todos un gusto tenemos,
y gozar es el mejor:
amigos mios, cantemos
los placeres y el amor.

Muchas voces á la puerta.

Les harémos responder.

Isaun. Canten todos el placer.
Aquel encuentra su dicha
de la guerra en los peligros,
y éste al lado de su dueño
en pacífico retiro.
Todos un gusto tenemos, &c.

Coro. Les harémos responder.

Kesia. Ya han derribado la puerta.

Lem. ¿Lo has oído?

Isaun. Nada importa.

Lem. ¿Quieres morir, infelice?

Isaun. Cada qual tiene, señora,
su placer y su locura.

Fuera.

Coro. Su osadía castiguemos.

Lem. ¡O funesta desventura!

Isaun. Al placer y amor cantemos.

SCENA XVIII.

El Juez y los Ministros.

Juez y Min. Su atrevida resistencia
recibirá el justo pago.
Temed todos nuestro enojo,
pues ya estais en nuestras manos.

Juez. Dadme de Isaun la caxa.

Lem. Oid ántes mis descargos.

Juez. ¿Aun intentais resistiros?
Obedeced mi mandato.

Lem. Ya obedezco.

Zet. Yo la sigo.

Isaun. Canten todos el placer.

A Isaun.

Juez. Quédate aquí, temerario.

Zet. El infeliz se ha perdido.

Va con su madre á traer la caxita del aposento inmediato: Kesia va tambien con ellas.

SCENA XIX.

Isaun, el Juez y los Ministros.

Juez. Ve respondiendo á mis cargos.

Aparte.

Isaun. Con una sola palabra
les voy á llenar de espanto.

Juez. Antes de ir á la prision
díme tu nombre, insensato.

Aparte.

Isaun. ¡Ir yo preso! Ciertamente
que sería muy extraño.

Juez. Díme tu nombre.

Isaun. ¿Mi nombre?

Juez. Sí.

Isaun. ¿Con que estais empeñado
en saberle?

Juez. Ciertamente.

Isaun. Pues, amigo, yo me llamo
el Bondocani.

Juez. ¡Gran Dios!
¿Qué hemos hecho, desdichados?
Es el Califa.

Coro. ¿Qué dice?

¡Inesperado fracaso!

Isaun. ¿Cómo han mudado de tono!
¡Qué sumisos han quedado!

Coro. Implorémos el perdon,
pues dicen que es muy humano.

Se arrojan á los pies de Isaun.

SCENA XX.

Dichos, Lemaida, Zetulbé y Kesia con la caxita.

Lem. Se ha perdido sin remedio.

Zet. ¡Si acaso estaré soñando!

Lem. ¡Qué prodigio!

Coro. A vuestros pies
nuestro perdon imploramos.

Lem. y Zet. Todos estan á sus pies,
y le suplican temblando.

Con tono amenazador.

Isaun. Yo debiera... pero alzad,
todos estais perdonados.

SCENA XXI.

Isaun, Lemayda y Zetulbé.

Lem. ¡Cómo ha variado la scena en un momento! Vaya, no dudo que estas son brujerías. Vm. con una sola mirada se hace querer de las doncellas, ahuyenta á los acreedores, hace temblar á los Jueces perdonándolos, quando le contemplábamos á vm. en su poder. ¿Pero qué ha hecho vm. para convertir sus insolentes amenazas en humildes súplicas?

Isaun. Nada mas que decirles mi nombre.

Lem. ¿Nada mas?

Isaun. No señora.

Lem. Es necesario confesar que tiene vm. un nombre terrible, el qual me va gustando ya.

Isaun. Y tú, querida Zetulbé, estás ya tranquila?

Zet. Asegurada de la inocencia de mi madre, solo temblaba por vm.

Lem. A lo ménos ahora podemos estar en sosiego, porque, gracias al cielo, en compañía de vm. no sabe una si la persiguen, si la amparan, si está rica ó pobre, muerta ó viva. En fin, ya que no puedo averiguar cómo hemos salido del

peligro, le pido á vm. que se esté quieto, y no se exponga otra vez. Pero yo quisiera saber cómo es que esta caxa del Califa...

Isaun. Le juro á vm. que es mia.

Zet. Siempre dixe yo que sería una calumnia del Emir.

Isaun. Que Isaun castigará sin duda.

Lem. ¿Quién, Isaun? ¿ese loco que solo piensa en sus gustos?

Isaun. Mal le trata vm. El es jóven, y puede todavía...

Lem. ¿El qué?... Lo digo aquí entre nosotros: es un hombre veleidoso, sin carácter, injusto.

Isaun. Muy severa es vm.

Lem. Vea vm. lo que está haciendo conmigo. Un dia que su padre estuvo á pique de perder la vida en una batalla, fué puesto á salvo por el valor de mi esposo, y en recompensa tiene á la viuda en una grande pobreza.

Isaun. En ese punto soy del mismo sentir que vm. Hace mal, muy mal; pero por dicha estamos á tiempo que puede enmendarlo todo.

Lem. No le pido nada.

Isaun. Razon poderosa para alcanzarlo todo.

SCENA XXII.

Dichos y Kesia.

Kesia. Si no me engaño, acaba de entrar su sobrino de vm.

Lem. ¿Qué querrá á estas horas?

Aparte.

Isaun. Yo tengo mis dudas. Acaso tendrá que comunicar á vm. algun secreto. Yo me retiro al aposento inmediato.

Lem. Ya se podia vm. ir que son las seis.

Isaun. ¡Con qué impaciencia esperaba esa hora!

Lem. ¿Por qué?

Isaun. Porque vendrán ya con música mis amigos á rendir homenage á Zetulbé.

Lem. ¡Cómo! ¡cómo! No señor, no harán nada.

Isaun. Yo voy á acabar de arreglar las capitulaciones matrimoniales para extenderlas.

Lem. Hágalas vm. enhorabuena; pero firmarlas yo es otra cosa.

Isaun. Sí, si las firmará vm. *Vase.*

Lem. Luego lo verémos. No he conocido en mi vida un hombre tan caprichudo como este.

SCENA XXIII.

Dichas y Yemaldin.

Yem. Ya estoy libre, y vengo á dar á vm. noticia de un acontecimiento tan singular, tan inverosímil, que no le creerán vms., porque yo mismo le tengo por un sueño.

Lem. Explícate.

Yem. Quando me aparté de vms. era un mero oficial del Califa. ¿Qué dirán vms. que soy ahora?

Lem. Dexa, dexa: me acuerdo que.... No faltaba mas que esto.

Yem. No quiero tener á vms. impacientes. El gran secreto, ó por mejor decir el milagro, es que soy Emir.

Zet. ¡Emir!

Lem. Ya lo esperaba yo.

Yem. ¡Y qué! ¿No se admira vm.?

Lem. ¡Admirarme yo! ¡He visto tanto, tanto, que ya todos los milagros de Mahoma pasados, presentes y futuros me parecen juego de niños!

Yem. ?Pues qué ha sucedido?

Enseñándole lo que han traido los criados de Isaun.

Lem. Mira todo eso que te rodea, y por añadidura un yerno que regala á mi hija, entre otras frioleras, veinte mil zequíes.

Yem. ¡Veinte mil zequíes! ¿ Es algun príncipe? Tia, admita vm. quanto ántes á ese hombre bienhechor y generoso.

Lem. Solo hay una dificultad, y es que este hombre bienhechor y generoso no es príncipe ni soberano, sino al parecer cabeza de vandidos.

Zet. ¿Áun insiste vm. en eso?

Yem. ¿Qué escucho ? ¿y vm. ha podido consentir....

Lem. No sé cómo ha sido esto: él me ha obligado á....

Yem. Ya, ya: ha abusado de la desgraciada situacion de vm. Pues que lleve á otra parte sus regalos y riquezas.

Zet. No le juzguen vms. sin oirle: á bien que no está léjos de aquí.

Yem. ¿Dónde se halla?

Lem. En ese quarto.

Yem. ¡A estas horas! Juro por Mahoma que he de castigar su atrevimiento.

En ademan de sacar el sable para entrar.

Deteniéndole.

Zet. Deten...

Yemald. Morirá, morirá.

Lem. Sosiégate, y no te metas con ese hombre extraordinario.

Yemald. No le temo, sea el que quiera.

Lem. Advierte, que hasta su nombre hace prodigios.

Yemald. ¿Cómo se llama?

Lem. El Bondocani.

Sorprendido.

Yemald. ¿Qué dice vm.? ¿El Bondocani?

Lem. No hay duda.

Yemald. ¿Y es él quien quiere casarse con mi prima?

Lem. El mismo.

Muy turbado.

Yemald. ¡Ay Lemaida! ¡Ah Zetulbé!.... Sepan vms.... Pero mi juramento.... No, no puedo hablar.

Lem. ¡He! ya empieza á hacer de las suyas ese nombre maldito, volviendo loco á mi sobrino como á todos los demas.

Remedándole.

Morirá, morirá. Vámos hombre, saca el sable,

y entra. ¿Por qué te detienes?

Yemald. Basta de chanza, y dé vm. gracias al cielo porque ha destinado á su hija tal esposo.

Lem. ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Acaso conoces tú tambien á ese diablo de Arabe?

Yemald. ¿Qué es lo que vm. dice, tia?... Cuidado, que si lo escucha...

Lem. No te dé pena, que yo no he gastado cumplimientos con él.

Yemald. ¡Cómo! ¿Acaso le ha tratado vm. ?...

Lem. De aventurero, y de cabeza de bandidos.

Yemald. ¡Cielos! vm. se ha perdido.

Asustada.

Lem. ¿Me he perdido? ¿Qué dices?

Yemald. Tema vm. el enojo del Bondocani.

En la mayor turbacion.

Lem. Sus discursos... Este misterio... ¡Sin saber por qué, tengo ahora tanto miedo, tanto!

Zet. Ahora bien, madre, parece que el nombre hace en vm. el mismo efecto que en todos.

Lem. Este hombre me ha de volver loca. ¿Pero qué oigo?

SCENA XXIV. Y ULTIMA.

Dichos, el coro, y séquito de Isaun.

EL CORO.

Celebrémos la belleza
del feliz hermoso objeto,
que ha sabido grangearse
el amor de nuestro dueño.

Lem. Yo no sé dónde me hallo.

Kesia. ¡Qué magnificencia veo!

Zet. ¿Quál será el fin de estas cosas?

Un Grande de la corte seguido de esclavos, que traen un velo y un plumage muy brillante, se acerca á Zetulbé, y arrodillándose dice:

Esta prenda de himenéo
recibid, y venturoso
haga el amor vuestro pecho.

Al son de una música armoniosa la ponen el velo y el plumage. Se inclinan todos: Lemaida está inmóvil y embelesada: Isaun sale del gabinete con el vestido de Califa, y se queda detras del coro, que repite:

Celebrémos la belleza, &c.

Lem. ¿Se burlarán de nosotras?
Zet. ¡Qué embelesada me siento!
Lem. ¿Quién la envia este regalo?
Coro. Su esposo.
Lem. Pero acabémos.
¿Quién es?
Coro. Nuestro soberano.
Aquí se divide el Coro, y dexa ver á Isaun en medio de los Grandes de su corte.
Lem. ¡Cielos!
Muy admirada.
Zet. ¡El Califa!
Isaun. El mesmo.
Aceptad en este dia
su amor y su mano á un tiempo.
Y vosotros, homenage
rendid á mi amado objeto.
Coro. Rindamos el homenage
debido á su hermoso objeto.
Zet. ¿Qué dice? Yo estoy turbada.
Isaun. ¡Al verla quál me deleyto!
A Lemaida.
Isaun. ¡Dia feliz! ¿Consentís
al fin en nuestro himenéo?
Lem. ¿Es posible?...

Zet. Gran señor,
yo tanto honor no merezco.
Isaun. Todo, y aun mas es debido
á tu virtud y talento.
Coro. Celebrémos la belleza, &c.

FIN.

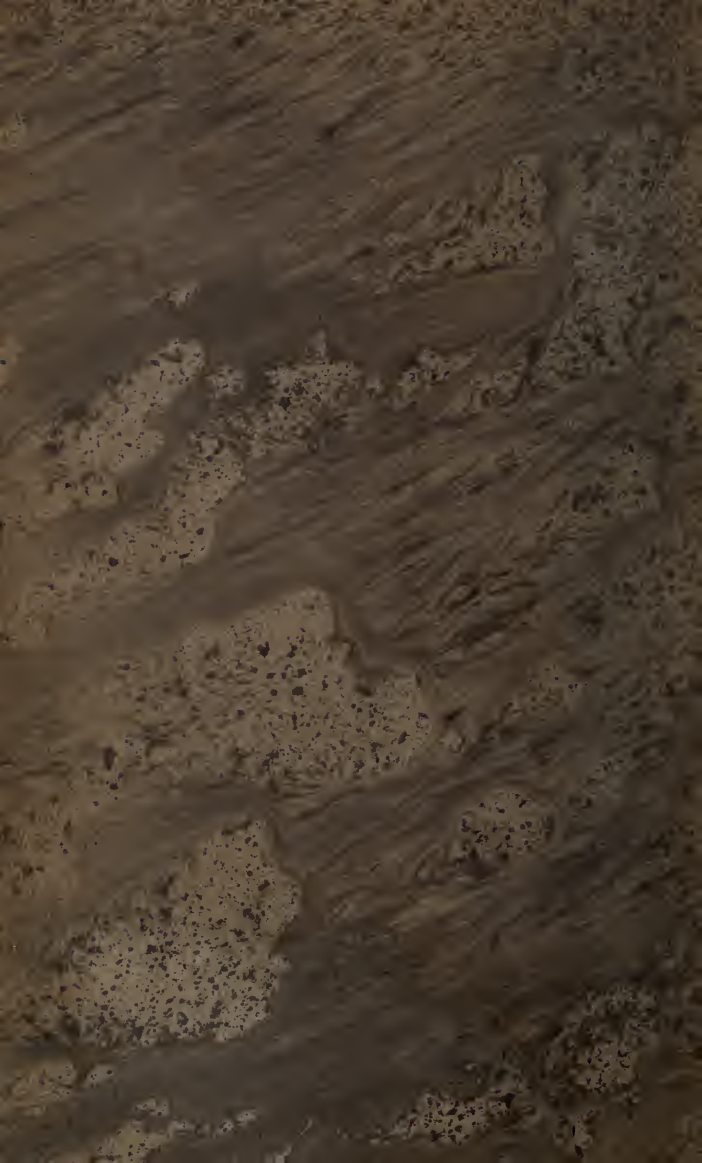
195387

LS.C
T2536

Author

Title Teatro nuevo español. Vol. 5.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU